



Eduarda Mansilla de García

Lucía Miranda

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Eduarda Mansilla de García

Lucía Miranda

A MI HIJO MANUEL

Exposición

Una mañana del mes de setiembre del año de 1530, poco rato después de la salida del sol, a unas pocas cuadras de la orilla del río Carcarañal, confluente del Paraná, veíase un grupo de gente, que se movía con dirección a la ribera. Componían el grupo unos cincuenta o sesenta soldados Españoles, cuatro o cinco jefes, que así lo parecían por su traje, algunas mujeres, y una porción de indios, vestidos con plumas de colores. Soldados, jefes, mujeres e indios, caminaban lentamente, como si tuviesen muy poca prisa por llegar al embarcadero, donde estaban un bergantín y una carabela, prontos para hacerse a la vela.

Sebastián Gaboto, que cinco años antes, había fundado en aquel mismo lugar el fuerte del Espíritu Santo; de vuelta de su expedición al Paraguay, iba a separarse de una parte de sus compañeros.

Gaboto, fue el primer europeo, que penetró hasta esas remotas regiones; y en los sangrientos encuentros que sostuvo contra los Agaces, dueños hasta entonces del río, perdió gran parte de su gente. Cuando los intrépidos Españoles, lograron por fin vencer, penetrando en el interior del Paraguay, hasta la laguna de Santa Ana, de los alrededores vinieron los Carrios a solicitar la paz, ofreciendo a los conquistadores los frutos de su territorio. Gaboto, que era de un carácter amable y bondadoso, logró captarse la buena voluntad de estos indios, gente mansa y hospitalaria. Pero lo que más llamó la atención de los Españoles, fue que aquellos indios, llevasen colgadas del cuello, grandes chapas de plata, que daban muy gustosos, en cambio de cuentas de colores, abalorios y pedazos de vidrio.

Como Gaboto no podía entenderse con los naturales, por falta de intérprete, juzgó, por el poco aprecio que éstos hacían de la plata, que aquel metal debía ser allí muy abundante; y por esta razón dio al río, el nombre de río de la Plata. Resolvió en seguida volverse aguas abajo, hasta el fuerte del Espíritu Santo, no pareciéndole prudente, seguir internándose con la poca gente que le quedaba.

De vuelta al fuerte, halló la guarnición, que allí dejara, reducida a sólo veinte hombres, por haber perecido los demás, en un encuentro contra los indios charrúas. Viendo el descubridor los pocos recursos, que le quedaban, determinó volverse a España, a dar cuenta a Carlos Quinto de sus nuevos descubrimientos y a buscar auxilios, para poder continuarlos.

En la mañana en que empieza nuestra narración, el buen Gaboto, como sus contemporáneos le han llamado, salía para la Península, con unos pocos hombres, debiendo el resto quedar, para guarnecer el fuerte, al mando de don Nuño de Lara.

Los que han reprochado a Gaboto, la idea de dejar esa pequeña guarnición, en un país desconocido y en medio de feroces enemigos, olvidan, que entonces, cada uno de aquellos hombres, por su intrepidez y constancia, tenía el temple de un héroe; y que además, contaban segura la próxima vuelta de Gaboto, el cual, por su parte, deseaba conservar aquella población, como un punto de apoyo, para sus futuras operaciones y como un testimonio permanente, del arrojo y decisión de sus compañeros.

En las inmediaciones del fuerte, estaban acampados los indios Timbúes, gente humana, cariñosa y de carácter hospitalario; buena para amiga, pero terrible para enemiga. Con ellos hizo Gaboto una alianza, contra los Charrúas, y se decidió por fin a emprender su viaje.

Así que la comitiva hubo llegado a la orilla del río, Gaboto, tomando a parte a don Nuño de Lara, su amigo y compañero, le dijo: «¿Habéis reflexionado, amigo mío sobre los inconvenientes de dejar a Lucía en estos desiertos? Yo la llevaré conmigo a España, y a mi vuelta, si ella lo desea, volverá a juntarse con su marido. Y vos, don Nuño, ¿persistís aún en

la resolución de quedaros? ¡Después de cinco años de estar siempre juntos, me cuesta tanto dejaros! Veníos conmigo, y quizá de esa manera, logremos convencer a Lucía».

Don Nuño le respondió: «Lo que me proponéis, querido Gaboto, es imposible. Lucía no quiere abandonar a su esposo, y yo no podré nunca separarme de ellos. La pobre niña ni aun ha querido venir con nosotros, a acompañaros hasta los buques, temiendo vuestras instancias en presencia de Hurtado, que con vehemencia le ha rogado, se volviese a España. Ella dice siempre: 'Con él vine, con él he de volverme'. Ya veis, amigo mío, que es necesario separarnos; espero, sea por corto tiempo; y entretanto os prometo venir a esperaros todos los días en este mismo lugar, así que pasen seis meses. Adiós, pues, el Cielo os guíe».

Don Nuño de Lara abrazó a Gaboto y se separaron.

Gaboto, visiblemente conmovido por las palabras de su amigo, abrazó a don Sebastián de Hurtado, a Luis Pérez de Vargas, y al alférez Oviedo. En seguida, volviéndose a Marangoré, cacique principal de los Timbúes, que con cincuenta de los principales de su tribu, había ido para despedirse de él, le dirigió estas palabras: « Marangoré, ilustre hijo del sabio Carripilun, ahí te quedan los Españoles, que has jurado auxiliar y defender: te los confío hasta mi vuelta. En nombre del rey de España, mi amo, te intimo los trates como a tus propios hermanos. A tu padre dirás, que espero hallarle todavía a mi regreso. Adiós». El indio, poniendo su mano en la de Sebastián de Hurtado, que quedaba de segundo jefe, respondió: «Te los entregaré cuando estés de vuelta, amigo».

Pronto ya Gaboto a subir al bote, se volvió a los que quedaban en tierra, diciéndoles: «¡Hasta la vista, hermanos! Dios nuestro Señor permita, que nos volvamos a ver».

El viento favorable que soplaba del Norte, puso en poco rato fuera del alcance de la vista, el bergantín y la carabela. La gente que desde la orilla les miraba, con esa dolorosa avidez con que se sigue siempre a un objeto querido que se aleja, se volvió tierra adentro mustia y cabizbaja, luego que para siempre se ocultaron, en una de las muchas vueltas que hace el tortuoso río.

Dejemos al pobre Gaboto, seguir su penoso viaje para encontrar al fin tantos desengaños. Cuando llegó a España, acababa de salir de vuelta otra vez para el Perú, Hernando Pizarro, con plenos poderes de la Corona; acompañado de centenares de nobles y plebeyos, que voluntarios se alistaban bajo su bandera, movidos por los maravillosos presentes de oro, plata y piedras preciosas, que su hermano Francisco había mandado al rey de España.

Gaboto nada obtuvo para seguir sus descubrimientos; y aunque le dieron el empleo de piloto mayor del Reino, murió oscuro y desgraciado, conservando siempre fijo en su mente, el recuerdo de aquellos valientes compañeros, que había dejado a orillas del Carcarañal.

Primera parte

Capítulo I

Don Nuño de Lara, hidalgo de nacimiento, pertenecía a una familia muy rica y opulenta de la provincia de Valencia, pero la suerte que le hiciera nacer de padres nobles y ricos, hízole un pobre segundón, como vulgarmente se llama a los que nacen después del primogénito. La dura ley de los mayorazgos, que sacrifica los demás hijos en provecho del mayor, obligó al joven Nuño a dedicarse a la profesión de las armas.

En 1491, cuando los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, pusieron cerco a la ciudad de Granada; Nuño de edad de veinte años, se portó bizarramente en los combates de la Vega, haciéndose notar del intrépido Gonzalo de Córdoba, que le tomó desde entonces a su lado y le instruyó en el arte de la guerra, cobrándole especial afecto.

Cuando el Gran Capitán pasó a Italia, don Nuño continuó haciéndose digno de la protección que aquél le dispensara; contribuyendo no poco con su valor y natural despejo, a las jornadas de Barletta y Seminara.

En Calabria, contrajo estrecha amistad con don Alfonso de Miranda, joven hidalgo, pobre y valiente como él, que se había hecho soldado casi por idénticas razones que su amigo. Durante las gloriosas campañas de Italia, don Nuño y don Alfonso combatieron siempre juntos, prontos en toda ocasión, el uno a auxiliar al otro. En la batalla de Cerignola, Miranda salvó la vida a su amigo, con gran riesgo de la propia; y por último, para dar una idea más completa de la unión, en que siempre se mantuvieron estos dos amigos, baste decir, que en el ejército, los llamaron los inseparables.

La fatalidad hizo, que estos bravos, modelo de amistad y valentía, no pudiesen juntos gozar del espléndido triunfo, que después de tantas luchas obtuvieron las armas españolas, sobre los Franceses y Napolitanos, asegurando por fin a los reyes de España el reino de Nápoles.

Don Alfonso murió en un encuentro, casi a las puertas de la ciudad, poco antes de la conclusión de la guerra, recomendando a su amigo, que de vuelta a España, buscara a su hija Lucía, niña de pocos años, que en Murcia habitaba, al cuidado de unas pobres gentes. Don Alfonso más de una vez confió a don Nuño, las penas que desde su entrada en el mundo, contribuyeron a dar a su carácter esa sombra de melancolía, que se hacía visible en todos los momentos de su vida. A los veintiocho años, había conocido en Murcia a una joven de origen morisco, hija de padres artesanos, que desde el primer momento se hizo dueña de su corazón, nuevo hasta entonces al fuego de las pasiones.

La joven a su vez amó a don Alfonso, con el afecto impetuoso y ardiente, con que aman las almas apasionadas, que llevan en sí la dolorosa intuición de una corta vida. La hermosa Lucía se abandonó sin reparo, a los trasportes de aquel amor; huyó de la casa paterna en pos de su amante, el cual, viéndose dueño de la que tanto amaba, no advirtió imprudente, que precipitaba en el más escabroso de los senderos, al tierno objeto de sus amores.

Por último, y como prueba del perdón, que el Cielo ofrecía a la delincuente, Lucía murió a los diecinueve años, después de dar a luz una niña, tan bella como su desgraciada madre.

Don Alfonso, que durante dos años, parecía no haber vivido sino para su idolatrada Lucía, sintió al golpe de tan dolorosa pérdida, esa cruel sensación de abandono y aislamiento, que experimenta el viajero cuando, alejado por muchos años de su ciudad natal, vuelve a la patria, buscando la casa paterna en el mismo lugar que a su salida, para hallarla mustia ya y silenciosa, por la huella que allí imprimió la muerte. El infeliz joven, abatido y sin fortuna, sin más familia que un tío, a quien hacía muchos años no veía, y con el cual ninguna amistad tenía, pensó mil veces en la muerte como en un refugio; pero la vista de la pobre huérfana, alejó de su mente tan tentadora imagen. Decidiendo, por fin, hacerse soldado, no ya con la esperanza de bailar la muerte en los combates, sino con la generosa idea de alcanzar fortuna, para llenar cumplidamente sus deberes de padre.

Pronto a marcharse, confió la nueva Lucía al cuidado de una buena mujer. Diole los pocos doblones que le quedaban y marchó a reunirse al ejército de Italia, donde trabó tan estrecha amistad con don Nuño de Lara.

Capítulo II

Cuando el Gran Capitán, después de haber dado fin a su campaña de Nápoles, fue nombrado Condestable de aquel reino, don Nuño, valiéndose del favor que éste continuaba dispensándole, obtuvo licencia para volverse a España a cumplir la sagrada promesa, hecha al malogrado amigo. A su llegada, se dirigió a Murcia, en busca de las pobres gentes que se habían encargado de la niña y halló a Lucía, hermosa criatura de dos años, ocupando en aquella modesta habitación, el lugar de una propia hija.

La llegada de don Nuño, causó grande alarma a los esposos, que al oír la sentida relación de la muerte de Miranda y la promesa que a éste hizo don Nuño antes de morir, de cuidar de Lucía, y adoptarla por hija, juzgaron que aquel desconocido venía a arrebatarnos su tesoro. Mientras don Nuño habló, marido y mujer, sentados a poca distancia, le escucharon con creciente alarma; hasta que por último, viendo que se detenía para recobrar de la emoción, que le causara el recuerdo doloroso de los últimos momentos de su amigo, Mariana, abrazando a Lucía, que dormía sobre sus rodillas, dijo con voz, que quería hacer dura, y no era sino lastimera: «¡Mi hija! ¡Mi hermosa Lucía! ¡Nadie la separará de mi lado!» y echó a llorar.

Durante largo rato, los tres guardaron silencio. Mariana ahogaba el llanto, por temor de despertar a su querida hija; don Nuño, absorto en sus penosos recuerdos, ausente su pensamiento de aquel lugar, no reparaba en el llanto de la mujer ni en el abatimiento del marido, sacándolos al fin de este estado, la inocente causa de tanto duelo. La niña despertó alegre y satisfecha, y tendiendo sus bracitos al anciano labrador, con suma gracia le dijo: «¡Padre, padre!» Mariana al oír las palabras de Lucía, sin reparar que ésta no podía ni entenderle, exclamó con voz trémula, interrumpida por sus lágrimas: «¡Quieren llevarte, ángel mío! ¡Hija de mi alma! Pero antes que separarme de tu lado, me matarán».

La inocente criatura, viendo la aflicción de su madre, sin entender sus palabras, pero afectada por la agitación de un semblante, que siempre le sonreía cariñoso, soltó también el tierno llanto, y fue a refugiarse en brazos de su padre.

Esta pequeña escena, sacó a don Nuño de su distracción; y acercándose para besar a la niña, que se había consolado ya con las caricias del viejo Pablo, dijo para sí: «¡Qué hermosa es! ¡Cómo debe parecerse a su madre! ¡El Cielo permita sea más dichosa!»

El anciano Pablo respondió, como si le hubiesen sido dirigidas a él esas palabras: «¡Dichosa es, que la amamos tanto! Y cómo no amarla; ¡pobre niña! ¡nunca verá a su madre, sino en el Cielo!».

Como Mariana tenía un corazón bueno y generoso, pasado aquel primer arranque de desesperación, dijo a don Nuño: «¡Ah señor! Si supieseis cuánto nos ama y lo mucho que de ella cuidamos, no la llevaríais lejos de nuestro lado. ¡Pobrecita Lucía de mi alma! ¿Quién cuidará de mi hijita?».

«No os aflijáis, buena mujer», respondióle don Nuño con ternura. «No tengo la intención de llevar conmigo a vuestra hija adoptiva».

Mariana, sin dejarle continuar, corrió a abrazar a Lucía, diciéndole: «Ven, hija mía, ven a saludar a este nuevo padre, ponte guapa, no escondas la cara, cielo mío», y arreglaba afanosa a la hermosa niña, los sedosos cabellos que sobre las espaldas le caían en largos rizos

El buen Pablo, que hasta entonces había guardado cierta reserva, se levantó del banco que ocupaba, tendió su tosca mano a Lara, y enjugando una importuna lágrima, que corría por su mejilla, le dijo:

«Yo también he sido soldado, caballero; ¡bien sabía que un valiente, no podría tener la crueldad de entregarnos a la desesperación! Dios os premie tanta generosidad».

«Amigos míos», repuso el de Lara, «no quiero que me estéis gratos, por un servicio que yo recibo de vosotros: venía dispuesto a rogaros continuaseis cuidando de Lucía, hasta mi definitiva vuelta a España; y conociendo ahora el afecto que le profesáis, ¿cómo no pediréis con el más vivo reconocimiento, sigáis amando y protegiendo este ángel? «Mariana al oír tales palabras, exclamó con alegría: «¡Bendito sea! La Virgen del Amparo le conserve por luengos años; bien me parecía que con esa cara, no podía ser tan malo».

Pablo convidó a don Nuño a comer, y éste aceptó gustoso su cordial invitación, afanándose Mariana para obsequiar a su huésped. La comida fue muy abundante y sustanciosa. Hízole don Nuño los honores, con un apetito de soldado, según el dicho de Pablo, lo que encantó a Mariana, que no quiso por nada sentarse a la mesa y decía riendo con los ojos llenos de lágrimas: «Dejadme en paz, por Dios, que todavía no me ha pasado bien el susto».

Don Nuño se despidió de aquellas honradas gentes, prometiendo escribirles de vez en cuando, para pedirles noticias de su nueva hija, a quien abrazó cariñosamente por repetidas veces.

Poco rato después de la partida de su huésped, Mariana, que se ocupaba de levantar la mesa y volver todo a su lugar, halló sobre el banco, que había ocupado éste, un bolsillo con algunos doblones; al punto la honrada mujer tornó a Lucía en brazos y echó a andar a toda prisa en dirección a la ciudad, repitiendo: «¡Jesús me valga! ¡Pobre joven! ¡Encontrarse ahora sin su dinero!»

A poca distancia de la casa halló a su marido, que volvía de acompañar a don Nuño; oyendo el cual las exclamaciones, con que la buena mujer insistía, para que tomase el bolsillo y se fuese al punto a entregarlo a su dueño, le dijo: «Querida Mariana, guarda ese bolsillo, que pertenece a nuestra Lucía; ese joven tiene un corazón noble y generoso y no ha querido exponerse a una negativa de nuestra parte». Mariana exclamó con acento conmovido: «¡Virgen Santísima! No se me había ocurrido; tienes razón, como siempre, mi viejo Pablo, el Señor proteja en todas ocasiones a ese virtuoso joven». Pocos momentos después reinaba el más completo silencio en la habitación de los virtuosos esposos.

El sueño tranquilo, que siempre acompaña a los que tienen una conciencia pura y la seguridad de haber llenado sus deberes durante el día, protegió con su benéfica influencia a los sencillos habitantes de aquella modesta casa.

Capítulo III

El curso de nuestra narración nos llama ahora a Nápoles, en donde encontraremos de nuevo a don Nuño de Lara, desempeñando las funciones de primer gentil-hombre de cámara y teniendo además el mando de la guardia de Palacio.

Don Nuño, sigue siendo cada vez más digno de los nuevos honores, con que el Condestable paga su adhesión y bizarría. Querido de sus compañeros, admirado y respetado de sus inferiores, el capitán don Nuño, es uno de los oficiales que más atrae las miradas de las jóvenes Napolitanas.

Escuchemos el diálogo de algunos oficiales de gradación inferior, en una de las antecámaras de Palacio; y podremos decir, hasta qué punto, podían influir con nuestro bravo capitán la hermosura y gallardía de las graciosas Napolitanas.

Dirigiéndose, un joven teniente de alabarderos, de cara risueña y elegante figura, a otro oficial, de fisonomía franca y abierta, que estaba perezosamente reclinado en el alfeizar de una ventana, le dijo: «¿Sabes que la bella Nina, hizo tanto caso de ti anoche en el baile, como yo de los galanteos de la tía Jerónima? ¡Vaya! ¡vaya! Que si así me tratasen a mí, ¡voto a Sanes! no era el hijo de mi madre, el que volvía a mirarle más a la cara».

«Por eso yo, mi buen Castañar», repuso Sandoval con indolencia, «pasé toda la noche mirando su gracioso talle, sin hacer caso de su cara».

«¿Cómo?» exclamó el joven teniente. «¡Lo tomas con tanto descanso! Yo en tu lugar...»

«Sí, tú en mi lugar, irías hoy mismo sin pérdida de tiempo, a casa de la signora Nina Barberini, y con voz de trueno le dirías: «Sois una coqueta sin corazón, tenéis una alma de serpiente»; y de este jaez cuanto te ocurriese de más expresivo; a lo que ella respondería maliciosamente: «Caro signor, sois muy poco amable hoy; volved mañana, cuando haya pasado il mal di capo».

«Por eso yo, para evitar tan graciosa respuesta, espero a que pase el chubasco, con la mayor calma posible o querríais acaso, que anoche a la salida del palacio del duque, buscara querella a nuestro amigo Nuño, a pretexto, de que la signora Nina ha pasado gran parte de la noche dirigiéndole sus más seductoras miradas, dando motivo con tan ridícula queja, a que el bueno de don Nuño, me dijese, con sobrada verdad: «¿Tengo yo la culpa de que a una mujer caprichosa se le antoje mirarme, como si yo fuera obra de arte?»

«No dudo», repuso Castañar con ironía «que el capitán don Nuño, te diese tan humilde respuesta, conociendo como conozco su habitual indiferencia con las bellas. Pero por lo que a mí toca, no creo en las protestas de tan huraña virtud. Haz lo que gustes». «Y el joven teniente, ciñéndose la espada, dejó la antecámara.

Dos o tres oficiales, que escuchaban el diálogo de los amigos, dijeron cuando hubo salido. «¿Qué diablos tiene este loco contra el capitán? ¡Vaya un enfado!»

«Dejadle que se desahogue», respondió Sandoval. «¡No veis que está enamorado de la Nina! ¡Pobre Castañar, no sabe en qué manos ha caído!»

Capítulo IV

La signora Nina Barberini, era una de esas criaturas, a quienes la fortuna parece complacerse en tratar como a una verdadera hija mimada. A los veinticinco años, poseía una de las más bellas fortunas de Nápoles, un nombre ilustre y la más hermosa figura de mujer, que en aquella tierra clásica de la belleza podía verse. Viuda a la sazón, de un marido anciano, con quien sólo vivió seis meses, la bella Napolitana no conocía más ley ni norte, que el capricho de su voluntad absoluta.

Inconstante, variable como el bello cielo de su patria, a mujer alguna parecía convenir mejor el dicho del poeta inglés: «Pérfida como las ondas». La inconstante Nina, durante los dos años que llevaba de viudez, contaba entre sus conquistas, a cuanto de más bello y distinguido poseía la brillante corte del condestable; y aún se aseguraba, que el mismo Gonzalo, había quemado en vano su incienso a la esquiva deidad.

Muchos eran los que se alababan, de haber obtenido grandes favores de la hermosa Nina; pero en realidad, los que más dichosos se decían, eran precisamente aquellos, que no divisaron jamás, ni la más ligera sombra de esperanza. Algunos, como Sandoval, se complacían admirando sus gracias, sin pretender alcanzar más de lo que ella voluntariamente quisiera concederles. Otros, como Castañar, no se contentaban con amarla de lejos, sino que buscaban sin tregua, ocasión de desahogar su mala voluntad, contra el dichoso mortal, que atraía las miradas de la peligrosa viuda.

El día siguiente del baile, que en honor de la signora Nina diera el viejo duque Palmarosa, uno de los numerosos aspirantes a su mano; nuestro amigo don Nuño recibió un billete concebido en estos términos:

«La signora Nina Barberini, desea una entrevista con el capitán don Nuño de Lara, en su palacio, a la hora que más le plazca». No es fácil pintar el asombro, que en don Nuño produjera este billete. Para poder comprenderlo, es necesario saber, que no frecuentando Lara la sociedad, ni estando por manera alguna al corriente de lo que en tales casos era costumbre responder, juzgó desde luego conveniente consultar a su amigo Sandoval, antes de dar respuesta a tan extraño billete.

En los momentos, en que se disponía a salir en busca de su experto amigo, entró éste con su acostumbrado buen humor y desenvoltura, gritándole desde la puerta: «¡Salud al preferido de las gracias, o tú, dichoso rival del irresistible Palmarosa!» Don Nuño, que habitualmente, sufría con mucha calma las chanzas del alegre joven, le dijo con impaciencia: «Ya veo que vosotros me habéis tomado para vuestra burla, cuidado por quien soy, de no insistir en tan groseras chanzas, porque de lo contrario podría pesaros. ¡Vive Dios!»

«¿Cómo es eso, Nuño?». repuso Sandoval con tono grave. «¡Acaso te han instruido ya las malas lenguas de Palacio de las niñadas de ese chiquillo de Castañar! Duéleme, amigo mío, des tanta importancia a mi pobre teniente». «No se trata ahora de Castañar», agregó don Nuño, algo más sereno; «mira» y le enseñó el perfumado billete.

Sandoval tomó el billete, y después de haberlo leído, dijo calorosamente: «¡Nuño, Nuño, cómo es posible que todavía estés ahí, y no hayas volado a echarte a los pies, de la más

encantadora de las criaturas! ¿No sabes que yo diera toda mi sangre, por haber recibido tan celeste invitación?» Y observando que la fisonomía de Lara cobraba cada vez una expresión más colérica, «¡Ah! ya comprendo, mi incomparable Nuño»; exclamó, «tomas esto como una broma de mis compañeros. Te juro a fe de caballero, que ninguno de nosotros hubiera sido capaz de tal villanía. Este billete es realmente de la Barberini; conozco su letra, he aquí sus armas».

Don Nuño tendió la mano a Sandoval diciéndole: «Perdóname, amigo mío, soy muy desgraciado, no sé lo que por mí pasa. ¿Qué puede quererme tan orgullosa dama? Tú sabes bien cuán enemigo soy de esta clase de intrigas y cuánto desprecio me inspiran esas seductoras criaturas, que en nombre del amor y de la constancia, destrozan sin reparo el corazón del hombre, secando con su influencia cuanto posee de más grande. ¡Oh! ¡Estoy decidido, no iré!».

«Nuño», replicó Sandoval, «escucha la verdad de mis labios. Sabes con cuánta frecuencia me he burlado de tu alejamiento sistemado, de cuánto hay para mí de mejor y más bello sobre la tierra; conociendo, sin embargo, la exquisita sensibilidad de tu corazón, no he tratado jamás de combatirte seriamente. Bien sé que no podrías resistir los frecuentes y rudos golpes a que se expone, el que, como yo, se embarca en el mudable y peligroso mar de las conquistas amorosas. Pero esta vez, amigo mío, no puedes cerrar los brazos a la fortuna, que con tanto abandono y seguridad se te ofrece, a trueque de ser tachado por tus mejores amigos y aún por tu propia conciencia, de sequedad de corazón y egoísmo. ¿Por qué temer tanto a la felicidad? Veo ya venir a tu mente el recuerdo importuno de las insípidas conversaciones de nuestros cortesanos. ¡Cuál se alaba de conseguir hoy todo! ¡Cuál de alcanzarlo mañana! Desprecia, Nuño, tan ruines como falsos asertos, y cree a tu amigo; ese corazón que tan franco y confiado se te entrega, no lo dudes Nuño, ese corazón es digno de ti. Sígueme, quiero yo mismo introducirte en el santuario. Ea, mi bravo capitán, al asalto, que el enemigo ¿se nos rinde a discreción, y fuera mengua, huir sin razón ni gloria, de tan seguro triunfo».

Don Nuño siguió a Sandoval, casi sin darse cuenta de lo que hacía, arrastrado sin saberlo, fascinado por el ardoroso entusiasmo de su amigo, que durante todo el camino no cesara un momento de hablarle de la Nina, con el más vivo interés, contándole mil rasgos verdaderamente sublimes, de la vida de aquella extraña criatura.

Capítulo V

El palacio de la signora Barberini, estaba situado en la calle de Toledo, y a poco andar llegaron a él los dos amigos. Nuño, despertando como de un sueño, dijo: «Enrique, ¿qué haces de mí? Déjame, aún puedo retroceder».

No tuvo Sandoval tiempo de contestarle; un lacayo se presentó, diciéndoles: «Tengan sus señorías la bondad de pasar al jardín: la signora espera».

Sandoval, que era muy conocido de todos en el palacio, dijo al criado con tono amistoso: «Buenos días, Pietro, puedes dejarnos, yo guiaré a este caballero».

Después de atravesar un magnífico patio de arquitectura griega, enlosado de mosaico, y un bosque de naranjos y acacias, llegaron, por entre una olorosa calle de mirtos, a un gracioso laberinto de plantas y arbustos de todas clases, colocados allí caprichosamente sin simetría. Algunas estatuas representando las estaciones, obras maestras de los mejores escultores de la época, daban a aquel lugar un tinte misterioso y poético, que conmovía dulcemente el espíritu.

Nada más bello y armónico, que aquel conjunto formado por la naturaleza y las más hermosas creaciones del hombre: don Nuño aspiró con delicia esa atmósfera de perfume y poesía.

Hallaron los amigos a la encantadora Nina, formando un ramillete de rosas blancas, que un gracioso pajecillo cortaba de los muchos rosales de esa clase, que allí había. Eran éstas sus flores favoritas; llevaba siempre una rosa blanca en los cabellos. Más bella que nunca, sencillamente adornada con un ligero traje blanco, con mangas flotantes, que parecían desprenderse como alas, aquella Nina en nada se parecía a la altiva y deslumbradora deidad del palacio Palmarosa.

Don Nuño, embelesado de tal cambio, seducido por la gracia y cortesía, con que la hermosa les tendió su mano, sintió desvanecerse toda sombra de desconfianza. Sandoval, tomando una de las rosas, dijo sonriendo a Nina: «¿Puedo conservarla?».

«Hoy menos que nunca», respondió la hermosa, con acento conmovido: y volviéndose luego a don Nuño, que escuchaba en silencio, agregó con una sonrisa melancólica: «Espero que algún día, vos amaréis también mis rosas blancas».

En seguida, invítoles a entrar a un lindísimo belvedere de mármol blanco, situado en medio del jardín. Era éste una maravilla artística, tanto por la elegancia de su corte, cuanto por la delicada y escogida variedad de sus adornos. El interior, adornado con altos y bajos relieves, representando escenas mitológicas, tenía en el centro una fuente de jaspe azul, sobre la cual, el agua que subía hasta el techo, se derramaba serpenteando juguetona, por entre un caprichoso grupo de Nereidas y Tritones. Pero lo que más atraía la atención, era una Diana cazadora, representada en el acto de herir a Acteón, y para la cual la misma Nina había servido de modelo. La pureza de contornos de su cabeza, verdaderamente clásica, a la que podía tan sólo reprocharse, esa exquisita regularidad que se nota en los perfiles griegos; la graciosa esbeltez de su talle y un no sé qué de suave y virginal, que se esparcía en toda su persona, como un perfume divino, de tal manera convenían a la imagen que el poeta sueña para la púdica diosa, que aquella Diana, tenía el doble sello del genio y la divinidad. Pero a esa figura tan bella y artística, le faltaba, sin embargo, lo que en ese momento y en todos los momentos, hacía resaltar la superioridad del modelo sobre la copia: la luz del pensamiento, la vida, la inteligencia. Los ojos de Nina, fijos en ese momento en el hombre que amaba, y que amaba con todo el ardor de un primer amor, despedían una luz tan viva y centelleante, que don Nuño se sentía subyugado, vencido por el irresistible encanto de

aquellos ojos; y mudo, extático, abrió su pecho a la revelación magnética de una nueva vida.

Sandoval, comprendiendo lo que pasaba por su amigo, que apenas pronunciaba una que otra palabra, hablaba con Nina del baile de la noche anterior, refería con su gracia habitual mil incidentes, tratando de conservar al de Lara, en ese dulce estado en que la vida parece refluir toda al corazón.

Nina les pidió viniesen aquella misma noche a una lectura a que sólo asistirían los amigos íntimos, y se despidió con un «Hasta luego», tan franco y amistoso, que acabó de seducir a don Nuño.

Capítulo VI

Cuando los amigos dejaron el palacio Barberini, Sandoval exclamó de buen humor: «Vaya, Nuño, que para ser tu primera campaña, te has portado como en Granada. «Enrique», respondió don Nuño, «no sé si me he portado bien o mal; creo por el contrario, que he debido hacer muy triste figura, con mi aire severo y mi jubón descolorido; pero te pido como a mi mejor amigo, me inicies en el arte de hacerse amable, que tú posees en sumo grado. ¡Cuánto envidio esa facilidad que tienes, de dar a todo, un carácter de alegría y novedad, al cual bien lo veo, yo no alcanzaré nunca, por más que quiera! ¡Qué hermosa es! Bien lo decías, esa mujer es buena. ¡Cómo se revela en todas sus palabras, hasta en sus movimientos, la delicadeza de su corazón! Imposible que llegue jamás a amar a un soldado brusco y desgraciado como yo. Este aire de tristeza, que se ha hecho ya mi compañero inseparable, me alejará siempre de tan graciosa criatura. ¿Qué hacer?».

«Pobre Nuño, ¡qué a prisa has recorrido la inmensa distancia, que ayer noche hacía de ti el hombre más tranquilo e indiferente de todo Nápoles! Compláceme sobre manera, ver que no me había equivocado sobre la sensibilidad de tu corazón. Dime, ¿comprendes ahora que hayas podido vivir tanto tiempo sin amar?».

«Acaso puedes comparar la vida que sientes ahora, con ese letargo prolongado y enfermizo, en que tan tristemente se consumían tus mejores años. Hoy te quiero más que nunca, a pesar de que, como sabes, eres mi rival».

Don Nuño repuso con aire de tristeza: «¡Oh, sí, y rival muy temible!»

«Más de lo que tú piensas», contestó Sandoval. «No olvides que has entrado al palacio Barberini, llamado allí por la misma Nina».

«No lo niego; pero cuán desengañada debe estar en este momento, de lo que en mí esperaba hallar. Creo que no he hablado tres palabras. ¡Soy un necio!».

Esta conversación tenía lugar a orillas del mar; los jóvenes habían hecho un rodeo, y en vez de dirigirse a Palacio, adonde les llamaba su servicio, continuando por la calle de Toledo, tomaron una callejuela traviesa, tratando de evitar la importunidad de los muchos paseantes. Después de un rato de silencio, Sandoval dijo de improviso a su amigo Nuño: «Había prometido no decirte algo, que, sin embargo, voy a comunicarte, para que no desesperes tanto. Hace más de dos meses, que Nina te sigue a todas partes; te vio por vez primera el último día de la fiesta de San Jenaro, ¿y, acaso recuerdas, cuánto te insté esa noche, para que vinieses conmigo al baile de máscaras de Palacio? ¡Ay! desde entonces perdí toda esperanza de ser amado, pues ella me confió la impresión, que le habías hecho a pesar de tu aire serio y tu traje descolorido, rogándome con instancia, le contara cuanto sabía relativo a tu historia y a tus proyectos. ¡Vieses con qué atención, escuchó los detalles de la vida retirada y esquiva que llevas en la Corte! Encantándose de saber, que a pesar de tus treinta años, aún no habías tenido ningún amor y la firme intención que hacías de permanecer siempre fiel a tus proyectos de aislamiento y retiro. A mi vez, Nuño, yo me propuse observar también los rápidos progresos que el amor hacía en el corazón de la indiferente Nina. Vila poco a poco alejarse del bullicio de las fiestas, prefiriendo a todo lo que antes fuera su principal encanto, el momento de hablar de ti y escuchar de mi boca, los merecidos elogios que me dictaba la justicia que hice siempre a tus méritos. Haciéndome no sólo prometerle no decirte una sola palabra de su amor, sino pidiéndome como una gracia no desvaneciese los rumores, que acerca de sus amorosas relaciones conmigo en la Corte se acreditaban. Anoche a la salida del baile, me dijo muy triste: «Creo que nunca me amaré, ni siquiera ha reparado en mí». Y yo, que a la verdad, estaba alarmado viendo tu completa indiferencia, en aquella noche, le respondí aunque dudando del éxito de mi consejo, te escribiese el billete que me mostraste esta mañana, creyendo que si no acudías a la cita, entonces sería tiempo de desesperar. Ya ves, Nuño, que por mucho que te pese, ¡eres el más feliz de los mortales!

Don Nuño, que escuchara silencioso la relación de Sandoval, exclamó con acento conmovido: «¡Bendita sea tu inspiración, mi generoso Sandoval! Te juro que si no hubiese visto jamás a Nina, como la he visto esta mañana, entre sus señores, con su sencillo vestido blanco y sin más galas que su belleza de cuerpo y de alma, nunca, nunca me hubiera ocurrido la posibilidad de amarla».

Los amigos después de esta conversación, se separaron a la puerta del palacio del Condestable.

Capítulo VII

El palacio Barberini, cuyo exterior singularmente contrastaba con los demás palacios napolitanos, por la extremada sencillez y ausencia completa de adornos, estaba interiormente decorado con ese lujo de pinturas al óleo, frescos, estatuas y mosaicos, que constituían casi el único adorno de los vastos y desnudos salones de los grandes señores de

esa época. El peristilo, en el cual, según la costumbre romana desde los primeros tiempos del imperio, había tan sólo unas tres estatuas al natural, representando tres personajes de la familia Barberini, que se habían distinguido por sus hazañas militares en el siglo anterior, tenía a cada lado una vasta escalera de mármol blanco, que conducía a los departamentos y salones del primer piso. Por la escalera de la derecha, se llegaba al salón de las pinturas, en donde había grandes cuadros del Tiziano y de Giulio Romani; en seguida, atravesando cuatro salones, cubiertos de estatuas, vasos etruscos y jarrones, de cuanto entonces había de más bello y precioso, se entraba por último a un saloncito más pequeño, adornado con tapices persas, en el cual hallaremos a la dueña del palacio, rodeada de unos pocos amigos íntimos, que debían asistir a la lectura de dos cantos del Dante y un soneto de Luigi Alamanni, joven florentino recién llegado a Nápoles, que empezaba a llamar la atención.

Cuando Don Nuño llegó al palacio, en la misma noche de aquel día, que marcó para él un cambio tan completo en la vida de los sentimientos, la lectura había empezado ya, y apenas sí pudo percibir de lejos la ligera inclinación de cabeza, que le hizo Nina y que parecía decirle: «Quedaos ahí y escuchad». Sandoval, no pudiendo venir tan temprano, pues su servicio le retenía aquella noche en Palacio hasta más tarde, había prevenido a su amigo, que quizá no podría hablar a Nina hasta concluida la lectura, siendo allí costumbre observar, durante ese tiempo, religioso silencio.

En los varios intervalos que hubieron de conversación, Don Nuño permaneció en el sitio apartado que ocupó desde su entrada, sin que nadie viniese a turbar las meditaciones en que el melancólico joven parecía sumido. La Nina, rodeada siempre de las solícitas y constantes atenciones de aquellos, que ella llamaba sus amigos íntimos, no parecía apercibirse del aislamiento del pobre Nuño, que volvía de continuo sus miradas impacientes hacia la puerta, con la esperanza de ver entrar por ella a Sandoval.

Las personas que formaban el círculo íntimo de la signora Barberini, eran todas extrañas a la sociedad frecuentada por don Nuño, compuesta tan sólo de oficiales españoles y de uno que otro Italiano, de los que habían servido bajo las órdenes del Condestable. La Nina, con su corazón de artista, poseyendo en sumo grado esa gracia en el decir y esa alegría bulliciosa y casi infantil de las Napolitanas, se complacía siempre en la sociedad de los artistas y de los hombres espirituales de su época, de manera que el grave y silencioso Español, se sentía oscurecido, perdido en aquella atmósfera brillante de animación y cultos chistes.

El de Lara, que, como sabemos, no tenía muy aventajada idea de sí mismo, y que como todos los espíritus reconcentrados, caía en horribles ataques de desconfianza, dejó el palacio Barberini, en una disposición de espíritu muy opuesta a la que en aquella misma mañana, le mostraba los objetos con un tinte risueño y animador. Nina no le parecía ya sino una mujer frívola y vana, que gozaba en atormentarle, dándole esperanzas que no tardaba luego en desvanecer, con la más culpable indiferencia. Y en cuanto a Sandoval, su mejor amigo, su salvador y cuanto había de más generoso hasta entonces, era sólo una pobre víctima de los sortilegios y amaños de la astuta Italiana.

Capítulo VIII

Cuando a la mañana siguiente, el de Lara halló a Sandoval bajando una de las escaleras de Palacio, que con su buen humor acostumbrado le pedía noticias de la tertulia de la hermosa Nina, Nuño le contestó con una forzada sonrisa: «Pasé allí ameno rato, y apenas eché de menos tu grata compañía», agregando en seguida haber decidido aquel mismo día, marcharse a España, pues, acababa de recibir una carta, que le traía la noticia de la muerte del anciano Pablo, y deseaba ir cuanto antes, a ocuparse por sí mismo de la educación de su hija adoptiva.

Sandoval, tomándole del brazo replicó gravemente: «Lejos de mí, amigo mío, la idea de apartarte de tan virtuosa tarea; pero antes de ocuparte de los asuntos de España, juzgo necesario, concluir con los de Nápoles, que a la verdad no dejan de valer la pena. Ven, que Nina nos espera, para que vayamos a dar un paseo por la bahía, hasta Capri. Iba en tu busca; el día no puede ser más hermoso».

Don Nuño, que, como sabemos, se hallaba muy poco dispuesto a ceder a la influencia mágica, que antes ejerciera sobre él Enrique, dijo, tratando de desasir el brazo que aquél le tomara: «No puedo acompañaros; así como anoche fui yo por vos, id hoy vos por mí». «Ya veo», repuso Sandoval, «que no me perdonas el chasco, pero qué quieres, cada uno tiene sus asuntos particulares; y como ahora, hasta tú nos das mal ejemplo. Pero es largo de contar, ya te lo diré; a propósito, Nuño; creo, fuera de chanza, que a pesar de tus protestas, has debido pasarlo bastante mal anoche; es necesario, sin embargo, me perdones por no habértelo advertido y haber faltado a mi compromiso».

«Es cierto que...»

«Sobre todo», interrumpió Sandoval, «aquello de no poder decir una sola palabra a la dama de tus pensamientos, que parecía ocuparse tanto de ti, como del último vaso de los que forman su magnífica colección etrusca. Vamos, ahora me explico la expresión dura y descontenta de tu cara. ¡Por Santiago! ¡Nuño, vuelve en ti! recobra la perdida confianza: ¿habrás de ser siempre el mismo? ¡Ea! sígueme, y sobre todo, escucha, incorregible adalid».

Don Nuño, encantado por haber encontrado quien le convenciese a tan poca costa, siguió a Sandoval, que continuó de esta suerte: «Piensa, amigo mío, cuán necesario es no ser demasiado exigente, con la inconstante Nina; ten en cuenta no es justo sacrifique aún sus antiguas y preferidas distracciones a un amor, que hasta este momento no ha hecho sino atormentarla. Es fuerza, Nuño, convengas conmigo en que sólo un corazón generoso y apasionado es capaz de sacrificarse así por quien en pago de tanto abandono le ofrece sólo desconfianzas y amarguras. Interroga tu corazón, mi buen Nuño, ¿qué has hecho tú hasta ahora, para merecer este amor que ha venido como una buena hada, a ofrecerte tesoros y delicias sin cuento? ¿Fastidiarte? ¡Oh! eso es muy poco. ¿Dudar y desconocer cuanto por ti se hace? Eso es demasiado, Lara, para quien como tú posee un corazón fuerte. Escucha aún

mi último consejo y concluyamos tan enojosa plática caro mio. A las mujeres, pobres ángeles, que nos dan cuanto poseen de más precioso, es necesario siempre sacrificarles algo, y muy especialmente nuestra vanidad».

Capítulo IX

En el embarcadero encontraron los dos jóvenes a Pietro, el criado de confianza; y poco después apareció Nina, que habiendo dado cita a Enrique para medio día, les dijo con cierta impaciencia: «¡Cómo os habéis hecho esperar, signor! ¡En verdad que ya me marchaba sola!» Y en seguida, volviéndose a Sandoval, agregó: «Segura estoy de que la culpa es vuestra, perezoso y que así como faltasteis anoche a la lectura, hubieseis faltado hoy al paseo, a no ser por vuestro amigo. ¿No es verdad? Quiero recompensaros, Lara, castigándole: os tomo hoy por mi caballero y le abandono a él sin reparo, a la primera muchacha bonita que hallemos al desembarcar en Capri». Sandoval, sin replicar, cruzó los brazos sobre el pecho, bajó la cabeza, y con aire mohíno fue a sentarse en la proa de la barca, dejando a don Nuño cerca de Nina, libre ya de decirle sin ser oído, lo que pasaba por su corazón.

El día era uno de los más bellos de Nápoles. El cielo azul, ese cielo que rivaliza en color y tersura con las límpidas aguas del Golfo; el sol que baña con su luz rojiza los objetos que acaricia, en ese suelo bendito de su predilección, que jamás abandona, se reflejaba centelleante en el mar, que se estremecía de placer, al sentir el amoroso contacto del astro rey. La tibieza de la atmósfera, el perfume de los miles de naranjos y acacias, el suave movimiento de la barca, que impelida dulcemente por los remos, parecía tocar apenas con su quilla la superficie de las aguas, el silencio apenas interrumpido, por una canzonetta napolitana, que cantaba a media voz el barcajuolo, todo, todo habla en favor de aquel amor naciente, en el corazón de don Nuño y que amenaza ya hacerse su exclusivo dueño. ¿Cómo explicar la influencia que hasta en nuestros afectos ejercen los objetos que nos rodean? ¡Cuántas veces un sentimiento, cuyo germen apenas rozara el corazón, se desarrolla profundo y poderoso, al contacto sólo del tibio rayo de la luna sobre nuestra frente! ¡Bendita ley de unidad y amor, que confunde a la creatura con la esencia de su ser!

Don Nuño, sentado a los pies de la que ama, embriagado y sin encontrar palabras con que decirle lo que el corazón siente, besa con ardoroso entusiasmo las manos que Nina le abandona, ¡con esa sonrisa del amor en sus primeros albores y que no se repite jamás!

El sol se ocultaba ya tras la cadena de montañas que ciñe a Nápoles, cuando la barca llegó a la orilla de la isla de Capri.

Sandoval, que dormía prosaicamente, mecido por el movimiento, despertó repentinamente, y acercándose a los dichosos amantes les dijo: «Hemos hecho ya la paz,

miei dolci amici; supongo ahora que la signora no tendrá inconveniente en que desembarquemos, para ocuparnos de tomar algún refrigerio, los que no estamos ligados por voto alguno, al niño travieso de la graciosa diva, que reina en Cytorea».

«Caro Sandoval», respondió Nina, «tan bueno y generoso no me perdono el haberme olvidado así de vuestro apetito; pero en la villa, Gina nos espera».

La villa Aldobrandini, propiedad del padre de Nina, era una lindísima habitación, rodeada de árboles por todos lados. Su arquitectura, no ofrecía nada de particular; pero lo que daba a este lugar un encanto extraordinario, era la cantidad de flores, de todas especies y un lujo extraordinario de arbustos y plantas raras, de todas las zonas. Hasta en el terrazo había grandes jarrones, conteniendo enredaderas de colores vivísimos, que se descolgaban caprichosamente, sobre los muros y parecían estrecharlos tiernamente con sus flores y sus hojas: aquella encantadora morada era un verdadero templo de Flora. Luego que hubieron merendado, en un lindísimo salón octógono, que estaba colocado en medio de un bosquecillo de granados, Sandoval, que a fuer de hombre de mundo, comprendía la necesidad que tenían los nuevos amantes, de decirse esa serie de pequeñeces, verdaderamente sublimes, que en el catálogo de los goces amorosos, tendrá siempre para las almas puras un lugar preferente, recordó a Nina su amenaza, advirtiéndole, iba en busca de la preciosa ninfa que debía consolarle.

Una vez que ésta volvió a quedarse a solas con su amante, le dijo: «Voy a cumplir la promesa que hice antes, contándoos la historia de mis rosas blancas; y como esta historia está tan íntimamente ligada con la de mis padres, vais a saber al mismo tiempo, cuanto yo misma sé sobre mis primeros años».

Capítulo X

La villa Aldobrandini, pertenecía hace veintiocho años, a la noble y opulenta familia de este nombre, que se componía tan sólo de dos personas, la signora Giulia, viuda Aldobrandini, y Giuliano su hijo, joven de pocos años, heredero de inmensos bienes.

A poca distancia de la villa, a orillas del mar, había una pobre casucha de pescadores, que habitaban en terreno perteneciente a la villa, y desde tiempos muy lejanos, tenían por sola condición de arrendamiento, la obligación de surtir de pescado a la villa. La casucha del pescador, así como la opulenta villa, había pasado de padres a hijos; en la época que empieza esta historia, la ocupaban Matteo y su mujer Marta, que hacía más de diez años estaban casados y a pesar de las frecuentes y devotas súplicas, de la buena mujer y de su marido, aún no habían conseguido ningún hijo. Matteo, más de una vez se lamentó con sus compañeros, de la cruel necesidad en que se veía, teniendo que abandonar la humilde choza, que por tantos años había pertenecido a sus padres, por no tener ningún heredero de su derecho.

Mucho tiempo hacía que la villa no era visitada por sus dueños, pues desde la muerte del anciano Aldobrandini, ni la viuda ni el hijo, que vivían en Roma habían venido a pasar allí, los tres meses de verano, como antes acostumbraban. Matteo rogó muchas veces a un brutal intendente, que de la villa cuidaba, hiciese saber a sus patronos la triste perspectiva que a su muerte aguardaba a la pobre viuda, que tendría inmediatamente, que dejar la casucha y mendigar un asilo en los últimos días de su vida; pero, ya sea mala voluntad del intendente o fuese que realmente sus avisos no llegaban, siempre que humildemente preguntaba al Sr. Carulla, si había recibido alguna respuesta favorable, éste le respondía con marcada insolencia: «Ya podéis iros preparando, porque aunque nada me dicen, mucho temo...», y el cruel intendente, sin concluir la frase, daba al triste Matteo un rudo golpe en el corazón. Pasaban las semanas y los meses, la opulenta morada permanecía cerrada, y el pobre pescador, sintiéndose cada día más sin fuerzas y próximo el momento en que no podría ya aventurarse solo en su pequeña barca, se consumía lentamente, habiendo perdido ya toda esperanza. Un día que Matteo, sentado a la orilla del mar, sacaba de la red una abundante pesca, hecha en pocas horas, preparándose para llevarla a la ciudad, luego que el terrible Carulla hubiese escogido lo que más le convenía, vio venir hacia a él a su querida Marta que, con paso ágil y semblante alegre, lo llamaba repetidas veces, diciéndole con voz agitada: «Matteo, Matteo, deja las redes, ¡ven a echarte a los pies de la Madonna! Santísima Virgen, ¡has escuchado mi voto! Tendremos un hijo». «¿Un hijo, Marta?», exclamó el pescador soltando su red. «¡Qué es lo que me dices, pobre Marta! ¿has perdido la cabeza?» «¿Qué no has oído?», repuso Marta, «¿dudas del milagro, que la Santísima Madonna de las Rosas por nosotros hace? Es ella, quien nos manda este consuelo en los últimos días de la vida; ven, mi querido Matteo, vamos a ofrecer de nuevo nuestro hijo a la Virgen, Madre de Nuestro Señor».

La esposa contó en pocas palabras a su marido cómo hacía más de tres meses, una amiga le había aconsejado fuese todos los días a llevar un ramillete de rosas blancas a una Madonna, llamada de las Rosas, que en una de las callejuelas de la ciudad había, y cómo, por un milagro de esta Santa Madonna, se hallaba en cinta.

Los buenos y sencillos esposos, con esa fe viva que se encuentra tan sólo en las naturalezas incultas, fueron juntos a dar gracias a la Madonna, sin olvidar un hermoso ramillete de rosas blancas, que el mismo Matteo puso en el nicho de la bendita Signora.

Muy pronto se espació por la isla la noticia de aquel milagro, muy especialmente cuando vieron al viejo Matteo, que parecía rejuvenecido de diez años, montar en su barca, cantando alegremente su canción favorita, acompañada de la continua interrupción: un bambino, un bambino; y el viejo pescador remaba con una fuerza que parecía exponer la barquilla a zozobrar.

Una noche de tormenta, que los esposos dormían tranquilamente, a pesar del viento que amenazaba la fragilidad de la casucha y del agua que caía a torrentes, Marta despertó sobresaltada, diciendo a su marido: «Matteo, Matteo, es necesario vayas a la villa a traerme una rosa blanca, que ha abierto esta misma tarde y que el viento y la lluvia van a deshojar sin piedad». El pescador, que quería muchísimo a su mujer, viendo que se trataba nada menos que de las benditas rosas, que tanto habían hecho por ellos, se vestía apresuradamente diciendo: «Voy al punto, mi pobre Marta a traerte la rosa».

En los momentos en que el buen hombre se preparaba a salir y abría la puerta de la cabaña, una ráfaga de viento y de lluvia, que azotó su cara, le hizo notar el tremendo temporal; entonces, volviéndose a Marta, que había vuelto a quedarse dormida, dijo, viendo el sueño tranquilo de su mujer: «Estaba soñando con sus rosas, ¡pobres rosas! ¡mañana no habrá ni una sola en su tallo!»

El día siguiente amaneció sereno y despejado; los esposos se ocuparon como tenían de costumbre, Marta arreglando la cabaña y cosiendo el pequeño ajuar que para su hijo preparaba, y Matteo salió en su barca a hacer su provisión de pescado. Cuando al caer la tarde, el esposo volvió a la cabaña, encontró a Marta con una criaturita en los brazos, rodeada de algunas mujeres de pescadores de los alrededores.

«Es necesario que te conformes con lo que la Madonna nos concede», le dijo su mujer, «es una niña, en lugar del niño que pedimos; bien lo sentía yo anoche, al ver la pobre rosa deshojada; ¡pero mira qué hermosa es!» Lleno de júbilo, Matteo, estrechaba entre sus brazos a la madre y a la hija, y llorando decía: «Bendita niña ¡qué hermosa es! Que me conforme, ¡vaya! como que me alegro tantísimo de que sea una niña. Ya veréis, amigos, qué guapa será y qué fiesta haremos para la boda. Apuesto a que más de un galán... ¡Pero así no más mi bella rosa no concede sus favores!» Marta viendo la alegría de su marido, confesó a sus amigas que, ella, por su parte, también se alegraba mucho de que fuese una niña, pues de ese modo la llamarían como su Patrona, María de las Rosas.

Pasaron cinco años, durante los cuales la vida de los dichosos esposos fue siempre igual y serena; la niña María crecía robusta y hermosa, acariciada por todos y querida de cuantos la veían, y muy especialmente de un pobre niño huérfano, hijo de una hermana de Marta, que había muerto poco tiempo hacía y que los esposos habían recogido y cuidaban como si fuera propio. El niño Pietro, era la criatura más buena y de mejor carácter que podía verse; ayudaba a su tío en la pesca, acompañándole en la barca, y a su vuelta traía siempre a su querida María Rosa los pescaditos más pintados y graciosos que caían en la red, cuidando de no maltratarlos, para echarlos en un pequeño pocito, que él mismo había hecho a la orilla del mar, y conservar allí los pececitos, que la graciosa niña quería muchísimo y alimentaba con miguitas. La mayor parte de las veces, éstas eran del pan de Pietro, que guardaba siempre una pequeña porción de su ración diaria, para tener el gusto de ofrecerlo a la olvidadiza María, cuando llegado el momento de visitar su pequeño mar, la niña decía tristemente: «Lástima, Pietro, que he olvidado guardar unas miguitas para los pobres pececitos hambrientos!»

Los compañeros de Matteo, que mucho le querían por su buen carácter y conocida honradez, y que además, le consideraban como el decano de los pescadores de la isla, le habían pedido muchas veces no se aventurase en el mar, en los días de tormenta, temiendo que las débiles fuerzas del niño Pietro, no bastaran a librarle del peligro, especialmente en los meses de invierno. Matteo prometía siempre a sus amigos; pero confiando en su antigua destreza y en lo mucho que conocía su barca, desafiaba en los días más ventosos y nublados, las iras del mar furioso, en compañía del valiente niño.

Una mañana tempestuosa, del mes de febrero, el pescador dijo a su joven compañero: «Prepara las dos redes, hijo mío; hoy la pesca será muy abundante, porque, los pescados que saben que la tormenta está cercana, se dirigen todos juntos a abrigarse en el fondo de la vuelta pequeña, y allá iremos».

Cuando Marta oyó estas palabras, dijo a su marido: «Matteo, si la tormenta está cercana ¿por qué te embarcas? No seas imprudente, mi viejo Matteo, déjalo para mañana, te lo pido». A lo que éste respondió: «Que la tormenta tardaría aún más de cuatro horas, y que no internándose demasiado, tiempo tendrían de sobra; además, que llevaban la vela y estarían pronto de vuelta». Marta acompañó a su marido hasta la barca. María Rosa, que iba también tomada de la mano de su madre, dijo a Pietro después de abrazar a su padre, como lo hacía todos los días: «A ti no te toca hoy, porque ayer no me trajiste lo que tú sabes». El niño replicó dulcemente: «Me conformo, aunque no tengo la culpa, hermanita. «Y la generosa niña, viendo su aire triste, le besó cariñosamente, diciéndole: «No olvides, mi Pietrino, mis azules».

La barca estaba ya muy lejos, y María Rosa gritaba aún a Pietro, con toda la fuerza de su voz: «¡De los azules, de los azules!»

Capítulo XI

Apenas había pasado una hora, desde que el pescador y el niño se ausentaron, cuando Marta, que con constante agitación, sacaba la cabeza por la ventanilla de la cabaña, vio a lo lejos y en dirección al mar, un relámpago cruzar el horizonte. La pobre mujer, al ver aquel indicio seguro, de la próxima tormenta, se santiguó diciendo: «La Madonna ampare a mis pobres pescadores». Pocos momentos después se oyó un trueno lejano y una ligera ráfaga de viento agitó los cabellos de la inquieta mujer; la niña María entró repentinamente, diciendo: «Madre, el cielo se pone negro, y el mar se encrespa, ¿no oyes cómo suena?» «Sí, hija mía», respondió su madre, «ven a rezar conmigo una oración a tu divina Patrona, para que vuelvan tu padre y tu hermano, cuanto antes».

La madre y la hija se arrodillaron delante de una Madonnina de bulto, groseramente tallada en madera, que estaba colocada dentro de un nicho, en uno de los ángulos de la casucha; en seguida Marta, que oía el ruido creciente de las olas agitadas y el zumbido del viento, que acompañaban truenos cada vez más cercanos, dijo a María Rosa, que sin saber lo que había que temer, se sentía instintivamente conmovida por la agitación de su madre y por el sacudimiento de los elementos: «Ven, hija mía, ven conmigo a casa de Bertuccio; es necesario que el bueno de tu padrino, salga en su barca, a ayudar a tu padre que debe estar luchando, en este momento, con la fuerza del viento que lo aleja de la costa. Aunque no, hija mía, quédate tú aquí, mirando siempre hacia el mar, por si descubres a lo lejos la

barquilla, vayas en seguida a avisármelo». Y la buena mujer, con el corazón oprimido, se dirigió a la cabaña de Bertuccio, su mejor amigo, segura de que éste se lanzaría al mar, tan luego como supiese el peligro, que Matteo y Pietro corrían.

Cuando Marta llegó a la casa de Bertuccio, caían ya gruesas gotas de agua, y el pescador, no bien supo lo ocurrido, le dijo: «Voy al punto a preparar mi barca: sentaos, buena Marta, descansad un momento». Pero llamando a un lado a su mujer, agregó, sin ocuparse del peligro que él mismo iba a correr; «Detenla aquí cuanto puedas, Michelina; sólo Dios puede volvernos a Matteo; y salió sin que Michelina se opusiese, ni con una sola palabra, al cumplimiento de aquel sagrado deber, que tan caro podía costarle.

Ejemplo muy común, que ofrecen en toda su grandeza y sublimidad, las naturalezas sencillas y verdaderamente cristianas, de los habitantes de las costas del mar...

La lluvia caía a torrentes, el viento había cesado el mar parecía más tranquilo, los truenos eran cada vez más débiles y lejanos. Marta y Michelina oraban en silencio, desde la salida de Bertuccio.

Esos dos corazones afligidos, no habían encontrado palabras más elocuentes que aquellas que dirigían a la madre del Salvador: al consuelo de los afligidos.

De repente, entraron en la cabaña cuatro pescadores, de aquellos que hacía muchos años no salían ya al mar; seguidos de sus mujeres y de sus hijos; la lluvia, que aumentaba cada vez más, había empapado sus vestidos. Sin decir una palabra, todos vinieron a arrodillarse al lado de las dos esposas, frente a la imagen de la Madonna, compañera inseparable de la casa del pescador napolitano. Marta comprendió lo que significaban, el silencio y recogimiento de los recién llegados, y sin interrumpir su plegaria, permaneció arrodillada y echó a llorar silenciosamente, deshecho el corazón en llanto. El anciano Giacomo entonó la plegaria, que acostumbran rezar sobre el lecho de los agonizantes, y una vez concluida, dijo a Marta con acento paternal: «Abraza a Michelina, Matteo está en el Cielo. Bertuccio, nuestro bravo Bertuccio, arriesgando su propia vida, arrebató a las olas el cadáver de tu marido».

Las dos mujeres se abrazaron y en seguida se dirigieron todos a casa de la viuda.

Cuando entraron en la choza, encontraron a María Rosa, sentada al lado del cadáver de su padre, esforzándose con sus manecitas en calentar las yertas manos del anciano, que parecía dormido por la serenidad y dulzura de su expresión; a poca distancia Bertuccio y algunos otros jóvenes pescadores, se ocupaban del niño Pietro, cerca del cual ardía un buen fuego, dándole fricciones y aplicándole unos paños empapados en agua hirviendo. María Rosa, viendo a su madre acercarse silenciosamente a besar la frente de su viejo Matteo, le dijo: «¡Cuida, madre, de no despertarle, que debe estar muy cansado!»

Capítulo XII

La muerte, al imprimir su huella en la dichosa morada de los sencillos esposos, dejó sentir la duradera influencia de su fatal contacto. Desde la catástrofe, que privó a Marta de su antiguo compañero, y a la inocente niña, de tan amoroso padre, la dicha parecía haber huido, para siempre, de aquel lugar.

María Rosa, desde el día en que vio llevar a su padre dormido (según su inocente creencia) en brazos de Bertuccio y de sus amigos, perdió la alegría, y sus bellos colores, insistiendo siempre con su pobre madre, en que era necesario fuesen a sacar a su padre, de aquel lecho tan frío. ¡Pobre Marta! Sencilla e inculta naturaleza, todos los días, al escuchar las inocentes preguntas de su hija, sentía renovarse las heridas de su corazón. Pietro, apenas convaleciente, al cabo de un mes, de la fiebre que le ocasionó el terror del peligro que había corrido y el frío del agua del mar, se pasaba horas y horas sentado cerca del hogar, con los ojos fijos en la llama, distraído y absorto. De vez en cuando, la voz de María Rosa, que preguntaba a su madre, cuándo volvería padre, rompía el silencio, hasta entonces no interrumpido, en las largas y penosas veladas del invierno.

No era posible, sin embargo, que la niña continuara siempre con tan dulce esperanza. Un día que habiendo ido a la ciudad, con dos hijitas de su padrino Bertuccio, pasaban cerca del cementerio, María Rosa, dijo a sus compañeras, que eran algunos años mayor que ella: «Es preciso que entremos un momento aquí, para que yo vea si puedo despertar a mi querido padre, que hace tantos días y noches está durmiendo». Las niñas entraron al cementerio, y como ninguna de ella, supiese el lugar en que había sido puesto el cadáver de Matteo, la mayor preguntó a María Rosa cómo harían para saberlo.

A lo que ella contestó que aunque no sabía en dónde le habían puesto, le sería muy fácil buscarlo, pues no tenía sino mirar un momento, para reconocer al instante los cabellos blancos y los ojos tan negros y brillantes de su buen padre.

Las niñas echaron a andar por entre las modestas tumbas de aquel pobre cementerio; y cuando al cabo de un rato, María Rosa les dijo, con su sonrisa inocente y candorosa: «¿Vosotras estáis ciertas de que este es el lugar en que han traído a mi viejo padre». «Vaya que si lo estamos», respondieron las niñas; «pero me parece que a este paso, no encontraremos nunca al tío Matteo».

En este momento, la menor de las dos hermanas, exclamó con una expresión de asombro y desagrado muy marcados: «¡Mirad!» y les enseñaba allí a sus pies, dos cráneos y varios huesos, que parecían pertenecer a dos cadáveres recién desenterrados.

La mayor de las chicas, que sabía bien lo que eso era, dijo, afectando una superioridad verdaderamente fatal, en este instante: «Eso es un difunto que está ya podrido; apostarí a que a estas horas no está el tío Matteo mejor parado». La inocente María Rosa, con los ojos fijos en aquel repugnante espectáculo, último vestigio de lo que fue joven y bello quizá, escuchó las terribles palabras de la niña, que venían a revelar un mundo de crueles realidades, en cambio de sus dulces ilusiones. Y comprendiendo, adivinando, el misterio de

la muerte, que tan de improviso se revelaba a su temprana razón, herida por la luz de aquella revelación, en su más asquerosa y repugnante manifestación, cayó al suelo, perdiendo el sentido, yendo las frescas y puras galas de su cuerpo de niña a juntarse con los descarnados y amarillentos huesos de los dos cadáveres. Viendo las niñas, el desmayo de su compañera, y creyéndola muerta, huyeron despavoridas.

Desde entonces, la pobre María Rosa, presa durante dos años de una fiebre nerviosa, que destruyó su naturaleza robusta, quedó sujeta a continuas alucinaciones y vértigos, que para los rústicos habitantes de la isla, eran éxtasis misteriosos, a los cuales prestaban ellos algo de divino. La niña crecía débil y enfermiza, ausente siempre de espíritu. Nunca más pronunció el nombre de su padre, todo su amor, toda su delicia, se concentró en la Madonna de las rosas blancas.

Seguida de Pietro, que no la abandonaba un instante, habiendo renunciado para siempre al mar, que antes amaba tanto y que tornárase para él un objeto de horror, María Rosa, bella como las mismas rosas, con que diariamente adornaba el altar de la Madonna, gracias al encanto de su persona y a la dulzura y apacibilidad de su genio, penetraba en la villa por el lado del jardín, para hacer sus ramilletes y para acariciar y cuidar allí de sus rosas tan queridas. Se la veía como una blanca aparición, en las noches de luna, con su sencillo traje blanco, con los largos cabellos flotando sobre la espalda y con los ojos fijos en el cielo, dirigirse a la villa en busca de sus hermanas, como poéticamente les llamaba.

El mismo Carulla, aquella naturaleza brusca y egoísta, cedió a la influencia de tan dulce criatura; y no sólo consintió, en que Bertuccio desempeñase la obligación de pescador de la villa, conservando la pobre Marta la casucha, sino que permitía, a toda hora y sin reparo, que la niña viniese al jardín, donde había, como hasta ahora, tantos rosales blancos.

Las jovencitas de la isla, viendo a María Rosa silenciosa y tranquila, no tomar parte, ni en sus danzas ni en sus juegos, con la cabeza adornada siempre, con una corona de sus queridas rosas blancas, venir a depositar todos los días un ramillete en el nicho de la Madonna y pasarse largas horas de rodillas, con los ojos fijos en el cáliz de esas llores, en donde ella parecía leer, con misteriosa avidez, algo de dulce y celeste, que se comunicaba a su semblante pálido como la luna de Diciembre, la llamaban la verginella; creyendo ver en ella algo de puro y virginal, que la asemejaba a la misma Virgen que adoraba.

Gran sensación cansó un día en la isla, saber que al cabo de tantos años, había por fin llegado a visitar la villa, el noble y opulento heredero.

Todos a porfía, ponderaban sus méritos y gallardía; cual lo decía el más hermoso, cual el más brillante y apuesto caballero de su tiempo, causando no poco escándalo el que una tía vieja, llamada la Mónica, dijese de improviso y sin miramiento alguno: «Guárdeos Dios de sus méritos y virtudes, que tengo para mí, que el tal Giuliano es un truhán sin más ley que su deseo, ni más Dios que su soberana voluntad».

Las muchachas más bellas y coquetas de la isla, haciendo grande alarde de cuanto de más hermoso y rico poseían, se presentaban a cada paso en la suntuosa villa, con el pretexto de ofrecer frutas y dulces de todas clases; todas volvían haciendo grandes y exagerados

elogios de la cortesía y sabrosa galantería, con que el apuesto y generoso señor, recompensaba esos sencillos dones; y algunas de ellas, usando de la modestia natural, que hubiera en tal caso debido servirles para lo contrario, contaban, cómo, a haberlo consentido ellas, habrían retardado más y más su vuelta a la ciudad.

La buena Marta, que más que nadie, debía ocuparse de la llegada del brillante huésped, fue también con su sobrino Pietro a ofrecer su homenaje a su patrón, al cual, sin embargo no viera, por hallarse a la mesa, con varios de los jóvenes amigos que le acompañaban.

María Rosa, ajena como siempre a todo lo que a su alrededor pasaba, no oyó siquiera el nombre de aquel Giuliano, que debía tener con ella, la pura y casta verginella, más que ver, que con sus robustas y alegres competidoras de la ciudad. Fija siempre su mente en la mística contemplación de sus rosas blancas, pasaba en los jardines de la villa largas horas, durante las cuales sus oídos no escuchaban ni el choque de los vasos, ni las alegres carcajadas, que resonaban en sus brillantes salones, atenta siempre a la dulce armonía que del cáliz de sus rosas se exhalaba. ¡Pobre María! imagen el de la rosa blanca que en la noche que precedió a su nacimiento, el huracán en pocas horas deshojara.

¿En dónde estabas tú, fiel Pietro, amante silencioso, fiel compañero, guía y amparo de la inocente Rosa blanca?

Apenas una semana permaneció el brillante y disoluto Aldobrandini, en la villa, habitación predilecta de su noble padre, volviéndose a Roma, donde los placeres de todo género le ofrecían su copa embriagadora y deleitosa.

La vieja Marta, próxima ya al sepulcro: sentía cada día disminuirse la luz en sus pupilas, amenazadas de cataratas, y Pietro veía con creciente melancolía, sin saber a qué atribuirlo, el cambio tan raro que se había operado en la vida de la sencilla María Rosa. Desde la época en que Giulio Aldobrandini visitó la villa, María, más silenciosa que nunca, dejó de recoger sus rosas blancas, contentándose sólo con recibir de manos de su hermano, el ramillete de rosas, que éste le traía todos los días. María, iniciada siempre de improviso en los misterios de la existencia, naturaleza sensible y delicada, mal pudiera resistir el duro embate de las tempestades de la vida; María Rosa, la casta y blanca rosa, la verginella del prado, dio a luz el día 5 de Mayo una niña, sin que su endeble cuerpo pareciese sentir el menor choque, al cumplirse en él, el doloroso y sagrado misterio de la maternidad.

«Esa criatura, que entraba en la vida sin más amparo que el de Dios, esa criatura era yo», dijo Nina, enjugando sus bellos ojos. El niño Pietro, a quien habéis visto hoy, ya viejo, conducir mi barca, es quien más de una vez me ha contado, siempre con la más viva emoción, los detalles tan tristes de la historia de mis padres. ¡Infeliz Pietro! ¡amaba a María Rosa, con un cariño más vivo que el amor de hermano! Aquella desgracia le hirió en lo que poseía de más caro: su amor. Y Marta, que después de la pérdida de su marido, parecía insensible ya a los golpes de la suerte, habiéndose agotado en ella, por decirlo así, las fuerzas del sufrimiento, recibió en sus brazos a la inocente criaturita, diciendo: «¡Hágase tu santa voluntad! ¡Pequé! ¡El Señor nos mire con ojos de piedad!» María Rosa, para la cual la maternidad no tenía ni goces ni dolores, resistió aquella crisis, sin parecer experimentar algún sufrimiento: como si no comprendiera lo que por ella pasaba.

Veíase a orillas del mar a la madre, ciega ya completamente, con un grueso rosario, cuyas cuentas pasaba una a una, moviendo apenas los labios, teniendo a su lado a su hija María Rosa, que con los ojos fijos en el cielo y con semblante sereno, daba el pecho a la pobre huérfana, a quien alimentaba y cuidaba maquinalmente, cantando incesantemente estas coplas:

Únicas palabras que dijo, después del nacimiento de su hija.

Pietro, cuya misión era velar por estas dos infelices, no me lo ha dicho él ¡pobre amigo! pero lo sé por cuantos han conservado un recuerdo, de tan desgraciada familia, hizo con ella veces de padre y de hermano. Su corazón generoso y amante, le inspiró la idea, de adoptar por hija, a la pobre criaturita desamparada.

La muerte, visitó nuevamente la modesta choza, María Rosa expiró el mismo día en que su hija cumplía un año. ¡Pobre madre mía! Volose su alma al Cielo, cuando su cuerpo había desempeñado ya la misión santa de criar a la hija, que sin embargo, no pareció nunca reconocer. La muerte, como la vida de tan extraña criatura, fue dulce y sin sufrimientos, expiró al lado de su madre, con su hija en brazos, pronunciando el nombre de la Madonna.

Los habitantes de la isla, para quienes María Rosa fuera siempre la verginella, hicieron en honor suyo una fiesta fúnebre, cuya costumbre se observa hasta ahora, en el aniversario de su muerte. María Rosa fue conducida al cementerio, al lado de su padre, por doce de las jóvenes más bellas y virtuosas de la isla, las cuales, con una corona de rosas blancas sobre la cabeza, entonaban las sencillas coplas a la Madonna de las Rosas, ¡que fuera hasta el último momento el refugio y amparo de aquella alma virginal!

Mi buena suerte quiso, Nuño, que la signora Giulia Aldobrandini, viniera poco tiempo después a la villa, con motivo de la muerte de su hijo Giulio, acaecida en un duelo, casi al mismo tiempo que mi pobre madre.

Aquella buena señora, al oír lo que vagamente se contaba de nuestras desgracias, llamó a Marta, la tomó bajo su protección y me adoptó por hija, en nombre de su hijo y, como expiación a sus faltas.

Ya sabéis que me instituyó su única heredera; pero lo que no sabéis, Nuño mío, es que fuera para mí la mejor y más buena de las madres.

La vieja Marta, sobrevivió muy poco a su hija; pero murió contenta, viendo la suerte de su Nina asegurada, confiando al mismo tiempo a Pietro que todas sus desgracias habían sido ocasionadas por el abandono con que su viejo Matteo dejó deshojar aquella rosa blanca.

Pietro, a quien mi nueva madre cobró mucho afecto, pues aquel gran corazón se le revelara muy luego, fuese con nosotros a Roma, a donde me condujo la signora Giulia, para que allí recibiese la educación que a mi nuevo rango correspondía. El pescador no quiso consentir jamás en dejar el traje, ni la humilde condición a que pertenecía, contentándose sólo, como hasta ahora, con seguirme a todas partes, llamándome cuando nadie nos escucha, su hija, su querida hija, y haciéndome participar del gran amor que a mi pobre madre tenía. Ya veis, amigo mío, cuán íntimamente ligadas con mi historia están esas rosas blancas. ¿Cómo no amarlas? ¡Son mis hermanas! ¡Son para mí la imagen de mi buena madre!

Concluyo, diciéndoos, que la signora Giulia, antes de morir, me rogó consintiese en unir mi suerte a la del noble y distinguido anciano cuyo nombre llevo. Aquel bueno y generoso Barberini, a, quien amaba yo desde mis primeros años como a un padre, y que era íntimo amigo de mi madre adoptiva, me dijo al recibirme de manos de la signora Giulia

«Hija mía y no más que mi hija; estad tranquila, nada temáis, poco tiempo me queda ya de vida, y mal que le pese a mi sobrino, vuestra y sólo vuestra, será toda mi fortuna». «He aquí, amigo mío», agregó Nina con sonrisa melancólica, «la historia de mi humilde nacimiento y el origen de mi rango presenté, ya veis, como la suerte que presidió a mi nacimiento, sigue siempre formando a mi alrededor el mismo círculo de aislamiento que en la cuna me recibió. Heme de nuevo huérfana, viuda y sola».

«Basta ya de soledad, alma de mi alma», exclamó don Nuño, echándose a los pies de su amada. «Vuestro es mi corazón, tomad mi vida; ¿acaso no sois vos el astro refulgente, que con sus rayos disipó para siempre las tinieblas de mi alma? ¿Acaso no os pertenece ya? Nina, amor mío, este amor obra sólo de vuestros divinos encantos, fuente pura y cristalina, que en medio de la aridez de una vida estéril y descolorida, el cielo pone en mi camino, mujer, ángel, ¿qué puedo hacer por ti? Dilo, dilo, Nina; y aunque me pidas la muerte; hoy que empiezo recién a vivir, luz de mis ojos, me verás ciegame obedece; habla, Nina, ¿qué exiges de mí?»

«Que me ames», respondió la hechicera Nina, rodeando su cuello con los brazos e imprimiendo un amoroso beso en su morena frente.

Pocos momentos después, los enamorados amantes visitaron, a la luz de la pálida luna, el lugar donde estaba antes la casucha de los pescadores. Allí, en recuerdo de su madre, Nina había hecho levantar una pequeña capilla, en donde se veía dentro de un nicho a la misma Madonna de las Rosas, que había pertenecido a la buena Marta. Los amantes oraron juntos a los pies de la Madonna, pidiéndole protegiera su amor, y Nina dejó como siempre el ramillete de rosas, que esta vez, su amado le ayudó a recoger.

Don Nuño, al salir de la capilla, alumbrada siempre por una lamparita que ardía en honor de la Madonna, y que al mismo tiempo servía de faro a los pescadores, que le llamaban la luce santa, sintió oprimírsele el corazón. Ya fuese el recuerdo de la melancólica historia de María Rosa, o el efecto de la luz pálida y amortiguada de una luna expirante, los jóvenes volvieron silenciosos y melancólicos a la villa.

¿Sería acaso un presentimiento? ¡El corazón de los que aman, tiene extrañas intuiciones!

Al día siguiente, volvieron a Nápoles. Don Nuño habló con Pietro en presencia de Nina, y el buen Pietro derramó gruesas lágrimas, cuando el enamorado Español le dijo, con tono respetuoso y conmovido: «Buen Pietro, me concedéis la mano de vuestra hija Nina?»

Pietro abrazó a Nina, y con la voz embargada por el llanto, contestó: «¡Hacedla dichosa, caballero, su madre os mira desde el Cielo!»

Capítulo XIII

Bien pronto se esparció por la ciudad la nueva del casamiento de la altiva Nina Barberini, con el noble y cumplido don Nuño de Lara, primer gentil-hombre de cámara, capitán de la guardia de Palacio y para quien el Condestable acababa de pedir al rey, el título de conde de Cerignola.

Todo Nápoles, hablaba de las fiestas, que, a no dudarse, en honor de los esposos daría el Condestable, que decían ser el padrino y el viejo duque Palmarosa, el cual, al verse fuera de combate, había renunciado cristianamente a la mano de Nina, y no la llamaba sino su cara fanciulla.

Sandoval siempre él mismo, se complacía malignamente burlando al descontento Castañar, y a tantos otros, de los que componían la numerosa falange de desahuciados adoradores de la hermosa.

Entretanto, los amantes, lejos de las agitaciones del mundo, no vivían sino el uno para el otro. Don Nuño, visitaba todos los días a Nina en su palacio. Daban frecuentes paseos por la bahía, acompañados siempre de Pietro, que muy pronto se apasionó del bravo capitán, a quien llamaba su hijo. Sandoval no consintió jamás en acompañarles, a pesar de las instancias de ambos amantes, diciéndoles: «Pese a mí, si me divierto lo más mínimo en vuestra compañía».

El palacio Barberini, siendo el que debían habitar los esposos, estaba entregado a los pintores y artesanos, de todo género que prometían dejarlo listo en el término de un mes,

habiéndose reservado Nina tan sólo dos pequeñas habitaciones en el fondo del jardín. Allí recibía a su Nuño, allí hablaban de sus proyectos, de sus dulces ilusiones, que dentro de poco dejarían de serlo, tornándose en dulce y halagüeña realidad. Nina, con esa gracia inefable que ella sola poseía, enseñaba a don Nuño el italiano, que éste apenas entendía. Leían juntos sus poetas favoritos, el Dante y el Petrarca, alegres y serenos, si bien el enamorado Nuño se quejaba de continuo, de lo poco que adelantaban los trabajadores; amenazando a Nina con robársela y llevarla a su casita de soltero si no acababan éstos, pasado el mes.

Y no se crea que nuestros amantes, poseídos tan sólo de la dicha, olvidaban ingratos a Lucía, ni a su buena madre. Nina derramó lágrimas al relato de la triste historia, de los desgraciados amores de Miranda, y sabedora del cariño con que los pobres aldeanos adoptaron a Lucía, escribió una carta a la buena Mariana, en los términos más afectuosos.

Prometiendo don Nuño a su novia llevarla a visitar esa España, que ella ansiaba tanto conocer, luego que hubiese transcurrido un mes de su casamiento, «Lucía», decía Nina, «será mi hija, yo le serviré de madre; huérfana como yo y desgraciada, ¡Nuño mío, haremos para con ella las veces de Providencia!»

¡Dichosos y muy dichosos amantes, quién pudiera jamás imaginar, que el infortunio, semejante al ave de rapiña que espía su presa tras las vistosas y lozanas flores, se ocultara bajo las engañosas y falsas apariencias de una dicha que concluir tan rápidamente debía! ¡Maldito patrimonio de desdichas que alcanza a todos los humanos! ¡Ay del que fía imprudente en una hora de tregua!

Capítulo XIV

Apenas una semana falta ya, para que Nina y Nuño cambien el transitorio nombre de amantes, por el duradero y sagrado nombre de esposos. Los trabajos del palacio tocan a su fin. Nina, que ve llegar el tan deseado instante, siente, sin embargo, esa vaga melancolía, que se insinúa en el corazón, cuando prontos a cambiar un presente dichoso, por ese porvenir envuelto siempre en las densas nubes de la duda y que la esperanza nos señala, revistiendo sus más preciosos colores, echamos una mirada pesarosa a ese ayer tranquilo y ya pasado, que nos abrirá las puertas de un mañana, que trae consigo ilusiones, esperanzas y también dudas. Don Nuño, presa de esa inquietud, que se aumenta más y más a medida que nos acercamos al logro de nuestras más caras esperanzas, se queja de la lentitud de las horas, duerme apenas.

El tiempo que antes, al lado de Nina, pasaba tan rápido, parecele cada día más lento y tardío en su pasar. No goza ya en el presente; ingrato y descontentadizo, desdeña el bien que posee por el que tarda en llegar. ¡Terrible condición del hombre! Siempre anhelando dichas sin fin, y siempre destinado a ver que la esperanza, en tanto que nos halaga y nos promete, conserva sólo su brillo y esplendor!

Es de noche, los amantes están en el belvedere del jardín; mucho rato hace que callan. «Amigo mío», dice de improviso Nina, «hacedme el gusto de abrir esa ventana, siento un extraño calor, el aire está muy sofocante, me laten las sienes». Don Nuño, acercándose, responde cariñosamente: «Vida mía, ven apóyate en mi brazo, el aire del jardín disipará tu malestar». Después de dar una pequeña vuelta, Nina agrega con melancolía. «Perdóname, mi querido Nuño que te prive de tu Nina, por esta noche; me siento muy abatida, creo que necesito reposo». Condújola don Nuño, hasta su habitación, y allí, después de estrecharla más de una vez contra su corazón, dejola entregada al cuidado de su fiel Gina, prometiendo venir el día siguiente, muy temprano.

Cuando a la mañana siguiente, don Nuño se presentó en el palacio, más temprano que de costumbre, deseoso de saber el estado de la que amaba, halló al doctor Saccone, médico amigo de Nina, que salía de sus habitaciones. El doctor, que estaba al corriente del próximo enlace y que era además un excelente hombre, le dijo, viendo la inquietud que se pintaba en el rostro del joven: «Tranquilizaos, signore, Nina tiene fiebre, pero no creo que esto retarde vuestra próxima boda; sin embargo, todo depende de vos, la he recomendado tranquilidad y el más absoluto silencio; así, es necesario que hoy os privéis ambos de la dicha de veros; a más de eso he prevenido muy especialmente a Gina, y no sólo a Gina, de cuyo corazón sensible desconfío, sino a Pietro, que por más que hagáis, no cederá, tratándose de la salud de su querida Nina. Conque, ¡mi capitán o mejor dicho, signor conte, venid conmigo, que lo que es por hoy, habéis de contentaros sólo con hablar de ella!

En vano insistió don Nuño el doctor Saccone, con una tenacidad verdaderamente profesional, se lo llevó consigo, a pesar del mohíno y descortés silencio, en que el joven se encerró.

Imaginad vosotros, los que habéis amado con todo el calor de un alma ardiente, qué sería del pobre don Nuño, cuando al cabo de tres días mortales, hallara siempre cerradas para él las puertas de las habitaciones de Nina. Ruegos de todas clases, nada, ni aún las amenazas más extrañas y disparatadas, lograron ablandar al inflexible Pietro, el cual, viendo la agitación y demencia del infeliz amante, le decía tan sólo, con voz templada y triste: «¿Queréis matarla? El médico no responde de su vida, sino a cambio de que no os vea».

«¡Por Dios, Pietro! mi buen Pietro», insistía don Nuño, «dejadme tan sólo que la vea de lejos; dejadme que vele su sueño, no la hablaré, me contentaré con millones de besos. ¡Ah, Pietro, si supieseis! ¡En nombre de María Rosa, en nombre de ese amor!»

«¡Oh! callad, callad, don Nuño, no invoquéis tan terribles recuerdos; desechad esa idea. Mala influencia, evocáis amigo mío; Dios se apiade de nosotros».

Todo fue en vano, don Nuño no se movía ya del palacio pasábase los días, entonces verdaderamente siglos, recorriendo los vastos y suntuosos salones, prontos para una dicha, que parecía ya tan remota a su corazón lacerado. Sandoval acompañaba a su amigo, siempre que su servicio se lo permitía, logrando, gracias a la elasticidad de su bello carácter

y buenas prendas, que don Nuño tomase algún reposo y no se abandonara enteramente a la desesperación.

El doctor, a quien durante los ocho días que duraba la enfermedad de Nina, don Nuño no vio sino dos veces, le dijo una noche, que insistía como siempre, por quedarse en el palacio:

«Tengo encargo especial de la signora Nina, que estará dentro de poco completamente restablecida, de pedir os cuidéis de vuestra salud y que os vayáis esta noche a casa a dormir, lo más tranquilamente posible; justamente aquí viene vuestro amigo Sandoval, lleváoslo signor Enrico, y no lo dejéis hasta verle en su cama, como que tiene calentura. Vaya, vaya, don Nuño, tomaos una buena taza de agua de yerba del monte y guardaos del aire».

A pesar de la promesa que don Nuño hizo a Sandoval, de quedarse en cama todo el día siguiente hasta que, acabado su servicio, él viniese para acompañarle al palacio Barberini, y a pesar del agudo dolor de cabeza que sentía, se fue muy temprano, a saber, si era llegado al fin el momento de concluir con tanta angustia.

Halló a Pietro sentado cerca de la entrada del belvedere, con la cabeza entre las manos, sin reparar siquiera, en la presencia de don Nuño, que le decía sorprendido, viéndole lejos del sitio en que acostumbraba a impedirle el paso: «¿Cómo es eso, Pietro? ¿Quiere decir que ya no os oponéis a que pase adelante, decidme?». Pietro, enseñándole un semblante alterado por las lágrimas, le respondió, poniéndose de pie: «No, don Nuño, hoy tampoco la veréis, pero seguidme. Hízole entrar, le convidó a que se sentara frente a la estatua de Diana, y entregándole allí una carta, le dijo con acento conmovido: «¡Valor, amigo, valor!»

El infeliz don Nuño, presintiendo que aquella serie de sufrimientos, tocaba ya a una crisis, más dolorosa quizá, miró a Pietro sin abrir la carta, y dijo, tratando de leer hasta el fondo de su alma: «¡Muerta!»

«Para vos», murmuró apenas Pietro, enseñándole la carta, «leed», lo dejó solo frente a la estatua.

Don Nuño creía soñar. Aquel para vos, que al mismo tiempo que abría honda huella en su corazón, lo libraba de la horrible aprensión de la muerte, produjo en su alma un extraño miraje. Huyó de su memoria el presente, olvidó sus temores, sus angustias. Solo, ante aquella imagen tan bella, de la que amaba, rodeado de los mismos objetos que vio el primer día, en que Nina se reveló a su corazón, como la estrella misteriosa que debía guiarle en el sendero de la vida, se creyó de nuevo transportado a aquel día, el más bello de su vida. Feliz y más dichoso que nunca, allá en su mente, aparecieron por un raro fenómeno, esos infinitos goces purísimos, que al lado de su amada gustara, confundiendo dichas pasadas y goces soñados. Fijos los ojos en la imagen, que con sólo la magia de su semejanza, levantara en su mente aquel tumulto de fantásticas visiones, don Nuño en pocos momentos vio como en un cristal, reflejados hasta sus más ensueños de amante. Parece, sin embargo, de improviso, que de los apagados ojos de la estatua, sale una luz, que comunicándosele, lo abraza lentamente, haciéndole sufrir agudos dolores. Huyeron ya las gratas visiones, el blanco mármol se torna en blanco sudario, la inmovilidad de la estatua, en rigidez de muerte. Cierra los ojos Nuño; vago terror se apodera de su alma, estremécese su cuerpo

devorado por la fiebre, y la realidad, más cruel que nunca, se presenta a su memoria en su más completa desnudez. Abre la carta; era de Nina; la sangre toda refluye a su corazón; ¡pobre Nuño! Aún entonces, la esperanza brilla a lo lejos para él, cual fuego fatuo sobre una tumba amada.

He aquí el contenido de aquella carta, que debía herir de un golpe y para siempre, su esperanza.

«Nuño mío: En nombre de tu amor, de ese amor que tantas veces me pintaste grande y generoso como tu alma. En nombre de esas horas felices y serenas, por mi mal y el tuyo, bien lejanas ya. En nombre de esos encantos, que fueron tu delicia y son hoy mi más cruel tormento. En nombre de la cruda pena que desgarró mi alma, perdona, Nuño, la fatal sentencia que impongo a nuestro amor.

Ya no nos encontraremos nunca, aquí en la tierra. Nunca más tus ojos tan bellos, tan amantes, volverán a fijarse en los míos, apagados y sin brillo, para leer en mi alma y beber en la fuente de mi amor sin tasa. Pasaron para siempre y sin remedio, las ilusiones suaves y doradas, que nuestros corazones soñaron realizar! ¡Ay! ¡Nuño mío! quién creyera en aquella noche, la última, que confiado y amante me estrechaste contra tu pecho, que debiera ser siempre mi refugio; el horizonte de mi vida, el círculo amoroso de tus brazos; ¡que yo misma, con dureza sin igual, e inhumano rigor, te apartara para siempre de mí! ¡Para siempre! ¿Comprendes, Nuño, que pueda haber pronunciado tal palabra, latiendo aún mi corazón, más enamorado que nunca y presa aún el alma de la magia de aquellos dulces ensueños, que fueron nuestra vida por tantos días? Pasaron, ¡alma de mi alma! pasaron, y en su vuelo, arrebataron crueles la flor de mi hermosura. ¡Triste de mí! que apenas soy la sombra de mí misma, marchitas y sin color, las galas con que ufana, a tus enamorados ojos me mostraba; perdí para no recobrarlos jamás, aquellos encantos, que empezaron a serlo para mí el día que los vi reflejados en tus ojos. Apenas queda ya de tu bella Nina, una imagen borrada y sin color.

Antes la muerte, antes sufra yo mil vidas consumidas en el destierro de un claustro frío, lejos para siempre de ti, que eres la vida de mi vida... ¡Oh! no, jamás; cómo pudiera yo resistir al primer golpe de tus ojos, al posarse fríos y sin amor en aquel rostro en que antes la juventud y la belleza, se disputaban el imperio de tu corazón. El negro velo de la muerte, hubiera marchitado menos las rosas de mi tez, que no lo hizo la inclemente y torpe huella de la peste. Adiós para siempre, Nuño. Tronché muy en mi daño tu esperanza, válgame mi propia pena en tan duro trance. ¿Comprendes, cuánto hay de terrible en imponerte un sacrificio, que va más allá que las fuerzas humanas? ¿Perdí acaso la vida del corazón, el fuego del amor? ¡Oh! ¡basta, basta! Nuño, llora, llora mi triste suerte. Mira ese frío mármol, contempla la inmóvil rigidez de esa figura sin vida; he ahí tan sólo lo que resta en el mundo de la que fue antes tan bella, tan amada. No sufras Nuño, no te agites, calma la tempestad del alma, si puedes, Nuño mío: aquel amor fue sueño; aquella imagen, peregrina ilusión que pasó. Cuando en las horas solitarias de tu existencia desheredada, vuelvas tus miradas a esos días, que fueron los únicos de vida para tu corazón, alza los tristes ojos al cielo y allí verás reflejada la imagen que guardas en tu pecho. Nina no existe ya, lo que queda de mí, el soplo efímero que alimenta aún mi cuerpo desfigurado, va a confundirse con la nota lastimera, que envían las almas desgarradas aquí abajo, al trono del Eterno. Adiós otra vez,

mi dulce amigo, único amor de mi corazón. ¡Cómo pensar que aquella rosa blanca que tanto amé, fuera el símbolo fatal de mi viudez! Pobre corazón mío, cuán desgarrado y sin fuerzas va a ampararse del maternal cariño de la Madonna. Nina y María Rosa son ya una misma, la fatalidad confundió nuestras almas. Vuelvo a la esencia que me dio vida; nací de la amargura y hoy la apuro en todo su rigor. Basta ya. Espero aún en las puertas del infierno, confío en tu corazón que es todo mío, y sé me conservarás hasta el gran día, en que libres nuestras almas, vuelen al cielo de Francesca y de Paolo. Vuélvete a España, no abrigues la falsa esperanza de volver a verme jamás. Mal que mi alma se destruya al sentir mi dolor y el tuyo, adiós, perdóname».

Cuando el infeliz don Nuño hubo leído la triste despedida, de la cruel, cuanto desventurada amante, halló a su lado a Pietro, contemplando su dolor en silencio. Herido también por la inflexible Nina, que no consintió en llevarle consigo al monasterio, donde aquella misma mañana, se había ligado al altar con votos perpetuos.

Don Nuño, con la razón extraviada por el dolor, exclamó amargamente: «Su madre me la ha arrebatado, Aldobrandini, es él, tiemble el pérfido al furor de mi brazo. ¡Venganza! ¡Venganza!» El desgraciado amante, convulso y fuera de sí, cayó sin sentido en brazos de Pietro.

Un mes pasó el infeliz don Nuño entre la vida y la muerte; el golpe que le hiriera tan certero en el corazón, a no ser por la natural robustez de su cuerpo diestro a las fatigas, le hubiera causado la muerte; pero la fatalidad le reservaba aún sus más amargos frutos.

Cuando el brillante y afamado capitán de Lara, futuro conde de Cerignola, se presentó en el palacio del Condestable, pidiendo una licencia especial para retirarse a España, nadie reconoció en el decrepito y abatido Nuño, al dichoso y envidiado amante de la seductora Barberini. El sufrimiento físico encorvó su cuerpo y apagó el brillo de sus ojos; la muerte de su más cara esperanza, inclinó su frente y encaneció sus cabellos. ¡Pobre don Nuño! Objeto de envidia no ha poco, ¿quién al verle tan cambiado y abatido, no sintiera amarga pena, contemplando los estragos que hizo el dolor en él? ¿Quién no vertiera lágrimas por la pérdida dicha de aquellos desgraciados amantes? ¿Quién no temblara por el bien que alcanzó y el bien que espera?

Don Nuño se embarcó para España, acompañado de su fiel amigo, que no lo abandonara un instante después de su terrible desgracia. Don Enrique, fiel a la noble misión que su corazón le imponía, acompañó a su amigo hasta el navío Isabel, que debía conducirlo a Cádiz. La despedida de estos buenos amigos, a quienes la fortuna preparaba caminos muy opuestos, fue triste y silenciosa. Don Nuño, cuya alma herida de muerte no era susceptible ya de emoción alguna, estrechó contra su corazón, hecho cenizas, al entusiasta y ardiente Sandoval, rico de porvenir y de esperanza.

Muy pronto y para no volver jamás, ante sus ojos, confundieronse en el horizonte lejano, los últimos rastros de la coqueta Nápoles, ciudad de palacios y jardines, de cielo azul y trasparente, cuna de amor y poesía, centro de dichas y contento, donde la lujosa y opulenta luz del sol, que tan mal se aviene con los que sufren, parece, con su influencia de vida, alejar para siempre el infortunio de su bello suelo. Nápoles, más hermosa y engalanada que

nunca, insensible al duelo de aquel corazón destrozado, que cual ave herida, que el nido materno se acoge, se dirigía al suelo de la patria; se ocultó para siempre a sus ojos anublados por el llanto, sin que la más ligera nube velase compasiva el despiadado brillo del sol radiante.

Capítulo XV

Diez años han pasado, desde el día en que dejamos a don Nuño de Lara a bordo del navío Isabel, en dirección a España, su tierra natal. Durante el trascurso de este tiempo, las cosas han cambiado de faz completamente. El rey Fernando acaba de morir. El año de 1516 empieza apenas, y ya con la muerte del rey Católico, se preparan para la España, esa serie de trastornos y luchas internas, que expusieron más de una vez la corona del futuro emperador Carlos V.

El cardenal Jiménez, hombre de un carácter singular, dotado de una rara energía, a la par que poseía una inteligencia poco común y vastos conocimientos, es nombrado regente, y contiene con la más grande habilidad, las exageradas y crecientes pretensiones de la nobleza castellana. Este eminente hombre de Estado, presenta un raro ejemplo en la historia, de la más grande habilidad y energía, unidas a una vida austera y religiosa, exenta de toda ambición personal. Sin embargo, el cardenal Jiménez en los últimos días de su vida, experimenta la ingratitud de aquel monarca, por quien sacrifica sus más caras aspiraciones al estudio y a la vida retirada. Y en cambio de los bienes inmensos, que a la España y muy principalmente a su rey hiciera, obtiene tan sólo abandono y desagrado, que le causan la muerte. Pero no fue este solo hombre verdaderamente superior, el único que alcanzó males por servicios prestados: la ingratitud que parece inherente a los que mandan, sumió también en el olvido al Gran Capitán Gonzalo de Córdoba. Poco tiempo antes de morir el Católico Fernando, con brutal dureza, intimole dejase a Nápoles, quitándole el mando de aquel reino, en donde el esfuerzo de su brazo alcanzó a las huestes españolas tan espléndidos triunfos. También aquel noble guerrero, después de prestar a su patria señalados servicios, murió solo, en desgracia, olvidado de todos aquellos a quienes durante los largos años, eclipsó con su gloria.

Terrible ley de la naturaleza: todo nace a la vida, y cuando parece que la fuerza y juventud que nos alimentan, deben prolongarse indefinidamente, el más leve soplo abate nuestras fuerzas y convierte muy luego en polvo nuestro vigor.

Don Nuño de Lara, tan desgraciado un día, ha recobrado un tanto, sin embargo, las fuerzas del espíritu. Su corazón sensible y tierno, templado nuevamente al calor de suaves afectos, si bien no se levanta ya, brioso y ardiente cual un tiempo fuera, cede a lo menos, dócil y cariñoso, al impulso que le imprime un amor enteramente nuevo.

Existía a mediados del año de 1516, en Murcia, una modesta casita de aspecto triste, y poco risueño, como lo eran en general las casas españolas en aquella época; su fachada

negruzca y desairada, adornada tan sólo con una serie de ventanas pequeñas, a guisa de troneras, dábanle más bien aspecto de jaula que de casa; nada de artístico, ni de gracioso, presenta exteriormente. Penetremos en su interior, merced a nuestra hada protectora. Es de noche, es decir, empieza apenas la noche, pues poco ha, tocaban todavía la oración, las campanas de la iglesia vecina Nuestra Señora del Carmen. En un cuarto, a que ahora llamaríamos sala, pero que entonces, si bien servía para el mismo uso que actualmente hacemos de ella, prestaba a las gentes que vivían modestamente, más servicios que no lo hacen al presente nuestras raquílicas salas del siglo XIX.

Arde en el vasto hogar, un alegre fuego de sarmientos, al rededor del cual están sentados, una mujer ya entrada en años, con una rueca en la mano, hilando pausadamente un copo de algodón, tan blanco como sus cabellos, y un hombre, a quien, si se atiende a lo marchito y descarnado de su rostro, podría dársele hasta sesenta años, a pesar de que sus ojos negros y brillantes, parecen demostrar que aquella vejez es prematura. A poca distancia del fuego, cerca de una mesa, sobre la cual hay un mal candil, que si no fuera por la asistencia que le presta el fuego de los sarmientos, que ostentan una llama azulada y vivísima, podría creerse, más sirve para alumbrar las tinieblas, que para disiparlas, se ve una niña que demuestra apenas entrar en la juventud. Su figura no presenta nada de notable, porque es pequeña y delgada, más de lo que generalmente lo son las jóvenes españolas a los trece años. De color trigueño y rostro ovalado, sostiene su cabeza con una de sus manos, cuyo brazo se apoya en la mesa.

Sus cabellos negros y lustrosos brillan por intervalos, al reflejo dudoso e interrumpido del candil. Con los ojos bajos, y fija la mirada en un gran libro, forrado de pergamino, que absorbe completamente su atención, parece no reparar en la escasez de la luz; como si sus rasgados y negros ojos no necesitaran de mayor luz para ver, que el rayo luminoso que exhala su alma temprana y reflexiva.

«Oye, hija mía» dijo de repente la mujer anciana, dirigiéndose a la niña, «no parece sino que te has empeñado en gastar tus hermosos ojos, leyendo todo el santo día; pase de día, ¿pero y de noche?»

«Jesús me valga; Lucía, hija mía, bien decía yo, ¿no adviertes que el candil se apaga? no se diría sino que, ¡válgame Dios! este fray Pablo, es quien tiene la culpa». Lucía, al oír aquel torrente de palabras, se levantó sin replicar, tomó el candil de sobre la mesa, desapareció con él por una pequeña puerta que había en un lado, y volvió en breve a continuar su lectura, con el candil un tanto más brillante.

La vieja Mariana, dirigiéndose entonces al hombre que tenía en frente, el cual, absorbido en sus pensamientos, seguía distraído las caprichosas evoluciones de la llama, agregó impaciente: «Llamadla vos, señor don Nuño, ya veis cuán poco caso hace de su vieja madre».

Don Nuño, pues no era otro, pasó la mano por la frente, como para disipar un pensamiento importuno, y dirigiéndose en seguida a la atenta Lucía, que ocupada exclusivamente de su lectura, no reparaba el mal humor de Mariana, le dijo cariñosamente:

«Ven, Lucía; ¿no ves que Mariana está celosa de tu libro? Ven, hija mía, ¿qué no me oyes?»

La joven, levantándose como a pesar suyo, se acercó a don Nuño, y con voz suave pronunció estas palabras: «Me llamasteis, padre?». «Sí, hija mía», respondió don Nuño, «pero mejor dicho no soy yo, sino vuestra madre, quien... ¡Mirad! ¡Pobre Mariana! llora, y por causa vuestra».

Viendo Lucía que la pobre vieja se esforzaba por secar sus lágrimas, con el copo de algodón que tenía en las faldas, vino cariñosamente a echarse de rodillas frente a la anciana, diciéndole con ternura al mismo tiempo que la rodeaba con los brazos: «Madrecita mía, ¿por qué lloras? ¿Qué tienes, por qué te afliges así?» Mariana guardó silencio, contestando don Nuño por ella: «Si hubieses atendido a lo que te estoy diciendo, picarilla, sabrías que tu madrecita tiene celos de ese libro, que lees con tanta atención, y que de buena gana ella arrojaría al fuego». «¡Jesús me valga!», exclamó Lucía, echando una mirada protectora a su libro querido. «¿Qué diría entonces fray Pablo?» «Diría lo que gustara», interrumpió Mariana, llorando, «pero yo no puedo consentir, en que todo un bendito padre franciscano, en vez de dirigir tus pensamientos a las cosas santas de nuestra religión, te traiga ese libro hereje, perdiendo así su alma y la tuya; sobre qué causa de ese maldito libro, ya no haces caso de mí, y que...» «Madre, madre», exclamó la sensible Lucía, llorando también, «¡yo no hacer caso de vos, que recogisteis a la pobre huérfana y me cuidasteis como hija vuestra! ¡Ah! ¡Qué habéis dicho!» y la joven deshecha en lágrimas, se abrazó de Mariana.

En ese mismo instante se presentó en la puerta de la habitación que daba a la calle, un religioso con hábito de San Francisco, el cual, con tono varonil y acento suave, que contrastaba con el timbre robusto de su voz, dijo:

«El Señor sea con vosotros, amigos míos». Después de lo cual, vino tranquilamente a sentarse, en un sillón vacío, que frente al hogar había y que parecía estar allí con ese solo objeto, vista la facilidad, con que el buen religioso, sin decir aquí estoy, ni pedir permiso, se acomodara en él, como quien sigue una costumbre de mucho tiempo. Y por cierto, acertara quien tal suposición hiciera, pues hacía ya muy cerca de ocho años que aquel sillón prestaba su modesto servicio al infaltable fray Pablo.

La llegada tan oportuna del religioso, puso término a la penosa escena, cuya causa, él tan inadvertidamente produjera. Cuando algunos momentos después de haberse sentado, fray Pablo, que habitualmente esperaba a que la tía Mariana rompiera el silencio, haciéndole una serie de preguntas indiferentes sobre los acontecimientos del día, a que él pacíficamente respondía y siempre dándole noticias, para ella de suma importancia, acerca de los bautismos y casamientos habidos y por haber, que a él, en su calidad de cura de aquella parroquia incumbían. Viendo el buen religioso, que Mariana hilaba silenciosamente y que nadie parecía notar su llegada, se decidió, contra su costumbre, a ser el primero en hablar.

«Mi buena Mariana», dijo, «¿qué mala yerba habéis pisado hoy, que ni siquiera reparáis, estoy aquí, deseando deciros las grandes novedades que ocurren?» Sin interrumpir su tarea,

Mariana, respondió secamente: «Guardadlas para vos, padre mío, yo no peco por curiosidad».

Viendo entonces fray Pablo, como hombre entendido, que aquella calma encubría, una próxima tempestad, se volvió a don Nuño, que seguía siempre distraído, agregando: «he recibido cartas de mi hermana, y tengo que pedir os un consejo. ¿Pero, qué es de Lucía?» agregó luego, notando que la joven no estaba en la habitación, donde se reunía todas las noches, la pequeña familia.

«Lucía», respondió Mariana, «está en su habitación, ¡pobre niña! al Cielo pongo por testigo, que muy a pesar mío la he regañado». «Cómo», dijo fray Pablo alarmado, «¿qué ha ocurrido? ¿Cómo es posible que mi querida discípula haya dado motivo para que la riñáis? Explicadme, don Nuño».

Mariana, sin esperar a que don Nuño hablase, replicó: «Sí, fray Pablo, vuestra discípula, o mejor dicho, vuestro diabólico libro, hace que Lucía me haya perdido todo el cariño que de niña me tenía, cuando a todo, prefería las bellas historias del rey moro, que yo le contaba. Bien me parecía, cuando os empañabais tanto en enseñarle a leer, que más daño que provecho, sacaría ella de esa enseñanza. Como si una mujer necesitara de leer para ser buena y honrada y como si ella hubiese jamás de decir misa. ¡Ah! fray Pablo, bien me lo decía el corazón, ya no piensa sino en ese maldito libro, y ni come ni duerme; y lo que es más, con sus ojos tan bellos y... ¡válgame Dios! habrá de quedarse ciega». Y la buena mujer tornó de nuevo a llorar.

Fray Pablo, que viera en ese momento a Lucía asomar la cabeza por la puerta entreabierta, llamola con la mano, diciéndole: «Ven acá, hija mía, pide perdón a tu madrecita». «Perdóname, Mariana», agregó en seguida, «haya alejado involuntariamente de ti, a tu hija querida; pero ya que me hablas de la bella historia de ese famoso rey moro, creo que me perdonarás más fácilmente, cuando Lucía nuestra hija, ¿no es verdad que también me concedéis a mí, su viejo padrino, el derecho de quererla como a tal? te lea todos los días esas bellas historias, en que también hay reyes moros y nobles castellanos, que habrán de ser muy de tu agrado. ¿Acaso la viuda del valiente Pablo mi tocayo, que de Dios goce, podrá no interesarse por los heroicos hechos del bravo Cid Campeador? Ven, Lucía, que Mariana te promete escuchar la lectura de tus romances favoritos».

Mariana, a quien ya conocemos, exaltada y violenta, pero al propio tiempo razonable y dócil, una vez pasado su primer ímpetu, consintió gustosa en la lectura de los romances, diciendo: «Que me place de esa manera, pues así, picarilla, al mismo tiempo que piensas en el famoso libro, habrás por fuerza de pensar en la madre vieja, que te escucha; dame un abrazo, y vos, fray Pablo, contadnos al punto esas novedades, o mejor dicho, habladnos de esa carta de vuestra hermana. ¿Se halla siempre en Burgos? Y su hijo a la fecha debe ser todo un mocetón, como que habrá de contar muy cerca de quince años, ¡Jesús me valga! y como quien dice, nacido de ayer».

Fray Pablo, aprovechando la interrupción de Mariana, contestó: «Precisamente, la carta de mi hermana es casi toda referente a ese truhán de mi sobrino, a quien dais quince años, siendo así, que acaba de cumplir diez y nueve. Su madre de buena gana haría de él un fraile

como yo; pero por los tiempos que corren, no es eso tan fácil, como lo fuera en los bellos días, de nuestra amada soberana, la Católica Isabel. Que entonces los nobles, se disputaban, a la par que las glorias ganadas en los campos de batalla, el derecho de vestir el santo hábito de nuestras órdenes religiosas, siendo así, que de una manera o de otra, seguros estaban de complacer a nuestra santa y heroica reina; pero ahora, amigos míos, la nobleza desenfrenada, no se cura ya de tan santas como nobles aspiraciones; unos y otros conspiran a cual mejor por dividir el reino, con tal que en la lucha, logren alcanzar la mayor parte. Y esto bien entendido, en desdoro de las atribuciones y prerrogativas de la Corona, hollando, osados, los preceptos más caros, que fueron ley de sus antepasados.

«Todo va mal en esta pobre España, don Nuño, los hombres de ahora, en nada se asemejan a vosotros, los que acompañasteis a los santos reyes en las jornadas de Toro y de Granada. Mi sobrino Sebastián, ¡pobre muchacho! que, como sabéis, tiene a quien salir en lo belicoso y bullanguero, y si no, que lo diga mi pobre hermana, viuda desde los veinte y cinco años. El caso es, que como en Burgos y Valladolid es donde la insurrección de los nobles ha estallado con mayor fuerza, mi buena hermana teme, y con sobrada razón, que su hijo, deslumbrado por las famosas promesas y patrañas de todo género, con que los amotinados tratan de disculpar su rebelión a su rey, o mejor diré al regente; se plegue a los nobles y pierda al hijo como perdió al esposo. ¡Pobre hermana! quiere que yo me encargue de la dirección de su hijo y que le aconseje y amoneste, para que se decida por el tosco sayal, en vez de la brillante cota. Mucho temo, que con la sangre de Hurtado, que por sus venas corre, unida a los diez y nueve que tan sólo cuenta, y las influencias, que a no dudarlo, habrán dirigido sus pensamientos a más brillantes aspiraciones, no haga yo nunca de mi sobrino un fraile».

«Pero, y en ese caso, qué pensáis responder a la pobre madre?», preguntó Mariana.

«Ese es justamente», replicó fray Pablo, «el consejo que venía a pedir».

Don Nuño le contestó estas palabras: «Creo, amigo mío, ya que deseáis saber mi manera de pensar, sobre el particular, que negaros a tomar con vos a vuestro sobrino, fuera por parte vuestra, grande imprudencia, atendido a lo grave de las circunstancias: pues mucho temo, que si aún no ha tomado parte en la contienda, no resista por largo tiempo a tan tentadora influencia, ese joven, hijo de soldado. Llamadle a vuestro lado: ¿qué perdéis? si no hacéis de él un fraile, no faltará, querido fray Pablo, quien por él y por vos, haga de ese bravo mozo un soldado, fiel a su rey y señor. Gracias a Dios, aún sé cómo se maneja una lanza y se sujeta un potro».

«Bien dicho, don Nuño», exclamó fray Pablo, «acepto, y pese a todos los novios de la parroquia, mañana mismo me pongo en marcha para Valladolid con tan fausta nueva: bien sabía yo que no os quedarías lerdo, para dar un buen consejo».

«Ya lo creo», interrumpió Mariana, «como que habla poco y bien. Pobre señora ¡qué gusto que va a tener! y podéis asegurarle fray Pablo, que su hijo tendrá en mí una madre, y que cuidaré de su ropa y le daré mi tisana si enferma; y tú, Lucía, lo querrás como a un hermano, por cierto; ¡oh! qué felices vamos a ser: ¡Pobre madre! Vaya, fray Pablo, que daría algo bueno por veros ya en marcha».

«Voy a complaceros al punto, mi buena Mariana», repuso éste, «voyme a hacer mis aprestos para mañana; descuidad, que yo también rabio por llevar a mi buena Justa, tan buena noticia. Hasta mañana, pues: el Señor sea con vosotros». «Amen», respondió Mariana; Lucía besó la mano a fray Pablo y le acompañó hasta la puerta.

Capítulo XVI

Partió fray Pablo de madrugada; don Nuño, que conservaba la costumbre de madrugar, desde el tiempo en que era soldado, fue el único habitante de la casa, de quien se despidió el buen fraile; prometiéndole estar de vuelta, antes de quince días, atendida la gran distancia que tenía que andar.

Es tiempo ya de decir, que don Nuño vivía en Murcia, casi desde el momento que llegó a España. Aunque nacido en Valencia, nada tenía en aquella ciudad que le atrajese especialmente, antes por el contrario, fuera para él, motivo de grande pesar saber que su hermano mayor, había vendido casi todas las propiedades que allí poseía la familia de Lara, desde lejanos tiempos. Vivía modestamente con la poca renta que tenía, proveniente de una pequeña hacienda, que obtuviera por la muerte de su tío, que le instituyó heredero de su escasa fortuna. La casita que hemos conocido, en el anterior capítulo, pertenecía a la parroquia y fray Pablo, mediante un módico alquiler, se la había cedido.

La fatalidad, que parecía haber sido madrina del desamparado Lara, hizo, que la desgracia en que cayera el Condestable don Gonzalo, su protector y amigo, poco tiempo después de su partida de Nápoles, le impidiera llevar a efecto, los generosos proyectos que éste en su favor había hecho; pues ni aun siquiera obtuvo aquel título de conde de Cerignola, que para él al rey pidiera, y que tan merecido lo tenía.

Ya hemos visto, aquella pequeña familia, que bien podemos llamarle tal, pues Mariana amaba a don Nuño, como a un hermano, y en cuanto a él, ¿cómo pudiera ser indiferente, a los cuidados tan asiduos de aquella buena mujer, que a pesar de su natural inquieto e investigador, se había abstenido siempre, con prudente reserva, de hacer la más pequeña alusión a un pasado, que tanta amargura dejó en su corazón?

Aquella tosca e inculta naturaleza, con ese instinto delicado, que poseen casi todas las mujeres, y que ha hecho que un escritor sensato y profundo, diga que entre ellas forman el corazón del género humano, sintió un interés profundo por las desdichas de don Nuño, que sólo se revelaba en su infatigable celo por servirle y serle útil, en todos los momentos.

En cuanto a Lucía, la vida de la casa, el lazo que unió aquellas dos almas, hermanas por la delicadeza en el sentir y en el amar, quería a su padre adoptivo con un cariño intenso, pero reservado y poco expansivo. Don Nuño, con los ojos siempre apagados y distraídos, silencioso y poco comunicativo, si bien supo con su delicada y dulce condescendencia, hacerse querer de la anciana rústica e inculta, como de la tierna niña, inspiró a ambas, esa reserva solícita y tierna, que encubre generalmente el cariño de los que quieren con espontaneidad y abandono, a aquellos, que parecen haber agotado ya, en sí mismos las fuerzas afectivas del corazón.

Lucía, desde la edad de ocho años, tuvo la suerte de que fray Pablo viniese a Murcia, el cual le cobrara muy luego grande afecto, interesándose especialmente por su educación y contribuyendo en poco tiempo, gracias a las buenas disposiciones de su discípula, a darle una cultura por lo general poco común, en las mujeres del siglo XVI pues la infeliz huerfanilla, a no ser por aquel buen anciano, no hubiera jamás alcanzado mayor grado de conocimientos, que a saber las letanías en latín y a remendar un jubón, con la maestría con que lo hacía la buena Mariana, excelente criatura; pero para quien, como ya hemos visto, aun la misma lectura era un lujo de conocimientos, superior a su comprensión. Extraño por demás, es observar, cómo en las inteligencias más escasas y menos cultivadas, suele hallarse las más veces una delicada sensibilidad y tacto de corazón, si puede así decirse, a la par que vemos con frecuencia, cometer las más torpes y crueles durezas, a los más aventajados en ideas y en cultura. ¡Compensación muy equitativa y racional, es ésta: luz en el corazón, que alumbra las tinieblas del espíritu!

La noche en que fray Pablo, faltaba, después de tanto tiempo y por vez primera, a su tertulia habitual, hallábase Mariana y don Nuño ocupando sus sitios acostumbrados. No había más diferencia, sino que Lucía sentada en el sillón del ausente fray Pablo y con su libro en las manos, hacía a la atenta Mariana y al distraído don Nuño, sin fatigar demasiado sus bellos ojos, gracias a la buena luz que el candil daba aquella noche, pues había sido preparado con especial cuidado por Mariana, que impaciente esperaba, la lectura de aquellos encantadores romances, según Lucía le aseguraba.

Al cabo de una media hora de lectura, durante la cual, Mariana más de una vez interrumpió a la joven lectora, ya para rogarle leyese de nuevo algún pasaje, que le agradara especialmente, ya para aprobar o desaprobar la conducta de alguno de los personajes, mientras que don Nuño por el contrario, guardaba absoluta reserva. Mariana, ardiendo en deseos de charlar a su gusto, pidió a Lucía, dejara para la noche siguiente, la continuación de aquella historia, que empezaba de una manera tan interesante, exclamando en seguida la buena mujer: «¡Qué guapo joven debió ser ese Rodrigo! ¡Qué corazón de oro! Mira que aquello de resistir aquel tremendo apretón de manos sin pestañear, mientras que sus hermanos... tengo para mí, que los tales hermanos... y siendo mayores que él... ¡Vaya, vaya! ¡y mira que traerse aquella cabeza cortada, desde tanta distancia! ¡Jesús me valga! ¡no fuera yo capaz de tal hazaña, ni por todo el oro, que diz que en esa famosa India, se halla en más abundancia, que aquí la yerba loca! Deja el libro, hija mía, no fatigues más la vista».

Lucía cerró su libro; y volviéndose a don Nuño, le dijo con su acento tan suave: «¿Y vos, padre? ¿Acaso no habéis prestado atención a mi lectura, aunque bien, que para vos, tales hazañas, no deberán ser tan portentosas, como para mi buena madre, que como sabéis, no peca por animosa?»

«Te engañas, hija mía», replicó don Nuño, «presté sobrada atención a tus romances, ¡que a nadie más que a un soldado, interesan, las heroicas proezas de ese gran Cid Campeador!»

«Entonces, padre mío, bien pudierais decirnos, como entendido en la materia, cómo es que aquel joven de pocos años, pudo tan felizmente vencer al terrible conde de Lozano, pues me parece que nada pueden los esfuerzos de un joven débil y de poca edad, contra la maestría y robustez de un aguerrido soldado».

«Cierto es, hija mía», repuso el de Lara, «que mal puede compararse el astuto y feroz milano al inocente y tímido palomo; pero advierte, mi buena Lucía, que Dios protege siempre las causas justas y dobla con su poder divino, las fuerzas de los que combaten por la justicia y la verdad, convirtiendo de esa manera al humilde, el instrumento de su justa cólera, para abatir al orgulloso».

«¿Y cómo pudiera ser de otra manera?» interrumpió Mariana, «¿acaso podríamos los débiles y pobres, sin su especial protección y amparo, oponernos a los caprichos y antojos de los fuertes, de los poderosos, de los que mandan sin ley ni valla, y que de buena gana nos convertirían, si a ello alcanzase su maldito poder, en bueyes para arrastrar sus carros o en mulas para conducir sus cargas? ¡Vaya que no faltaba otra cosa!».

«Madre», replicó Lucía, riendo, «ya veo que no sólo a mí, trastorna la cabeza el libro de fray Pablo, ¿de dónde habéis sacado tan extravagante ocurrencia, vos siempre tan justa y bondadosa? ¿Acaso podemos quejarnos sin injusticia, de la bondad de nuestros amigos y vecinos? Sin ir muy lejos, recordad, como, aquella amable señora, hace pocos días, encontrándonos en la calle, fuera con nosotros tan afectuosa, tan amable, invitándonos a su casa y...»

«Calla, calla, Lucía; gracias a tus lindos ojos, gracias a... pese a mí, si jamás pones los pies, en esa cueva de víboras. Tú eres pobre, hija mía, y como a tal, no te convienen tan altas relaciones. Como que olvidé decirlo a fray Pablo...»

«Está bien, madrecita», repuso Lucía, «dijelo tan sólo por calmar vuestro encono; en cuanto a mí, soy aquí tan feliz con vosotros y con mi querido libro, ¿verdad que no debo ser ingrata con Rodrigo ni Jimena? Padre, ¡qué os parece esa pobre Jimena, tan desgraciada, sola en el mundo, cómo, sin embargo, pasa del infortunio más grande a la más completa dicha! Cuán cierto es, que la felicidad nos espera siempre cariñosa, para calmar nuestros males. Ved como Jimena, tan infeliz un día, es luego y para siempre venturosa; no hay duda, padre mío, más deben ser los felices, que los desgraciados. ¡Cuántos motivos tenemos de bendecir a la Santísima María, Madre nuestra, que vela tan asidua por nosotros!»

«Lucía, hija mía querida», replicó don Nuño, «Dios te conserve siempre tan dulces ilusiones. Atiende, sin embargo, que aún no has dado fin a la historia de Jimena y de Rodrigo; no tardarás mucho, en ver de nuevo aparecer a la desgracia, como compañera inseparable del hombre».

«Pero, padre», exclamó la imprudente y confiada doncella, «¿qué puede ser la desgracia, ni qué puede contra los que se aman y juran vivir juntos, los unos para los otros? ¿Acaso hay una dicha comparable a la de estar siempre con los que amamos? ¡Ay! para mí nada

hay que prefiera a mi madrecita y a vos, mi padre querido, y también a mi padrino. Pobre fray Pablo, ¡en dónde estará a estas horas, echando de menos su sillón y el calor del hogar!»

Cuando Lucía acabó de decir estas palabras, notaron que don Nuño había salido de improviso de la habitación.

«¿Qué es de mi padre?» preguntó la cariñosa niña a Mariana. «Salir tan repentinamente y sin responderme siquiera, ¿creís que se habrá enfadado? ¡Pero si yo nada dije que no sea la pura verdad! Con este frío y sin su capa, voy a llamarle». Y se levantó apresurada.

«Siéntate, hija mía y escucha», le dijo Mariana. «Sin saberlo, inocentemente, has causado más daño a don Nuño, de lo que alcanzas tú misma a imaginar; no ha podido resistir a las crueles palabras, con que desgarrabas su corazón. Tú, mi Lucía, no sabes, cuán desgraciado es ese pobre, don Nuño. Quiero, hoy que veo estás ya en estado de comprenderme, sepas cuánto me ha referido fray Pablo, respecto a su terrible desgracia». Mariana contó a Lucía la historia de aquellos desgraciados amores, agregando, que poco tiempo después de su llegada a España, había recibido don Nuño una carta, cuya letra no conocía, en la que se le anunciaba, que pronto recibiría la suma de tres mil ducados, que la abadesa del convento de la Madonna del Amparo, ofrecía en dote a su hija adoptiva Lucía Miranda. Agregando, que jamás se había presentado nadie, que diese noticias de semejante dinero, lo que les hacía creer, habría sido robado, por la persona encargada de entregarlo.

Con creciente emoción escuchó Lucía la triste historia de Nina; y enjugando las lágrimas, que de sus ojos brotaban, exclamó con acento conmovido: «¡Torpe de mí, que lastimé aquel corazón tan lacerado! Padre mío, cómo imaginar, que aquella tristeza y reserva continuas, fuesen causadas por la amargura de su vida pasada. ¿Y Nina? tan bella, tan dichosa. Pero no comprendo, madre, tan orgullosa como cruel resolución; porque ya no era hermosa, destruir de un modo tan feroz, la esperanza de un corazón como el de mi pobre padre. No puedo suponer, ni por un instante, madre mía, que si por un accidente, semejante al de la desgraciada Nina, tu Lucía, que está bien lejos de ser hermosa como ella, perdiese las pocas galas, con que la adorna su juventud, ¿tú, mi madre querida, dejaras por eso de quererme como me quieres, y de ser siempre mi apoyo y mi consuelo?»

«¡Ah! Lucía, Dios nos libre de tan funesta desgracia, hija del alma, ven que te abrace, tú, tan bella, tan seductora. María Santísima nos mire con ojos de piedad. ¡Ah! hija mía, comparas mi cariño de madre, con el amor de los hombres. Bendita seas, inocente tórtola mía».

El siguiente día, cuando Lucía fue, como de costumbre tenía, a presentar su frente a don Nuño, para que le diese el beso de todas las mañanas, dejábase ver aún en su abatido semblante, que el corazón había pasado por una de esas crueles exacerbaciones que sufren los que llevan en sí un doloroso recuerdo.

La joven, después que a su vez besó la mano de su padre adoptivo, le dijo: «¿Queréis, padre mío, que os acompañe en vuestro paseo, hoy que el día es tan hermoso?»

Consintió gustoso don Nuño, y ambos salieron con dirección a una pequeña hacienda, que a cosa de un cuarto de legua de la ciudad había. Era aquella propiedad, de unas buenas gentes, que querían mucho a Lucía, y le llevaban todas las semanas, huevos, pichones y frutas de la estación.

Así que los muchachos, tres robustos campesinos, hijos de la tía Paca, vieron venir de lejos a la joven, apoyada en el brazo de don Nuño, empezaron a dar gritos de alegría, alborotando con su algazara a un enjambre de aves domésticas, que se paseaban tranquilamente por delante de la casa.

A los gritos de los muchachos, acudió la tía Paca, con una criatura que pareció ser de pocos días de nacida, y saliendo al encuentro de los visitantes, dijo a uno de sus hijos: «Pronto, Juanito, una silla para la señorita. Venir desde tan lejos, ¡qué bondad!»

Lucía, sin atender a Juanito, que al punto sacó dos sillas cojas, ni a Miguel, que la saludaba con un mal gorro azul agujereado, que daba vueltas para todos lados, ni a Periquillo, el menor, que le tironeaba la manga del vestido para llamar su atención, ni a las caricias del buen Fiel, que se deshacía en aullidos y saltos, se llegó corriendo a la tía Paca, diciéndole: «¿Qué es lo que tienes ahí, Paca, ¿a ver, a ver?» La tía Paca, poniéndole en brazos la criaturita, contestó: «¿Que no veis, señorita? Es vuestra ahijada, es otra Lucía, que me ha nacido hace ocho días, y me preparaba para lleváros la mañana, así que mi marido concluyera un trabajo muy urgente, que le han encomendado».

Loca la doncella de contenta, miraba con delicia la criatura, que iba a ser su ahijada, diciendo a los muchachos que no cesaban de importunarla: «¡Callad, chicuelos, no veis que vais a despertar a mi ahijadita! ¡Ah, qué hermosa es! Ved, padre mío, qué buena idea tuvisteis en venir hasta aquí. ¡Cuando madre lo sepa, qué alegría!»

Los muchachos, dándose por desairados, echaron acorrer hacia el campo, haciendo grande algazara con sus gritos de ¡viva la madrina!

Cuando hubieron almorzado, se despidieron de la tía Paca, prometiéndole, así que volviese fray Pablo, fijar el día del bautismo.

En cuanto al padrino, Paca pidió a don Nuño acompañase a Lucía. Pero éste respondió, que aún no era necesario, ocuparse de tal cosa, visto que contaban ya con tan guapa madrina; y que esperarían a fray Pablo, para la conclusión de tan importante asunto.

Cuando de vuelta a casa, contó Lucía a Mariana lo ocurrido, la buena mujer, encantada de que a su querida hija, hubiera sido encomendada tan importante misión, y deseosa además, de que hiciese a su ahijadita algunos presentes, para el día del bautismo, comenzó a rebuscar en una vieja arca de nogal, en donde estaban enterradas, desde mucho tiempo atrás, las galas, que vistiera el día de su casamiento; y que desde la muerte del buen Pablo, yacían allí casi olvidadas, no habiéndose jamás atrevido a ponerlas a Lucía, a quien ella consideraba, como muy superior, a tan modestos atavíos. No porque la hermosa joven, vistiese encajes y sedas, puesto que la escasez de su fortuna, no se lo permitía, sino por la circunstancia, de ser ya usadas.

Del vestido y zagalejo, cortó Mariana, una especie de capa o albornoz, que debía servir para el famoso día del bautismo; en seguida, de las vueltas y sobrepuestos, de la casaquilla o basquiña, compuso un birrete y cuello muy complicados. Lucía, afanada por arreglar el ajuar para su hija, como ya graciosamente llamaba a la criatura, le ayudaba a coser y arreglar lo mejor posible, tan inconexas como extrañas galas. Y tanto en la ropa interior, para la chica, como en redecilla de cuentas rojas, con que la joven madrina, pensaba tejer un tocado para la comadre; y en los gorros, que por fuerza, debía regalar a los muchachos, sin contar con el justillo, obra exclusivamente de Mariana, con que debía engalanarse el compadre, se pasó una semana tan ocupada, que, ni siquiera tuvieron tiempo, para seguir la historia de Rodrigo y de Jimena. De noche, atareadas madre e hija a cual más, pasaban la velada cosiendo y charlando, interrogando de continuo, al pacífico don Nuño, sobre el corte del birrete y el color o ajuste, de tal o cual pieza.

Entretanto, acercábase el día, en que fray Pablo prometió volver; y a medida que el ajuar se concluía, la impaciente Lucía, deploraba más y más, la tardanza del buen fraile. Por fin, una mañana y cuando menos lo esperaban, se presentó a la puerta de la casa, el tan deseado fray Pablo, sobre su mula alazana, seguido de un joven, que montaba un hermoso caballo andaluz.

Así que aquél vio a Mariana y a Lucía, que, de vuelta de misa, entraban en casa, gritoles: «¡Eh! ¡Sea Mariana! Señorita Lucía, aquí me tenéis ya de vuelta! Os presento a mi sobrino, don Sebastián de Hurtado».

Madre e hija, saludaron cariñosamente a fray Pablo, que por nada quiso bajarse de su mula, pretextando que, como la pobre venía muy cansada, iba él mismo a llevarla a la cuadra y que se verían como siempre, después de oraciones.

Capítulo XVII

Hasta ahora, tan sólo conocemos de fray Pablo, la bondad y dulzura habitual de su carácter, tan manso como igual; necesario es, sin embargo, mostrarlo por todas sus faces, puesto que, la que aún queda por conocer, pudiera bien ser para algunos, la más interesante. Fray Pablo, de quien poco sabemos respecto a su familia o a sus antecedentes, pues él siempre que a ese respecto se le interroga, contesta que se llama fray Pablo a secas, o si gustan, mejor, fray Pablo de la orden del reverendo Padre San Francisco; desde que entró al convento de Oviedo como lego, que según su misma relación, fuera a los diez y ocho años, se aficionó apasionadamente del estudio de los idiomas muertos. Por fortuna del joven lego, había en el convento, por aquella época un fraile Ambrosio, ya muy entrado en años, el cual era mirado allí, con la más alta consideración y respeto, pues además de que sus vastos

conocimientos hacían ya de él un sabio distinguido, su acrisolada virtud, le colocaba en el rango de un santo.

Quiso la buena suerte de Pablo, que fray Ambrosio, descubriese en él grande aplicación al estudio y singular deseo de instruirse, tomándole desde entonces, bajo su especial dirección y haciéndole en poco tiempo, partícipe de los muchos conocimientos, que él mismo poseía. Distinguióse especialmente, en el estudio del griego y del hebreo, pudiendo al cabo de muy poco tiempo, leer a libro abierto, a Jenofonte y a Tucídides.

Gracias a la marcada protección, que fray Ambrosio le dispensaba, Pablo no dejó de atraerse algunas enemistades en el convento, enemistades que, durante la vida de su maestro, se revelaron tan sólo por una que otra pulla, sobre su loca afición, al estudio de libros profanos e non santos; pero sin que esto, en nada alterase, ni la contracción del maestro, ni la afición del discípulo.

Gracias al conocimiento de aquellos idiomas, penetró en los más ricos tesoros de la literatura griega. Su alma temprana, se impregnó con el perfume de la filosofía de Sócrates y de Platón, confundiéndose de tal manera en su espíritu, ese tinte eminentemente espiritualista, de las doctrinas de aquellos filósofos, con los divinos preceptos del hijo de María, que más de una vez, se halló el entusiasta fray Pablo a punto de decir una tremenda herejía, que tal hubieranles parecido, a sus reverendos hermanos, las místicas y espiritualistas teorías que vagaban en la cabeza de Pablo y que hacían de él, un perfecto modelo de virtudes evangélicas.

Fray Ambrosio, en los últimos tiempos, y cuando se hallaba ya cercano su fin, obtuvo, gracias a su valimiento, un permiso especial, para que su querido discípulo, saliese del convento y pudiese desempeñar en Murcia, las funciones de cura.

«Pablo, hijo mío», le dijo el santo varón, «tú amas el estudio y sé que habrás de serle siempre fiel, en cualquier lugar en que te halles; pero no te engañes, hijo; el convento no te conviene». A qué encerrarte para siempre, en este oscuro calabozo, en donde te verás perseguido sin tregua, por los envidiosos y émulos de todas categorías; no lo creas; muerto yo, que soy aquí el único que aprecio los tesoros de tu alma, estarás expuesto a todo. Ese estudio, tan grato a tu espíritu y a tu corazón, lo verás interrumpido, contrariado, de todas maneras, por aquellos que, no siendo capaces de comprenderlo, desdeñan el respetarlo. La tranquilidad no la hallarás aquí, no, Pablo; no te alucines y juzgues por lo que por mí pasa, hoy que me ves ya próximo al sepulcro. Tú tienes aún muchos años, que esperar y sufrir, para alcanzar estas consideraciones, que ves prodigar, al que un día fuera llamado, al tribunal de la Inquisición, delatado torpemente, por sus mismos hermanos. Huye, Pablo, hijo mío, de la engañosa paz de estos sepulcros blanqueados, aprovecha sin temor de la licencia que obtuve para ti; anda, hijo mío; cumple la santa y modesta misión de cura de aldea, acércate a los que sufren, a los pobres de espíritu; consuela, instruye; da luz a los que teniendo ojos no ven. Desempeña la misión de representante del Altísimo, como debes y puedes hacerlo tú, hijo mío, tan puro de cuerpo y de alma. Continúa deleitándote santamente, con el espectáculo de las grandes obras del hombre; difunde dulcemente y con arreglo a la fuerza de cada uno, ese alimento, ese pan del espíritu; recuerda siempre, mi querido hijo, a tu viejo maestro, cuando en las horas de descanso, te entregues el estudio de

nuestro Homero y de nuestro Sófocles. ¡Ve, cumple cuanto te he encomendado y confía, que nos reuniremos de nuevo, allá arriba!

Pocas horas después de esta conversación, expiró fray Ambrosio en brazos de su discípulo amado.

Fray Pablo, obediente a sus mandatos, partió después del entierro, no sin derramar lágrimas, al separarse de aquel lugar, en donde había encontrado tan valioso protector y amigo. Excusado es decir, que todos los habitantes del convento, le vieron marcharse, con la más completa satisfacción.

Desde entonces, hallábase de cura, de la modesta parroquia, de nuestra Señora del Carmen, amado de todos y respetado como un santo; reuniendo en sí mismo cualidades, que pocas veces van juntas: la más austera virtud y la instrucción más completa, unidas a la sencillez y bondad de corazón, conjunto elevado y santo, que debe caracterizar, al sacerdote evangélico.

Capítulo XVIII

Cuando fray Pablo se presentó en casa de su hermana, en busca de su sobrino, halló a la buena señora muy afligida, pues aquel mismo día, su hijo acababa de anunciarle formalmente, hallarse muy poco dispuesto a vestir el santo hábito y de cómo siendo hijo de soldado, creía, que lo que mejor sentaba al nombre de Hurtado, fuera la profesión de las armas.

La madre, oyendo tal declaración, en momentos tan terribles, pidió a su hijo, con las lágrimas en los ojos, esperase la venida de su tío.

No se hizo mucho esperar el buen tío, porque era tanta la agitación que lo consumía, por llegar a tiempo, que el pobre viejo, anduvo aquella gran distancia, en el tiempo que hubiese empleado, el más apuesto joven, de la corte del gran Carlos V.

Rogó fray Pablo a su hermana le dejase, ante todo, hablar a solas con Sebastián, a quien hacía más de ocho años no veía, deseando juzgar por sí mismo, las prendas de su sobrino, que según el dicho de su madre, no era sino una cabeza loca y alborotada, de la cual, nada bueno podía esperarse.

Sebastián, no conocía a fray Pablo y tenía, como casi todos los jóvenes de su época, gran respeto por los hombres de iglesia, si bien aquel respeto, se manifestaba acompañado de cierto tinte de despejo y reserva, que no predisponía muy favorablemente al joven, en favor

de su tío, a quien, por otra parte, estaba acostumbrado a oír nombrar, con la más respetuosa admiración, considerándole desde sus primeros años, como a un ser muy superior. Sin embargo, el joven Sebastián, sin encogimiento ni falsa modestia, se proponía decirle la pura verdad. Y así fue, que, cuando aquél le interrogó dulcemente, sobre sus inclinaciones, respondió sin acortarse: «Tío, ya que me habláis con tanta bondad y deseáis saber hasta mis ocultos pensamientos, voy a hablaros, con la franqueza, que merecéis».

«Amo la libertad, quiero ser libre y no tener jamás que consultar a nadie, ni sobre mis acciones, ni sobre sus pensamientos. ¡Detesto la hipocresía, que enseña a poner buena cara y a brindar nuestros servicios a aquellos que más aborrecemos! ¿Creís que con estas prendas, se pueda llegar a prior?»

«No, hijo mío», le respondió sonriendo fray Pablo, «no serás fraile; continúa».

«Aspiro a que el nombre de Hurtado, el nombre de mis mayores, alcance por mis propios méritos, el renombre y gloria, que no alcanzó por los esfuerzos de mi desgraciado padre. Quiero ser dueño absoluto de mis aspiraciones y que nadie tenga el derecho de oponerse a las inspiraciones de mi alma; quiero tener la libertad de hacer hoy lo que más me plazca, libre de no hacerlo mañana; y con vuestro permiso, tío, me agradan los libros de caballería y las amorosas trovas. De vez en cuando, me divierto en rimar, una que otra estrofa, mientras me ocupo en dar lustre a la mohosa espada de mi padre. Ahora, decidme si creís, que con vuestra influencia, puedo obtener de mi madre, que me deje dueño de mí mismo; y yo respondo, en primer lugar, de mi agradecimiento y en segundo, del éxito de mi empresa», y el ardiente joven tendió su mano a fray Pablo, el cual, después de, estrechársela cordialmente, le dijo:

«Que me place, hijo mío; cuenta con mi apoyo; pero ante todo, veamos cómo podemos concertar nuestro plan.

»Amáis la libertad, ¿y cómo no amarla? Es el don más precioso que nos hizo Dios, al poner en nosotros mismos, el poder de dirigirnos, según nuestros propios sentimientos y aspiraciones. Pero cuidado, hijo mío; que el hombre lleva en sí propio, el antagonismo a tan precioso don; hombres hay que por más libres, que quisieran aparecer, son por desgracia suya y mengua de la humanidad, viles esclavos y aduladores constantes de sus pasiones. No equivoquemos, hijo mío, si realmente deseamos ser libres, el desborde de nuestros apetitos y pasiones, con el santo poder de gobernarnos y encaminar nuestras acciones, a la justicia y a la verdad.

»Atended, Sebastián, una gran verdad que quiero revelaros; el hombre verdaderamente libre y poderoso, es aquel que, dueño absoluto de sus sentimientos e instintos, los encamina y dirige al bien, como el fin y propósito, para que fueron depositados en su alma, por el Supremo Hacedor; y creedme, hijo mío, el más justo, es siempre el más libre.

»Esto, en cuanto al espíritu, pues para el logro de esas aspiraciones, que alientan al presente tu juvenil ardor, es necesario también, mi joven amigo tengáis en cuenta de cuánta necesidad son para el guerrero o el hombre de Estado, una serie de conocimientos y talentos, sin los cuales, fuera vana quimera imaginar, podríais jamás sobreponeros los

demás y alcanzar fama y honores. Me diréis, que mucho se consigue en estos tiempos guerreros, con el esfuerzo de un brazo robusto y una voluntad firme; no os lo niego; pero quiero a mi vez, preguntaros, si es vuestro deseo, joven e inteligente como sois, seguir la sangrienta huella, que en pos de sí dejaron, esa serie de notables y afamados matadores, cuyos nombres son el espanto y horror de las edades, o si aspiráis al renombre y fama, que adquirieron en la historia, un Antonino, un Marco Aurelio».

«Padre mío», repuso el joven con turbado acento, «necesario me es confesaros, mal que me pese, que hasta este momento creyera, que un joven como yo, que se siente animado de tan noble entusiasmo y santas aspiraciones, con sólo lanzarse al mundo, con el fuego de su alma ardiente, con el corazón joven y sin doblez y además de eso, el prestigio inevitable de un nombre intachable, pese a todos los bribones y traficantes de la tierra, seguro estaba de alcanzar glorias y fama; pero vos, padre mío, me habláis de estudios y conocimientos, que estoy lejos de poseer, a no ser que ponga en cuenta de tales, el mal latín que medio sé y uno que otro texto de los Santos Padres, aprendidos de mala gana, y olvidados de mejor. Ya veis, mi querido tío, que en cuanto a estudios, estoy en el A B C; como que a deciros verdad, ese reverendo don Ángel, a quien mi buena madre, encargó especialmente la tarea de instruirme, es el modelo más completo de estupidez y vulgaridad, a quien a pesar de sus decantadas virtudes y cuarteles, aborrezco con todas las veras de mi alma».

«¿Y qué os parece, amigo mío», preguntó fray Pablo, con acento paternal, «la idea de veniros conmigo a Murcia, durante estas revueltas, que me pesaría aprobais, pues el primer deber de un noble y de un noble castellano, es sostener con todo el esfuerzo de su espíritu y de su brazo, los sagrados derechos del trono, que sus padres juraron respetar y mantener? Vuestra madre, Sebastián, que os ama entrañablemente, me ha pedido os lleve conmigo, con la idea de que os convierta. No os alarméis, hijo mío, lejos de mí, la idea de atraer al seno de la Iglesia un mal sacerdote, que mal pudiera ser otra cosa, quien, como vos, se siente inspirado por tan opuestos móviles. Justo es, sin embargo, complacer a vuestra madre, a quien tanto debéis; y el modo de contentaros a ambos, helo aquí. Veníos conmigo a Murcia; no se hable más de hábito: basta ya de aflicción. Yo trataré, en el tiempo que estéis conmigo, de hacer de manera, que en breve adquiriréis los suficientes conocimientos, para que podáis libremente aspirar al puesto a que os dan derecho vuestros antecedentes y vuestras aspiraciones. Seguidme, quiero explicar a mi pobre hermana, cuánto hemos convenido, contando ya con vuestra aprobación. Nada temáis, conozco muy íntimamente a un viejo soldado, de aquellos que asistieron a la toma de Granada, y a bien que aquella fue una famosa jornada; éste me ha ofrecido, en el caso que consintieseis en seguirme, poner a vuestra disposición, el vasto arsenal de talentos militares, que posee. Es un bizarro soldado, con quien habéis de simpatizar de fijo, a pesar de su aire un tanto grave y reservado».

Respondió Sebastián, abrazando a fray Pablo: «Sois el rey de los tíos; acepto gustoso vuestra hospitalidad; me constituyo ya en vuestro discípulo; y con vuestro permiso, aprovecharé las ofertas de ese bravo...»

«Don Nuño de Lara, hijo mío, noble como vos».

«Que me place; todo sale a medida de mi deseo; vamos a sacar de apuros a mi pobre madre. «Y el tío y el sobrino, salieron en busca de la afligida dama.

Aquella misma tarde, concertárase el viaje, quedando muy tranquila y satisfecha la madre.

La despedida fue menos dolorosa, que en cualquiera otra circunstancia; la buena señora, estaba muy deseosa de ver a su hijo lejos de Valladolid, en donde las agitaciones eran cada día más crecientes; y en cuanto al joven, la idea del viaje y de ver caras nuevas, le tenía fuera de sí. A pesar de que, al abrazar a su madre, se sintió conmovido y con marcado gesto de mal humor, limpió presuroso una lágrima, que asomó a sus ojos, pensando, sentaba mal en un hombre y sobre todo, en un guerrero, tal demostración. Fray Pablo, a quien no se escaparon, ni las lágrimas del joven, ni su mal humor, auguró favorablemente de aquel joven corazón, tierno y fuerte.

Durante el camino, concibieron el uno por el otro, mayor inclinación, que ambos ganaban, a medida que más íntimamente se conocían. Sebastián admiraba la inalterable bondad de aquel carácter, a la par que apreciaba, con ese tino especial de la juventud inteligente, los variados y amenos conocimientos del reverendo, dejando ver a su vez muy claramente, los tesoros de sensibilidad que poseía su alma, unidos a una fuerza de voluntad y sensatez, poco comunes en su edad.

Fray Pablo le aseguró, visto que se sentía inclinado al divino arte de la poesía, que merced al poco latín que ya sabía y al que no tardaría en adquirir, alcanzaría muy pronto a comprender, las bellezas infinitas del inmortal Virgilio, Horacio y demás escritores poéticos, que habían sido las fuentes puras, en que bebieron su inspiración, los Garcilaso, los Menas y tantos otros felices imitadores de los poetas latinos, a quienes el joven tenía especial apego. No se crea tampoco, que al hablar a Sebastián de sus proyectos de porvenir, olvidase a la sencilla Mariana, ni a la graciosa Lucía. ¡Cómo olvidar las más interesantes luces de aquel cuadro! ¡Cómo no recordar las amables ofertas de la una y el expresivo silencio de la otra!

Cuando se hallaban próximos a llegar, fray Pablo se dirigió a su joven compañero y con tono amistoso le dijo: «Eh bien, camarada, puesto que vais ya a dejar de serlo, para ser mi discípulo y siempre mi amigo, decidme, ¿en qué disposición os halláis, respecto a las nuevas relaciones que vais a hacer, pues merced a mi charla, juzgo debisteis formar ya cabal opinión? ¿Qué pensáis de la nueva familia?»

«Tío o camarada, como gustéis, siempre seréis para mí, la imagen de lo bueno, de lo mejor; habéis de saber, aunque me tachéis de aturdido, que a ese don Nuño, le estimo ya con toda mi alma; que Mariana, es como si la conociera desde mi niñez y en cuanto a vuestra Lucía, ¡espero será mi hermana querida y la amaré y la protegeré como a tal!»

El anciano, enternecido, nada respondió al entusiasta; pero éste comprendió que sus sentimientos eran aprobados, y como tal, se entregó a aquella lisonjera esperanza.

Qué hermoso espectáculo ofrece el corazón apasionado y amante del joven, que, en alas de su fe y de su entusiasmo, se entrega confiado en brazos del sentimiento, y se afana y se apresura para estrechar la mano del amigo, cuyo semblante aún no viera y cuyo afecto, ya mide por la intensidad del propio. ¡Sublime confianza, bendita atracción del corazón al corazón, del amor al amor, que sólo se encuentra en la juventud en toda su grandeza y sublimidad!

Capítulo XIX

Muy acertado anduvo don Nuño en el consejo que a fray Pablo diera, pues a todos fue provechosa y agradable, la venida de Sebastián.

Mariana, cobró desde luego al joven, un cariño tan tierno, que según sus expresiones, lo amaba como si fuera hermano propio de Lucía; teniendo don Nuño, a pesar de su natural reserva y esquivez, que convenir muy pronto con ella, en que Sebastián era verdaderamente modelo de jóvenes y muy especialmente, cuando comprendió, ser él la persona, a quien el recién llegado parecía esmerarse más en contentar. ¡Qué serie de preguntas! ¿Cómo se enjaeza un caballo, para el día de pelea? ¿Qué arma es a la que debe darse la preferencia? ¿Quiénes fueron los que más se distinguieron en aquellas famosas campañas de Italia? ¡Felices de ellos, que alcanzaron tanta gloria, en tan corto tiempo! Viéis cómo don Nuño cambiaba de semblante y se entusiasmaba y parecía rejuvenecido, con el recuerdo de aquellos días pasados. Cómo aquel corazón, muerto ya para las ilusiones, se sentía renacer al contacto de un corazón joven y animoso. ¡Qué bríos! ¡Qué vida! Mariana decía: «No parece sino que, este bello joven, ha tenido el poder de resucitar a este nuevo Lázaro».

¿Qué es de Lucía, entretanto? ¿Qué acogida ha hecho a Sebastián?

La bella Lucía, no fue la que menos amiga se mostró con el recién llegado, que desde el primer momento acogió favorablemente sus tiernas ofertas.

«Hermosa mía», le dijo Sebastián, tomándole las manos, «vuestro padrino, me había dicho mucho en elogio vuestro; pero veo que sois un ángel». ¿Queréis llamarme hermano y amarme como a tal, si no os cueste demasiado? Ruborizándose, Lucía le contestó: «Señor Sebastián, o mejor, hermano mío, no gusto de cumplidos que no merezco, acepto vuestro cariño, seamos amigos». Y la graciosa doncella presentó la frente a su nuevo hermano.

En poco tiempo, trabaron grande intimidad los dos jóvenes, poniendo Lucía al corriente a su nuevo amigo, de toda sus pequeñas confianzas. Hablóle de sus padres, a quienes no conociera, de los asiduos cuidados, que le prodigara Mariana, desde la infancia. Contóle la historia de los desgraciados amores de don Nuño, sin echar en olvido a Jimena y a Rodrigo, descubriendo a su nuevo amigo en aquellas sencillas referencias, todos los tesoros de una alma virginal. La hermosa joven, alabando las prendas del famoso Cid, se exaltaba al recuerdo de sus tempranas glorias. Y Sebastián exclamaba con singular ardor: «Por oír tales

palabras de vuestra boca, dirigidas a mí, fuera yo capaz, hermana mía, de hacer el doble de lo que hizo ese Rodrigo, que tanto alabais». Y el temerario mancebo, le pedía, le ordenase marchar al punto a conquistar tierras lejanas y a domeñar feroces enemigos. Pero ella, con inefable gracia, respondía: «Os ordeno, caballero, que os quedéis, y entretanto, no os encomiendo mayor tarea, estudies vuestra lección de latín y os apliquéis, para que podamos leer, gracias a ese latín, que no me parece amáis con mucho entusiasmo, el libro que mi padrino dice ser tan superior a nuestros romances».

«¿Hablas de la Eneida, hermana? Por darte gusto, ya verás, muy pronto podré leerte algunos trozos, por cierto que si mi tío quisiera, nada más fácil con su ayuda, tú podrías...»

«No haré tal», replicó Lucía, «estudia, aplícate, y en vez de irte con mi padre todas las tardes en esos fogosos caballos, a hacer esos ejercicios que me causan tanto miedo, bien pudieras adelantar en tus estudios. Pero no, como a todo preferís vosotros las armas, las lides».

«Lucía», interrumpió Sebastián, «¿cómo quieres que pueda ser afamado y poderoso como tu Cid, si no aprendo a tirar un rebote y a parar un corte? ¿Crees que con latines se derriban moros y se toman fortalezas? Pero aquí viene don Nuño y Mariana; tu madre parece muy contenta». En efecto, Mariana apenas llegó cerca de Lucía, le dijo: «Mira, hija mía, qué feliz ocurrencia tiene don Nuño, quiere que Sebastián sea padrino de la criatura, en su lugar; y dice que es mejor y más natural. Ya lo creo, madrina joven y padrino, ¿qué tal? Como que parecéis ambos pintiparados el uno para el otro».

«¿Y creís, madre», respondió Lucía, «que fray Pablo no se opondrá?»

«De ninguna manera», repuso Sebastián alegremente; «estoy seguro de que mi tío lo tomará muy a bien». «Gracias, amigo mío», exclamó en seguida, dirigiéndose a don Nuño, «gracias, por cederme vuestro puesto, al lado de tan bella madrina; sois mi mejor amigo, corro a prevenir a mi tío y a buscar algún presente para la ahijada. Supongo Mariana, me permitiréis también, ofrezca a mi compañera algún obsequio, que me recuerde a su memoria».

«Ciertamente, hijo mío; es muy justo y acepto en nombre mío y de Lucía».

No es necesario decir, que fray Pablo consintió de todo corazón, en la buena idea de don Nuño, y que hizo cuanto pudo, para solemnizar aquel acto, por cuantos medios estuvieron a su alcance.

La fiesta, que tal fuera la ceremonia del bautismo, merece que le dediquemos un capítulo especial.

Muy temprano, en la mañana de aquel día, tan importante para la tía Paca, apareció ésta y su familia en casa de Mariana. El tío Colás, su marido, encargado del ceremonial y demás arreglos de la fiesta, venía cargado con canastos y atados de todos tamaños. Paca, traía a la joven heroína de la fiesta, en brazos, y además en la mano que libre le quedaba, llevaba un gran envoltorio, en el cual venía su vestido de día de fiesta, los zapatos, la manta y demás prendas para su traje de gala, con el cual debía cambiar la grosera saya de picote de todos los días. Los muchachos, Periquillo, Miguel y su hermano, traían también sus muditas de ropa, muy envueltas y dobladas, en pañuelos de algodón pintado.

Así que Paca entró en la casa, empezó la faena, ocupándose desde luego Lucía en vestir a su ahijada las famosas galas; pero más era el tiempo que perdía la madrina, admirando lo bien que la caían, que lo que adelantaba.

Entretanto, Mariana y la tía Paca, ayudaban a Colás, en compañía de los muchachos, a adornar el famoso carro, que debía, concluida la ceremonia de la iglesia, conducir a la madrina a la casa de Colás, en donde tendría lugar la colación.

Cintas rojas, banderolas amarillas, flores del campo, ramas de adelfa, sauce y retamilla, eran los adornos que ostentaba orgulloso, en aquella solemnidad, el humilde carro de acarrear los granos y provisiones de todos los días. Colás, con singular destreza, formó una especie de techumbre de ramas y flores, atadas y sujetas con lazos de colores, que daban al carro el aspecto de una gruta abierta, de variada vegetación. El piso abundaba en hojas de naranjo y de romero, que exhalaban delicioso aroma. Una vez el vehículo pronto, lo que siempre tardó más de una hora, pues los muchachos charlaban más de lo que trabajaban, Paca y Mariana se ocuparon de sí mismas, no sin que ésta investigase antes, con solicitud verdaderamente maternal, en qué podría ser útil a la bella madrina, a quien desde la víspera ella misma limpiara y arreglara prolijamente, desde la saya negra de sarga, hasta los pequeños zapatitos de color de pulga, que debía calzar en aquel día.

Cuando Mariana pasó al cuarto de Lucía, encuentra ya peinada; sus cabellos negros y lustrosos, arreglados en trenzas, por detrás y por delante, hacían muy buen efecto. Las anchas trenzas de las sienas dibujaban perfectamente el gracioso óvalo de su rostro, y agregaban nuevo brillo al que habitualmente poseían sus rasgados ojos. Mariana ayudó a su hija a vestirse y no la abandonó, para ocuparse de sí misma, hasta que vio prendida sobre su bella cabeza, el blanco velo flotante de blanquísimo lino, que la cubría de la cabeza a los pies y parecía envolverla como una nube. Muy bella estaba Lucía, con sus chispeantes ojos negros, su aire modesto y recogido, y esa sonrisa de contento que animaba su fisonomía, por lo general melancólica y reflexiva, dejando visibles por entre los frescos y rosados labios, los dientes más bellos de toda España.

«Cuida, hija mía», dice Mariana, «no olvides ponerte el hermoso rosario de ébano y oro que te dio tu compañero. No, no lo lloves en la mano, así, al cuello». Y la diligente madre, colgole al cuello el rosario de ébano y oro, que Sebastián le había dado la víspera.

Todo era agitación y barahúnda; los muchachos se disputaban en la cocina, las prendas más nuevecitas de su modesto ajuar; todos querían llamar la atención y sobreponerse al orgulloso Miguelillo, a quien por fuerza tocaba ser el más guapo y engalanado, atendido a que él debía conducir el carro de la madrina. No poco costará al tío Colás, calmar las desavenencias de los contendientes; pero lo que fue de un efecto magnífico, para contentarlos y hacerles olvidar su rencilla, fue la aparición de Lucía, que con los birretes encarnados que para ellos había hecho, puso fin a la contienda y cambió en alegría ruidosa y exagerada, el mal humor de los chicos.

Entretanto, la pequeña Lucía, dormía como un ángel sobre la cama de la joven madrina, con su vestido nuevo y su gorra y zarandajas, sin cuidarse de sus galas, ni agitarse por mostrarlas.

Apenas se oyó el primer repique de campanas, cuando se presentó a la puerta Sebastián, en busca de la madrina, seguido de un numeroso cortejo de jóvenes de ambos sexos, vestidos de gala.

Mariana tomó en brazos la niña y rompió la marcha; luego venía Colás y su mujer con los muchachos, en seguida los jóvenes y niñas de todas edades, en graciosa confusión, formando grupo, y por último, Lucía y Sebastián, tomados de la mano, completaban aquella alegre y vistosa procesión.

Don Nuño, que debía preceder a los padrinos, según lo había dispuesto Colás, huyendo de mezclarse con aquellos alegres compañeros, se fue desde muy temprano a la iglesia, en donde el bizarro soldado, compañero del Gran Capitán, ayudó a fray Pablo a dar la última mano a la compostura del altar mayor. Por obsequio especial a tan distinguidos padrinos, debía celebrarse allí aquel sacramento.

El cortejo llegó a la iglesia; las campanas tocaban a todo vuelo; la pequeña capilla de Nuestra Señora del Carmen, merced al solícito cuidado de fray Pablo, iluminada a giorno, llena de flores y con sus imágenes adornadas con sus trajes de función, ofrecía lindísimo golpe de vista. Todos se arrodillaron en silencio, con excepción de los padrinos, que subieron en compañía de Mariana, hasta las gradas del altar mayor. Lucía tomó en brazos a su ahijada. Fray Pablo, revestido con su más bello sobrepelliz, dio principio a la tocante ceremonia del bautismo, que debía sacar a la inocente criatura de las tinieblas del Limbo. Una nube de incienso, ocultó poco a poco aquel piadoso grupo, a los ojos de los devotos circunstantes; las sonoras y graves notas del órgano, que tocaba un hosanna, infundieron místico recogimiento en todos los corazones. En el momento en que, los padrinos, de rodillas, sostienen ambos con un brazo a la criatura inocente, por la cual salen garantes, ofreciendo sus votos ante el Altísimo, mientras que con la mano izquierda, toman un cirio ardiendo, como símbolo de purísima fe; Mariana, no pudiendo contenerse por más tiempo, soltando el llanto, exclamó: «Miradlos, Paca, miradlos; parecen dos desposados y vuestra hija un ángel, que une para siempre sus corazones. ¡Benditos sean por los siglos de los siglos!» «Amen», respondió Paca, enternecida.

La ceremonia acabó; Mariana volvió a tomar a la nueva catecúmena y la presentó a su padre. Colás la bendijo, diciendo: «Dios permita, que en todo seas como tu madre».

Entretanto oíanse de la parte de afuera, los gritos de vivan los padrinos.

Condujo Sebastián a Lucía hasta la puerta de la iglesia, y allí, dejándola con las demás compañeras, fuese a repartir algunas monedas de cobre a los chicuelos, que gritaban con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Que vivan, que vivan los padrinos!

Lucía, Mariana, la tía Paca y dos vecinas más, amigas de Mariana, Montaron en el engalanado carro, y las demás personas siguieron a pie, hasta la casita de Colás, en donde debía terminar aquel día tan feliz, con la colación.

El carro conducido por Miguelillo, lo tiraban dos mulas manchegas, propiedad del tío Colás, que también ostentaban profusión de cascabeles y cintarajos de todos colores.

Fray Pablo, don Nuño y Sebastián, escoltaban a pie el gracioso carro, en donde la bella madrina, con sus mejillas animadas por el más vivo encarnado, llevaba en brazos y con especial esmero, a su ahijadita, que con sus ojos redondos, muy abiertos, parecía, como todos; admirar a tan fresca y galana madrina.

Una vez que llegaron a la hacienda de Colás, Paca y Mariana, sin el menor reparo y como es de costumbre en la gente humilde, se despojaron de sus lujosos atavíos, para ocuparse de los aprestos culinarios; en tanto que los jóvenes, inventando juegos de sortija y de prendas, se divertían castamente, con las modestas jóvenes.

Llegó, por fin, el momento de sentarse a la mesa, que estaba colocada debajo de un emparrado. Las viandas, por no ser excesivamente delicadas, no dejaron por eso, de ser abundantes y bien sazonadas; como que la misma Mariana, fue quien asó el capón y preparó los pichones, sin olvidar los patos rellenos, de la tía Paca, ni el vino manchego, que no se escaseaba a nadie y que alegró más de una cabeza. ¡Cuánta alegría y cordialidad! Hasta fray Pablo, hizo su brindis, en honor a los padrinos y a la nueva cristiana.

Llegó la noche, y todos los convidados, se volvieron a la ciudad alegres y satisfechos, prometiéndose recordar por luengos años tan bella fiesta.

Capítulo XXI

Todos los días no lo son de fiesta; pues así como el solaz y reposo, son gratos al espíritu y al cuerpo, después de las fatigas y tareas; así también, el hombre necesita del trabajo y del estudio, para mantener cumplidamente en sí mismo, el equilibrio de las fuerzas corporales, con las fuerzas espirituales.

Sebastián volvió a su latín, al estudio de la Historia, al cual muy especialmente, se esmeraba su maestro en dirigir su mente, como el mejor medio, de ensanchar las ideas y aleccionar el corazón, con el espectáculo incesante, de las precederas glorias mortales, a

las cuales los hombres de todas las edades han sacrificado todo, sin reparo ni tregua. Volviendo también a sus ejercicios ecuestres y lecciones de esgrima, siempre con el mismo tesón y agrado, que desde el primer día mostrara.

Lucía, también emprendió nuevamente las tareas, en que diariamente ayudaba a su buena madre, a quien pedía siempre con filial amor, dejase a su encargo el cuidado de la casa y arreglo de pequeñas costuras y labores; que aquélla, a causa de su poca vista, debía ya no afanarse por desempeñar; puesto que tenía una hija, que le amaba tanto y deseaba de alguna manera, retribuir los solícitos y tiernos cuidados, que a su infancia prestara.

Todo volvió a la rutina diaria; fray Pablo, como de costumbre tenía, no faltó a la velada, el siguiente día de la fiesta, que se pasó tan sólo en recordar, los agrados y contentamientos de la víspera.

Muy en breve y con motivo de su grande aplicación y esmero, consiguió Sebastián, ayudado, no obstante, por su maestro, hacer una pasable traducción de los dos primeros cantos de la Eneida, con que obsequió a su querida hermana.

¡Cómo pintar el inocente gozo de la buena Lucía, al ver aquel colosal trabajo, que tal a ella le parecía la modesta ofrenda, de su joven amigo! ¡Con cuánto ahínco y amor dedicose entonces la tierna joven a leer aquel famoso canto, en que el desgraciado héroe troyano, cuenta sus cuitas a la demasiado sensible Dido! Lucía, cuyo tierno corazón, sentía siempre los pesares ajenos como propios y que se afanaba y desvivía, por socorrer a cuanto infeliz veía, derramó amargas lágrimas, al relato de las melancólicas quejas y sentidas imágenes, con que el piadoso Eneas, conmoviera el corazón, de la poderosa soberana de Cartago.

Fray Pablo, viendo cuánto gusto y delicado sentimiento mostraban ambos jóvenes, por aquellas bellas obras de la antigüedad, se complacía en dar pábulo a tan nobles aspiraciones, a la par, que se contentaba a sí mismo, con el continuo recuerdo de sus amados clásicos.

El anciano les leía de noche, gracias al profundo conocimiento, que del griego tenía, las biografías más notables e interesantes, de la colección de Plutarco; y por cierto que era como para conmover el corazón más empedernido, el interesante cuadro que la modesta familia ofrecía, en aquellas útiles veladas.

Mariana, espíritu inculto, inteligencia escasa, con su rueca siempre en movimiento, seguía atenta y silenciosa, la lectura de aquellas páginas, que contienen en tan pocas palabras, el recuerdo imperecedero, de cuanto de más grande y portentoso, vio la humanidad en los tiempos antiguos. Don Nuño, no menos atento y complacido, se agitaba de vez en cuando en su asiento, oyendo las hazañas de un Leonidas o la audacia de un Temístocles. Mientras que Lucía y Sebastián, siempre al lado uno de otro, cambiaban de continuo sus tiernas miradas, en las cuales, ora pintábase el asombro, ora el más vivo dolor. ¡Lucía, modesta flor de las playas españolas, paloma sin hiel, pura como las primeras brisas del céfiro, en noche primaveral, lloró más de una vez, con las tiernas Sabinas y lamentó compasiva la triste suerte de la desventurada Veturia!

Así de esta manera y en tan provechosas lecturas, deslizábanse mansamente los días, sin que nadie echara de menos, riquezas y abundancia, de otros poseídas, que suelen ser ocasión, más bien de afán, que de ventura.

Los días festivos, después de la misa, va Lucía, con Sebastián y don Nuño, a visitar a la ahijada que ya empieza a conocerles y distingue sus voces y les tiende sus manecitas. Y la madrina, no se cansa de repetir, que es bonita y entendida y que pronto hablará y dirá maravillas.

Como llevamos dicho, y con muy pequeñas alteraciones, tales como que la traducción se acabó; no sin que fray Pablo, sensato y precavido, robara algunos párrafos al bellissimo cuarto libro; y que Lucía estaba cada vez más bella y Mariana más achacosa. Pasose un año, durante el cual, Sebastián, escribía siempre a su amada madre, dándole noticias muy detalladas, sobre sus adelantos y estudios; y además, pintándole la vida, que allí llevaba, como la más grata y útil a su corazón, sin que ni uno ni otro, hablase jamás, de su vuelta a, la casa materna.

Capítulo XXII

Un día, que Sebastián había salido con don Nuño, a dar el paseo que tenían de costumbre y durante el cual, hacían los ejercicios necesarios, al perfeccionamiento en el uso de las armas, que el joven manejaba ya muy a gusto y satisfacción de su maestro; recibió fray Pablo, una carta de Valladolid, en la cual le anunciaban, que su hermana estaba gravemente enferma y deseosa de ver a su hijo, cuanto antes.

Alarmado con tan terrible anuncio, fuese al punto el buen anciano a casa de Mariana, a consultarla sobre el modo de dar aquella noticia al infeliz mancebo, que tan distante estaba, de pensar en la desgracia que le amenazaba. Lucía, no bien oyó la lectura de aquella carta portadora de tan ingrata nueva, dijo a fray Pablo, conteniendo las lágrimas: «Yo hallaré medio de decírselo, sin afligirle demasiado. ¡Ay, pobre madre! ¡Es preciso que él la vea antes de morir! Si la distancia no fuera tanta, iríamos, madre, iríamos, ¿no es cierto?». «Bien veo que ni es posible tampoco, que yo le acompañe», agregó fray Pablo, «necesítase ir muy a prisa, y desgraciadamente aún me resiento del último viaje».

«Nada temáis, mi buen padrino», díjole la prudente doncella, «mi padre no le dejará ir solo, estoy segura de ello; pero aquí están ya; yo le hablaré, iré con él fuera. ¡Pobre hermano, tan bueno, tan sensible!»

En ese momento, Sebastián y don Nuño entraron en la habitación; la joven hizo a su hermano una pequeña seña y ambos salieron, tomados de la mano.

Una vez fuera, viendo Sebastián que Lucía callaba le dijo con tono ceremonioso: «¡Qué me queréis, misteriosa dama, que así tan de repente me lleváis, no sé a donde! ¡Ah! pero con vos fuera yo hasta el fin del mundo», y le besó respetuosamente la mano.

Ella guardó silencio y cuando estuvieron cerca de la iglesia, viendo, que el impaciente joven, insistía por saber si quería confesarse con él, le dijo suavemente:

«No, hermano mío, no vengo a que me confeséis; vengo a daros un consejo solamente».

«Habla, pues, oráculo mío».

«Dime, Sebastián; ¿te acuerdas siempre de tu madre, que te quiere tanto y a quien hace más de un año, que no ves? Respóndeme la verdad, te lo pido, hermano mío».

«Sí», replicó el joven, «aunque no acierto a dónde vas a parar, con tu aire grave y tus misteriosas preguntas. Sabe que me acuerdo y mucho; aunque nunca te lo he dicho, más de una vez, me he echado en cara, el haberme encantado de tal manera, en esta bendita ciudad, que ni siquiera pienso, en que algún día será forzoso que me marche y me separe de mi tío y de don Nuño».

«Y de mí, ingrato», agregó Lucía, con acento conmovido; «¡de mí, que soy tu hermana que te quiero tanto!...» En seguida, tomándole las dos manos, agregó con acento suave y fijando en él sus bellos ojos: «Es necesario que te pongas en marcha, mañana mismo; tu madre se queja ya de tu ausencia, prolongada por tanto tiempo; ¡pobre madre!; tiene razón, tú la olvidas, la olvidamos, Sebastián!».

«¿Mañana?», exclamó el joven, «no; ¿a qué tanta prisa? más bien...»

«No; mañana mismo partirás, amigo mío; mi padre te acompañará. La buena señora, escribe a fray Pablo, quejosa y resentida; ¡ya ves que a su edad y tan sola, separada de ti, que eres lo único que le queda, bien poco exige de ti, que tanto le cuestas!»

«¡Ah! Lucía, eres un ángel», exclamó el joven, besándola en la frente; «partiré mañana mismo; ¡pobre madre! ¡Tienes el poder de leer mejor que yo mismo, en mi corazón y de hacer de mí, que nada valgo, lo que nunca sería sin ti, hermana de mi alma!»

Poco después, los dos jóvenes entraron de nuevo en la habitación; Lucía habló la primera, y dijo a fray Pablo: «Sebastián, a fuer de buen hijo, comprende que su buena madre tiene razón, en quejarse de su ausencia y está decidido a marcharse lo más pronto posible».

«Sí», agregó el joven con vehemencia; «mañana mismo salgo, con vuestro permiso, tío. Madre mía, muy enfadada debe estar, pues no me escribe; yo haré que me perdone, le contaré cómo lo he pasado aquí con vosotros, que me habéis mimado tanto y me habéis hecho creer, que no me había separado de su lado. Cuánto agradecerá lo que por mí habéis hecho; a mi vuelta, ya lo sabréis, quizá ella misma consienta en seguirme. ¡Oh! ¡qué dicha tan grande! ¡Todos reunidos!, confío en mi ascendiente; ¡vendrá conmigo, vendrá!»

Don Nuño, ofreció a Sebastián, acompañarle en su excursión; y de común acuerdo, decidieron salir el día siguiente de madrugada.

Mariana y Lucía se ocuparon esa misma noche, de arreglar la pequeña provisión de ropa, que debían llevar los viajeros, y en seguida se separaron tristes y pesarosos, unos y otros, con la idea de la próxima despedida.

Capítulo XXIII

Más de dos horas ha, que partió Sebastián. Lucía, inmóvil aún, en el mismo sitio en que por última vez su hermano querido, la estrechara contra su corazón, sigue con anublados ojos, el sendero por el cual se alejó el joven, no sin volver más de una vez la cabeza, para divisar a su abatida Lucía, que casi sin derramar una lágrima, viérale partir. Aún le parece oír las pisadas del caballo que se aleja. No es ilusión, se levanta inquieta y sobresaltada. ¿Será que Sebastián vuelve, a abrazarla por última vez? Mas, ¡ay! fueron tan sólo los latidos de su pobre corazón, lo que causara su engaño. Así, cuando estamos seguros y cruelmente convencidos de que se fue sin remedio, aquel que al alejarse, se llevó consigo una parte de nuestra vida, amargamente nos complacemos, a despecho de las sugerencias de la razón, en figurarnos, al más leve soplo del viento, que aparece nuevamente a nuestras miradas, aquel que lejos, muy lejos ya, se aleja también, con el corazón destrozado. Y, sin embargo, feliz mil veces el que se ausenta y ve a cada instante sucederse, cambiarse las personas, los objetos. La incesante marcha, el continuo movimiento, la misma necesidad de velar su pena, a los ojos indiferentes, todo, todo contribuye a mitigar la fiebre del corazón, adormeciéndole casi a su pesar. Pero el infeliz que se queda, solo y desamparado, en los lugares, hace tan poco risueños, animados, por la presencia del objeto amado, halla a cada paso nuevo alimento a su amargura, en la flor que él amaba, en el libro preferido, en la melodía que juntos entonaron, cuando felices y confiados, se dejaban mecer blandamente, por las horas amigas que pasaron. Lucía, virgen de corazón enamorado, aquel amor que es hoy su más cruel tormento, fuera hasta entonces, su delicia, su encanto. Ama Lucía; y ama con pasión; la ausencia ha venido a revelarles, cuánto era para su alma aquel hermano, tan necesario, indispensable ya, a su felicidad. En vano busca la herida tórtola, alivio a su duelo, en aquellas amables ocupaciones, tan gratas antes. Los libros, aquellos libros, que todos los días leían juntos, sentados uno al lado del otro, con las manos confundidas, con los ojos fijos en la misma palabra, en la misma letra, no puede ya Lucía, leerlos; sola, no ve, no entiende: fáltale su alma, su luz, su vida.

Fray Pablo, cuyo corazón no latiera jamás por los amores de la tierra, cuya alma reconcentrada siempre, embebida en los tesoros del amor divino, pura y sin mancha, atravesó las tempestades de la carne y del mundo; comprendió, sin embargo, al ver aquella agitación, aquel desasosiego en su pobre Lucía, que Sebastián era amado por la sensible niña, con el ardor de amante y no con el tibio fuego, del cariño fraternal. Quiso consolarla, llamola a su lado, hablóle de Sebastián, pintole con tierna solicitud la satisfacción que es para un corazón verdaderamente puro y cristiano, cumplir con los deberes que la naturaleza nos ha impuesto. «¡Pobre su madre!» dice; «¡acaso ha muerto ya, sin estrechar contra su pecho, sin bendecir al hijo amado, al hijo de sus entrañas! Lloro, hija mía; lloro, sí, Lucía; lloro por esa pobre alma tan combatida por la mala suerte. Perdió a su joven esposo, cuando sólo hacía un año a que estaban casados; perdiolo, Lucía, no como nosotros perdemos hoy

momentáneamente a nuestro Sebastián; sino por la muerte, que no devuelve jamás lo que arrebató. Hija mía, tú gimes, te agitas, sufres y crees que el tormento que hoy padeces no es comparable con ninguno. ¡Ay! tú no has visto morir, tú no conoces el tormento de ver cerrarse para siempre, para no abrirse jamás, los ojos tan bellos, tan amantes, que al cerrarse ya turbios y sin brillo, se vuelven todavía cariñosos, como buscando nueva vida en los nuestros. Tú no sabes; y guárdete el Señor de saberlo, por mucho tiempo; qué siente el corazón, cuando, impotente y débil, comprende que todo el dolor, el tremendo dolor de la madre que ve espirar a su hijo; el martirio de la amante, que pierde en hora funesta al que ama; ni todos los dolores juntos y condensados de la humanidad, pueden en lo más mínimo, alterar la tremenda sentencia de la muerte. Lloro, hija mía, lloro por las madres que perdieron y perderán al hijo amado. Lloro, como María lloraba al pie de la cruz; lloro la pena de la esposa, del amigo; y lloro por ti misma, que te verás más de una vez, combatida por las tempestades de la vida; lloro, que el llanto es grato y dulce, al que sufrió y murió por amor. Alza tus ojos al Cielo, pidiendo misericordia para los que lloran sobre las tumbas. Ruega, hija mía, levanta el corazón al Padre común, dispensador de dichas y amarguras, pídele que el hijo que corre en busca de su madre, llegue a tiempo para recibir su bendición. Y espera, hija mía, confía; él te volverá a Sebastián y premiará con justa mano tus virtudes y tu candor».

La sencilla joven, escuchó atenta los consejos de fray Pablo; mucho bien hicieron a su corazón las palabras del anciano; calmose su dolor, cesó su llanto: los días y las tristes noches, estamparon, sin embargo, en sus mejillas, una palidez, que nunca, ni la felicidad ni el amor, fueron bastantes a disipar.

Pasábase horas y horas, con los ojos fijos en aquel sendero, por el cual se alejó el hermano, que la ausencia cambiara en amante. Notose desde entonces, un aumento de fervor en sus devotas prácticas, y más de una vez, Mariana, dulcemente la riñera, por aquel exceso de devoción, que acabaría, según el decir de la buena anciana, por alterar su salud.

Confesábase Lucía con fray Pablo; acusose la modesta joven, con su santo padre espiritual, de la incesante preocupación de su alma, pidiéndole le diese el medio de combatirla, si acaso eran contrarios o los preceptos que debía observar, una virgen cristiana.

Pero fray Pablo, comprendiendo la misión santa del sacerdote cristiano, que antes que propender al aislamiento de las almas, debe, según la divina ley de amor, del que murió por un amor sin ejemplo, estrechar más y más los amorosos vínculos, que forman la armonía y la base de la sociedad, le contestó con acento inspirado:

«Hija mía, nada temas, escucha, atiende la voz que de tu corazón nace. Le amas, hija mía, le amas como Raquel amó a Jacob, le amas como ama el querubín allá en los Cielos, la luz divina, que brota, crece y se esparce, envolviendo en su aureola, a los espíritus celestes que se nutren con su esencia. Ámale sin temor, confíale sin reparo tu joven corazón, que es digno de poseerle; y así unidos y amantes, puros y castos, el Señor se complacerá benigno en bendeciros».

Cuán dichosa Lucía, desde ese instante, soporta resignada el peso de aquella ausencia; entrégase sin embozo al libre campo de sus amorosos ensueños; segura de que ama y que su amor es santo, da rienda suelta a su creciente amor. Ama y espera.

Capítulo XXIV

A medida que Sebastián se aleja de los lugares en que encontró su alma tan nuevas como gratas atracciones, se siente agitado por una impaciencia extraña, que le hace hallar por demás larga, la distancia, que aún le falta que salvar, para llegar a Valladolid.

No puede darse cuenta de la vaga aprensión que, de repente, se insinúa en su alma. Y aunque don Nuño, hasta entonces, nada le ha dicho, que pueda alarmarle, sin embargo, experimenta ese malestar indefinible, que se siente, en vísperas de sufrir un fuerte choque. Así como al acercarse la tempestad, y cuando todavía el sol brilla en el cielo, vense pasar ciertas nubes opacas, que oscurecen momentáneamente su faz, hasta que llegado el fatal momento, le ocultan enteramente, deshaciéndose luego en lluvia; así parece, que el corazón sintiera, de antemano, como una serie de nubes pesadas y oscuras, que le oprimen y atormentan, hasta el instante en que estalla y se dilata por el esfuerzo del sufrir y que el llanto disipa las nubes, que dejaron allí su forma impresa, como en blanda cera.

No puede explicarse Sebastián, ahora que distante recuerda y como distracción a su tormento, hasta el más insignificante detalle de su despedida, qué es lo que siente, cuando ve a su hermana, a quien tanto ama, insensible y fría, decirle adiós, sin que a sus ojos bellos asome una lágrima. ¿Por qué se agolpan a su imaginación tales ideas? ¿Por qué fuera Lucía la única persona, que le habló de tal viaje? ¿Qué extraña sospecha cruza por su mente? Aún no tiene forma fija, no le da nombre y, sin embargo, ya le atosiga, le mata; apenas se ha separado, de lo que fue hasta entonces para su alma la imagen más pura y bella; aún siente en su pecho el delicado perfume que allí dejaron los cabellos de la joven, y ya duda y la acusa, y en su creciente agitación, a medida que la luz disminuye en su corazón, más negros son sus pensamientos y extrañas sus sospechas. ¿Qué es lo que ha podido decidir tan repentinamente aquella partida? «Torpe anduve», dice para sí, «en dar fe a tan extraño cuento. Mi madre me lo hubiera escrito; ¡me ha engañado!» Y el insensato, huyendo de una idea, que hasta entonces le persiguiera cruel, se complace imprudente en buscar un mal que no existe, despreciando el que tan de cerca le amenaza.

¡Débil corazón humano! El más bueno, el mejor, el más tierno y delicado, no escapará jamás a su fatal destino; insensato e injusto a la menor alteración, al más ligero embate de la suerte, al más leve soplo de contrario viento, se desconoce, se cambia, se torna de dulce y placentero, en airado y odioso. ¡Triste destino el nuestro! ¡Oh! fuéramos siempre amigos apacibles, tiernos, si fuéramos siempre dichosos. Nada hay que tuerza las libras de nuestro corazón, como las penas. Corazones hay que, a haber sido menos combatidos, hubieran sido un ejemplo de moderación y dulzura.

Sebastián, ingrato y desconocedor, olvida ya las prendas tan conocidas y apreciadas por él mismo, de aquella a quien maltrata con torpe sospecha. Hombre, en fin, y cruel. Cuánto más grato a su corazón, no fuera, presenciar el tormento que interiormente desgarraba a la infeliz doncella; ¡y abatida, y sin color, deshecha en llanto, verla desesperarse, oponerse a su partida, pidiéndole faltase al más sagrado de los deberes! Sebastián es infeliz, Sebastián tiene fiebre; no puede, efecto de lo muy desgarrado que está su corazón, por lo que sufre, y lo que teme, apreciar la sublime abnegación de la enamorada joven, que suplica, intercede, por la madre, ocultando, bebiendo su llanto, por temor de abatir a aquel que necesita de todo su valor para alejarse.

Lucía no es injusta como Sebastián, ella sabe comprender, que esa partida, ha de destrozarse también el alma de su hermano; nadie se lo dice; nadie le enseñó a amar tampoco; nadie, sino su propio corazón, le inspirara entregarse confiada y desarmada a aquel amor. Pero esa, es la superioridad infinita, de la mujer sobre el hombre; la mujer no se engaña jamás, en cuestiones de corazón, que son las únicas de su vida, mientras que el hombre es ciego las más veces y necesita, que, la mujer le inicie, le conduzca, le lleve, le arrebate, casi a pesar suyo, a las tinieblas en que se halla sepultado su corazón, para darle en cambio, luz, vida, armonía, amor.

Capítulo XXV

A medida que se acercaban a Valladolid, notando don Nuño el incesante malestar de su joven compañero, creyó oportuno prepararle, por medio de algunas palabras preventivas, para el golpe que iba a sufrir, dejándole comprender, con mañosa delicadeza, que su madre, a la sazón se hallaba algo enferma, y que de consiguiente, era necesario se compusiese un semblante sereno, para no agitar ni mortificar con su dolor a la pobre enferma. Insistiendo con tesón, sobre lo necesario e indispensable que es, para los corazones, saber sobreponerse con valor las luchas y golpes que la suerte les prepara. Y que siempre, el hombre superior y cristiano, debe inclinarse resignado y obediente, ante las leyes del Altísimo. Pues así como es grande y digno, luchar con la fortuna y disputarle palmo a palmo sus favores, no es menos grande, ni digno de encomio, ver al fuerte y poderoso, acatar debidamente el poder, que no puede ni debe contrarrestar.

En ésta y otras pláticas análogas, empleara don Nuño, el resto del camino; y el joven que comprendía cumplidamente su intención y buen deseo, le escuchaba sin replicar, sumido en profundo silencio.

Llegaron por fin a la ciudad: don Nuño insistió en apearse en una posada, que había a la entrada, sin poder conseguir que su compañero se detuviese un momento a reposar; siendo tanta su ansiedad, que después de darle muy a prisa las señas de su casa, se alejó de galope y sin escuchar siquiera sus últimas palabras.

Cuando Sebastián llegó a casa de su madre, sintió oprimírsele más y más el corazón. Las ventanas que sobre la calle daban, estaban completamente cerradas, a pesar de hacer el más bello día de verano. El exterior de aquella casa tenía algo de serio, de triste, que en ningún momento produjera tan cruel impresión en el ánimo del joven. La puerta de calle estaba apenas entreabierta; y en el interior, parecía reinar profundo silencio. Bajose lentamente de su caballo, que, regocijado al reconocer la casa donde se había criado, relinchaba y golpeaba el suelo como para anunciar la llegada de su joven amo. Nadie, sin embargo, parecía oír los conocidos relinchos de Zadir: las ventanas permanecían siempre cerradas.

Las flores del patio, que eran el encanto de su madre, violas Sebastián, no bien entrara, marchitadas, con los inclinados tallos y descoloridas hojas, como imagen de desolación y abandono. En seguida, atravesando el vasto patio, llegó a la habitación favorita de su madre, la halló desierta y con esa fría e inmóvil rigidez, que se imprime en los objetos, cuando han pasado días enteros, sin que una mano amiga, acerque una silla, descorra una cortina, altere la simétrica colocación de un libro, de un florero, o esparza descuidadamente, sobre la mesa de la labor, los objetos que diariamente usa, y que son la imagen de sus gustos, de sus pensamientos, de su vida íntima. Todo era silencio y frío, en aquella habitación, en donde el hijo había recibido los últimos besos y la bendición de su pobre madre. Inmóvil y aterrado, no se atreve a pasar adelante, como si temiese que algún horrible espectáculo se ofreciera ante sus ojos; y, sin embargo, aquella ansiedad es espantosa. El dormitorio, que seguía, conservaba ese mismo sello de inmovilidad y de falta de vida; que se ve tan claramente marcado en los cuartos no habitados, y que parecen perder con la ausencia de aquel, que les daba vida, toda relación y armonía con los vivientes; como si un lugar en donde el silencio y la soledad reinan exclusivamente, fuera desde entonces, mansión inadecuada, para los que viven, para los que sienten, para los que aman.

Las cortinas del lecho, caídas por todos lados, ocultaban el interior: algo de sepulcral y espantoso, parecía agitarse al rededor de aquel lecho. El mismo silencio, la misma soledad; pero aún más desgarradora, más fuerte, helaban la sangre del corazón, en aquel frío aposento.

Sebastián, con los ojos fijos en el cubierto lecho, con la frente inundada de sudor, con pie vacilante, y sin atreverse a descorrer aquellas cortinas, que su corazón le decía, no velaban ya, sino la huella que allí dejara el cuerpo de su madre, sentía que su razón vacilaba, y no podía moverse de aquel sitio de horror. Haciendo, sin embargo, un esfuerzo supremo, se alejó del lecho, horrorizado; y huyendo, con pueril espanto del desierto aposento, echó a correr hacia el interior de la casa, gritando: «¡Justina! ¡Justina! ¡Pedro!»

A sus gritos, salió de la cocina la antigua criada de la difunta señora de Hurtado, que, viendo a Sebastián, y reconociéndole al punto, a pesar de la grande alteración de sus facciones, le dijo, estrechándole entre sus brazos: «¡Cómo! ¿Por ahí habéis entrado? Necia de mí; dejé abiertas las puertas».

El joven, no pudiendo resistir por más tiempo a las crueles emociones porque acababa de pasar, se desmayó en brazos de Justina.

Inquieto don Nuño, por saber el resultado de aquel melancólico drama, así que hubo dejado su caballo en lugar seguro, se dirigió en busca de la casa de Sebastián, costándole, no poco, el encontrarla, pues aunque sabía el nombre de la calle, éste era el único dato que tenía; y a no ser por el pobre Zadir, que agobiado y cabizbajo, tascaba el freno frente a la casa, en donde nadie se acordaba de él, hubiera tardado mucho más en dar con su amigo. Cuando llegó, Sebastián vuelto de su desmayo, gracias a los cuidados de Justina y de Pedro, dormía tranquilamente.

Viendo don Nuño que el pobre joven reposaba, gracias al cansancio del viaje, y a la misma intensidad del sufrimiento, que completamente abatiera sus fuerzas, se sentó a la cabecera de su cama, para que fuese su cara amiga, la que éste viera, al despertar, rogando en seguida a Justina, le contara cuanto había acontecido, no sin indicar antes a Pedro, fuese a desembargar de la montura y a dar de beber, al olvidado Zadir.

Corrió solícito Pedro a ocuparse del caballo, y cuando llegó a él, le abrazó con gran cariño, diciéndole: «Perdóname, mi querido Zadir, porque nuestro pobre amo ha sido causa de que me olvidase de ti; no te aflijas, te daré una buena ración de avena y yerba fresca. El inteligente animal, como si entendiese la disculpa de Pedro, relinchó por dos veces, y siguió dócil al buen hombre, haciendo resonar sus huecas pisadas en el patio, y despertando los ecos dormidos por tantos días, en aquella triste mansión.

Capítulo XXVI

Don Nuño, que seguramente, no era la persona más adecuada para distraer a un joven y divertirlo con variadas ocurrencias, fue, sin embargo, quien tuvo que tomar sobre sí, la difícil tarea de consolar a Sebastián. Lo que más afligía a éste, era la idea de no haber podido abrazar a su madre antes de morir, y que aquella hubiese muerto descontenta de su hijo, y acusándole quizá de ingratitud. En vano le hacía presente don Nuño que aquello del resentimiento de su madre, fuera tan sólo un pretexto, de que la discreta doncella se sirviera, como un medio de alejarle de Murcia, sin alarmarle demasiado y a destiempo.

Todo era en vano; Sebastián, sintiéndose culpable, de haber en aquellos últimos tiempos, descuidado el afecto de su madre, se pasaba los días tristemente, sin querer salir de casa, dando alarma justamente a don Nuño, pues la falta de ejercicio y su constante preocupación, en poco tiempo, habían alterado visiblemente su robusta constitución. Bien hubiera querido el de Lara volverse inmediatamente a Murcia, comprendiendo, por lo mucho que sabía amaba Sebastián a su hermana, y además, por ser ese el tema de conversación, que únicamente tenía el poder de distraerle de sus negros pensamientos; que allí, rodeado del encanto, que ejercía sobre cuantos la veían, y muy especialmente sobre él la bella Lucía, muy en breve volvería a su espíritu la calma, de que tanta necesidad tenía.

No era posible, sin embargo, a pesar de los deseos del mismo Sebastián, alejarse tan pronto de Valladolid. Muerta su madre, que había sido única y exclusiva tutora y curadora de los bienes de su lujo, los cuales juntamente con los que a ella pertenecían, formaban una herencia considerable, era de necesidad ocuparse, de nombrarle un curador, que durante su menor edad administrara los bienes con provecho y honradez. De buena gana, Sebastián, que como joven, tenía muy en poco los bienes de fortuna, considerándolos innecesarios, hubiera abandonado todo al cuidado y buen desempeño de don Buenaventura Aldarrias, afamado letrado, que a más de ser honrado y, entendido en la materia, profesaba desde muy atrás, singular afecto y particular amistad, a la familia de Hurtado. Pero, el caso era que don Buenaventura, por lo mucho que por el joven se interesaba, o sea, por el grande apego que los leguleyos tienen a sus fórmulas y eternas tramitaciones, se oponía a ello con calor, amenazando al joven, con que se quedaría en la calle y perdería todo, si juiciosamente no observaba sus graves y prudentes consejos, permaneciendo en Valladolid, hasta el definitivo arreglo de sus asuntos.

A no ser por don Nuño, Sebastián, que impaciente por demás, no quería ocuparse de nada, sino volar a Murcia cerca de Lucía, los consejos del buen Aldarrias, no hubieran sido ni escuchados.

Conviniéndose muy a guisa de éste, que don Nuño sería el tutor pro forma, según gravemente decía don Buenaventura, pues tenía que, con semejante tutor, el pupilo, hiciera siempre lo que mejor cuadrara a su inquieto natural. En seguida, él, don Buenaventura Aldarrias y Rohela, fue nombrado, ante jueces, escribanos y ministriles de todas categorías, y según lo establecen y requieren las leyes, curador de los bienes del menor don Sebastián de Hurtado, hijodalgo de nacimiento y fiel vasallo de los reyes de España.

Acontecía precisamente por aquella época, a mediados del año 1518, que Valladolid estaba agitado como nunca, y conmovido por la expectación de los importantes acontecimientos, que en breve debían allí desarrollarse. Las Cortes, iban por vez primera, a ser abiertas por el nuevo rey Carlos, lo cual, vista la efervescencia popular, las disensiones intestinas, que agitaban el reino y la circunstancia especial, de hallarse aún en vida, la desgraciada reina doña Juana la Loca, contribuía a complicar muy gravemente los sucesos y conmover los espíritus.

De todos lados del reino, afluía gran cantidad de gente; nobles y plebeyos acudían, movidos unos y otros, por el atractivo de las fiestas, que tendrían allí lugar, para celebrar al nuevo monarca, que en todas partes había sido recibido con vivo entusiasmo y señaladas muestras de simpatía; y también, por saber a qué atenerse; pues, a pesar de que su señoría don Carlos, usaba ya el título de rey de España, ni las Cortes de Aragón, ni las de Castilla habían decidido aún, la ardua cuestión de los derechos de la reina Juana, tan amada de los Españoles.

De día en día, aumentaba visiblemente la población, llenábanse los mesones, y apenas bastaban para dar alojamiento a la inmensa cantidad de gentes que por momentos llegaba.

Don Nuño, enemigo de fiestas y grandes reuniones, bien hubiera querido alejarse; pero don Buenaventura le había juiciosamente advertido de cuánto provecho podría ser, para su

joven pupilo, el espectáculo grandioso y para él nunca visto, del séquito de nobles caballeros, que acompañaban al rey y que debían seguirle después a Alemania, a tomar parte en la guerra, que infaliblemente tendría lugar, entre los pretendientes al trono imperial.

«Amigo mío», decía don Buenaventura con ardor; «¿pensáis acaso, que pueda yo avenirme a ver al ilustre descendiente de los Hurtado, consumir sus mejores años en la inacción y abandono más completos? Vos mismo, me habéis hablado de sus buenas disposiciones, para el duro arte de la guerra; ya lo creo, ¡ni cómo pudiera ser de otra manera, si sus abuelos fueron todos nobles como quien más y bravos como leones!»

«Entonces», replicó don Nuño, «os aseguro que Sebastián, no hace sitio continuar dignamente, las bellas prendas de sus mayores, pues es caballero por los cuatro costados; y si bien no tuve nunca ocasión de juzgar de su coraje, creo, no obstante, no engañarme, creyéndole valiente y digno del nombre que lleva».

«¡Que me place, caballero, por las llagas del Señor! Y creís entonces, que habré de consentir en que os lo llevéis a Murcia y le enterréis vivo, y pase su vida estudiando esos latinejos, que si no ha de ser letrado o fraile, pese a mí, de poco o nada han de servirle. ¡Voto va! Yo nada tengo de belicoso, pues a Dios gracias, mis señores padres, desde mi más tierna edad, me hicieron volver la vista a más serias y templadas miras. Pero eso no quita, que yo conozca, que por estos tiempos, que son tiempos guerreros, más se alcanza con mandobles, que con retóricas. Vos mismo, don Nuño, habéis sido soldado; y por cierto que a nadie podréis envidiar ni bríos, ni hazañas; ¿quién mejor que vos podrá comprender cuánto llevo dicho? Vamos, hablad a Sebastián, animadle, a que se pliegue a esta brillante nobleza, que rodea al rey nuestro señor (que será en breve, confío, mediante el amparo de Aquél, que espero alumbre con la luz de su ciencia los turbios ojos de nuestros diputados). Pero esto no hace al caso. Habladle vos, que le conocéis mejor, aseguradle que no le faltarán protectores, que le animen y levanten a los más encumbrados puestos. ¡Por vida de Cicerón! que me ocurre una idea. ¿Y si vos le acompañaseis? ¡Vaya que para el lebrél acostumbrado a cazar en campos ásperos y quebrados, no habrá de ser ésta ocasión de quedarse atrás!»

«En verdad, señor Aldarrias», respondió don Nuño, «que un día amé las lides, las armas; pero hoy ya me veis, desencantado, viejo».

«Vaya, vaya, no lo hagáis por vos, hacedlo por él, por vuestra hija adoptiva, pues si mal no pienso, creo que Sebastián tiene a la chica, singular afición, y no creo, conociéndos, penséis en casarlos, así como quien dice, recién salidos del vientre de su madre; ¡ea!, mi bravo don Nuño, pensadlo bien, o mejor, no lo penséis, consultad vuestro corazón, y seguro estoy de ganar mi causa. ¡Pobre muchacho, sin familia, sin padre! Mirad si no fuese que yo no sé ni tenerme sobre una mula, ni aun disparar un mosquete, así como me veis, con mis sesenta y pico y mis piernas corvas y mi vientre, y qué sé yo... me teníais muy luego en marcha con Sebastián y toda esa briosa nobleza, en busca de aventuras y riesgos y gloria. ¡Ah! ¡ah! ¡qué bonita figura no haría ¡ah! ¡ah!» Y el buen letrado reía a mandíbulas batientes.

Sebastián, que entraba en ese momento, dijo: «¿Qué tenéis, señor don Buenaventura, que así os reís? Decidme qué es lo que tanto os divierte y quizá me haréis un servicio, pues me hallo hoy de muy mal talante».

«No podéis llegar en mejor coyuntura, querido Sebastián»; contestó don Buenaventura, «porque, lo que en este momento hacía mi diversión, era el pensar, cuán bella figura haría yo, montado en un soberbio bridón, en compañía vuestra, (no os asombre) si mañana consintieseis, porque a juzgar por el general entusiasmo y por los aprestos que los nobles hacen, supongo que a vos, mi joven amigo, no había de desagradaros, a pesar de todo el ir mañana mismo en compañía de las autoridades, al encuentro del rey. ¿Qué os parece? ¿Estáis dispuesto a que os presente al marqués de Luca, para que os lleve en su séquito? Ved que don Nuño, creo que... vamos, hablad (que por algo hemos de empezar)».

«¿Será posible», exclamó Sebastián, de buen humor, «acaso me sería fácil obtener entrada, en esa famosa cabalgata, en la que diz, irán tantas personas de distinción? Hace poco, Pedro me decía, haber oído contar, que nuestro pariente el joven Ávalos, era uno de los que más aprestos hacía; y que había comprado una jaca andaluza y que se estrenaría un traje completo de brocatela; y qué sé yo cuanta tontería de este jaez; pues, como sabéis, cuando Pedro la emprende por ese lado, no tiene cuándo acabar. A decir verdad, ya que de ello me habláis, os diré, me sería muy agradable poder, a mi turno, presentarme con esos soberbios nobles, como tengo derecho a hacerlo; y supongo, mi querido tutor, no habrán de ser nuestros dos potros, de los últimos; y tal digo, contando con vuestra compañía. Ciertamente ¿quién con mejor derecho que vos? ¡Buena idea habéis tenido, por cierto, señor licenciado! Creo que hoy es uno de los días menos tristes que he pasado, después de la muerte de mi madre; ¡pobre madre! que tanto amaba a su soberana y bendita reina. ¡Cuánto se alegraría de verme mañana, salir a recibir al nieto de su amada Isabel! ¡Que me place tan grata ocurrencia!»

Entretanto, don Nuño y don Buenaventura, muy satisfechos, viendo el uno lo acertado de sus miras y el otro, cuánto agradaron al joven, se miraban en silencio, esperando a que Sebastián explyase todo su entusiasmo.

«¡Ay!», agregaba, «cuando Lucía sepa, cuando la diga, cómo yo, su hermano, confundido entre grandes de España y nobles infanzones, precedido de trompetas, banderas y músicas; y Mariana, que no se cansará de preguntar: ¿Qué vestido llevaba el rey? ¿De qué color tiene los ojos? ¿Se parece a su abuela? Y yo, que todo vi, a todo contesto, de todo doy razón: quiénes acompañaban más de cerca al soberano; cuáles fueron sus palabras; y les hablo de las galas y atavíos y nada olvido por contentarlas, y Lucía que querrá la enseñe mi traje. A propósito, amigos míos, es fuerza, pensar en todo lo necesario y procurárselo cuanto antes; mañana de madrugada salen los magistrados, es ya más de mediodía, ¡y como yo no cuento sino con el caballo, no sé qué hacer!»

Don Buenaventura respondió que él se encargaba de todo, pues, gracias a su parentesco con la mujer del corregidor, conseguiría todo lo necesario y que sólo deseaba que ni él ni don Nuño, variasen de parecer.

«Nada temáis, mi querido Aldarrias, os doy mi palabra de caballero y cuento que don Nuño...»

«Podéis también contar con la mía»; agregó el de Lara, no pudiendo ya resistir, visto el entusiasmo de Sebastián.

Capítulo XXVII

Llegó por fin el tan deseado día. Sebastián y don Nuño, que la misma tarde en que tuvieron la conversación con que concluye el anterior capítulo, fueron presentados por don Buenaventura al corregidor, pariente suyo, como ya llevamos dicho, por la mujer de aquél; obtuvieron fácilmente, gracias a la influencia del letrado y a la buena fama de don Nuño de Lara, un lugar preferente, como convenía a los servicios del uno y a la noble cuna del otro.

El espectáculo, que presentó la entrada del rey a los habitantes de Valladolid, quedó por luengos años grabado en su memoria, sirviendo siempre de tema a aquellos celosos Castellanos, su boato y magnificencia, cuando querían mentar los pasados días de fiestas y regias pompas, que en un tiempo distinguieron aquella noble ciudad.

El cortejo real, compuesto de cuanto más noble y apuesto poseían ambas Españas, atravesó la calle principal, hasta el lugar en donde debían abrirse las Cortes, en el orden siguiente:

Después de los músicos y de los maceros de la villa, de sus alguaciles y de sus síndicos, cuya marcha cerraba el señor corregidor, respetable personaje, que parecía poseído de un fuego interior que coloreaba sus mejillas, con vivísimo encarnado y daba a su delgada pantorrilla, cierta elasticidad inusitada; después de los reyes de armas todos cubiertos de oro y terciopelo, después de los palafreneros, los lacayos, los pajes, los mayordomos, los ujieres y de los gentileshombres, iba el rey Carlos, ricamente vestido, con jubón encarnado recamado de oro y plata, llevando a su derecha, a su antiguo ayo Adriano y al infante don Fernando; y a la izquierda, los duques de Alba, Medinaceli y el marqués de Villena.

Seguía luego un numeroso séquito de jóvenes nobles y bizarros, entre los cuales, nuestros amigos no fueron de los que menos graciosa figura hicieron; pues si su atavío no deslumbraba por el brillo o riqueza de la materia de que se componía, la apuesta donosura del joven y marcial continente de su compañero, atraieron más de una mirada, así de graciosa dama, como de bravo soldado.

Su señoría el rey, en aquel día, que estaba de Dios había del ser feliz para muchos, obtuvo no solamente, que las Cortes le confiriesen el título de rey, si bien en compañía de la reina, su madre y esto con la expresa condición de que el nombre de la señora reina,

había siempre de preceder al suyo, pues no había ejemplo de que un hijo reinase en vida de su madre; sino que le concedieron, la suma de seiscientos mil ducados, pagaderos en el término de tres años.

En seguida, y con detrimento de los muchos preparativos, que en tal quedaron, su señoría, pues concluyó a lo que venía y estaba por demás impaciente por pasar a Alemania, a disputar el famoso título de emperador, que esperaba obtener con mejor derecho que sus rivales, tuvo a bien dejar a Valladolid, casi de incógnito y sin ruido, para pasar de allí a Aragón, a arreglar los mismos asuntos, que a Castilla le trajeron.

Por si no está de más, diré, que su señoría tuvo a bien nombrar a su amado preceptor Adriano, virrey de Castilla, con detrimento de muchos nobles Castellanos, que a decir verdad, eran más acreedores a aquel favor que el buen Flamenco, lo que ya podéis imaginar, cuánto disgustaría a los celosos Castellanos.

Capítulo XXVIII

Quiso la buena suerte de Sebastián, que en el cortejo, le tocara estar al lado de un joven casi de su misma edad, noble como él, llamado Herrera, al cual, desde luego se aficionó muy especialmente, siendo desde las primeras palabras, recíproca la simpatía. ¡Qué identidad de ideas! Parecíale a Sebastián, a medida que le escuchaba, que el joven leía sus pensamientos y se los repetía: ¡qué ardor! ¡qué bríos! Y por cierto, que hasta en la belleza de las formas y gracia en el decir, había entre los dos jóvenes algo de semejante; y a no ser por que Herrera era rubio y de ojos azules, hubiéraseles podido tomar por gemelos.

Herrera, cuya familia era de Sevilla, venía en compañía del duque de Medinaceli, pensando acompañar al rey a Aragón, y seguirle luego a Alemania; ardiendo en deseos de guerrear y vencer Franceses, pues profesaba a los gabachos esa singular antipatía que aún existe en la gente baja española contra los Franceses: antipatía que de una y otra parte, si bien se atiende a las graves y repetidas ocasiones en que los dos pueblos se encontraron el uno en frente del otro, no es de extrañar, si de entonces acá, ha ido en aumento. Encantado con su nuevo amigo, invítale a comer con algunos otros compañeros, en un mesón muy afamado, llamado entonces de los Valientes.

Reuníanse allí, generalmente, los valientes y aún los que no lo eran, pues el tal mesón, tenía la especialidad de que diesen muy bien de comer y que él vino fuera puro y las más veces, de buena calidad.

Aconteció que aquel día había reunida allí mucha gente, charlando, comiendo y bebiendo que era un gusto.

En vano insistió Herrera con don Nuño, que hasta la puerta de la posada les acompañó, para que entrase a comer con ellos, o por lo menos a hacerles compañía; pues el joven, a fuer de discreto, estimó desde luego al viejo y reservado soldado, a pesar de su silencio y

sequedad. Pero éste, hallándose por demás impaciente y deseoso de soledad, rehusó cortésmente tan amable invitación, y desde la puerta se despidió de ambos jóvenes, encargando a Herrera no hiciese beber demasiado a su pupilo, a quien, no teniendo costumbre de hacerlo, tal exceso pudiera ser nocivo. Prometiéronlo muy formalmente los dos jóvenes, después de lo cual separose de ellos don Nuño con dirección a casa de Sebastián, donde habitaba desde su llegada, habiéndole éste pedido viniese a hacerle compañía en aquel inmenso caserón, en donde estaba triste y desamparado.

Sebastián, de excelente humor, pues el ejercicio le había dado singular apetito, estaba encantado de verse en compañía de aquel apuesto joven, a quien todos parecían conocer y estimar; siendo así, que desde que entraron en el mesón, no cesaban unos y otros de agasajarle, con bromas y buenas palabras, a las cuales respondía él con finura y desembarazo.

Sentáronse ambos jóvenes en una mesa, en donde habían ya varios otros, que, conociendo a Herrera, le invitaron a hacerles compañía; aceptó éste, presentando al punto a su nuevo amigo, que fue recibido con marcada cordialidad y agrado.

Como todos estaban allí de buen humor y bebían, según conviene, no tardó la conversación en hacerse animada y bulliciosa; y aunque era ésta la primera vez que Sebastián se encontraba en semejante situación, teniendo que comer, beber y charlar como el mejor, es fama que nuestro héroe se portara como tal.

«Decidme, don Sancho», dijo un mocetón moreno, algo regordete, que era uno de los que metía más bulla, dirigiéndose a otro joven, moreno también, pero delgado de formas y cuya figura tenía un tipo aristocrático muy marcado: «Qué nos decís del nuevo monarca, vos que sois entendido en la materia, pues los Zúñiga, creo que remontáis vuestro origen a los primeros monarcas godos, así como don...»

«Ea, Jaime, déjate de citas, que no sabes hacer; y bromas a un lado, pregunta si has de preguntar, que a mí me sobra qué decir, sin atender a tus ocurrencias», replicó aquel a quien llamaran Zúñiga.

«Pues», respondió Jaime sin cortarse, «decidnos sin embarazo ni rodeos, ¿creís que el Alemán, Flamenco o lo que sea, tiene trazas de...? en fin, ya me entendéis».

«¡Voto va, Jaime!»; interrumpió Herrera. «¿A quién llamas Flamenco, Alemán? No acierto a creer que tu lisura, llegue a punto de dar tal calificación al nuevo monarca; que si así fuera, por Santiago, te había de enseñar a respetar a quien vale dos millones de veces más que...; pero qué digo, ea, muchachos, no le hagáis caso, está borracho».

«¿Cómo se entiende?» replicó de mal humor Jaime, a quien parecía verdaderamente convenir el epíteto de Herrera, pues su semblante encendido y sus ojos chispeantes muy claramente lo indicaban. «¿Acaso vos, Herrera, tomáis por vuestra la demanda? Por vida de mi abuela, no vi nunca gente más insolente y casquivana, que estos nobles señorones, como si, porque sus abuelos fueron más pícaros y logreros que los nuestros, ellos...» No tuvo

tiempo de acabar su frase; tres o cuatro de los que a la mesa estaban, gritaron con muestras de enojo: «¡Calle el menguado!»

«No es suya la culpa», dijo con tono grave y sentencioso uno de los jóvenes, que, hasta entonces callado y silencioso, comía tranquilamente sin mezclarse en las anteriores conversaciones: «Vosotros le habéis dado alas; bien se os está, pues le admitís en vuestra compañía y le mimáis y sufrís sus groseras chanzonetas, con achaque de que es honrado y tiene chispa. Vaya, que si os acordaseis de lo que a vuestra cuna y alcuña debéis, no os mezclaríais jamás con tan ruin canalla. Así va todo; por eso, yo, caballeros, beso a ustedes las manos y me largo». Y el joven rubio de la capa azul, se ciñó su espada y dejó la sala, sin decir una palabra más.

Entretanto, los demás jóvenes habían conseguido que callara Jaime y les pidiese disculpa por su acaloramiento y descompuestas palabras.

Luego que hubo salido el de la capa azul, Herrera, volviéndose a los amigos, les dijo: «Ya lo veis, el señor conde de la Entena, duque de los tontos y marqués de los más necios, pretende darnos una lección. Más me cargan su tiesura y pretensiones, que las sandeces del plebeyo Jaime. Error del pobre Jaime fue llamar al rey Carlos, Flamenco o Alemán; pero error, amigos míos, que es necesario no se convierta para nosotros en triste verdad; pues ya habéis visto figurar hoy en los primeros puestos, a esos miserables Flamencos y Alemanes, como si su señoría, por ser duque y príncipe Alemán, pretendiente al trono imperial, fuera por eso menos rey, de las Españas. Por Santiago, caballeros, que a fuer de nobles que somos, es necesario disputemos a esos ávidos Flamencos, el honor de rodear y custodiar a nuestro rey y señor».

«Permitid, Herrera», agregó Zúñiga, «no sea de vuestra opinión. En cuanto a que ese bendito conde es tonto, tontería fuera dudarle; pero en cuanto a la cuestión del rey y sus Flamencos, a quienes Dios confunda, distingo et sub-distingo, como dice fray Cosme. ¿Prefiere a sus Alemanes? Váyase con ellos en buen hora, que a Dios gracias, aún vive la reina su madre y quizás sin ir muy lejos, su hermano Fernando».

«Lo que es en el español», agregó Jaime, «es mucho más entendido que él, yo respondo».

«Calla, Jaime», replicó Herrera, «aún no es tiempo de que cortes tú el nudo. Pero lo que es, siguiendo vuestro raciocinio, Zúñiga, querríais acaso que esta pobre España, se ensangrentase nuevamente, dando a la Europa el triste espectáculo de dos hermanos, que se matan por disputarse el trono, que tan justamente pertenece al primogénito. Mirad, Zúñiga, que en cuanto a esa buena reina, esas paparruchas, sientan mejor allá en las Cortes, en donde, los señores diputados, por tal de poner dificultades y hacer enredos, capaces son de jurar que la pobre señora se halla en su cabal juicio y con más lucidez y talentos, que tuviera jamás su discreta madre la Católica Isabel, que de Dios goce. Pero aquí entre nos, jóvenes nobles y amigos de la verdad, las cuestiones toman otro giro, pues no necesitamos ni de oposición ni de mayoría. «Y vos, mi señor Hurtado», dijo Zúñiga, volviéndose a nuestro conocido, «decidnos vuestro parecer. ¿Qué pensáis de tan grave cuestión? Hablad, que por más que a Herrera pese, tengo amor a las mayorías». Sebastián, viéndose

interpelado tan directamente, contestó con desembarazo: «Ya que queréis mi opinión, vais a oírla. No creáis que en ello tenga pretensión, porque mal sentara en quien, como yo, no conoce el mundo, ni la Corte, el querer aclarar tan difíciles e intrincadas cuestiones; pero yo, caballeros, en materia de franqueza, soy siempre el primero».

«Eso es», gritaron a una todos los jóvenes, «¡que hable! ¡que hable!»

«Permitidme», agregó nuestro héroe, animándose por grados, «que os pida no toméis a ofensa lo que voy a decir, pues de lo contrario, no chisto; y quedaréis con la curiosidad de oír mi opinión».

«Hablad, hablad»; repitieron todos en coro.

«¿Cuál es el primer deber de un noble?», preguntó Sebastián. «Sostener el trono», respondió él mismo. «¿Cuál es el medio de sostener el trono? Apoyar al legítimo heredero. ¿Quién es el legítimo heredero? Su señoría el rey Carlos. Vive su madre, dicen unos; a eso pregunto yo: ¿cuál es el soberano que ofrece más garantías a su pueblo, a sus nobles? Aquel que, viejo, imbécil, inhábil y sin cordura, sería ciego instrumento en manos de ambiciosos y favoritos, que no harían sino convertirlo todo en medios útiles para conseguir sus fines y llenar sus arcas; ¿o aquel que, joven, inteligente y ambicioso, extienda su poder y engrandezca el trono, dando a la España nombradía y riquezas?»

Los entusiastas mancebos, no dejaron continuar a Sebastián; los bravos y palmadas ahogaron su voz.

Herrera, orgulloso de su nuevo amigo, impuso silencio, diciendo: «Dejadle continuar, dejad que acabe».

Sebastián agregó:

«Los Flamencos y Alemanes le rodean, le siguen como aves de rapiña; desean apoderarse del poder, de los primeros puestos. Ahora decidme, ¿cuándo se ha dicho, que un Español, un noble Castellano, Aragonés o de cualquiera parte que sea, cedió jamás el paso a Alemanes, Flamencos o Tudescos? ¿Quieren apoderarse de nuestros derechos, de nuestros privilegios y riquezas? ¡Sus camaradas, a ellos! ¿Por qué volveros contra un hombre solo? ¿Acaso faltan Flamencos o Alemanes, con quienes habérselas? A ellos, disputemos con las armas, con las virtudes, con los méritos, los talentos, ese poder: (¡que no temáis, no podrán jamás arrebatarnos!) y una vez que, puestos en balanza nuestros méritos y bríos, con su avidez y lerdura, el rey vuelva los ojos a sus nobles Españoles, entonces y siempre, nuestro el triunfo será ¡sí, camaradas!»

Los jóvenes, levantándose uno a uno, vinieron a abrazar a Sebastián, ofreciéndole su amistad para toda la vida; y hasta el plebeyo Jaime, con su aire tosco y desairado, le dijo: «Señor de Hurtado, si todos los nobles, fuesen como vos, sin que esto envuelva injuria contra ninguno; plebeyos y nobles, nobles y plebeyos, viviríamos siempre en santa paz y perfecta unión».

Zúñiga, que era tan inteligente, como generoso y caballeresco, dijo, estrechándole la mano a Sebastián: «Mi querido Hurtado, a fuer de caballero y amigo vuestro, os digo, que me complazco en confesarme convencido por vuestro entusiasta y sensato juicio; me adhiero a vuestra opinión y requiero a todos mis camaradas, hagan otro tanto, pues lo habéis merecido. Los jóvenes llenaron sus vasos y bebieron por Sebastián y sus juiciosas ideas.

Herrera, propuso un nuevo brindis: «Brindo porque nuestro Sebastián, nos acompañe a Aragón y en seguida a Alemania, para que con su ejemplo y constantes consejos, consigamos ganar la que tan valientemente nos propone».

«¡Que venga! ¡que venga!» gritaron todos a una, con tal brío y algazara, choques de vasos y botellas, que no dejó de alarmar a maese Ruiz, el honrado y robusto posadero, que más de una vez tuvo ocasión de deplorar el belicoso nombre que a su posada diera.

Los jóvenes insistían, para que Sebastián les empeñara palabra de tomar servicio con Medinaceli; unos le ofrecían recomendarle, otros, que llevaban todas las cosas con más exageración y apuro, le aseguraban no ser esto necesario, pues muy pronto iban a proclamar por la ciudad sus discretas y entusiastas palabras.

Sebastián, sin saber ya lo que decía, habiendo bebido como el que más, juró acompañarlos hasta el fin del mundo; lo cual causó aumento de entusiasmo y algazara.

Por último, Herrera, que era el que más despejado estaba, propuso se separasen, para reunirse al siguiente día allí mismo, a concertar la presentación de Sebastián y demás pasos necesarios para que el joven se afiliase en su nueva carrera.

Después de lo cual, tomó cada uno por su lado, acompañando Herrera a Sebastián hasta la puerta de su casa.

Capítulo XXIX

Hizo el acaso, que en los momentos en que Herrera entraba a la mañana siguiente en casa de su nuevo amigo, impaciente por saber si, ya más despejada su cabeza de los vapores de la noche pasada, se hallaba aún con las mismas ideas; topase en el patio, con el distinguido letrado don Buenaventura Aldarrias, que se paseaba de arriba abajo, en tanto que Sebastián despachaba su almuerzo.

«Caballero», díjole el joven con su natural desembarazo y acostumbrada gentileza, «hacedme la merced de decirme, si sabéis, si mi antigo Sebastián de Hurtado está en casa, y lo que es más, si creís podré hablarle de un asunto que le interesa mucho a él y no poco a mí».

«Señor mío», contestó al punto don Buenaventura, «Sebastián está en este momento almorzando: no os invito a que paséis a hacerle compañía, pues se halla a estas horas con él, la vieja Justina, antigua criada de su madre, que, como sabéis, murió ha cosa de dos meses; y como la buena vieja, con achaque de que ha visto nacer al hijo y de que la madre murió en sus brazos, está charlando que se las pela y riendo a mi pupilo, porque parece que anoche, entró en casa más tarde que de costumbre y un tantito más alegre que lo que a su duelo cuadra. Pero supongo que vos, caballero, sabéis a lo que me refiero; y creo excusado continuar. Entretanto, venid conmigo a esta sala, que os tengo de pie; y de esa manera evitaremos el sermón de Justina y sus lágrimas, tanto más cuanto que, es principalmente contra mí, que ella pone su grito en el cielo: llamándome viejo libertino, cabeza chocha; y acusándome de pervertir al chico. Y como don Nuño, a quien no sé si conocéis, es un aliado débil y sin resistencia, heme aquí solo y abandonado a los furios de la pobre vieja, que desatina que da miedo».

Herrera riendo de buena gana al oír los chistes tan naturales y sencillos de don Buenaventura, replicó:

«He aquí, pues, a vuestro cómplice; os confieso que anoche yo mismo, conduje a Sebastián hasta la puerta de esta casa; y os juro, que, no nos preocupaban sombríos ni lúgubres pensamientos. Ahora hacedme la gracia de explicarme, cómo vos, una persona...»

«Pues», agregó Aldarrias, invitándole a sentarse, «una persona mayor y de respeto, pervierte y seduce al inocente corderillo: vais a oírlo, he aquí la queja de Justina».

«Diz que Sebastián no ama a su madre, porque ayer vestido de terciopelo negro y dorados galones, montado en Zadir, que relucía como si lo hubiesen bañado, en aceite, marchó, por indicaciones mías, adonde lo llamaba su deber; ya me entendéis, salió al encuentro del rey. ¡Vaya una culpa! Porque aún falta no sé qué misa o responso, que, según ella, habrá de minorar los tormentos de la difunta su madre, que era una santa, más buena y virtuosa que la misma santa María de la Encina; y aún hay más; pero no sé si debo, ignorando vuestro parecer con respecto a estas materias, hablaros con la franqueza que acostumbro, porque por los tiempos que atravesamos, es tanta la diferencia de opiniones, que uno no sabe cuando disgusta o agrada, y como yo charlo y charlo; ya se ve, ese es mi oficio, pues, con vuestro permiso, me llamo Buenaventura Aldarrias y Rohela, jurisconsulto, para lo que gustéis ordenar; y libreaos Dios de necesitar jamás de mis consejos, pues *beatus ille quid procul negotiis*, como dice Horacio».

Herrera, levantándose de la silla, contestó a su nuevo conocido: «Quiero, señor mío, responderos con igual franqueza, para que sin embarazo ni temor, me confiéis nuestros proyectos, pues me intereso mucho por Sebastián, y quizá a mi vez, os pida segundéis mis miras, si es que no están en abierta oposición con las vuestras».

«Que me place, así lo entiendo yo; tengo, para mí, que nos hemos de entender y os miro ya como un aliado».

Herrera agregó sonriendo: «Me llamo Felipe Herrera y Balbuena, soy Sevillano, noble si gustáis, tengo veinte y cuatro años y muchas esperanzas; me hallo a las órdenes del

duque de Medinaceli, con quien cuento seguir al rey Carlos I a Aragón y a Alemania. Mediante la intercesión de mi santo patrón, espero guerrear pronto con los Franceses; ¿qué os parece? Creo que no os será difícil adivinar, señor licenciado, con vuestra natural agudeza y perspicacia, que rabio por llevarme conmigo a Sebastián, para que alcancemos juntos gloria y honores; ¿aprobáis mi plan?»

A medida que el joven hablaba, el semblante del buen letrado se iluminaba por un reflejo de gozo interior, que al fin, y cuando Herrero callara, estalló de esta manera, con agradable sorpresa por parte de éste:

«¡Dadme esos brazos, bizarro mancebo; sois el mismo Barrabás, venir a proponerme mi mismísimo plan! ¡Con todo mi corazón lo apruebo, lo apoyo y os juro que, o no me llamo Buenaventura Aldarrias y Rohela, o la ganaremos, la ganaremos! Seguidme, Herrera, seguidme, que con vuestra ayuda, no temo ya a Justina ni a sus lágrimas, pues fío en vuestro ascendiente sobre Sebastián; ¡y por San Bruno, jóvenes ambos, bizzaros, válgame Dios! si aún creo que os asemejáis como una gota a otra. Venid; pero me ocurre... escuchadme. ¿Creís que él...?»

Contole Herrera, entonces, cuanto la noche anterior, Sebastián había prometido a varios jóvenes, todos nobles y soldados, empeñando su palabra.

«Comprendo, comprendo», replicó Aldarrias; «el muchacho había bebido más de lo que acostumbra; ¿y en vuestra atmósfera de juventud y entusiasmo, quién resiste? Pero ahora más apaciguado, más reflexivo...; es necesario, que os diga, que tenemos un terrible enemigo, o mejor dicho, una dulce resistencia».

«¡Cómo!» Exclamó Herrera, «Sebastián...»

«Sí», repuso don Buenaventura, «mucho me temo que el chico esté enamorado, porque aunque me habla siempre de su cariño fraternal, tengo mis dudas y creo que ama a la joven Lucía, más como amante que como hermano; aún no se ha dado cuenta de lo que siente, pero no tardará y quizá ya...»

«Lo siento muy de veras», dijo Herrera tristemente; «si se aman, a qué separarlos; pobre niña, quizá le espera impaciente, en tanto que nosotros aquí conspiramos crueles contra su dicha: ¡mucho lo siento!»

«¿Cómo se entiende, señor Herrera y Balbuenas», replicó don Buenaventura de mal humor, «así desertáis tan buena causa? Por vida de Papiniano, que yo miro ese asunto, con más formalidad y acierto».

«Se aman, sea en buena hora, no me opongo a tan dichosa ley de la naturaleza; pero ¿cómo es eso, que a los veinte y dos años, Sebastián, que tiene tan bellas prendas, habrá de sacrificarlo todo a los lindos ojos de la hermosa niña? Que la vea, que se despida de ella, que le jure ser más constante que Ulises y más fiel que...; pero que marche en seguida, a conquistar un nombre para sus hijos, pues bien sabéis, que por lo mismo que sois nobles,

habéis de miraros más en vuestras acciones: que lo que en el plebeyo no desdice ni choca, suele ser deshonor, para el hidalgo.

«Ved amigo», continuó don Buenaventura con tono más amable, «que cuento con vos; habladle de su promesa, mirad que tiene honor y es pundonoroso; recordadle que no sólo os lo prometiera a vos, sino a muchos otros; insistid, daos por ofendido, que yo he de secundaros. Y en cuanto a lo demás; no os aflijáis: si se aman, pues esto no es sino una suposición mía, la ausencia, suele ser provechosa a los que de veras se quieren y no curan si el objeto está cercano o ausente, para dedicarle todos sus pensamientos y deseos. Suponed que al cabo de cuatro o cinco años, Sebastián vuelve hecho un hombre, estimado de sus compañeros y temido de sus enemigos; qué gusto para vos, mi querido Herrera, volverle a los brazos de la enamorada doncella, que durante este tiempo no habrá hecho sino amarle y esperarle. Y luego, ¡cuánto agradecerá él vuestros consejos, pues merced a ellos, podrá ofrecer a su amada, en vez de un nombre ilustrado, sólo por los hechos pasados y remotos, de sus muertos y olvidados antepasados, las verdes y frescas hojas de sus nuevos laureles! Vos le conduciréis al altar, ella con sus miradas os bendice, porque vos se lo habéis vuelto; y en su felicidad presente, confúndese para siempre el recuerdo de su dolor y angustias pasadas».

Herrera, enternecido, contestó a don Buenaventura: «Habéis vencido, caballero; amigo mío, pues quiero que desde hoy, me dispenséis ese honor; contad conmigo, soy vuestro ya, sin que nada pueda alterar mi resolución».

Al concluir estas palabras, salieron ambos en busca de Sebastián.

¿No hay entretanto, quién tome por suya la causa de la pobre amante? ¿Quién hablará por ella? ¿Quién pensará en su pena? ¿Quién? Sebastián. Sebastián, que, inquieto y preocupado, por la imprudente promesa que hiciera, no ha dormido un momento en la noche. Agitado y sin saber qué lo atormenta, acúsase de frívolo, de insensible, sin que pueda darse cuenta, de por qué se agolpan a su mente, en aquellas horas, los recuerdos de esas horas dulcísimas, de esos días tan dichosos, pasados al lado de su hermana. ¿Pero qué es lo que siente su corazón, al recordar el último beso, que estampó en la frente de la bella joven? Aún le parece sentir entre sus brazos, el delicado y flexible talle de la virgen. ¿Por qué una creciente agitación, un fuego que del corazón parte, y le abrasa y le consume, muéstrale juntas y una a una, las púdicas gracias, de la enamorada doncella? Por momentos, imagina que estrecha cariñoso entre las suyas, las tibias y sonrosadas manos de Lucía; pero ya su tormento es mayor; aún cree sentir en ellas el calor de sus labios; el fuego de esos besos, que entonces fueran tan dulces y hoy le queman. Fuera de sí, deja el lecho, abre las ventanas de su alcoba y ofrece la abrasada frente a las brisas de la noche. El aire puro le hace bien; se siente más tranquilo, cálmase un tanto el fuego de su pecho, brotan lágrimas de sus ojos, parecele que la brisa le trae, los contenidos suspiros de su amiga; ve lo que entonces no viera, comprende lo que significaban esas miradas fijas siempre y anhelando por las suyas, recuerda y se extasía en tierna y voluptuosa sensación, el estremecimiento imperceptible que a la doncella agitaba, cuando con ojos secos y ardiente mirada, se abandonó en la última hora de angustia, a sus tiernos abrazos.

Así, la palmera flexible y esbelta, inclina su tallo y pudorosa y amante, se entrega tímida y enamorada a las caricias del viento, que refresca sus marchitadas hojas, y en cada beso, le deja nuevo verdor, nueva frescura, nueva vida. Y llora Sebastián y envía a su Lucía, más suspiros, que lágrimas brotan de sus ojos, y siente que la ama y es amado; y enamorado y dichoso, júrase a sí mismo, no abandonarla jamás. El sueño en tanto, le sorprende ocupado con tan tiernas imágenes; y en sus sueños píntase aún más viva y apasionada su Lucía, que lo que jamás la vieron sus ojos cuando despierto.

Huyó la noche y con ella se alejaron de su mente las bellas imágenes, a medida que el sol sube en el horizonte, cambian sus sueños; cree verse solo en un sombrío monte, rodeado de fieras, que le muestran, las unas los agudos dientes, las otras, que, erizándose, horribles y espantosos, abren sus descomunales bocas y arrojan al aire feroz rugido; y de repente las caras de las fieras toman algo de humano. ¡Ay, que no es ilusión! El tigre, la pantera, el hambriento lobo, se parecen a sus compañeros de la posada, revisten sus facciones, tienen toda su expresión, son ellos mismos. ¡Qué horror! Le hablan, le amenazan, le recuerdan su promesa, le enrostran su falta de fe y todos uno a uno, con eco de bestia y lenguaje humano, le repiten, ¡perjuro! ¡perjuro! y el monte repite, ¡perjuro! y hasta el viento gime a lo lejos, ¡perjuro, perjuro!

Bañado en sudor, extraviada su razón, abre repentinamente los ojos y ve a Justina, que trata de despertarle, reprochándole su vuelta de la noche anterior y el desorden en que lo encuentra.

Fuera del lecho y caído cerca de la ventana, como le sorprendiera el sueño, Sebastián ofrecía la imagen más completa de una noche pasada en la mayor agitación.

Sin responder una palabra a la buena criada, mudo y cabizbajo, se cambia de traje, arregla sus cabellos, refresca su abrasada frente y sigue a Justina al comedor, donde le esperaba don Nuño, no para reñirle, como no cesaba de hacerlo la criada, sino para entregarle una carta de fray Pablo, que acababa de recibir. Cuando el joven oyó nombrar a fray Pablo, sintió que sus mejillas se abrasaban; y sin responder palabra a don Nuño, ni preguntar noticias de nadie, guardó la carta en su escarcela sin mirarla y se apresuró a satisfacer un apetito que no tenía.

Tal era la disposición de espíritu en que se hallaba Sebastián, cuando don Buenaventura y Herrera, entraron en la habitación.

Capítulo XXX

Ya podéis imaginar, conociendo las encontradas y opuestas emociones, que al joven agitaron en aquella noche tempestuosa, cuál sería el resultado de las maquinaciones del letrado y su nuevo aliado. Sebastián, por más que en su corazón sentía elevarse una voz que gemía y suplicaba, intercediendo por la amante Lucía, a quien tan cruel sacrificaba, prometió nuevamente alejarse de ella y partir en busca de honores, afrontando no sólo

aquella terrible ausencia, sino desafiando, osado, toda clase de riesgos y aun la misma muerte.

Empeñóse don Nuño, en ser de la partida: advirtiéndolo, sin embargo a Herrera, que en tanto ellos pasaban a Aragón, él y Sebastián, irían a despedirse de su tío y de su hermana que ya, impacientes, les llamaban con instancia en la carta que acababan de recibir, y que en seguida, irían a reunirse a sus banderas para pasar a Alemania.

¡Cuánto agradeció Sebastián, tan feliz ocurrencia, ansiando por demás volverse a Murcia, en donde el ingrato olvidaba al pobre fray Pablo, que, sabedor de su desgracia, le exhortaba cariñoso a que se resignara obediente a los mandatos de la Providencia, confiando en su misericordia!

Gracias a la actividad infatigable de Aldarrias, al buen desempeño de Herrera y al conocido nombre de don Nuño de Lara, admitióle Medinaceli, sin embarazos ni trabas, aquel mismo día, en su estado mayor, a pesar de ser ya muy brillante el séquito que en su compañía llevaba; asegurando, además, a don Nuño, que oportunamente pondría bajo su mando uno de los famosos tercios, que tan conocidos suyos eran. Concedióle al mismo tiempo, licencia para acabar de arreglar sus asuntos y les dio cita para Barcelona, en donde debían reunirse las tropas, para pasar de allí a Alemania, al mando del duque de Alba, general en jefe, pues Medinaceli no tenía sino el segundo puesto; y aunque entonces en los ejércitos no existía la misma organización que en los nuestros, sin embargo, sea dicho de paso, que en esa época ya empezaban los generales a estimar en más la infantería, que lo que hasta entonces fuera de costumbre hacerlo, pues las tropas suizas, que tan a la moda estaban, hacían consistir toda su fuerza en la infantería tan menospreciada antes, por los nobles como indigna de su rango.

Cuando Herrera y sus demás compañeros, se separaron de Sebastián, que, fiel a la cita, no faltó al mesón de los Valientes, los jóvenes, con marcadas muestras de interés, le abrazaron como a un nuevo compañero de armas, a quien desde entonces, miraban como a un hermano; prometiéndole todos, compartir con él, así las fatigas, como las ventajas; y poniendo a su disposición los recursos pecuniarios que cada uno poseía. Sebastián, conmovido por tan espontáneas cuanto sinceras ofertas, les contestó enternecido, aceptando con toda su alma, el nombre de hermano y compañero que le daban; ofreciéndoles también a su vez, su corazón, su brazo y su escarcela, en todos los momentos, sin reparo ni tasa; después de lo cual, despidiéronse, abrazándole todos con efusión; y muy especialmente Herrera, que al separarse, le dijo: «Cuida que la bella Lucía, no haga que te olvides de tu nuevo amigo». Lo que dio motivo, a que Sebastián, le respondiese con una sonrisa y poniendo la mano sobre el corazón: «Hay sitio aquí para ambos; no temas, que soy tu amigo para siempre». Y los jóvenes se abrazaron nuevamente; pensando el egoísta amante, que puesto que Herrera conocía ya su amor, sería para él un consuelo, tener a quien hablar de Lucía, durante aquella ausencia, que aún no podía imaginar el tiempo que había de durar, pues a ese respecto, nada había hablado con don Nuño.

No me parece de más, decir algo, sobre la despedida que a Sebastián, hicieron Justina y Aldarrias. ¡Con cuánto interés se ocupó el buen letrado, de explicar a la pobre criada, que tanto amaba al joven, la necesidad que había para su propio bien, de que éste se alejase por

algún tiempo, de los lugares en que había nacido, para ir a correr tierras y buscar aumento a su fortuna!

La pobre vieja, de vuelta a la casa materna, después de la última ceremonia, que con toda pompa se celebró, para el descanso eterno del alma de la difunta su ama, abrazó a Sebastián, con lágrimas en los ojos, pidiéndole no la olvidase, y al mismo tiempo, agradeciéndole enternecida, la generosa dádiva de una pequeña hacienda, que el joven, en remuneración a los servicios fieles, que a su madre había prestado, durante tantos años, acababa de hacerle.

Don Buenaventura, por su parte, abrazó también a Sebastián y a don Nuño, tratando de ocultar su visible emoción, y encargándoles no se demorasen demasiado en Murcia, pues urgía fueran a reunirse a sus compañeros. Después de lo cual y viendo que a pesar de lo mucho que hacía, sus lágrimas pugnaban por salir contra su expresa voluntad, con un gesto de mal humor y dándose una palmada en la frente, exclamó: «¡Qué demonio! ¡Si por más que quiera ocultarlo no puedo! ¡Pese a mí! Lloro como un niño, y esto, porque os marcháis. Idos, pues, en hora mala, que ya rabio por verme libre de vosotros». Y don Buenaventura, al decir tales palabras, se entró repentinamente en casa de Sebastián, dejando a éste y a don Nuño a la puerta, prontos ya a montar a caballo.

Justina y Pedro les acompañaron a pie, hasta las puertas de la ciudad, siendo esto motivo de que el impaciente Sebastián, que hubiera deseado ver volar a Zadir, contuviese el ardor de su pecho y el paso de su cabalgadura.

Capítulo XXXI

¡Con cuán diferente espíritu, recorre Sebastián los mismos lugares que hace quince días atravesó distraído y tan infeliz ¡Cuán bellos le parecen esos mismos sitios, animados hoy por la luz de su esperanza! Va a ver a Lucía; podrá decirla ya cuánto la ama; cómo su vida le pertenece; y, sin embargo, va a separarse de ella, va a exponer a mil riesgos esa misma vida a que su amor da hoy tanto precio. Cuando tal idea cruza por su mente, mete espuelas al caballo, se agita impaciente sobre el lomo del brioso corcel y parece, con su esfuerzo, querer salvar la distancia que aún le falta. ¿Cómo decir a Lucía el cambio de sus afectos? ¿Cómo hablar ala doncella del fuego que arde en su pecho? En tales momentos, se vuelve el joven a don Nuño con la idea de hacerle una confidencia; mas el semblante austero y grave de su compañero, sus ojos apagados, en cuya mirada hay tan poca animación, aquella falta de vida, que parece aislarle de toda emoción, de todo goce, paralizan los labios del amante. ¿Cómo podrá comprenderlo, un corazón helado ya y sin fuerza? Suspira tristemente Sebastián, inclina la cabeza sobre el pecho y torna a engolfarse, en sus amorosos pensamientos. Y, sin embargo, don Nuño ama mucho a Lucía; Lucía es la única flor que el cielo deja en su áspera senda; más de una vez se ha preguntado el desgraciado amante: «¿Serán dichosos? ¡Se aman! ¡Ay! Desgraciados si se aman demasiado, pues celoso el Cielo de tan perfecta dicha, les arrebatará su tesoro, o las preparará quizá más cruel martirio». Don Nuño, desde los primeros tiempos en que los sencillos jóvenes ni

soñaban siquiera en el amor, que iba en breve a hacer de sus almas, una sola, por una intuición verdaderamente divina, adivinó aquel amor, confió en él, prometiéndose desde entonces, amparar a Sebastián, no abandonarle jamás y velar aquel naciente cariño como un reflejo de aquel, que en otros días, fue la vida de su vida y que hoy, a pesar de sus blancos cabellos, es el faro luminoso que aún alumbraba su triste existencia, mostrándole más allá y después de la muerte, el brillo de una bendita esperanza.

Así fue que, cuando don Buenaventura le habló tan juiciosamente de alejar al joven por algún tiempo, de hacer que tomase una carrera y marchase en busca de glorias y honores don Nuño; como si se tratase de su propio corazón, sintió una cruel opresión, cual si amenazase a Lucía un inminente riesgo. «¡Infelices jóvenes», dijo para sí, «cuando tienen la dicha tan cierta, tan cercana, habrá de separárseles con desapiadada dureza! ¿Habrá de sacrificar Sebastián, lo que posee el hombre, de más precioso, al humo vago de la gloria, que nada, nada deja en el alma?» Y, sin embargo, don Nuño se contentó con deplorar tan triste necesidad, callando, como tenía de costumbre, temeroso siempre, después de tantos años, de que un ojo extraño e indiferente, pudiera ver la cruel herida que ocultaba en su pecho. Así, por el amor de Nina, sacrificó el amor de Lucía, injusto tan sólo porque ama; como si la felicidad, planta exótica en la tierra, tuviese necesidad de ser eternamente regada con lágrimas, para que apenas alcancemos a ver por unas pocas horas, el más tierno y endeble de sus retoños; que muere apenas nace, sin alcanzar jamás a echar la flor.

Sebastián es dichoso, sin embargo, que el corazón del que ama, por desgraciado y combatido que esté, lleva siempre en sí mismo un paraíso que le alienta, le alimenta, le hace sentirse otro, nuevo; poseedor de la divinidad; como si aquella sola chispa, bastara sólo a hacer una inmensa diferencia entre lo que fuera antes y lo que hoy es.

Ingrato Sebastián, ahogada su alma, en aquel mar violento a que hoy se abandona, apenas en sus ojos se han secado las lágrimas que derramó sobre la reciente tumba de su madre y ya su corazón, rico de porvenir y de entusiasmo, indicándole un más allá, de dichas y contento, le impide volver la vista al mal que deja y que aún lloran sus ojos. Pobre Sebastián, compadecidlo, no os apresuréis aún a condenarle; ved que su dicha habrá de ser tan duradera, como la vida de la fresca rosa que el inocente y aturdido niño, estruja sin saberlo y aún sin quererlo, entre sus dedos, que le dan la muerte. Ved que su misma madre, desde el Cielo le mira, le perdona y llora por él, gozando de la cruel felicidad que poseen las almas de los justos, de leer lo que le espera al caminante, que, con rostro alegre y corazón tranquilo, emprende su jornada, fascinado por la luz de una esperanza que le anima, que le alienta, que le lleva.

Capítulo XXXII

«¡Madre, madre!», gritó de repente Lucía, que sentada a la ventana, miraba siempre en la misma dirección. «¡Ellos son, ellos son!» Hallábase Mariana, en la otra habitación ocupada de los aprestos de su modesta comida, a la cual, desde la partida de Sebastián,

asistía siempre fray Pablo, y dejando lo que tenía entre manos, con la prisa que le permitieron sus piernas, vino a donde estaba la joven, diciendo: «¿Cómo? ¿Y no corres a recibirlos? ¿Pero, qué pálida estás? ¿te sientes mala? ¡Lucía, Lucía!» Y la buena Mariana, sacudía el brazo de la joven, que un tanto más repuesta, replicó con trémula voz: «No es nada, madrecita, no tengo nada, la sorpresa únicamente». En ese momento, entraban en la habitación los viajeros, seguidos de fray Pablo.

Don Nuño corrió a abrazar a Lucía, que se arrojó en sus brazos, sollozando. ¿Qué no hubiera dado en ese momento, el de Lara, porque aquella nueva separación no tuviese lugar?; pero, ¿qué remedio? lo habían prometido. Entretanto, Sebastián, después de abrazar a Mariana, pálido y casi tan turbado como Lucía, esperaba a que don Nuño dejase la joven para abrazarla a su turno; pero ella, sin levantar la cabeza, que apoyaba en el pecho de su padre, y casi sin mirarle, le tendió la mano, diciéndole tan sólo: «¡Sebastián!» El joven estrechó dulcemente aquella mano; y sin saber por qué, o mejor dicho, sabiéndolo muy bien, agradeció más aquel Sebastián, que si la doncella, como en su primer entrevista, le hubiera ofrecido su frente, echándole los brazos al cuello.

Mariana, fuera de sí de alegría, iba y venía de un lado a otro. «¡Qué suerte!» repetía, «hayáis llegado a la hora de comer. Ya se ve, vendréis mal acostumbrados y mis guisos habrán de pareceros por fuerza insípidos, no hay remedio; pero sospecho que por allá no tenáis quien os quisiese tanto como nosotras; ¡oh! lo que es yo, mi querido Sebastián, compongo muy poco mundo; pero la chica, ¡Lucía! Virgen Santísima, sentada siempre a la ventana, espera y más espera; sin comer ni dormir».

«Madre», dijo Lucía, «basta ya de tristes recuerdos, basta». Pero Mariana replicó: «No, hija mía, quiero que don Nuño y Sebastián te riñan; y eso que no hablo de tus lágrimas... de tus... qué sé yo... si esto dura, creo que me marcho yo también, por no verla sufrir».

La joven puso fin al diálogo, yendo a abrazar a su madre y pidiéndole perdón.

Sebastián, entretanto, devoraba a Lucía con sus miradas, que ella parecía evitar; pero al fin sus ojos se encontraron, pudiendo ver uno y otro, en aquella primer mirada, cuánto se amaban y cuán pagados estaban ya, de tanto sufrir y esperar.

¡Qué diferencia entre la animación y la alegría de esa comida, y las que de ordinario se hacían en aquella casa! Todos estaban contentos, la dicha de los amantes parecía reflejarse en todos los semblantes. ¡Cosa extraña, hasta ese momento; ninguno de ellos se había comunicado su pensamiento ni sus proyectos; pero tácitamente y sin que hubiera sido necesario explicarse, a porfía se disputaban el placer de contemplar y proteger tan inocente amor!

No se engañó Sebastián, respecto a las preguntas de Mariana, pues la buena madre, no cesaba de interrogarle sobre los más ínfimos detalles. Pero él, sin omitir circunstancia alguna, que a Mariana y a Lucía pudiese interesar, les describió con su natural despejo y gracia, aquella famosa fiesta de Valladolid, sin olvidar su traje, ni el de don Nuño; absteniéndose, no obstante, de decir nada que tuviese referencia al resultado de ese día, tan alegre y que acabó con la fatal promesa, tan dura hoy para su corazón.

Mariana estaba encantada. «Hijo de mi alma», exclamaba, «¡qué hermoso estarías con tan rico traje: jubón de terciopelo, calzas negras, toca con pluma blanca; qué lástima que Lucía no te haya visto tan guapo! Ya se ve, para nosotras siempre eres el mismo; pero imagino, cuánto debían sentar a esos ojos negros, el brillo del terciopelo y los galones. Pero ya te veremos, te veremos, pues espero no habrá de ser ese el último día, que con tan bello traje te engalanes».

Mientras el joven hablaba, Lucía le miraba en silencio, pendiente de sus labios. ¡Cuán bella estaba la enamorada doncella, con sus hermosos ojos, que parecían ese día más grandes que de costumbre, tal era la fijeza e intensidad de su mirar, con las manos cruzadas sobre el pecho, pareciendo escuchar celestes armonías, que tal eran para ella las palabras de Sebastián! ¡Poder del amor, cambias la más sencilla expresión en dulce trova, la más simple narración hecha por el que se ama, tiene el poder de absorber el alma enamorada! ¿Qué encanto es el tuyo, amor? ¿Qué no consigues? Parece que cuando se ama, la vida se reduce sólo a estas dos frases: gozar cuando cerca miramos aquél que amamos; sufrir cuando de nuestro lado se aparta.

Pasaron juntos la velada, nuestros amantes, como tenían antes de costumbre; sin más, que sus lecturas favoritas, fueron reemplazadas por la conversación íntima y esas dulces confidencias, que cambian los que han estado ausentes. Esas eternas preguntas y respuestas, que hacen el encanto del que llega adonde es esperado y donde todo lo que le pertenece, interesa y es dulce saber. Sebastián, recordó también a su pobre madre; en pocas palabras, dejó comprender a sus amigas, cuánto había sufrido en aquel triste día de su llegada y en los que le siguieron. Mil veces dichoso Sebastián, la anciana y la joven, derramaron abundantes lágrimas, que de nuevo hicieron correr las suyas; y aquel llanto hizo más bien a su corazón, que las más sentidas y elocuentes expresiones. Sin decir una palabra, cuando el joven habló de su sorpresa, al encontrar desierta la habitación de su madre, y el agudo dolor que sintió su pecho, reconociendo el silencio y la soledad de la muerte, Lucía, que estaba sentada a su lado, le tendió la mano, que él estrechó tiernamente y guardó entre las suyas, hasta el momento de separarse. Fray Pablo, fue quien recordó a su sobrino, la necesidad que tenía de descanso; y no sin tristeza, abandonó éste aquella pequeña manecita, que tan grande felicidad le daba. Pero era forzoso seguir la indicación de su tío, que estaba ya de pie, y daba las buenas noches a don Nuño. Despidiose Sebastián de Lucía, con aquel dulce hasta mañana, que encierra en sí, tantas esperanzas y que es un bálsamo suavísimo, para el corazón que ha sido combatido con una cruel ausencia. «Hasta mañana, hijo mío», respondió Mariana. Y aquel hasta mañana, más grato al oído del que ama, que el canto de la alondra y el trino del ruiseñor, como una divina armonía, resonó en el oído de la enamorada doncella, aún mucho después que el sueño cerró sus fatigados ojos.

Capítulo XXXIII

El siguiente día, muy de mañana, Mariana y Lucía fueron a la iglesia, a dar gracias a María Santísima, por la feliz llegada de los viajeros, pidiendo la joven muy especialmente, a la Virgen de los Desamparados, no alejase jamás a Sebastián de su lado.

Su plegaria, tan pura y santa, digna era de que la Virgen sin mancha, la escuchara, con semblante gozoso. Mas, ¡ay! todo era en vano, lágrimas habían de correr. Lucía tenía aún que purificar su amor por el sufrimiento y la amargura. Confiada, en tanto, en la sentida súplica, que acababa de hacer; con semblante sereno y ligero paso, volvióse a casa, la sencilla doncella, a desempeñar sus modestas obligaciones, pareciéndole encontrar en todas ellas, nuevo encanto, pues veía a lo lejos, la recompensa a sus tareas del día.

En la noche veía a Sebastián. ¡Cuánto tienen que decirse, cuánta felicidad les aguarda! No imagina más completa dicha, que verle todos los días, tenerle tan cerca; ¡bendita María, es obra suya, aquélla! Razón tuvo fray Pablo: su corazón esperó y alcanzó.

Entretanto llega el momento de verle; la joven, después de haber ayudado a Mariana en el arreglo y limpieza de la casa, y haber adornado la habitación con flores lo mejor que pudo, poniendo las sillas en el orden que en la noche ocupaban, como si de ese modo acercase la llegada de tan deseado instante; y habiendo abierto los libros en los pasajes que Sebastián prefería, se ocupaba en hacer una labor que destinaba a don Nuño para el día de su santo, ya próximo.

De repente y sin saber cómo, Lucía, que con el pensamiento ausente, fijaba los ojos en su labor, ve a sus pies a Sebastián; éste, sin pronunciar palabra, ni hacer ruido, de rodillas la mira, con ojos apasionados. Sorprendida y sin saber qué decir, con el rostro encendido y turbados ojos, ni repara siquiera la doncella que Sebastián se ha apoderado de sus manos y con ardor las besa.

«Perdóname, ángel, te haya causado susto; perdóname, dime que me amas y aceptas mi corazón. ¡Soy tuyo! ¿Pero qué? ¿No respondes? ¿Te ofende acaso la vehemencia de mi pasión? ¿Me habré engañado, Lucía? ¿No me amas? ¡Ah! ¡si supieses!... ¿Pero si no me amas, qué te importa? ¿Por qué ocultas tu rostro celestial? ¿Por qué no fijas tus ojos en los míos? ¡Ay cruel! Cuando tan pronto me veré privado de ti, cuando la ausencia...»

«¿Qué dices, Sebastián?» exclama la joven, clavando sus ojos en los suyos. «¿Qué hablas de ausencia? ¿Responde?»

Sebastián, viendo el cambio de la que ama, que ya en vez de huir sus miradas parece ansiar por ellas, responde, estrechando fuertemente sus manos: «Es fuerza partir».

Al oír Lucía, tan crueles palabras, se arroja en sus brazos, repitiendo entre sollozos: «¡Cruel! ¡Cruel!»

En vano trata el joven por medio de sus caricias de tranquilizar a la pobre niña, que tan repentinamente pasa de la esperanza al desengaño; a medida que sus palabras son más dulces, más amargas y abundantes corren sus lágrimas.

De improviso y como quien despierta de un sueño, soltándose la doncella de los brazos de su amante y pasando las manos por la frente, como para aclarar sus pensamientos, exclama: «¡Dices que es fuerza dejarme! ¡Ay! Sebastián, tú me amas; ¿y sin embargo, me dejas? Cree ingrato, que nada en el mundo, ni aún la idea de conocer a mi pobre madre, pudiera voluntariamente separarme de ti. ¡Ingrato! ¿Y dices que me amas? No, no es posible que quieras que muera; di que me engaño, di...»

En este momento don Nuño entró en la habitación. «¡Padre! ¡Padre!» repite Lucía volviéndose a él y tendiendo los brazos como para hallar amparo. «Quiere dejarnos. ¡Ay! ¡vos no lo permitiréis!»

«Pobre hija mía», respondió don Nuño, «es necesario; escucha la razón; nada puedo por él, ha empeñado su honor, lo ha jurado».

Inmóvil, Sebastián, de pie, con semblante alterado y mustia mirada, parece la estatua de la desesperación.

Viendo Lucía, que en nadie encontraba apoyo, se arrojó desconsolada sobre una silla, exclamando: «¡Madre, madre, quién me consolará!»

Fray Pablo y Mariana, que en la otra habitación esperaban, sabedores de la entrevista de los jóvenes, entraron juntos, cuando lo creyeron oportuno; Mariana corrió a consolar a Lucía y fray Pablo abrazó a Sebastián.

Mucho tiempo lloró Lucía, sobre el pecho de su vieja madre; que sin saber qué decirle, desolada, viendo su llanto, le prodigaba los nombres más tiernos, hablándole como lo hacía en sus primeros años, cuando trataba de apaciguar sus pasajeros dolores de niña.

Todos callaban; Sebastián, sentado entre don Nuño y fray Pablo, miraba sin cesar el grupo de la madre y de la hija; de vez en cuando, fray Pablo, alzando los ojos al Cielo, pedía misericordia al Señor: don Nuño, con las facciones contraídas y la mirada ausente, parecía asombrarse de que hubiesen aún dolores que conmovieran su corazón helado.

Así se pasó aquel día, que empezaba con tan risueñas ilusiones; nadie pensó sino en sufrir, en consolar, en orar.

Cuando estaba cercana la noche, fray Pablo pidió a Mariana le dejase solo con Lucía. Y todos salieron de la habitación. La joven levantó entonces su pálida frente, y después de tantas horas de sufrir y callar, con acento desgarrador, arrodillándose a los pies del sacerdote, con las manos juntas, en actitud suplicante, exclamó: «¡Piedad, piedad, padre mío!» Fray Pablo, levantándola dulcemente, respondió: «Sí, hija mía, piedad también para él, que es muy desgraciado; piedad para ese corazón que tu duelo desgarrar y que necesita de todo su vigor. Piedad, hija mía, para él, que tanto te ama, para él que daría hasta su vida por ahorrarte una queja. Pero su nombre, Lucía, su honor, ese mismo honor que tú algún día guardarás puro y sin mancha, exigen de vosotros este sacrificio. Contempla de hoy en más a Sebastián como a tu esposo. En nombre del santo lazo que ha de uniros, ten piedad de su

aflicción, no destroces sin piedad, ese corazón que es prenda tuya. La misión sacrosanta de la que ama, es sacrificarse por el objeto amado; inmola tu corazón en la cruz de tan cruel ausencia, purifica tu amor por tus lágrimas. Aún no es tiempo, Lucía; piensa que Aquél, que es el perfecto amor, murió amando y perdonando. El corazón de la mujer debe ser el refugio del hombre; de allí debe su flaqueza sacar fuerza, en él debe siempre encontrar consuelo, pues la compañera del hombre está a su lado, para guiarle, para animarle cuando desfallece, con su ejemplo, con su dulzura, con su paciencia. No llores, Lucía; hija mía, oculta, reprime ese llanto que filtra en el corazón de Sebastián como gotas de hielo, que le embarga, le destroza y acabaría, quizá, por enervar su fuerza, haciéndole capaz de todo, hasta de olvidar un juramento sagrado».

Cuando fray Pablo calló, Lucía, que le había escuchado de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho, besó la mano del sacerdote, que, de pie, delante de ella, la contemplaba con semblante cariñoso. «Gracias, padre mío, le dijo, vuestras palabras son siempre el más dulce consuelo para mi corazón; bendito una y mil veces el momento en que el Cielo me puso bajo vuestro amparo: ayudadme en mis tribulaciones, padre mío; alentad mi espíritu, me siento débil. Ahora os pido como una grande merced, me dejéis durante algunos instantes sola con mis pensamientos; necesito tranquilizarme y llorar todavía algo más: éstas han de ser las últimas lágrimas, que él ha de ver en mis ojos. Decidle, os pido, que pronto seré digna de su amor y le recibiré como conviene a la que ha de ser su esposa».

El religioso, después de bendecirla, salió de la habitación en busca de Sebastián, a quien halló tan triste y abatido, como si hubiese perdido las alas del corazón. Sin embargo, cuando fray Pablo le repitió las palabras de Lucía, el joven, más animado, exclamó, volviendo los ojos al lugar hacia donde ella estaba: «Ángel; Dios premiará tu valor y fortaleza».

La doncella, entretanto, sola consigo misma apuró hasta las heces su amargo cáliz; nadie sabe lo que pasó por aquel corazón en esa hora de recogimiento; nunca reveló a alma viviente el sobrehumano esfuerzo que hizo, para presentarse en seguida al que amaba, con frente serena y enjutos ojos, devorada por la fiebre que interiormente la consumía. Perdió para siempre Lucía, en aquella tremenda hora, los últimos vestigios infantiles que aún poseía: hundiéronse sus ojos, empalidecieron las redondas mejillas; los sonrosados labios, que aún sonreían con la gracia y espontaneidad de los primeros años, tomaron desde entonces, una expresión amarga y seria, que parecía convenir mejor a su apagada y melancólica mirada: hasta su flexible talle se inclinó suavemente, como delicada planta que a impulso del aquilón dobla sus tallos. La joven estaba quizá más bella en su dolor y resignación de lo que antes fuera, citando alegre o indiferente, sonreía y amaba, como aman y cantan las tiernas avecillas. Lucía poseía ya toda la irresistible gracia de la mujer amante, que comprende su misión y se apasiona y ama hasta sus dolores, porque son causados por su mismo amor. La fresca rosa cambiose en pálida azucena, menos fresca y colorida, pero más fragante y bella.

Aquel mismo día, en presencia de Mariana, que lloraba sin saber, si de gozo o de pena y de don Nuño y fray Pablo, Sebastián puso en la mano de Lucía el anillo de novia, que unía ya sus corazones para siempre; y después de besarla en la frente, le dijo estas palabras: «Lucía, a mi vuelta seré tu esposo; entretanto, conserva ese anillo como símbolo del amor

que te dejo y confío guardarás sin alteración. Amada mía, espera en tu Sebastián que volverá pronto, para consagrarte su vida entera». Lucía besó el anillo, puso la mano sobre el corazón, y levantando sus bellos ojos al Cielo, como para hacerle testigo de la promesa que hacía, respondió dulcemente: «Siempre».

Como Sebastián debe tan sólo pasar ocho días en Murcia, esfuérase la doncella, en todos los momentos, en contentarle y hacerle olvidar cuánto sufren ambos. Con suma delicadeza, háblale, de sus proyectos para el porvenir; pásanse horas y horas, formando dulces planes, como si para realizarlos no les fuese necesario sufrir aún la cruel prueba que les espera ya tan de cerca. Juntos, como en otro tiempo, fueron a visitar a su ahijadita varias ocasiones, llevando la madrina mil chucherías y golosinas del agrado de los niños; pues ella decía, que aquella criaturita inocente, era la buena hada que había hecho que Sebastián la amase. A lo que el joven respondía cariñoso: «No te afanes en buscarle razón a mi amor, porque todo el que te ve, por fuerza te ama, ángel mío».

Cuando la joven supo, que don Nuño debía nuevamente acompañar a su amante, conmovida por el agradecimiento, que desbordaba de su pecho, dijo a su buen padre: «¿Con qué podré pagaros, señor, lo que por mí hacéis? Huérfana y sin amparo, habéis sido para mí más que padre, ¿cómo pagar vuestro amor, vuestros desvelos?»

«¿Cómo, hija mía?» le respondió don Nuño enternecido, «esperando resignada y no desesperando demasiado».

Mariana, que escuchaba el diálogo ocupada en hilar su algodón, como si aquella ocupación la absorbiese completamente, exclamó, enjugando sus ojos: «¡Ay! triste de mí; dice que es huérfana, como si jamás hubiese tenido ocasión de sentirlo, como si yo no la amase como a mi propia hija. ¡Ingrata, porque don Nuño acompaña a Sebastián, olvidas a la pobre vieja, que moriría cien veces, porque no le vieses alejarse de ti!» Lucía y Sebastián se arrodillaron delante de la anciana, para que los perdonase y bendijese como verdadera madre: lo que hizo la vieja Mariana, diciendo, apenas estuvieron lejos los amantes: «¡No los veré felices, jamás! Siento que mi alma se va, pobre hija mía!»

Llegó el tremendo día de la separación; la víspera, por la noche, Lucía, hizo que don Nuño y Sebastián le prometiesen no marcharse, sin despedirse de ella, asegurándoles estaba preparada para el terrible momento y deseaba verles todo el mayor tiempo posible. En seguida, pidió a Sebastián le leyese esos cantos de la Eneida, que tanto les habían hecho gozar, en mejores días, prometiéndole leerlos siempre, como recuerdo de aquellos días y de esa última noche.

Mariana y fray Pablo, cambiaban miradas de continuo, sintiéndose ambos desgarrados por el espectáculo de aquellos dos desgraciados. Don Nuño, más triste que nunca, les volvía la espalda, no pudiendo, según su decir, resistir la horrible serenidad de Lucía.

Aquella noche nadie durmió. Lucía, arrodillada delante de una imagen de Cristo, pedía fuerza, para soportar tan horrendo trance. La anciana, sin querer ponerse al lecho, sentada detrás de su desventurada hija, pasaba las cuentas de su rosario en silencio, sin que ni la fatiga de tan larga velada, ni el peso de sus años, cerrasen un momento sus cansados ojos.

Y Sebastián, a pesar de las instancias de su tío, se echó vestido sobre la cama y no hizo sino sollozar y desesperarse, como un niño.

Al rayar el alba, don Nuño, que también velaba, se fue a casa de Sebastián, pues éste le había pedido pasara a buscarle, cuando lo hallase conveniente. Ocupáronse ambos de sus cabalgaduras, y advirtiendo el de Lara, la alteración del semblante del joven, no le habló sino lo referente a los aprestos del viaje, sin hallar qué decir, que estuviese a la altura de tan críticos momentos: tan cierto es, que la palabra no alcanza siempre a revelar lo que el alma siente.

Una vez que estuvieron prontos, dirigieronse ambos a casa de Lucía, llevando sus caballos de la brida.

En la pequeña sala, donde se reunía de noche la familia, estaba Lucía, más pálida que una estatua, sentada en su asiento de costumbre. Mariana y fray Pablo, a poca distancia, hablaban en voz baja. Cuando Sebastián entró, Lucía, parándose de improviso, exclamó: «¿Vienes a decirme adiós? Amigo mío, no pronuncien jamás tus labios tan cruel palabra, abrázame, soy tu esposa, solo la muerte podrá acabar con mi amor y aún asimismo, mi alma conservará la dulce reminiscencia, de lo que fue para la tuya.

«Anda, Sebastián; cumple con lo que debes a tu rey y a tu patria; acuérdate, de la que aquí queda suspirando por ti; no para que tu corazón, se enerve y desfallezca: No; recuérdame como a tu ángel bueno, que desde lejos y a fuerza de amor y de constancia, apartará de ti los peligros y sabrá, a pesar de todo, volverte a mis brazos. Anda, esposo mío; no te cures de mi pena, no repares en el llanto, que pugna por brotar de mis ojos; acuérdate tan sólo de que es necesario padecer y sufrir mucho, para que, el Cielo nos conceda, misericordioso, un reflejo de su luz, a los que estamos en la tierra». Y la doncella abrazó a Sebastián y en seguida a don Nuño, a quien dijo: «Padre, os confío mi tesoro, devolvédmelo». Don Nuño respondió con acento inspirado: «Lo juro».

Era fuerza alejarse; Sebastián, inmóvil en el mismo sitio, parecía clavado al suelo; don Nuño tomándole del brazo, le dijo: «¡A caballo!» Entonces él, volviendo de su estupor, corrió a donde estaba Lucía, y abrazándola con pasión y como si sus brazos se resistiesen a soltarla, la oprimía convulso contra su corazón. La joven, pálida, fría, con los largos cabellos en desorden, casi sin responder a aquellas ardientes caricias, hacía un contraste espantoso con su amante; Lucía parecía la pálida resignación, en brazos de la horrible desesperación.

Fray Pablo, deseoso de dar fin a tan horrible escena, se acercó a Sebastián y con tono severo, pronunció estas palabras: «En nombre de tu padre, Sebastián de Hurtado, oye la voz del deber». Esto bastó; arrancose de la joven y corrió desesperado fuera de la habitación, seguido por don Nuño. Fray Pablo recibió en sus brazos a la exánime Lucía, que fiel a su promesa, sin dar un suspiro ni proferir una queja, resistió hasta el último instante, en que su débil cuerpo cedió ante el inmenso peso de aquella cruel angustia. Mariana, viendo a su hija amada, fría y sin alientos, en brazos del anciano, exclamó: «Hija mía, ¡ampárente siempre esos brazos! Se ha marchado sin acordarse de mí, a quien ya no volverá a ver. ¡Ingrato! ¡Lo

perdono y lo bendigo! Dios se apiade de nosotras». Y la buena anciana, casi tan desfallecida como la joven, se puso de rodillas en el suelo para tratar de calentar con sus helados dedos, las frías y húmedas manos de su hija.

He aquí a Lucía, en medio de los dos únicos protectores, que en la tierra le quedan. Su joven amante parte a tierras lejanas a encontrar quizá la muerte, seguido del fiel don Nuño, que ha prometido salvarle, aún a costa de su propia vida. La nube del futuro envuelve aún su destino.

¡Pobre flor, combatida por enemigos vientos! La doncella, amparada por aquellos dos troncos casi secos, ¿cómo resistirá a nuevos combates, a nuevas luchas?

Allá en los Cielos, el Padre Celestial, que ve su alma cándida y virginal, vela por ella. Él la protegerá, él la amparará, como protege y da vida a la inocente tórtola y a la modesta flor del campo.

Segunda parte

Capítulo I

En un mesón, que por el año de 1525, era de los más afamados, de cuántos había por esa época en la ciudad de Cádiz, hallábanse reunidas el día que empieza esta narración, dos personas conocidas nuestras, y quizá las más importantes de esta historia. La sala principal de la posada, estaba llena de gente, que parecía venir de lejos, o por lo menos, prepararse para un largo viaje. Por todos lados, veíanse baúles, atados de ropa, canastos de diversas clases y dimensiones; y ese sin número de objetos, que acompañan siempre al viajero de todas partes y que sólo varían de especie y calidad, según nacionalidad, o su fortuna.

Hallábanse allí, mezclados en confusión, siendo mayor el número del que cómodamente podía contener aquella estrecha sala, oficiales, soldados y marineros; mujeres y muchachos; hombres de diferentes edades y variados trajes, que hablaban entre sí y se afanaban por acomodar sus equipajes, en el lugar más seguro y apartado, de los que aún quedaban en la revuelta habitación. ¿Qué hacen allí esos buenos campesinos, en tan estrecha liga, con esos rudos soldados? ¿Qué buscan aquellas sencillas mujeres, que con sus hijos en brazos las unas, las otras arrimadas lo más que pueden a sus amantes o maridos, parecen pedir una protección, que al parecer no han menester, pues, a pesar de la algazara y general bullicio, todos están alegres y satisfechos, reinando entre aquellas gentes de distintas y opuestas profesiones, la más grata cordialidad y armonía? ¿Adónde van? ¿De dónde vienen? Subamos a un cuarto pequeño, que da sobre el segundo patio, escuchemos y quizá sepamos eso y algo más.

En la habitación, que es alta, hay una ventana que da al mar, cerca de la cual está sentado un anciano en traje de religioso, leyendo con constante atención un pequeño libro, que, a no dudarlo, es un breviario. El anciano, tranquilo y recogido, embebido en la lectura, de espaldas a la ventana por la cual penetra el sol lujoso de Andalucía, que al pasar, parece acariciarle mansamente, recibe complacido aquella caricia, que conviene cumplidamente a la nieve que ostentan sus raros cabellos. No será difícil adivinar quién es aquel anciano, que supongo habrá conocido ya el lector, por el hábito de religioso que viste, no obstante haber descuidado hasta este momento, hacer una descripción de su figura. Y como puede haber, quien desee conocerle más íntimamente, me apresuro a decir, que la cara de fray Pablo hubiera podido servir de modelo, por la dulzura inteligente y grandeza de su expresión, para un retrato del celoso apóstol, cuyo nombre llevaba.

A poca distancia de fray Pablo, y en frente suyo, vese una joven arrodillada en el suelo, delante de un inmenso baúl, ocupada en acomodar en él alguna ropa y varios papeles, que de vez en cuando recorre con sus bellos ojos, como si encontrase en cada uno de ellos algo de muy agradable. A medida, que los lee y los dobla cuidadosamente, una sonrisa de contento brilla en su cara. Ella es, es Lucía, nuestra tierna amante, la misma que abandonamos antes cruelmente, en brazos de Mariana y de fray Pablo; pero, ¡cuánta mudanza hay en ella! La angustiada y marchita joven, tornó de nuevo a sus galas y frescor; sus mejillas, si bien se conservaron siempre pálidas, no es ya con esa palidez ocasionada por el continuo riego de las lágrimas; antes parece que aquella ausencia de color, unida a la dulce languidez de su mirar, proviene, más bien del goce íntimo y sin tasa del placer, en su más ardiente manifestación que de melancólicos solitarios ensueños. Todo en ella lleva un sello especial de íntimo contentamiento. Su flexible talle, su busto más lleno ahora, presenta el bello conjunto de la mujer joven y hermosa, en el pleno desarrollo de sus gracias y tesoros. Hasta en sus más leves movimientos, hay algo de mórbido y voluptuoso, que revela un mundo de misterios.

Lucía, que seguía siempre de rodillas y leía atenta un libro, que al parecer, le interesaba mucho, dijo, mirando al anciano: «Amigo mío, ved como no olvido ninguno de los míos», y le enseñaba el libro. El anciano replicó: «Bien, hija mía, como siempre, tu corazón conserva sus delicadas impresiones. ¡Pobre Mariana! Esos romances me la han traído a la memoria».

«¡Ah! padre mío», exclamó Lucía, «¡si supieseis que no hay un momento de mi día, en que no la recuerde! ¡Madre mía! ¡Nos abandonó en bien terribles momentos! ¡Murió sin verme dichosa, haciendo votos que el Cielo ha escuchado! ¡Cuán buena era!» Y al decir tales palabras, la joven guardó el libro, cerró con llave el baúl y vino asentarse cerca de fray Pablo.

Desde la ventana, se distinguían cuatro buques muy cerca del embarcadero, en los cuales se notaba esa animación y movimiento que preceden a la próxima partida. Multitud de marineros, que iban y venían sobre la cubierta, se ocupaban en desplegar las velas, retirar las cadenas y preparar los cables, con esa buena voluntad y alegría, que son el alma del marino, cuando el sol brilla en el horizonte y que el viento favorable y un cielo azul, le presagian feliz viaje. Varios botes conducían hasta los buques, a los individuos que

esperaban en la sala baja de la posada. El embarcadero estaba lleno de gente; los unos que se embarcaban y los otros que acompañaban hasta allí a los viajeros, sin contar un sinnúmero de curiosos, que con ojos indiferentes y distraídos, escuchaban los lamentos de los que en tierra quedaban, siguiendo con sus miradas, a aquellos que, ya próximos a los barcos, agitaban todavía sus pañuelos y sus sombreros, en señal de despedida. Lucía contemplaba enternecida aquel espectáculo. El día no podía ser más bello. El cielo y el mar, rivalizaban en color y tersura. El viejito favorable, que soplaba mansamente, hinchaba ya las velas, que empezaban a desplegarse coquetamente, imprimiendo a los buques un ligero movimiento de oscilación, sin alterar la limpidez y serenidad de las aguas. «¡Cuán felices somos!» exclamó Lucía, enjugando una lágrima compasiva, que se deslizaba por su mejilla, «nada dejamos detrás de nosotros, sino es la tumba de mi buena madre, que nos contempla desde el Cielo. Nadie llora nuestra partida. ¡Ved, padre mío, esas pobres gentes, cuán tristes se quedan! ¡Y cómo siguen con los ojos, aquellos buques, que les roban a cual un padre, un esposo, o un hermano! ¡Qué dicha tan grande para mí, que vos, mi querido padrino, consintáis en acompañarnos! ¡Cuán bueno sois!» «Hija mía», replicó fray Pablo, «¿acaso hubiera yo podido quedarme en España sin vosotros. ¿No eres tú, y Sebastián, lo único que me liga a la tierra? ¿Cómo quedarme solo en Murcia, después de haber vivido en vuestra dulce compañía? Tú, hija mía, has sido hasta hoy el ángel de mi vida, ¿cómo abandonaros, puesto que consentís en llevar con vosotros a este pobre viejo, que de nada puede ya servir?»

«¡Ah! ¡padre mío, jamás os hubiéramos abandonado, tan solo, en vuestra avanzada edad!

»El día que Sebastián por vez primera me habló de sus proyectos de viaje, de esa sed de descubrimientos y conquistas que le anima, y que le fuera inspirada por su estrecha amistad con el caballero Veneciano, que le acompañó, en su vuelta a España y que tantas maravillas contaba de sus viajes anteriores, ¿sabéis, querido padrino, lo que le respondí? Estas fueron mis palabras:

»Esposo mío, puesto que amas los viajes, y deseas visitar lejanas tierras, con la noble ambición de adquirir nombradía y aumento de fortuna para nuestros hijos, atiende a tus impulsos, no los desapruebo; sigue a Gaboto en su nueva expedición, emplea, cuantos medios tienes, para tomar parte, como te corresponde, en esa expedición, de la que tanto te prometes; pero, en nombre de lo mucho que por tu ausencia padecí en estos cinco años, llévame contigo. No temas para mí, ni las fatigas ni las privaciones de ese viaje; porque tú eres mi vida, mi contento, mi sola alegría; lo soportaré todo, con tal que pueda reclinar mi cabeza sobre tu pecho, y aliviar con mis caricias, las fatigas y angustias de tu nueva carrera. Sebastián, padre mío, me recibió en sus brazos, me juró por la memoria de su madre, no alejarse jamás de mi lado. Pero el amor que a mi esposo tengo, no es el único que guardo en mi corazón. Vos, que habéis sido el refugio de mis pesares, el consuelo de mi alma, durante tan cruda ausencia, erais ya una necesidad para mi tranquilidad. Él, que, como sabéis, es siempre, el primero en leer en mi corazón, me dijo, que además de la dicha de llevar con nosotros a nuestro viejo padre, que no podría ya separarse de Sebastián, tanto es el apego que, desde su campaña en Alemania, le ha cobrado, estaba seguro de que vos nos acompañaríais, contando con el cariño que nos profesáis. Os confieso, que al principio, no me atreví a esperar, porque en vuestra avanzada edad, seguirnos a tierras remotas, a

países desconocidos, me parecía exigir demasiado de vuestro afecto; pero me he engañado. ¡Dulce engaño, que hoy me colma de alegría!»

«¡Cuán grato me es, hija mía, escuchar las palabras tan tiernas y sinceras con que recompensas, lo que tú crees ser un sacrificio, y es tan sólo una necesidad para mí! Sebastián y sus compañeros, no pueden ya tardar; el viento comienza a refrescar y el momento es favorable. ¿Estás pronta? ¿Has concluido de arreglar tu baúl».

«Sí, padre mío», respondió Lucía, «todo está listo, nada olvido; y para no hacer esperar a nuestros amigos, voy a ponerme al punto mi manta y a dar una mirada a esta habitación, en donde he pasado mi última noche de España».

«¡Eres un ángel!», exclamó fray Pablo; «tienes razón, demos gracias al Todopoderoso, por sus constantes beneficios, y pidámosle nos asista en nuestro viaje».

El religioso y la joven esposa, oraron un momento en silencio. Lucía marchó en seguida a decir adiós a la buena mujer del mesón, que, como todos cuantos la veían, le había cobrado gran simpatía; y como la pobre mujer tenía un hijo, entre los que debían acompañar a Gaboto a las Molucas, Lucía, con su buen corazón, que siempre le dictaba lo mejor y lo más caritativo, se fue a consolar a la madre, prometiéndole velar por su hijo, que era un joven de sólo diez y ocho años y el único que tenía.

Capítulo II

Es conveniente decir algo más sobre este viaje, que la conversación que hemos escuchado entre fray Pablo y Lucía. Creo que todos comprenden ya, que los jóvenes amantes, después de tanto desear y esperar, vieron por fin coronados sus sacrificios, y que al cabo de cinco años, el lazo del matrimonio los unió para siempre. Mariana, la anciana madre, murió un mes después de la partida de Sebastián, no pudiendo ya resistir a aquella última emoción. Murió la buena mujer, como había vivido, oscura y desconocida, reuniendo en sí misma cualidades poco comunes; espiró en brazos de su hija querida, recomendándola muy especialmente, a fray Pablo, que fue el consolador y amparo de aquellos últimos momentos. Su alma voló al Cielo, al lugar que deben ocupar allí, las de los justos, que han cumplido su misión aquí en la tierra, sin ostentación ni brillo y aún sin darse cuenta a sí mismos, de los tesoros de bondad y dulzura, que al mundo han prodigado, embebidos siempre en la contemplación de sus deberes y de lo que creen lo mejor y lo más santo.

Don Nuño y Sebastián, que durante esos cinco años de ausencia, habían asistido a las más importantes batallas, que por esa época tuvieron lugar, con motivo de la antigua e interminable contienda del ducado de Milán; a las órdenes del duque de Medinaceli unas veces y otras a las del famoso duque de Alba; fueron siempre de los primeros, acreditando el uno con su pericia y bravura, pasados timbres, mientras que su pupilo, digno compañero suyo, consiguió en poco tiempo, por el esfuerzo de su brazo, y singular arrojo, el grado de

teniente, que le concedió en el campo de batalla, el mismo duque de Alba, que a la verdad, no era muy amigo de prodigarlos a quien de derecho no le tocaban. Al cabo de esos cinco años, durante los cuales, muy pocas noticias de Murcia tuvieron nuestros guerreros, comprendiendo don Nuño los sentimientos de Sebastián, que fiel siempre al recuerdo de Lucía, le hablaba de continuo, del dichoso día en que volverían a Murcia, juzgó conveniente pedir su retiro y el de su compañero, hasta tanto que el joven deseara volver a aquella vida de constantes emociones, animado siempre por la idea de hacerse digno de la que amaba.

Cuando Sebastián y don Nuño se separaron de sus camaradas, el pesar fue general, pues tanto el uno como el otro, se habían hecho amar de todos. El duque de Alba recomendó muy especialmente a don Nuño, un célebre piloto veneciano, cosmógrafo inteligente, de nombre Gaboto, que al servicio de Enrique VII de Inglaterra, había descubierto la Terranova y el Canadá.

Descontento éste de la acogida, que el monarca inglés hizo a sus descubrimientos y a los proyectos que de continuarlos hacía, resolvió pasar a España, a ofrecer sus servicios a Carlos V, que, más que ningún otro monarca, tenía por aquella época (si se exceptúa el de Portugal), interés en continuar los descubrimientos, que veintiséis años antes, Colón había iniciado.

Gaboto, que según sus contemporáneos y el juicio de ilustres historiógrafos, era un hombre muy distinguido y poseedor de vastos conocimientos, sólo inferior a Colón; inflamado por los descubrimientos del ilustre Genovés y por manera alguna aleccionado por la ingrata recompensa, que sus inmensos trabajos merecieron, formó vastos proyectos, con grandes esperanzas de realizarlos en corto tiempo. Algunos años antes, Magallanes, inspirado por la idea que fue siempre la dominante en Colón, acababa de descubrir, en provecho del rey de España, el tan buscado paso a las Indias Orientales.

No encontrando Gaboto, apoyo a sus pretensiones, en el poco emprendedor Enrique, para descubrir nuevas tierras por aquel famoso paso, que fue causa de los grandes descubrimientos que inmortalizaron a Colón, decidió dirigirse al joven monarca español, para continuar en provecho de España, los descubrimientos que, merced al Portugués, debían por fuerza hacerse por el lado del sud. No dudando que al fin era llegado el momento de realizar lo que tantos sacrificios y desengaños había costado a Colón.

Muy luego, trabaron amistad nuestros viajeros, siendo así que además de sus vastos conocimientos, poseía Gaboto un corazón sensible y un exterior atractivo, logrando bien pronto ganarse la simpatía de Sebastián, que, a pesar de la diferencia de edades, (pues Gaboto contaba ya cerca de cincuenta años) se ligó estrechamente con él, apasionándose el entusiasta Español, de los proyectos y esperanzas del Veneciano, con ese ardor inherente a las almas jóvenes. Sebastián comprendió en breve, sus aventajadas teorías, resultado muchas de ellas de las juiciosas y sabias observaciones del desgraciado Colón.

Gaboto, hablaba de sus esperanzas, con esa ardorosa inspiración, que acompaña siempre las palabras del hombre de genio, y el joven las escuchaba con una atención en sumo grado halagadora, para el inspirado Veneciano, el cual no cesaba de pintar, con los más vivos

colores, la inmensa serie de ventajas que su viaje ofrecía a los jóvenes nobles e inteligentes como él; no ya insistiendo en las ventajas materiales y de ganancia directa de fortuna, que, a la verdad, sea dicho, aunque en desdoro de los campaneros de Colón, Cabral y sus imitadores, fuera su principal incentivo. Sino haciéndole ver, que además de esas riquezas, que tanto atraían a la generalidad de sus compatriotas, había otros medios, menos interesados y más nobles, de alcanzar nombradía y buena fama, para aquellos que se dedicasen a cultivar y utilizar las tierras conquistadas y sus desgraciados habitantes. Inflamábase el joven con tan risueños proyectos, y hasta don Nuño, a pesar de sus años, al escuchar las ardientes expresiones de Gaboto.

Sin embargo, Sebastián, más enamorado que nunca, volvía con la dulce esperanza de hacer suya a Lucía, para no abandonarla jamás. Vivo aún el recuerdo de aquella triste despedida, luchaba con encontrados afectos, sin saber cómo combinar un amor que era su vida, con aquella sed de emociones y descubrimientos, que se disputaban el imperio de su alma. Decidió, por fin, consultar a don Nuño; pero su viejo amigo, juzgó conveniente, sin embargo, dejar que por propia inspiración, decidiese el amante, lo que hallara más conveniente y de su agrado, no sin recordarle antes lo que a Lucía debía y la palabra que a su partida le había empeñado, de hacerla su esposa. Sebastián juró por cuanto de más sagrado había, no haberle jamás ocurrido, ni la sombra de un deseo contrario al amor que a la doncella profesaba; y que en prueba de ello, renunciaba desde luego a nuevos viajes, prometiéndose dedicar el resto de su vida, a hacer la felicidad de su amada. Pero Gaboto, que era tesonero, y conocía muy afondo el corazón humano, observando el cambio de ideas de su joven amigo, juzgó conveniente no insistir en su demanda, hasta hallarlo conveniente de nuevo.

Llegados a España, pasó el Veneciano a Madrid, que era el lugar en que a la sazón se hallaba el rey con la Corte, prometiendo a Sebastián y a don Nuño, que así que consiguiese lo que del rey deseaba, volvería a Murcia, a ver en qué disposición se hallaban ellos para el viaje. Ya hemos visto, como la hermosa, cuanto discreta Lucía, hallara medio de contentar el propio corazón y el de su esposo, ofreciéndose a participar de las aventuras de aquel viaje, del cual, Sebastián y don Nuño, esperaban tanto provecho, y que para ella no representaba sino la dicha de seguir a Sebastián.

Lucía abandonaba la España sin pesar. El mundo suyo, el mundo de su corazón, el horizonte de sus afectos, se encerraba en aquella estrecha carabela, que iba a conducirles a remotas playas.

Capítulo III

Era más de medio día; el sol en el zenit, repartía por igual su luz, cuando nuestros viajeros, merced a un viento favorable, zarparon del puerto de Cádiz, con el corazón henchido de esperanza y con la fe más viva en el hábil piloto que los guiaba. Lucía, de pie sobre la cubierta, apoyada en Sebastián, teniendo a su lado a fray Pablo y a don Nuño,

rodeada de lo que más amaba en el mundo, dio un último adiós a las playas españolas y permaneció allí, hasta perderlas de vista.

Componíase la flotilla que mandaba Gaboto, de tres pequeños buques, costeados por la corona y de una carabela, propiedad de varios, entre los cuales, nuestros amigos tenían una parte considerable. Como doscientas personas acompañaban a Gaboto, que con el título de piloto mayor del Reino, que antes alcanzaron Américo Vesputio y el desgraciado Solís, llevaba plenos poderes, para tomar posesión de las tierras conquistadas, en nombre del rey de España.

Algunas personas de distinción le seguían, deseosos los unos de atravesar de los primeros aquel famoso paso al Océano Índico, con idea de aprovechar de las inmensas ventajas que al comercio ofrecía; y otros, movidos por el deseo, tan general por aquellos tiempos, de poseer los fabulosos tesoros que encerraban las Indias, y que hasta entonces habían sido exclusivamente monopolizados por los Portugueses.

El viaje empezaba bajo favorables auspicios, el tiempo no podía ser más bello ni despejado, las naves se deslizaban rápidamente sobre las aguas, perdiéndose de vista al siguiente día, las costas europeas, así que pasaron el cabo San Vicente.

Todos estaban animados y contentos; especialmente los que se hallaban a bordo de la carabela, el buque montado por Gaboto, y en el cual se encontraban reunidas las personas más distinguidas y conocidas nuestras.

Durante los primeros quince días, nada importante ocurrió que mereciera la atención de aquellos, que, animados por el deseo de descubrir tierras desconocidas, abandonaban su patria y sus familias; tocando sólo en la Isla de Tenerife, que hallaron a su paso, con el objeto de refrescar los víveres.

Lucía, que por vez primera veía el mar en toda su magnificencia y grandeza, se pasaba largas horas en muda contemplación y recogimiento, en ese dulcísimo estado en que los pensamientos parecen tomar mayor ensanche que en el habitual; participando el espíritu de una extraña mezcla de sueño y de vigilia. Sentada en la elevada popa, siguen sus ojos la fugitiva estela que sobre las aguas marca la ágil carabela; allá van sus pensamientos a perderse, a confundirse con el gran misterio de la creación. Sin saber qué la ocupa y sin tener nada que echar de menos, se sorprende muchas veces, bañada en lágrimas; lágrimas dulces, que corren sin causa de pena, vertidas tan sólo por el irresistible enternecimiento que se apodera del corazón de los que saben sentir y amar, al contemplar las manifestaciones del poder divino.

Acompáñala siempre fray Pablo en sus mudas y solitarias reflexiones; de vez en cuando y gracias a sus variados conocimientos, explica éste a la joven esposa, cómo en los tiempos antiguos, algunos filósofos, merced a una asidua contracción, y al incesante estudio de la naturaleza, predijeron, aunque con ligeras diferencias, algunos de los más importantes descubrimientos, que fueron después asombro de las edades presentes.

Sebastián, compañero inseparable de Gaboto, le asiste en sus observaciones astronómicas, gracias a la buena voluntad y aplicación con que el hábil piloto le instruye y le enseña a servirse de los instrumentos náuticos. Escribiendo, además, el diario de observaciones, que aquél llevaba con la más escrupulosa religiosidad.

Los días de fiesta, fray Pablo decía una misa sobre la cubierta del buque, a la que asistía la tripulación, presentando en tales momentos, el espectáculo conmovedor del hombre, que, en todas las horas de su vida, alza los ojos al Cielo y pide luz y amparo al Padre común.

Por la noche, los esposos leían a fray Pablo y a don Nuño sus amados cantos de la Eneida, y aquellos famosos romances, que tanto gustaban a Mariana. Más de una velada han pasado los viajeros escuchando a don Nuño, que narra con singular viveza, alguno de los muchos combates a que asistió siempre como actor.

«¡Ah, padre mío!», exclama en una ocasión Lucía, oyéndole describir una tremenda carga, que dieron en las playas de la Vega, a un famoso escuadrón de moros. «¿Esta es la guerra? ¡Qué horrible cuadro hacéis de esos desgraciados perseguidos sin piedad! ¿Es posible? Vos, tan bueno, tan dulce de carácter, dar muerte, por vuestras propias manos, a tan bizarro jefe! ¡Dura ley, que convierte en terrible y desapiadado, al mejor de los hombres! ¡Qué suerte, que las mujeres, estemos siempre libres de semejantes espectáculos! ¡Oh, entonces los héroes que tanto admiramos, nos causarían horror!» «A no dudarlo», replicó Sebastián; «a buen seguro, que no amarías tanto a ese bravo Cid Campeador, si le hubieras visto tú misma, dar cruda muerte al tremendo conde Lozano». «Entonces», agregó don Nuño, «¿quiere decir, mi bella Lucía, que me miras ya como a un monstruo sin corazón, indigno de ser querido?»

«Padre mío, exclamó Lucía sonriendo», merecíais por la sospecha, que fuese cierto; pero es una triste verdad, según mi sentir, que los héroes, conocidos de lejos y sólo por sus grandes hazañas, es que son admirables, y ejercen influencia sobre los corazones sensibles, por más que esto no sea para vos de fácil comprensión».

«¡Tienes razón, hija mía!» dijo fray Pablo, «que así se minoran sus defectos, como la dura ley que los empuja, entre el cúmulo de grandes acciones, que caracterizan al verdadero héroe».

Capítulo IV

Entretanto, continuaban su viaje, habiendo avanzado ya mucho camino, pues según las observaciones de Gaboto, debían hallarse muy cerca de los trópicos. Sin embargo, después de mes y medio de camino, en que el tiempo había sido constan temente sereno y despejado, empezaron a experimentar frecuentes lluvias, a la par que el viento, que hasta

entonces soplara bonancible, comenzó a decaer tan visiblemente, que muy luego se vieron imposibilitados de continuar la marcha. Comprendiendo la necesidad que tenían, de no separarse unos buques de otros, por temor de cualquier accidente, habíales ordenado Gaboto a los comandantes de los otros buques, que si por algún evento, de los muchos que en el mar acontecen, se veían forzados a separarse de la carabela, continuaran siempre el rumbo occidental directo. Pero ya sea obra de la fatalidad, o más bien, efecto de rivalidad, contra los que a bordo de la carabela navegaban, uno de los comandantes insistió con otro, para que, en el supuesto, de que sabían fijamente el rumbo en que debían continuar, no siguieran tan ciegamente a Gaboto; que en vez de embarcarse, como lo creían de su deber, en los buques de la Corona, se hallaba a bordo de la carabela, que era tan sólo de propiedad particular.

Una noche de las más tempestuosas y oscuras que hasta entonces habían experimentado vuestros viajeros, soplabla el viento con despiadada fuerza, el agua caía a torrentes, inundando la cubierta de los bateles; el trueno, que en esas latitudes, acompañado de un sinnúmero de relámpagos, aumenta con su horrible fragor el espanto causado por el vendaval, que por lo mismo que es poco común en aquellas alturas parece desatarse con mayor fuerza y rigor, Gaboto, infatigable, acompañado de sus bravos compañeros, seguía sobre la cubierta de su buque con ojo avisado e inteligente, las diversas faces que la tempestad presentaba, en tan horrible noche. Parecióle de repente, a la luz prolongada de un relámpago, que su flotilla no estaba completa. Temeroso de que, algunos buques, estuviese en apuros, se disponía a tomar medidas para descubrir la verdad, con la idea de auxiliarle si posible fuera, pues la lluvia cesaba y el huracán calmaba ya sus furores. Sin embargo, como el día no podía estar ya muy lejano, decidió aguardar la luz para saltar en un bote y pasar a los otros buques, movido siempre por la generosa idea de prestarles socorro.

Lucía y fray Pablo, en oración delante de una imagen de Cristo, pasáronse toda aquella horrible noche pidiendo al Padre de los afligidos, calmase las furias de los dos elementos. El Cielo pareció al fin escuchar clemente sus voces; a medida que la luz del día se acercaba, la lluvia cesaba y el viento caía. Cuando fue completamente de día, nuestro piloto, con singular pesar y asombro, vio que de los cuatro buques que mandaba, sólo tres le quedaban; habiendo el otro sin duda sido arrebatado por la tormenta.

Al punto se trasladó a bordo de los buques que le quedaban, teniendo allí aumento de pesar, al saber que el malogrado bergantín, había sido destrozado tan sólo por la mala voluntad y desobediencia de su comandante, que en vano quiso arrastrar en pos de sí al joven Aguilera, que tenía a su cargo el mando de uno de los otros buques. Después de elogiar cumplidamente la buena conducta del comandante, recomendando a todos la más estricta vigilancia, volviöse Gaboto a la carabela, deplorando la pérdida del bergantín y de su desgraciada tripulación a la par que lastimado por aquel primer síntoma de desafección en los que mandaba; que si bien habíales sido fatal a ellos mismos, era ya un mal precedente para los preceptos de rígida disciplina, que eran sus más constantes deseos.

¡Con cuánta amargura lloró Lucía la suerte de aquellos desgraciados, que en sus hogares habían dejado tantas esperanzas, que no debían realizarse jamás! Aumentando a bordo de los tres buques el malestar y descontento, cuando a eso de medio día, vieron sobre la

superficie de las revueltas y enturbiadas aguas del Océano, pedazos de mástiles y tablas, últimos vestigios del malogrado bergantín.

El mal tiempo parecía conspirar en contra, de los viajeros; el sol continuaba oculto entre las nubes, y si bien por momentos se mostraba pálido y descolorido, era para tornar luego a ocultarse tras más opacas y negras nubes, que dejaban en pos de sí una llovizna menuda y fría. En este estado se pasaron dos días, sin que la, más mínima ráfaga de viento agitase las mojadas y arrugadas velas. El corazón de los navegantes, oprimido por la reciente desgracia y por aquel tiempo tan opaco y tempestuoso, del cual nada bueno esperaban, pintaba en sus semblantes el más completo desaliento. Gaboto, viendo el malestar de los suyos y temiendo además que la escasez de víveres, que empezaba ya a hacerse sentir, fuera causa de algún levantamiento, en gente que tanto se prometía, les pintaba, con el ánimo de distraerlos, la magnificencia de los países a donde los llevaba y aquellas islas del mar Índico, cargadas de oro y piedras preciosas. Ofrecimientos que, a la verdad, no eran engañosos en el dictamen suyo y que creía verlos realizados todos.

Lucía, en tales momentos de general abatimiento y desconsuelo, fue el ángel salvador de aquella pobre gente. De las provisiones especiales y regaladas, que para uso propio traía, hizo partícipes a todos los marineros, repartiendo entre ellos, aquellos presentes, acompañándolos siempre de una palabra de consuelo. Además durante aquellos penosos días, se reunía a las mujeres que acompañaban a los navegantes, y gracias a la apacibilidad y dulzura de su corazón, conseguía, por medio de halagüeñas expresiones, animar al decaído espíritu de los unos y encender el apagado celo de los otros.

Capítulo V

Felizmente, al espirar el tercer día, después de tanto sufrir y desear, el tiempo cambió de aspecto, prometiendo en aquella noche, que el siguiente, sería del todo distinto a los anteriores. Gaboto, como hábil piloto, que preveía este cambio por esos insignificantes fenómenos que escapan al ojo del ignorante y son el más seguro guía del hombre avezado al mar, aseguró a los suyos, que, el siguiente día, volvería de nuevo a soplar favorable el viento y que serían muy pronto coronados sus esfuerzos, por el más completo éxito. En efecto, la mañana amaneció clara y despejada, viéndose de una manera muy visible, que a medida que el sol subía, el viento que desde luego soplara bonancible, llenaba las velas, prometiendo no caer, en todo el día. Gracias a la mudanza tan completa y ventajosa que el tiempo sufrió, avanzar nuestros viajeros, en aquel día y muchos otros que se subsiguieron, una notable distancia; haciéndose luego muy perceptible el cambio de hemisferio en que entraban, por una serie de fenómenos, que se sucedían, a medida que navegaban.

¡Cómo pintar la espléndida serenidad y hermosura de esas noches tropicales, en que el cielo, cubierto de millares de astros refulgentes, semeja una trasparente gasa, al través de la cual, asoman resplandecientes los diamantinos ojos multitud de celestes querubines!

Lucía, más que nadie, goza con el espectáculo encantador de aquella naturaleza, en su más lujosa manifestación, aspirando con delicia, las perfumadas y blandísimas auras, que traen hasta los bateles, la amenidad y fragancia que de sí exhalan las arboledas y florestas del Nuevo Mundo, como en los más floridos y risueños meses de la coqueta Andalucía.

Parecía que, a medida que se acercaban a tierra, hasta las aguas del salobre Océano, con todo aquel conjunto de amenidad y blandura, disminuían benéficas, la acritud y aspereza de su sabor. Varios de aquellos que no aventuran jamás su vuelo a gran distancia de las costas, revoloteando curiosos al rededor de las naves, parecían acoger amigablemente aquellos huéspedes, que al Nuevo Mundo venían. Gaboto, aseguró a sus compañeros, que, según sus observaciones, al cabo de dos días, a lo más, distinguirían claramente las costas del Brasil. La esperanza de ver tierra, después de dos meses de navegación, fue saludable bálsamo, que reanimó los tristes y desalentados corazones; siendo tanta la ansiedad por ver la tierra, que nadie pensó en dormir en aquellas dos noches, que precedieron al día 15 de abril, en que se avistaron las costas brasileñas. Más de una vez, el imperioso deseo de nuestros navegantes, tomó por tierra esos mirajes, que en los trópicos se ven con tanta frecuencia, formados por las nubes que se levantan sobre el horizonte. Más de un falso grito de ¡tierra! agitó a los impacientes viajeros. Fue, por último, el infatigable Gaboto, quien tuvo la suerte de distinguir el primero, las costas de Pernambuco, que se avistaron muy de mañana, así que el sol, con sus esplendentes rayos, brilló en el horizonte. Al punto el grito de ¡tierra! ¡tierra! corrió como una chispa eléctrica, de uno en otro buque, siendo unánime el movimiento de caer de rodillas, para dar gracias al Todopoderoso, por aquella primera esperanza, que presagiaba cercano, el fin de tantas angustias.

Muy luego y gracias a los vientos reinantes, que por aquella estación soplan de Oriente a Occidente, perdiéronse de vista las costas de Pernambuco y de Bahía, no sin que el Veneciano tuviese más de un choque, con sus impacientes compañeros, que insistían con marcadas señales de descontento, por acercarse a la costa, con el deseo vehemente de desembarcar, para procurarse algunas provisiones. Pero él, que sabía el doble riesgo que corrían, una vez desembarcados, siendo aquellas tierras, propiedad del rey de Portugal, por descubrimientos del Portugués Cabral, algunos años antes; y que además de las rivalidades que por aquella época existían, entre la Corte española y la de Portugal, respecto a las tierras descubiertas, para cuya legítima posesión habían acudido ambos soberanos, al Sumo Pontífice; y suponiendo que de los naturales, no podía esperar sino las más duras agresiones, recordaba el espantoso fin del malogrado Solís, que había perecido a manos de aquellas tribus antropófagas. Trataba de alejarse, merced al viento favorable, a pesar de las instancias de los suyos, costándole mucho persuadir de estas terribles verdades, a sus hambrientos y desconsolados; compañeros, viéndose, por último, obligado a variar de itinerario, atendidos los riesgos que de una y otra parte, le amenazaban.

Los Españoles, que desde sus naves miraban con envidiosos ojos, aquellas risueñas costas, coronadas de palmeras, donde el Creador, con pródiga mano, acumuló cuanto de más bello y prodigioso produce su inagotable poder; amenazaban a Gaboto con duras palabras y crueles reproches, abandonarle con aquellos que quisieran seguirle en su aventurado viaje, si al punto no dirigía a tierra sus naves. En tan crítico momento, comprendiendo el Veneciano que nada puede el raciocinio sobre gente abandonada al furor

de sus pasiones, recurrió al único medio que le inspiró su corazón, para no caer en manos de los Portugueses, que tratarían por todos los medios de retenerlos prisioneros, o lo que era peor aún, les abandonarían al furor de los indígenas. Lucía y fray Pablo, a ruegos de Gaboto, pedían a las mujeres de los amotinados, con las más tiernas y enternecedoras expresiones, se resignasen a aquellos sufrimientos, confiando en la incansable misericordia divina, que les concedería en premio, abundante y preciosa recompensa; exigiéndoles, jurasen sobre una imagen de Cristo, obedecer ciegamente las inspiraciones del hábil piloto, que a seguro puerto les guiaba.

Capítulo VI

Reunidos en consejo, a bordo de la carabela, los comandantes y las personas más notables, entre las cuales se hallaban dos hermanos de Balboa, el descubridor del Pacífico, Gaboto, en pocas palabras, les demostró la necesidad en que se veía, de entrar al río de Solís, esperando que, los descubrimientos que allí harían, les recompensarían ampliamente aquel cambio. Atendida la urgente necesidad de alimentos, que de día en día se hacía más apremiante, unida al desaliento y mala voluntad de las tripulaciones, comprendiendo todos, la importancia de escuchar los sensatos consejos del prudente Gaboto, asegurándole con las más visibles muestras de simpatía, estar dispuestos a seguir en todo, su valiosa opinión, escuchando las juiciosas observaciones de su experiencia. Agradeció Gaboto, con enternecimiento, aquellas palabras amigas, de que tanta necesidad tenía su combatido espíritu, anunciándoles, juzgaba, por la costa que llevaban a su derecha, hallarse próximos a descubrir alguna gran porción de tierra, desconocida hasta entonces.

¿Cómo explicar debidamente el descontento que sentía Sebastián, viendo la serie de privaciones y malos ratos, que con fortaleza verdaderamente sublime, soportaba la constante Lucía? «Torpe de mí, amiga mía», exclamaba con profunda tristeza, «que expuse tu sensible corazón a tan terribles pruebas. ¿Qué hacer? ¿Cómo podrás resistir las tremendas pruebas que aún te esperan? ¡Ay! ¿Si pudiera yo a fuerza de amor, y de constancia librarte de los tormentos a que te he expuesto? ¿Qué haré Lucía, qué haré el día que te falte aún ese tosco pan de marinero, que comes con tanta resignación, sin empaparlo antes con amargas lágrimas?» Lucía, a tan tristes quejas, respondía con estas palabras, acompañadas de su más encantadora sonrisa: «¿Qué haremos, Sebastián? ¡Moriremos, y en un último abrazo, subirán juntas nuestras almas, a reunirse a aquellos que en el Cielo nos esperan! ¿Por qué te agitas? ¿Por qué te arrepientes de haberme creído digna de compartir contigo estas calamidades, que no lo son para mí, puesto que aún me resta la dicha de estrecharte contra mi corazón! ¡Ay! Cuando comparo, estos sufrimientos, esta privación de un poco de pan blanco y regalados manjares, con la constante muerte de una prolongada ausencia, entonces bendigo una y mil veces, el momento, en que me aceptaste por compañera de tus peregrinaciones. ¡Ea! ¡mi valiente Hurtado, recobra tus antiguos bríos, confía en la Providencia, abrázame y no temas desmaye, quien vive más de la luz de tus ojos, que del grosero alimento del cuerpo!»

«¡Ah! Lucía», exclama Sebastián abrazándola y cubriéndola de amorosos besos, «¿qué he hecho yo para merecer tu cariño?» Y ambos esposos, tornados de la mano, subieron sobre la cubierta, en donde todos, con ojos ansiosos, miraban un punto blanco, que en el horizonte asomaba. Después de navegar algunas horas, con un viento amorosísimo,

continuaron siempre costeando el Brasil, y doblando el cabo de Santa María, entraron en el magnífico río, que hasta entonces fue llamado de Solís; y que después, por algunas causas sobre las cuales hay gran divergencia entre los historiadores, tomó el de río de la Plata, que hasta hoy conserva. A poco andar, descubrieron ser aquel punto blanco, una pequeña isleta, que parecía desierta. Una vez que fueron llegados, mandó Gaboto echar las anclas, con la idea de que su gente, que había pasado del más completo abatimiento, a la más bulliciosa alegría, saltara en tierra e hiciese provisión de lo más conveniente, que allí encontrase.

Al punto, desbandáronse por la isla los ansiosos navegantes; no sin haber antes, precedidos por fray Pablo y Gaboto, dado gracias a María Santísima, por haber encontrado tan a tiempo aquel socorro; después de lo cual, tomaron posesión, como en aquellos casos se estilaba, en nombre de Su Majestad Carlos I, de aquel pequeño pedazo de tierra, que no era sino el principio de sus descubrimientos futuros. Muy poco o nada de valimiento, hallaron los descubridores en la desierta isla, a no ser algunos pájaros, con los que se regalaron los hambrientos Españoles, como lo hubiesen hecho con el más sabroso y succulento manjar.

Luego que hubieron recorrido la isla, en todas direcciones, que a la verdad, por la estrechez de su tamaño, fue cosa de muy corto rato, viendo Gaboto que el puerto era poco reparado, mandó levantar las anclas y se dispuso para continuar la marcha, dando por nombre a la isla, San Gabriel, en honor del divino arcángel, mensajero de la santísima Virgen.

Con alegres corazones y animados semblantes, continuaron el viaje, llegando ese mismo día hasta el punto en que el Paraná y el Uruguay, confunden sus aguas.

El siguiente, resolvió Gaboto dejar en aquel lugar, al cual llamó de las Palmas, la más grande de sus naves, pues a medida que avanzaban, el río tenía menos fondo, determinando seguir solo con la carabela y el más pequeño de los buques, hasta descubrir la tierra firme, que parecía ya muy cercana. Desde entonces, navegando el Paraná hacia el Oriente, no tardaron en encontrar un sinnúmero de floridas islas, que parecían jardines flotantes.

Lucía, desde la cubierta, cogía con sus manos, a la pasada, infinita variedad de pintadas y fragantes flores, que de los sauces colgaban, formando con sus enroscados y flexibles tallos, un gracioso puente de hojas y flores, de un árbol a otro. Veíanse bandadas de loros de variados colores, que, seguidos de sus bulliciosos pichones, se acercaban a los buques, que con sus blancas y hinchadas velas, no dejaban ellos de tomar por inmensos nubarrones, cerca de los cuales venían a revolotear curiosos y confiados, hasta que el movimiento de la gente, les hacía desbandarse en ruidosa algazara.

En algunas partes se estrechaba tanto el río, que los árboles, que en una y otra margen había, confundían sus ramas, cubriendo con sus verdes y lustrosas hojas la cubierta de los buques y enredándose caprichosos en los cordajes y mástiles. Grande asombro y contento causaba a los Españoles, el ver algunas de esas ramas, que en su rápida marcha, tronchaban los bajeles, dejar a sus pies, hermosísimas naranjas, que por lo relucientes y amarillas parecían de oro macizo.

El 8 de mayo de 1526 entraron por fin en un río más pequeño, formado por uno de los cien brazos del Paraná y descubrieron a poco andar una inmensa costa, que en vasta llanura se extendía.

Difícil es expresar el gozo de Gaboto, al descubrir aquella inmensa extensión de tierra, desconocida hasta entonces y que parecía habitada por gente mansa e inofensiva, a juzgar por el asombro y tranquilidad con que desde tierra, un grupo de indios, contemplaba las naves que avanzaban rápidamente. Los Españoles, a su turno, miraban con curiosidad a unos veinte o treinta indios, que con los cuerpos casi desnudos, con las cabezas cubiertas de plumas y en la más completa inmovilidad, semejabán estatuas de barro.

Desde ese momento, olvidáronse las pasadas privaciones y rencillas, ocupándose todos en tributar su acción de gracias a la benéfica Providencia y al excelente piloto, que con lágrimas de enternecimiento abrazaba a sus compañeros.

Al punto, comprendiendo que aquellos indios, a pesar de estar armados muchos de ellos con flechas, no parecían dispuestos a hostilidad alguna, ordenó Gaboto a los suyos bajasen todos a tierra, intimándoles observaran cordura y moderación. Acercábanse los indios con creciente curiosidad a los Españoles, tocaban sus vestidos y sus armas, con pueril asombro y lanzaban gritos de alegría.

Después de disponer, que los buques tomasen sus medidas, para no ser sorprendidos por algún accidente, despachó Gaboto una lancha, en busca del bergantín y se internó con los suyos tierra adentro, guiado por los indios.

Lucía, encantada con el espectáculo de aquella naturaleza virgen, seguía a Sebastián y a don Nuño, asistiendo con su brazo al viejo fray Pablo, que, a pesar de sus años, andaba con paso ágil. El lugar en que se hallaban, llamado por los indios, del Carcarañal, no es ciertamente de los más bellos de la costa del río Paraná; y aunque su vasta y verde llanura cautivaba especialmente la admiración de los Europeos, el terreno era por de más árido, cubierto de una yerba muy verde y allá, bastante dura.

Precedidos por los indios, a los cuales, por señas únicamente, habían explicado, venían desde muy lejos, no la intención de hacerles daño, sino de trabar amistad con ellos, llegaron al campamento, en donde fueron introducidos a presencia del cacique.

El jefe de esta tribu, llamada de los Timbúes, era un viejo bastante entrado en años, el cual recibió a los extranjeros con suma cordialidad, ofreciéndoles en el momento algún refrigerio, de los que ellos habitualmente tomaban y dándoles a comprender, que así que volbiesen otros indios, que habían salido a cazar, el alimento sería abundante y nutritivo. Entonces, mandó Gaboto a uno de sus compañeros, hiciese ver a los indígenas la superioridad de sus armas. Al punto volteó el Español de un tiro de arcabuz, una pequeña rama de algarrobo, que estaba a distancia de cien pasos, por este medio hízoles comprender, que ellos podían en muy corto tiempo cazar lo necesario para su alimento, lo que en el momento trataron de poner en práctica, seguidos de varios indios que se ofrecieron a

acompañarlos, maravillados de la inmensa superioridad de aquellas armas, de ellos no conocidas.

Las indias, que, en gran número, estaban apiñadas detrás de los indios, miraban con expresiva admiración a la graciosa joven, que en extremo fatigada por la distancia que había andado, se había dejado caer sobre un montón de paja, con esa gracia especial que acompañaba a todos sus movimientos, dejando visibles fuera del borde de su vestido, sus piecitos, calzados con unos zapatos de tela negra, que la aspereza de la yerba, había roto en varias partes. Las demás Españolas, acostumbradas a ver siempre a la animosa Lucía, dar consuelo a todos los que sufrían, la rodeaban solícitas, ofreciéndole sus servicios, pesarosas por la expresión de cansancio, que alteraba sus bellas facciones.

Pasaron el resto del día, recorriendo en todas direcciones aquella tierra poblada de una variada cantidad de animales, muchos de ellos desconocidos para los Europeos; y a la noche, recogieron a sus naves, no siendo dable quedarse en tierra, en las estrechas chozas de los indios.

Capítulo VII

Convencido Gaboto, de que los indígenas no opondrían resistencia a sus miras, decidió levantar allí, la primera habitación, que tuvieron los Españoles en el río de la Plata. Al punto ocupáronse en acopiar madera, que en grande abundancia encontraban en los alrededores; y ayudados de gruesos puntales que clavaban en tierra y de un barro, para el cual el terreno se prestaba admirablemente, levantaron en poco tiempo, un fuerte que se llamó del Espíritu Santo, en el cual se vieron obligados a trabajar, desde el último marinero, hasta el más distinguido personaje, de los que acompañaban a Gaboto.

Sebastián, que es de los más ardientes en el trabajo, impacientado con la idea de procurar un abrigo para la delicada Lucía, se ocupa con esmero singular, en la confección de dos pequeños cuartos, algo separados del cuerpo principal del edificio, los cuales quiso la joven esposa, así que estuvieron concluidos, adornar lo mejor posible, con los pocos muebles, que de España trajo. Allí veremos de nuevo, figurar el cómodo sillón, compañero inseparable de fray Pablo, la mesa de encina sobre la cual se habían apoyado tantas veces los amantes, embebidos en la lectura de sus libros, los mismos que, colocados simétricamente sobre la mesa, daban a la rústica habitación, un sello de cultura, extraño hasta entonces, a aquellas remotas tierras.

La vieja arca de Mariana, convertida en sofá, unas pocas sillas, un hermoso tapiz, presente de boda de Sebastián, y algunos cuadros de imágenes sagradas, sin olvidar dos hermosos floreros, que don Nuño había regalado a Lucía el día de su casamiento, a título de padrino, adornados siempre con las pocas flores que por aquel árido lugar se hallaban, completaban el mueblaje de uno de los cuartos. En el segundo, había una cama, un espejo pequeño, en el cual arreglaba la joven esposa sus modestos atavíos, y algunos otros artículos de toilette, que hubieran hecho sonreír desdeñosamente a las exigentes petimetras del siglo XIX.

En tan estrecha y desnuda vivienda, sentíase Lucía más dichosa, que lo que nunca fuera activa sultana, en su dorado y perfumado retrete; allí estaba Sebastián, a quien tanto amaba, y que tan enamorado y solícito pagaba aquel amor con constantes y nunca desmentidas pruebas de acendrado cariño. ¿Qué más podía apetecer aquella alma, nacida sólo para sentir los goces de la más exquisita ternura? El mundo suyo, era el mundo del amor, su universo acababa, donde no había a quien amar.

Gracias a tan bellas disposiciones, el ascendiente de Lucía sobre su pequeña tribu, como ella graciosamente llamaba a las pocas familias españolas, que en su compañía habían venido, era cada día mayor. ¡Vieseis cómo la madre, que sentía a su hijo descontento y afiebrado, se llegaba a la habitación de Lucía para pedirle consuelos y socorro, escuchando con los consejos y tiernas expresiones, que en tales casos, de los labios de la esposa salían, cual mana de la fuente que da vida, el agua cristalina y trasparente! ¿Qué corazón lastimado acudió a ella jamás, que no saliera de su presencia, reanimado y entero, templado al dulce calor de aquella alma fuerte y delicada, que parecía siempre y con mayor desarrollo, adquirir fuerzas para sí y para cuantos a ella acudían?

Al cabo de unos meses, durante los cuales, los Españoles habían recorrido alguna parte de la tierra que ocupaban, acompañados siempre de los Timbúes, que por medio de señas trataban de hacerles comprender el riesgo que corrían internándose, por hallarse rodeados de feroces enemigos, consiguieron entenderse regularmente y tener conocimiento de lo que aún ignoraban.

El cacique Carripilun, a quien hemos visto agasajar a los recién llegados, lo mejor que le fuera posible, contaba, según su cuenta, cerca de novecientas lunas y era considerado por los indios que mandaba con absoluto poder, como un ser muy superior a los demás caciques, que hasta entonces habían gobernado su tribu; pues, además del rango que como jefe ocupaba, poseía méritos muy superiores a los de todos sus súbditos.

Marangoré, su hijo mayor, heredero del cacicazgo, hallábase a la sazón ausente, con su hermano Siripo y los más distinguidos personajes de la tribu. El joven cacique, no obstante sus pocos años, gozaba de la consideración más completa por parte de los suyos, que le juzgaban digno de suceder a su ilustre padre, tanto por la singular riqueza de su ingenio, cuanto por su desnudo y prendas guerreras.

Acostumbraban los indios casar sus primogénitos con las hijas de aquellos otros caciques amigos, con los cuales deseaban formar alianzas para sus guerras; y según esta costumbre, Marangoré había ido en busca de la hermosa Lirupé, hija del cacique de los Gubachos, que era una tribu que se hallaba, andando hacia el Oeste; gente guerrera y esforzada, merced a la cual, esperaba Carripilun, podría resistir los constantes ataques de los feroces Charrúas.

Así que los Españoles pudieron entenderse libremente con los indígenas, merced a la prodigiosa facilidad, con que la bella Española se hizo dueña en poco tiempo del habla de los indios, explicó Carripilun a Gaboto, cómo, hallándose ausente su hijo, deseaba esperar su vuelta, para tomar cualquier resolución, en el supuesto que él, hallándose ya próximo a su última hora, deseaba cuanto antes que Marangoré entrase en posesión del cacicazgo.

Prestose Gaboto a esperar al joven cacique, para continuar internándose, exigiendo sin embargo, antes, de Carripilun, reconociese al rey Carlos I, como a su soberano y legítimo señor, poseedor, desde ese momento, de aquella tierra y de las que en adelante fuesen por ellos descubiertas. El indio, que era prudente y avisado, le dijo que, en cuanto a reconocer al rey Carlos, como soberano de las tierras conquistadas y por conquistar, poco incumbía eso a él o a sus súbditos, atendido a que ellos eran una tribu nómada, que tan pronto estaba en un sitio como en otro, según sus necesidades; y que no cultivando la tierra, creían a todos con igual derecho para llamarla suya, siempre que supiesen defenderla contra los enemigos, que por todos lados había. Y que, como a juzgar por ellos, el soberano debía ser hombre de buenas prendas y de palabra, él y todos los suyos, dábanse ya por sus amigos y aceptaban su alianza.

Muy pronto, gracias a la nueva facilidad que de entenderse tenían, ligáronse los Españoles con los indios; teniendo Gaboto la felicidad de que las gentes que le acompañaban, gracias a su buen natural y moderación, tratasen a los indios, como no habían sido tratados hasta entonces en ninguna parte, aquellos desgraciados habitantes del Nuevo Mundo.

Gaboto nombró comandante del fuerte a don Nuño de Lara, poniendo de segundo jefe a Sebastián de Hurtado, y como el fuerte se hallaba situado a poca distancia del campamento de los Timbúes, las relaciones eran cada vez más amistosas de una y otra parte.

A decir verdad, muchos, o el mayor número de los aventureros, se encontraban bastante descontentos, porque hasta ese momento, las grandes privaciones que habían sufrido, por manera alguna, les habían sido compensadas; siendo así que en vez de las pingües riquezas que esperaban, habían tan sólo hallado una vastísima extensión de tierra inculta, poblada de terribles enemigos, de la cual no parecía posible sacar provecho, sino después de muchos años de duro trabajo. Perspectiva nada risueña para los indolentes Españoles, que confiados en las maravillas, que de las Indias se contaban, abrigaban la esperanza de poseer vastísimos tesoros, con sólo bajarse al suelo, para recoger un sinnúmero de piedras preciosas, de extraordinario tamaño y riqueza. Imaginad el desaliento de estos ambiciosos, viéndose obligados a fabricar una tosca habitación y a vivir tan sólo de la caza y de la pesca, que ellos mismos se procuraban, sin ver más oro ni riquezas, que aquellas que su ardiente imaginación, de continuo les pintaba.

Quiso, sin embargo, la buena suerte de Gaboto, que esta vez escuchasen sus consejos y esperasen la vuelta de Marangoré, con la esperanza, que era la luz que les guiaba, de hallar algún día, los soñados tesoros en cuya busca corrían.

Marangoré y su hermano Siripo, conduciendo a la hermosa Lirupé, seguidos de un numeroso llegaron una mañana al campamento, después de ocho meses de espera, por parte de los ansiosos descubridores.

Cuando Marangoré, joven indio de veinticinco años, vestido solamente con una cintura de plumas rojas, que ceñía su delgado talle, con la cabeza adornada con plumas del mismo color y con una aguda flecha adornada también con plumas rojas, se presentó en el fuerte del Espíritu Santo, en compañía de Siripo y de dos compañeros, que vestían casi el mismo

traje, con excepción de la flecha, pues ellos venían desarmados; cautivados los Españoles por la gentil presencia del indio y por el acto de cortesía que hacía, viniendo a entregarles la flecha que significaba, según ellos: he aquí mis armas, soy amigo, rodeáronle solícitos, ofreciéndole su amistad y pidiéndole noticias de su viaje. Marangoré, contestó en su lenguaje expresivo y figurado, que había traído consigo, a la más brillante estrella del cielo de la Pampa, y que su padre se había ofrecido a auxiliarlos en sus guerras: asegurándoles en seguida, hallarse dispuesto a cumplir lo prometido por Carripilun el Sabio, ansiando, tanto como ellos, lanzarse en persecución de los Charrúas. Después de lo cual invitó a Gaboto y los suyos, para que el siguiente día, después de la salida del sol, viniesen a sus chozas, para tomar parte en el regocijo, que con motivo de su casamiento debía tener lugar. Gaboto y nuestros amigos le prometieron no faltar y le acompañaron hasta mitad camino.

Pocos momentos después, una docena de indias se presentaron en el fuerte, con la comisión de invitar a la blanca Española y a las suyas, en nombre de la hermosa y opulenta princesa Lirupé, hija del valiente cacique Antritipay, el de los ojos grandes, para que asistiesen a la fiesta de su matrimonio.

Capítulo VIII

Cuando los Españoles, el siguiente día, poco después de la salida del sol, llegaron a las chozas de los Timbúes, halláronles formados, todos en línea de batalla, con sus trajes de fiesta, que consistían, en la cintura de plumas de colores y en una especie de turbante, hecho también de plumas, de tintes más vivos.

En los días de fiesta y de pelea, usaban darse en la cara y en el pecho unas pinceladas con zumo de yerbas y barros de diferentes colores, que contribuían a darles una expresión horrible, de que ellos se vanagloriaban.

Marangoré, diferenciábase de los demás, por un inmenso collar de cuentas de colores, que al cuello llevaba y por una lista roja muy marcada, que le dividía el rostro, por medio de la frente. Las mujeres, más recatadas y modestas en su apostura, estaban cubiertas de una red tejida de una especie de cáñamo muy fino, que desde el cuello hasta, los pies les cala en graciosos pliegues; en la cintura tenían el delantal de plumas blancas y rojas, que hacía juego con el turbante; llevando además en las piernas y en los brazos, brazaletes de cuentas azules. Con excepción de la novia, que tenía un collar semejante al de Marangoré y unas argollas muy grandes como pendientes, que por lo relucientes parecían ser de plata.

Sentado Carripilun, en medio de un círculo marcado en tierra, con pequeñas estacas adornadas con plumas de avestruz y ramas de espino, saludó a los recién llegados, con una inclinación de cabeza y permaneció de nuevo en completa inmovilidad.

Siripo, llevó a Lucía y a las demás mujeres españolas, a colocarse en la línea de las indias, diciéndoles, permaneciesen de pie, mientras su padre conferenciaba con los malos espíritus; haciendo otro tanto con los Españoles, que tomaron lugar entre los indios.

Lirupé y Marangoré, el uno en frente del otro, a poca distancia del círculo, en que Carripilun se hallaba en conferencia con los demonios, parecían petrificados, tal era la inmovilidad y rigidez de sus personas y la constante fijeza con que miraban el sol; siendo así, que desde mucho antes de la salida del astro, debían permanecer en la misma actitud, dependiendo de su inmovilidad, el mayor o menor grado de felicidad, que habían de disfrutar en su matrimonio.

Después de dos horas de absoluto silencio, pronunció Carripilun unas palabras que se dirigían al espíritu del mal; lanzó un gemido agudo y prolongado y llamó por tres veces a los desposados. Marangoré y Lirupé, que estaban ya casados, vinieron en silencio a deshacer ellos mismos el círculo de estacas y plumas, que aprisionaba a Carripilun, repartiendo después las estacas y las plumas entre los circunstantes. Una vez concluida la ceremonia del casamiento, dio principio una especie de torneo, a la manera indígena.

Sentados todos, formando un inmenso círculo, quedó abierta la liza. Presentáronse dos indios bastante jóvenes, a disputarse el premio de la carrera, que era una hermosísima flecha, costeada, como todos los demás presentes, por la familia de la novia. La distancia que debían recorrer, era como de cuatro cuadras en redondo; y a una señal de Carripilun, partieron los corredores con paso medido, que apresuraban, a medida que avanzaban, acabando por correr con extraordinaria rapidez. Durante la carrera, no se crea que los demás indios demostrasen la menor agitación o interés por ninguno de los corredores, siendo de notarse que aquellos salvajes mostraban siempre la mayor reserva y moderación, en casi todos los actos, que más conmueven y agitan a los civilizados habitantes del Viejo Mundo. Alcanzó uno de los indios, notable ventaja sobre su competidor presentose luego, seguido de sus parientes y amigos, a recibir el premio, de manos de Marangoré, que al dárselo, le dijo: «Eres ágil, como el cheuque»; nombre que debía quedarle y pasar a sus descendientes. Advirtieron los Españoles, que aquel que había perdido la carrera no se presentó en todo el día; y que hasta sus parientes y allegados, se vieron en la necesidad de no tomar parte en las fiestas que se siguieron. Vino luego el tiro de flecha, para el cual se presentaron diez o doce competidores; quedando los Europeos asombrados del acierto de aquellos tiros, que por blanco tenían, muchos de ellos, una simple pluma de gaviota. Fue Siripo quien consiguió el premio, de un magnífico collar de cuentas rojas, que le puso al cuello su hermano, llamándole ojo de chispa, observándose en ese caso, las mismas circunstancias que en el anterior.

Luego que acabaron estos divertimientos y otros semejantes, en los cuales a porfía disputáronse los premios de la lucha y de la macana, los más distinguidos de la tribu; Marangoré, que no había tomado parte en la jornada, pidió a los Españoles tuviesen a bien, como obsequio a sus desposorios, hacer algunos de los ejercicios militares, que eran de uso entre ellos. Prestáronse a ello muy gustosos sus huéspedes, deplorando la falta de caballos, que allí no eran conocidos, por no poder darles una idea más aventajada de sus lides. Tuvo Sebastián la dicha de ser de los primeros en el tiro de arcabuz, así como el alférez Oviedo, que se distinguió también en el manejo del sable. Marangoré, regaló al primero una

hermosa macana muy pulida y liviana que era de sus armas la favorita; y al segundo, una flecha semejante a la que antes recibió el ligero cheuque: llamando al uno ojo de luz, y al otro brazo de viento. Maravillados los indios, de que aquellos que habían sido menos afortunados, no tuviesen vergüenza de continuar en presencia de todos, preguntaron a los Españoles qué significaba tan extraño proceder. Entonces Sebastián les hizo saber, cómo entre ellos, sólo era despreciado el que huía cobardemente de los peligros.

El banquete tuvo lugar allí mismo, a campo raso. La comida se componía generalmente de gamas, liebres y mulitas, pero ese día hubieron, además, una especie de tortas hechas de mandioca y maíz, presente de los Gualaches, que eran agricultores y cultivaban con gran éxito aquellas plantas.

Como los Timbúes eran muy sobrios, no tenían casi afición a las bebidas fuertes y excitantes, contentándose tan sólo, con una especie de chicha muy floja, que extraían de los algarrobos.

Después de la comida, dio principio el baile, al cual no asistió Lucía ni sus compañeras, que se retiraron al fuerte a la caída de la tarde. El baile sólo consistía en dar vueltas en redondo, tomados todos de las manos, siguiendo el compás de una calabaza con piedrezuelas dentro, que agitaba en medio de ellos una jovencita de pocos años, que no hubiese entrado aún en la pubertad, pues creían ellos, que la música era atribución de la inocencia. Generalmente después del baile, seguían bebiendo hasta el día siguiente, teniendo cuidado las mujeres, que no beben jamás, de esconder las armas, para evitar pendencias.

Capítulo IX

A pesar de los deseos que Gaboto tenía de continuar su expedición, no le fue posible hacerlo, por hallarse atacado de una fiebre que le duró algunos meses, hasta mediados del año siguiente, teniendo que recurrir a mil artificios, para distraer a sus compañeros, que empezaban a murmurar, con instancia, por dejar aquel sitio.

Una vez restablecido, decidió seguir aguas arriba con sus buques y aquellos más impacientes, dejando en el fuerte a don Nuño y a Sebastián, al mando de cien hombres, encargados de explorar la tierra hacia el Oeste y Sud Oeste; luego que Marangoré, pasado el término de ocho meses, fijado por sus costumbres, pudiese acompañarles, sin detrimento de sus deberes de esposo.

Y recomendando encarecidamente a unos y a otros, mantuviesen paz y buena armonía, lanzose el Veneciano a nuevas aventuras.

Poco tiempo después de la partida de las naves, tuvo Lucía la desdicha de perder a fray Pablo, siendo este un rudo golpe para su corazón. El anciano acostumbraba ir todos los días, al campamento de los indios, movido por el piadoso celo de abrir sus ojos a la luz de

la fe; allí, con dulces palabras, al alcance de aquellos escasos entendimientos, les mostraba la infinita bondad y misericordia del Dios de los Cristianos, con el fin de irles preparando, por grados y sin violencia, para el gran día en que recibiesen el bautismo. Más de una vez el sabio Carrpilun, prestó oído atento a las divinas palabras del Redentor del Mundo, que repetía fray Pablo, con inspirado acento. Y como aquellos indios no tenían ideas fijas sobre religión y sólo creían en un espíritu malo, al cual estaban sujetos los hombres y era necesario tratar de agradar, por todos los medios posibles; el anciano esperaba a fuerza de constancia, vencer su ignorancia, confiando con el andar del tiempo y merced al terror mismo, que el espíritu del mal les inspiraba, vendrían a refugiarse en brazos de la divina Madre de Jesús, amparo de los afligidos.

Pero con quienes más valimiento alcanzaban sus piadosas exhortaciones, era con las indias; especialmente con una jovencita de pocos años, llamada Anté, que desde los primeros tiempos había cobrado grande afición a las Españolas, consintiendo, siempre que al fuerte venía, en que le pusiesen vestidos y adornos a la europea, segundando Lucía por éste y otros medios análogos, las constantes miras del religioso.

Una mañana, que según su costumbre, se dirigía el anciano al campamento de los Timbúes, un violento ataque dio con él en tierra, permaneciendo allí, hasta que una hora después acertó a pasar, en aquella dirección, la joven Anté, que al verle en tal estado, alarmó con sus gritos a los habitantes del fuerte. Lucía y Sebastián, ayudados por don Nuño y varios de los suyos, se apresuraron a auxiliar al desgraciado fray Pablo, que faltó ya de fuerza y sin poder hablar, agradecía con expresivas miradas los cuidados que a porfía le prodigaban. En vano Anté corrió solícita al campamento, en busca de sus más afamados curanderos, el anciano expiró poco tiempo después, sin exhalar un gemido y sin haber podido decir una palabra de despedida a sus amigos.

Lucía, con el corazón traspasado, cerró respetuosamente los ojos de su virtuoso amigo, y después de colocarle entre las manos, sobre el pecho, la imagen de Jesús crucificado, se arrodilló cerca del lecho y permaneció en oración toda la noche, en compañía de las pocas mujeres que en el fuerte quedaban. La joven Anté, recitaba en voz baja las primeras palabras del Padre nuestro, que le habían sido enseñadas por el anciano.

El día siguiente, diéronle sepultura, en un sitio, que de continuo visitaba y era muy de su agrado, por la amena vista que desde allí se alcanzaba. Situado en una pequeña eminencia, muy cerca de la costa, estaba pintorescamente rodeado de un montecillo de algarrobos y espinos, crecidos y frondosos.

Allí fue conducido el cuerpo del religioso, seguido de todos aquellos, que habían sido constantes apreciadores de sus virtudes. Tanto cristianos como indios, iban en mustio silencio, con abatidos semblantes, a pagar aquel último tributo a sus restos mortales. El tosco ataúd, fabricado con tablones de aquellos mismos árboles que debían prestarle sombra, fue conducido hasta allí por Sebastián, el alférez Oviedo y el joven Alejo Díez, seguidos de don Nuño y de Lucía, que a pesar de su dolor, quiso acompañar a su amado padrino, en aquel último viaje. Los indios, con sus mujeres y sus hijos, asistieron a aquella triste ceremonia, con la más respetuosa compostura. Lucía, con voz melancólica, pronunció cerca de la tumba, estas palabras: «Duerme en paz, querido amigo, consuelo de los

afligidos, y refugio de todos los corazones; allá en los Cielos, cuando tu espíritu, tan puro como el de los mismos ángeles, tome asiento en trono de luz, cerca de Dios nuestro Padre, ruega por nosotros los que quedamos en este valle de lágrimas». La joven besó el ataúd; Sebastián y Oviedo, lo cubrieron de tierra. Después de concluida aquella piadosa operación, colocó don Nuño sobre la tumba, una cruz blanca, groseramente formada de dos gajos de un espino; y todos oraron juntos, por el descanso eterno del virtuoso anciano.

Desde entonces, aquel sitio fue llamado por los indios, la Cruz del santo, y considerado como un lugar privilegiado, cerca del cual era irreverente dar muerte a ninguna de las muchas aves, que con sus gorjeos, prestaban mayor encanto a tan poético lugar.

Todos, todos, deploraron la pérdida de aquel valioso compañero; pero ningún corazón lloró tan amargas lágrimas, como la sensible esposa de Sebastián, la humilde discípula, de las veladas de Murcia.

Capítulo X

Muerto fray Pablo, tomó Lucía por suya la piadosa tarea de instruir a las sencillas habitantes del desierto, en las sublimes verdades del Cristianismo. Todos los días, con incansable perseverancia, su celo la llevó a las chozas de los Timbúes. Veíasele allí, rodeada de las indias, sentadas sobre la yerba, con sus hijos en brazos las unas, las otras con las manos cruzadas sobre las rodillas, en atenta, actitud, sueltos los cabellos sobre la espalda, y fijos los grandes ojos en el semblante de la joven, escuchar las palabras de amor y caridad, que despertaban en sus almas adormidos ecos; semejantes al niño que repite la oración primera, enseñada por su madre y que sin darse cuenta, siente en el fondo del alma, mística revelación, que sube del corazón hasta el semblante, iluminado con celestial reflejo.

Sentíanse aquellas rústicas criaturas, especialmente atraídas por la belleza de Lucía, encontrando singular agrado en tocar sus finos cabellos, que comparaban ellas, con las negras y relucientes plumas del tordo; ensalzando de continuo, la blancura de su tez, llamándola rostro de luna, cuello de leche; y comparando su talle gentil, ora a la garza que remonta su vuelo hasta las nubes, ora a los flexibles rancoles que ceden a la influencia del viento.

Con dulce sonrisa, escuchaba Lucía, tan ingenuas alabanzas, insistiendo con las indias, para que, por medio de los presentes que les hacía, cubriesen su desnudez y trataran de observar en todos sus actos la modestia y decencia, que constituyen los más valiosos encantos de la mujer. Muchas de ellas adelantaban visiblemente en algunas labores de mano, que la hacendosa esposa les enseñaba, deplorando la falta de materiales, que empezaba ya a sentir, hasta para el propio uso. Una de las cosas a que más las exhortaba la virtuosa Española, era a que inspirasen respeto a sus hijos, educándoles desde pequeños, respetuosos y sumisos, porque las indias, a ese respecto, tenían las más equivocadas creencias; juzgando que el amor maternal consistía en permitirles hasta los más descompuestos y chocantes actos. ¡Con cuánto dolor veía Lucía, a esos pequeños tiranuelos, levantar sus manos para herir en el rostro al viejo padre y a la paciente, madre,

que con estoica tranquilidad sufrían aquella torpe acción, digna sólo del estado de barbarie en que estaban sumidos! Consideraban ellos tales desmanes como una prueba del futuro coraje de sus hijos, que refluir debía en provecho de sus padres, por haberles los primeros embravecido como lo hacen las bestias feroces.

Capítulo XI

Cuando expiró el plazo, que las costumbres imponían a Marangoré, éste advirtió a Sebastián y a don Nuño, hallarse dispuesto a salir en busca de los Charrúas, por saber a punto fijo el sitio en donde encontrarlos.

Los Españoles hicieron sus preparativos para aquella expedición, que según los deseos de todos, debía dar por resultado el exterminio de aquellos bárbaros, que eran una constante amenaza a su tranquilidad. Pero, ante todo, pidieron a Carripilun, observase que los indios y los Españoles que en el fuerte quedaban, mantuviesen estricta vigilancia y buena armonía, siendo él responsable y garante, de la seguridad de Lucía, y sus compañeros.

Juroles Carripilun, tratar a los Españoles, como a sus propios hermanos, recibiendo de manos de don Nuño, las de, Lucía y las del alférez Oviedo, que de comandante del fuerte quedaba.

Antes de ahora, hemos nombrado al joven Alejo, con motivo del entierro de Fray Pablo; este Díez no era otro, que el hijo de la posadera de Cádiz, que tanto lo había recomendado a Lucía. A la verdad, cosa más fácil no había, que interesarse por el joven villano, pues natural despejo, bravura y cortesía, eran dotes que en él se disputaban la primacía y le hacían acreedor a la general estimación; mereciendo, según el dicho de cuantos lo conocieron, haber nacido de noble estirpe.

De buena gana hubiera Alejo tomado parte en la expedición; pero como Lucía le había pedido quedase a hacerle compañía, hubo de sacrificar sus primeros laureles, en obsequio de su protectora; siendo así que, además del cumplimiento de aquel deber, había para su corazón dulce atractivo, que le compensaba cumplidamente aquel sacrificio.

Amaba a la joven Anté; y ella a su turno, se sentía fuertemente atraída por la varonil belleza, del bizarro Español. Lucía, que veía el naciente amor de los dos jóvenes, tomaba especial esmero, en preparar el corazón de la india, al goce íntimo y delicado de los dulces afectos, templando por medio de prédicas, la ardiente fogosidad de su alma de salvaje. Y a medida que el tiempo pasaba, el corazón de la Española trasmitía a la joven india una porción de su delicado perfume.

El día de la partida, Lucía y Lirupé, acompañadas de un numeroso séquito, siguieron a sus maridos, hasta un lugar distante del fuerte, como diez cuadras y que se llamaba de la Espina; allí, después de prometer de nuevo los indios, con las más sagradas promesas, tratar a Lucía como a una hermana y defenderla hasta el último trance, se separaron las dos comitivas, cambiando unos con otros amistosas palabras de despedida.

Aquellos que quedaban, se volvieron al fuerte, en tanto que los demás, tomaban el camino de la laguna del Cheuque, que era el sitio a donde estaban acampados los Charrúas, según noticias traídas por el adivino Gachemané, de la tribu de los Gualaches.

Capítulo XII

Marangoré y Sebastián, a la cabeza de la tropa compuesta de cerca de ochenta Españoles y más de cien indios, seguían la dirección indicada por el adivino, divididos en tres grupos. Formaban el primer grupo cincuenta Europeos, armados de arcabuces y pequeñas espadas y aquellos indios más diestros en el uso de la macana, arma favorita del cacique. En seguida, venía el resto de los Españoles, al mando de don Nuño, armados igualmente de largas espadas y mosquetes; y llevando además, el escudo, el casco y la cota, que tanto asombro habían causado a los indígenas, que creían por este medio, ser imposible dar muerte a los extranjeros. El último grupo o cuerpo de reserva, a las órdenes de Siripo, que para esa expedición, había sido aclamado segundo jefe, se componía tan sólo de indios armados con agudas flechas y saetas.

Siguieron largo tiempo por un vasto llano, desnudo y sin la más leve ondulación, un camino que no ofrecía a nuestros aventureros interés alguno.

Apenas si de vez en cuando, una que otra gama, o algún avestruz, que cruza en rápida carrera por aquel vasto horizonte, rompe la monotonía del paisaje. Más de cuatro leguas han avanzado en aquel primer día, sin encontrar un solo árbol; por todos lados la ancha Pampa presenta su grandeza y desnudez. Paréceles que ante aquella creciente inmensidad, cuyo límite no se alcanza, el pecho respira con mayor fuerza, la vista salva mayor distancia.

El calor excesivo, el mucho polvo que incesante remolinea, hacen sentir en demasía la falta de agua, que internándose hacia el Oeste, escasea considerablemente. Fatigados los Españoles con el peso de sus armaduras, ansían por hallar un árbol, bajo el cual guarecerse de los rayos del sol. Marangoré, que los ve abatidos y desalentados, les asegura que a poco andar, entrarán en un terreno quebrado y fértil, donde hallarán agua y sombra.

El siguiente día, después de cuatro horas de constante marcha, empezaron a notar gran diferencia en el terreno; a medida que avanzaban, la frescura del aire aumentaba y pequeños arbustos, que iban en aumento, convencieron a los expedicionarios, del conocimiento de los lugares que el cacique tenía.

Llegaron aquella misma tarde, a una inmensa laguna llamada por los indios, de los Macangues, en donde los Españoles pudieron apagar su sed y refrescar sus cuerpos, abrasados por el sol y el polvo, tendiéndose con delicia sobre una yerba verde y fresca, que debajo de los árboles crecía en abundancia y la llamaba rimu.

Cobraba Marangoré mayor simpatía a Sebastián; el franco continente del Español, su mucha fuerza corporal, la admirable destreza en todas las armas y su carácter abierto y caballeresco, eran cualidades propias para cautivar el ánimo del salvaje. También Hurtado y don Nuño, tuvieron ocasión entonces, de admirar la caballerosa cortesía de Marangoré, si tal frase conviene a un héroe de las Pampas; y la maestría y agilidad del indio en todos los ejercicios varoniles.

Siripo, a quien los suyos prestaban casi igual acatamiento que al joven cacique, era igualmente diestro en el manejo de todas las armas por ellos usadas, especialmente en la flecha, en la que ya le hemos visto alcanzar el primer premio Pero no poseía las atractivas prendas de su hermano, que a sus méritos como guerrero, unía además, una conversación franca, que bien se hermanaba con la varonil belleza de su semblante. Por lo contrario, reservado en sus ademanes y esquivo por demás, apenas si ha cambiado con los Españoles, otras palabras que aquellas estrictamente necesarias: contrastando singularmente su figura, con la regularidad y belleza de formas, que hacían de Marangoré un modelo de proporción y regularidad. Contrahecho y desairado, tenía la cabeza dos veces más grande, que lo que convenía a sus escasas y mezquinas formas. Haciendo más notable aún esta diferencia, la circunstancia de ser estos dos hermanos, gemelos, nacidos con diferencia de horas.

Siripo, que como todos, debía notar la inmensa serie de ventajas, que sobre él alcanzaba el primogénito, no parecía, sin embargo, guardarle por ello rencor; antes al contrario, aparentaba amar mucho a Marangoré y respetarle como a su futuro soberano. Más de una vez chocó a los Españoles la especie de obsequiosa oficiosidad y moderada reserva, que observaba en presencia del cacique, como si se trasluciese en ella algo de hipócrita falsía, siendo de notarse, que desde los jefes hasta los soldados, todos sentían hacia él igual alejamiento; mientras acontecía precisamente lo contrario con su hermano. Marangoré, que tenía mucho afecto a Siripo y escuchaba siempre sus consejos, consultó a éste, al salir de aquel lugar, sobre lo que creía más conveniente hacer, hallándose cercano el enemigo.

Los jefes españoles dejaron que los indios conferenciasen a parte, aprovechando ellos ese momento, para comunicarse sus pensamientos íntimos, y recordar a Lucía, que tan sola había quedado y debía ansiar tanto por su vuelta.

No se crea empero, que nuestros amigos tuviesen la idea de seguir ciegamente las indicaciones de sus aliados y como tal esperasen su decisión, para saber a qué atenerse; antes al contrario, ellos habían tratado de demostrarles la confianza y seguridad que les inspiraba su propia fuerza, lanzándose a tan riesgosa expedición sin el auxilio de los Gualaches. Pero no conociendo ni los lugares, ni la clase de enemigos que iban a combatir, don Nuño, con la prudencia y reserva, que son apreciables dotes en un jefe, juzgó conveniente, seguir las indicaciones de los indígenas, en todo aquello que oportuno hallase.

Concluida la conferencia, dijo Marangoré a los Españoles, que él y su hermano Siripo, marcharían adelante, con la mitad de su gente, hasta descubrir los rastros del enemigo, para que ellos en seguida y merced a la superioridad de las armas, pudiesen hacerle el mayor daño posible.

Los árboles que antes eran pequeños y en escaso número, habían aumentado considerablemente de tamaño. Hallábanse a la sazón en un tupido monte de algarrobos, cuyos nudosos troncos, se extendían por todos lados.

Al cabo de cuatro días y medio de marcha, recibieron aviso de Marangoré, para que permaneciesen ocultos lo mejor que les fuera dable, observando estricta vigilancia.

Dispuso al punto don Nuño, acampase la gente, ordenándoles guardar el mayor silencio. Era ya muy cerca de la noche, cuando el tiempo, que hasta entonces había sido despejado, empezó a oscurecerse, ocultándose esquivo el sol, mucho antes del momento en que debía bajar a su ocaso. Los Españoles, tendidos bajo los árboles, esperaban la señal del cacique. Pasose gran parte de la noche en la más completa tranquilidad, atentos a escuchar el más leve ruido. El silencio majestuoso y triste del desierto, turbado sólo por el grito lastimero y quejumbroso de la lechuza, imponía su gravedad, a los agitados corazones de los Españoles. Durante aquellas largas horas de espera, próximos a desafiar la muerte a manos de feroces enemigos, más de un hondo suspiro rompió el silencio de la triste noche. ¡Cuántos dulces recuerdos, rozando blandamente el corazón en rápido vuelo, trajeron a la memoria de los extranjeros, la imagen de la patria, de la madre y de los tiernos hijos! La luna amarillenta y empañada, oculto el mustio semblante tras densas nubes, semejava, sobre la oscura bóveda, la descolorida faz de un muerto descansando en fúnebre ataúd; todo era triste, angustioso; todo presagiaba duelo. De repente resonó a lo lejos el grito de un yajá. Los Españoles, movidos como por un resorte, se pusieron de pie; los indios continuaron tendidos: el silencio volvió a reinar exclusivamente.

Después de algunos momentos de espera, los Españoles, con el alma en los oídos, volvieron a tenderse sobre la yerba. Al cabo de una media hora, el yajá lanzó de nuevo dos gritos en vez de uno, todos a la vez se levantaron y prepararon las armas; hízose oír de nuevo el yajá y la tropa se puso en marcha, sin hacer el menor ruido. La luna veló completamente su escasa luz y quedaron envueltos en tinieblas. Los indios pasaron de los primeros, guiando a los extranjeros con el más extraño acierto, por entre un laberinto de árboles pequeños y troncos secos. A medida que avanzaban, el terreno formaba pendiente, y poco a poco sus ojos, que se hacían a las tinieblas, les permitían distinguir los objetos. El grito del yajá repetido por tres veces y muy cerca ya, les indicó que debían detenerse. Hallábanse a poca distancia de un gran arroyo, cerca del cual, distinguían unas masas negras, que parecían enormes piedras. De improviso el silbido de las flechas y el grito de guerra de los Timbúes, les advirtió que era llegado el momento. Dispararon sus armas los Españoles, sobre aquellos bultos que se arrastraban como reptiles hacia la orilla del agua, cayendo al punto los Timbúes con sus macanas, sobre los descuidados Charrúas, que aturdidos por la extraña detonación de las armas de fuego, se lanzaban al arroyo, desde donde disparaban sus flechas con notable ventaja; pero la oscuridad de la noche hacía muy inciertos sus tiros, mientras que los Españoles, no perdían uno solo de sus disparos, obligándoles, mal de su grado, a sumergirse, en tanto que los Timbúes, con sus terribles macanas, derribaban en tierra, de cada golpe, un enemigo.

Después de un cuarto de hora de aquella lucha a oscuras, advirtieron los Europeos, no había ya más enemigos que combatir; sus flechas habían cesado, y el arroyo arrebatava en su corriente, una gran cantidad de oscuras masas, que, flotaban sobre las aguas.

Entonces pensaron en darse cuenta de lo sucedido. Sebastián, que había permanecido todo el tiempo cerca de don Nuño, muy satisfecho al ver que éste no estaba herido, se ocupó de llamar por sus nombres a sus compañeros. Todos los Españoles, con excepción de tres, acudieron al llamado deseosos de saber si él o don Nuño, habían sido heridos.

Marangoré y Siripo les aseguraban, que los enemigos que acababan de combatir, no era posible fuesen aquellos Charrúas, que según noticias de Gachemané, habían quedado allí acampados; tratando el punto de examinar los cadáveres para cerciorarse de la verdad.

Los Españoles que faltaban, estaban muertos; así como una media docena de indios, que resultaron ser indias; causando este descubrimiento asombro y descontento a los guerreros. Halló Marangoré por suerte a una de ellas herida tan sólo en la pierna, de un arcabuzazo; y habiendo sido interrogada por él con amenazas, para que no mintiese, dijo, después de muchos lamentos y protestas, que ocho días antes los indios habían estado allí, pero que sabedores de la intención de los Timbúes, habíanse internado hacia el Oeste, quedando ellas con los restos del campamento. Aunque sin dar entera fe a sus respuestas, el cacique las transmitió a los Españoles e insistió nuevamente con la india, para que dijese la verdad, asegurando ella de todos modos, con exageradas expresiones, ser esa la pura verdad, y pidiendo la dejasen en libertad.

Movido a compasión Sebastián, por el acento suplicante de la india, rogó a Marangoré le concediese, lo que con tan humilde acento le pedía; pero el cacique le contestó era necesario no fiar en aquellas falsas lágrimas y que sólo la dejaría marcharse, cuando ya no pudiera hacerles daño.

Temeroso don Nuño que si se internaban hacia el Oeste, guiados por aquella mujer, que debía tener tanto interés en engañarles, corrían riesgo de caer en alguna emboscada, después de consultar con los dos caciques, dio orden de hacer alto en aquel lugar hasta la venida del día a pesar de estar muy fatigados unos y otros, nadie pensó en dormir, por temor de alguna sorpresa; custodiada la india por algunos indios, no cesaba de pedir la dejasen ir a cuidar de sus hijos, que eran muchos y pequeños, sin obtener otra respuesta, que injuriosos reproches de aquellos que la guardaban, habiéndola, no obstante, dejado suelta, por empeños de Sebastián, a pesar de las instancias de Siripo, para que le diesen muerte.

Llegó por fin el tan deseado día, y así que la luz bienhechora mostró claramente los objetos, se pusieron en marcha, dando una última mirada de despedida a los compañeros, que quedaban tendidos e insepultos en extraño suelo.

Siendo las indicaciones del adivino, las únicas que tenían los Timbúes sobre el paradero de los Charrúas, juzgaron conveniente, volverse por donde mismo habían venido, hasta la altura del campamento de los Gualaches. La india, vigilada de cerca, seguía la comitiva, a pesar de su herida, que la hacía arrastrarse con dificultad. Don Nuño, movido por un sentimiento caritativo, habíale vendado la pierna con dos pañuelos, a pesar de sus gritos y contorsiones.

¡Cómo pintar el asombro de unos y otros, cuando a eso del medio día, al entrar en el bosque de algarrobos, que anteriormente habían atravesado, oyeron un chasquido de honda! El asombro fue grande: creyeron que los enemigos estaban cercanos; pero con grande entereza y resolución, don Nuño, les dijo: «Compañeros, el peligro es ya inevitable, lo que importa es salir de él cuanto antes». Y avivando el paso, mandó que le siguiesen.

En efecto, no bien hubieron penetrado en el bosque, cuando una lluvia de flechas y piedras que partía de los árboles, cayó sobre sus cabezas. Los Españoles dispararon sus arcabuces, mientras que los Timbúes, aterrorizados por aquel súbito ataque, huían despavoridos, a pesar de los esfuerzos de sus dos jefes. Siripo y Marangoré, lanzaban agudos gritos, arrojando sus flechas con singular destreza e incitando a los suyos, con el brioso ejemplo de los Europeos.

Infinidad de indios, caían desplomados de los árboles, heridos por los certeros disparos de los arcabuceros, que se mantenían en completa disciplina, a pesar de la dispersión de sus aliados y de los muchos claros que el enemigo hacía en sus filas. Después de luchar media hora, con singular bravura de una y otra parte, cesó el combate, habiendo en él los Españoles, como diez o doce de los suyos y los Timbúes, más de treinta de sus aterrorizados compañeros. En cuanto al enemigo, el monte cubierto con sus desfigurados cadáveres, mostraba bien claro su derrota.

Después de despojarles de sus armas, resolvieron los vencedores, continuar la marcha; y Siripo, con sereno rostro y tranquilo ademán, hizo pedazos de un golpe de macana el cráneo de la india herida, que cayó en tierra sin arrojar un solo gemido.

En vano los Timbúes, con gritos de alegría animaban a los Españoles a celebrar tan valioso triunfo; los Europeos cabizbajos y silenciosos, seguían su marcha deplorando la triste suerte de sus perdidos compañeros.

Tomáronse precauciones, para no ser sorprendidos nuevamente, pero todo fue en vano; en aquella terrible retirada, los Charrúas escalonados de media en media legua, si bien perecieron en número de mil y más, vendieron muy caras sus vidas, a la fuerza de los Españoles y de los indios.

Marangoré, convencido de la traición de Gachemané, juraba por todos los espíritus infernales, darle horrenda muerte, para que con su traidora vida, vengara la suerte de tantos valientes; Don Nuño y Sebastián, acongojados a cual más, se dirigían hacia el fuerte, seguidos de la mitad de su gente, en el más triste estado de cuerpo y de espíritu.

Capítulo XIII

Ocho días después de la partida de Sebastián, una mañana que Lucía se dirigía al campamento, acompañada por Alejo, vieron venir de carrera a Anté, que desde una distancia les hacía señas para que se detuviesen. «¿Qué traes, hija mía, que así te agitas?» díjole Lucía. Anté respondió jadeando: «¡Deteneos, deteneos!» «¿Qué sucede, Anté?» preguntó Alejo alarmado. La joven india replicó, con misterioso acento: «En el fuerte os lo diré, amigos míos, aquí podrían oírnos, venid, venid». Pensando Lucía, en Sebastián, en extremo agitada, exclamó: «¿Qué es de mi marido, Anté? ¡Responde, responde!» Y sacudía el brazo de la india, que trataba de arrastrarles hacia el fuerte. «Nada, nada, madrina; nada sé de él; vos sola estáis en peligro». Y la joven, con lacrimoso acento, insistía para que la siguiesen. Condescendió Lucía y así que hubieron llegado, Anté, con voz conmovida y volviendo a Lucía sus enormes ojos, dijo: «El adivino dice que tú eres espíritu malo y que el demonio pide tu muerte». «¡Ay, Alejo! ¿Qué haremos? Pobre madrina, pobrecita, la matarán». «¡Eso aún está por ver, ¡raza de tigres!», exclamó el joven, apartando bruscamente a su amante, que abría desmesurados ojos, con creciente alarma. «Corro al campamento, allí esos malditos indios me explicarán qué significan sus amenazas». «Detente, Alejo», agregó Lucía, «no culpes a la pobre Anté; yo misma iré a pedir a Carripilun la explicación que deseas; no te alarmes, hija mía, pronto aclararemos el misterio, prepárate a acompañarme. Tú, Alejo, vendrás también conmigo; pero, sobre todo, prudencia y obediencia a mis mandatos». Sin advertir a Oviedo ni a los demás Españoles, la intrépida joven se dirigió al campo de los indios, seguida de los dos amantes.

Carripilun, sentado en el suelo, rodeado de todos los suyos, hombres y mujeres, hablaba en voz baja con el adivino. Cuando la Española se presentó en medio de ellos, oyóse un extraño murmullo por todos lados; Alejo lanzó terribles miradas a los indios; y Lucía, sin turbarse por aquella visible hostilidad, les dijo con dulce habla: «Buenos días, hermanos». Carripilun fue el único que respondió: «Buenos días, Española, ¿qué buscas?» Sin darse por agraviada por tan seca respuesta, la joven dirigió a Carripilun estas palabras: «Cacique principal de los Timbúes, tengo que hablarte; y cuida que has prometido tratarme como a tus propios hermanos ¡quién tiene voluntad y fuerza». «Habla, Española», respondió el cacique, «el indio mantendrá su promesa hasta que aquellos que quieren y pueden más, que indios y Españoles, pidan lo contrario. «Está bien, a ellos acudiré», repuso Lucía. Y volviéndose luego al adivino, agregó: «¡Oh tú, sabio Gachemané, cuyos brillantes ojos tienen el poder de leer lo que aún se oculta, tras la oscura niebla de lo futuro; tú, cuyas palabras alcanzan lo que no es dado a ningún mortal; tú, que puedes evocar al mismo espíritu del mal; yo, que aspiro a conocer los secretos más recónditos de tu ciencia, te pido me inicies en los misterios de tu poder!»

El indio Gachemané, seducido por tan pomposo elogio, replicó con aire importante: «¿Qué quieres de mí? ¿Qué exiges de mi poder, mujer venida de extrañas tierras?» «Pido», respondió Lucía, «me permitas ir, yo y los míos, al lugar sagrado, en donde evocarás mañana al rayar el alba, los espíritus malos: ellos pronunciarán nuestra sentencia, ellos decidirán si somos aún dignos de conocer los misterios de vuestras sagradas creencias». El adivino respondió, que, consentía en ello, siempre que Carripilun no lo desaprobase, convencido de que el espíritu del mal hablaría, así que le interrogase. En seguida, acercose Lucía a aquellas indias, con las cuales tenía más amistad, y les dijo deseaba mucho saber, si aquellos dioses malos, eran en realidad superiores al Dios de los Cristianos, hallándose dispuesta, en tal caso, ella y sus compañeros, a reverenciarlos desde ese momento.

Como Carripilun consintiese en su demanda, prometió ella no faltar el siguiente día, volviéndose luego al fuerte. Allí explicó a los Españoles, como era necesario tuviesen acierto y prudencia, para llevar a cabo el proyecto que se había propuesto, explicándoles cuanto era del caso hacer para desbaratar las intrigas del pérfido Gachemané, así que de ello dependía su salvación, hallándose como se hallaban a la merced de aquellos salvajes. En vano le aseguraban los Españoles con ardientes protestas, bastar ellos con sus armas y el esfuerzo de su brazo, a intimidar a los salvajes; por fin, con el grande ascendiente que sobre ellos ejercía la discreta joven, logró que se prestasen a secundar sus miras, dejando para otra ocasión el recurrir a la violencia.

Muy de mañana, acudió Lucía, al lugar de la cita, situado en las inmediaciones de un tupido bosque de espinillos y algarrobos, a unas cuadras del campamento de los Timbúes. Seguida de varios de los Españoles, se presentó cubierta con un gran manto negro a la veneciana, que la cubría de la cabeza a los pies. Cuando llegaron aún no se había dado principio a la solemne evocación. Pocos momentos después, vieron llegar al hechicero, precedido por Carripilun, Lirupé como esposa principal del cacique, la joven prometida de Siripo y algunos nobles de la tribu.

Saludó Carripilun a los Españoles, y en seguida, tomando por las dos manos al hechicero, lo condujo hasta las inmediaciones de una pequeña choza hecha de barro y paja que se hallaba a la entrada del bosque, diciéndole: «Alza tu voz inspirada y que el demonio nos explique sus deseos por medio de su propia presencia». El hechicero, sin responder, levantó los ojos al cielo, y permaneció en esa posición largo rato, Acostumbraban los tales hechiceros, antes de sus ceremonias, confortarse debidamente con abundantes libaciones, sin duda con idea de despejar por este medio las tinieblas del espíritu.

Luego que Gachemané hubo meditado lo suficiente, comenzó la terrible ceremonia. Los indios, de pie a poca distancia de la chozuela, en la cual debía aparecer el demonio, fijaban en ella inquietas miradas, temerosos y ansiando a la vez, ver aparecer al horrible monstruo, cuya forma revestía siempre el espíritu del mal. El hechicero, bien bebido y alegre con los espíritus ardientes de la chicha, saltando y brincando cerca de la chozuela, evocaba al diablo con gritos descomunales, Torcíase espantosamente, arrojando por intervalos hondos gemidos, que iban aumentando de fuerza, hasta degenerar en horribles alaridos, llamando con la mayor fuerza de sus pulmones al demonio, con todos los nombres imaginables. Los indios, con el rostro bañado en sudor, fatigados con las cabriolas del adivino, como si ellos mismos las hiciesen, parecían querer devorar con la vista la chozuela. Nada se oía aún, la estera que cubría la pequeña entrada, permanecía inmóvil.

Fatigado en extremo el adivino, recurrió a un último expediente para convencer al tardío demonio; y rompió en terribles insultos y maldiciones por tan descortés tardanza. Al punto, convencidos los demonios por tan elocuentes expresiones, hicieron oír un espantoso rugido, semejante al del tigre, que llenó de espanto el corazón de los circunstantes: sintiéndose en seguida gritos y aullidos de todas clases.

Gachemané, más sosegado, limpiaba con las manos el abundante sudor que corría de su rostro, y volviéndose a los indios, gritó como hubiera podido hacerlo un titiritero:

«¡Atención!» En efecto, la estera de la chozuela, agitada con gran fuerza, amenazaba derrumbar las frágiles paredes; apareciendo por último, en medio de la puerta, el mismo demonio, en figura semi-humana. El espanto no tuvo límites; las mujeres arrojaron gritos de desesperación y los hombres agacharon las cabezas, espantados por tan terrible espectáculo. El monstruo, con una especie de cabeza humana, cubierto el deforme cuerpo con una piel de tigre y de guanaco, descansando sobre cuatro enormes patas, que a la distancia parecían manos humanas, se agitaba para todos lados, como si estuviese muy agraviado. A lo menos, así explicó Gachemané su extraña inquietud, que hacía temer a los aterrados indios, saliese de la chozuela y se lanzase sobre ellos para devorarles.

Interrogado directamente el demonio sobre la importante cuestión que allí le había traído, respondió en español, un tanto chapurreado: «Que Lucía y los suyos merecían morir despedazados en número de veinte mil pedazos». Y después de tan explícita respuesta, se entró repentinamente en la chozuela: la estera cubrió de nuevo la abertura.

Reinaba un silencio de muerte entre los circunstantes, nadie se animaba a romperlo. Las mujeres se cubrían la cara con las manos, y estrechaban sus hijos contra el seno. Los hombres contemplaban en silencio la terrible choza, casi sin atreverse a respirar. Carripilun con el rostro triste y reflexivo, ora fijaba con espanto sus miradas en la choza, ora las volvía compasivas al grupo de Españoles, donde Lucía, con su velo echado atrás, ostentaba, en medio del general espanto, su rostro angelical. «Amigos míos», dijo la intrépida joven a los indios, «ya lo habéis oído, el terrible demonio pide nuestra muerte. ¿Quién podrá discutir sus mandatos?» Enseguida, acercándose a Carripilun, cuya agitación crecía a medida que la joven hablaba, agregó: «Concédeme, ilustre Carripilun, padre de los más afamados caciques de la Pampa, la gracia que te pido. El demonio quiere la muerte de mis hermanos, a la par que la mía, y yo, en nombre de esa ley de caridad que él condena, quiero pedirle perdone sus vidas y tome tan sólo la mía. Déjame penetrar en la chozuela, quizá mis ruegos logren ablandar al feroz monstruo».

Al oír tales palabras, los indios, que todos amaban a Lucía, a pesar de la maldición es del demonio, movidos a compasión, se llegaron a pedir al anciano no consistiese en tan espantosa prueba. Pero Lucía suplicó e insistió con tal instancia, que Carripilun, con paternal acento, contestó: «Que cumpla su destino, es una buena criatura y quién sabe...» Luego, sintiendo que se enternecía, ocultó el rostro entre las palmas. Lucía, con ágil paso y a pesar de las grandes instancias del mismo Gachemané, penetró en la tremenda chozuela, dejando caer tras de sí la estera.

A pesar del temor, que a los indios inspiraba la vecindad de aquel lugar de misterio, acercáronse involuntariamente, movidos por un generoso impulso hacia la desventurada joven, que suponían ya presa de las Parras del monstruo. De repente, un feroz rugido que resonó en el interior, heló la sangre en las venas, prorrumpiendo muchos de los circunstantes, en gritos desaforados, volviendo furiosos sus ojos a los inmóviles Españoles, que con la más estúpida sangre fría habían consentido en tan generoso sacrificio.

La joven Anté, con rostro tranquilo y sereno continente, contrastaba singularmente con la general agitación.

Cuando hubieron pasado algunos minutos, Gachemané, que parecía deseoso de entrar en la chozuela, tal era su agitación, dijo a Carripilun que todo estaba concluido, y que era oportuno retirarse; pero entonces los Españoles se acercaron al cacique, pidiéndole esperase la decisión del demonio; tomando especial cuidado de que el adivino no saliese del círculo, formado en derredor de la choza.

De repente, la estera se agitó de nuevo; y con singular asombro de todos, apareció en la puerta Lucía, tan bella y serena como de costumbre. Un grito de alegría acogió la aparición de la joven; ¡a sus pies, el demonio, en actitud suplicante, imploraba su protección! «Acercaos, amigos míos», les dijo ella con dulce acento, «nada temáis ya; he aquí el terrible demonio rendido a mis pies; acercaos y sobre todo, cuidado que el sabio Gachemané venga a presenciar el fruto de sus estupendas maravillas».

Carripilun fue el primero que, a pesar de su edad, llegó cerca de la joven, seguido luego por todos los indios, que empezaban a sentirse menos tímidos. Entretanto, Gachemané sujeto por ambos brazos por dos Españoles, se deshacía en injurias pugnando por escaparse. ¡Cuál sería el asombro del sabio y prudente Carripilun, al reconocer en el terrible demonio, a una de las muchas mujeres de Gachemané, la vieja Upay, que a toda prisa se despojaba de sus diabólicos atavíos, pidiendo a Lucía, no la abandonase a la venganza de los indios!

La joven, con expresiones cariñosas, le aseguraba no correr riesgo alguno y que debía fiar en su promesa.

Los indios, que se veían burlados de una manera tan grosera, querían echarse sobre la pobre vieja, que tanto terror les había impuesto antes, penetrando osados en la chozuela, por los mil agujeros que por todos lados tenía. Pero lo que puso colmo a su furor, fue la aparición de Oviedo y Alejo, trayendo del interior del monte nuevos demonios, todos pintarrajeados, cuyo aire mohíno y cabizbajo contrastaba grotescamente con las pieles de tigre y león que los cubrían. Sobre ellos se arrojaron furiosos, hombres y mujeres, no bastando a contenerlos las mansas exhortaciones de Lucía, ni las palabras de Carripilun. Aquellos infelices, cómplices de Gachemané, perecieron sofocados por los rabiosos indios, cuyo espíritu, con esa elasticidad propia del salvaje, había pasado del más completo abatimiento a la más ardiente exasperación. Las indias besaban las manos de Lucía, llamándola Dios, luna, sol, pero ella con angelical sonrisa, les decía: «Sólo es Dios aquel que está en los Cielos, que abate al orgulloso y eleva al humilde». Fue necesario todo el valimiento que con ellos tenía al presente Lucía, para conseguir el perdón de la vieja Upay, que, aterrada, no osaba desprenderse un momento de sus ropas. Pero no le fue posible conseguir otro tanto para Gachemané, que según allí mismo sentenció el sabio Carripilun, debía ser ahorcado aquel mismo día, frente a la chozuela, al caer la tarde, cuando el sol velase su faz divina, para no insultar con el suplicio de aquel infame, a la soberana majestad.

Lucía fue conducida en triunfo, seguida del vencido demonio, que desde entonces no salió jamás del fuerte, temerosa de que los indios satisficiesen en ella su venganza.

Anté, cuya alegría era desmedida, tomada de la mano de Alejo, no cesaba de alabar su conducta por haber, con su actividad y celo, salvado la vida a su querida madrina.

Carripilun y todos los nobles Timbúes, seguidos de sus familias, vinieron aquella misma noche al fuerte a dar cuenta a Lucía, de haberse cumplido ya la sentencia del infeliz hechicero y a renovarle sus protestas de amistad.

Enternecida Lucía, respondió, pidiéndoles creyesen siempre en la buena intención de sus palabras, que eran inspiradas por el caritativo impulso de hacerles conocer el verdadero Dios, y como expiación al error que habían cometido, hízoles prometer vendrían el día siguiente a visitar con ella la cruz del Santo.

Capítulo XIV

Cuando don Nuño y Sebastián, de vuelta de su desgraciada expedición, supieron el peligro que Lucía y sus compañeros habían corrido, y del cual se libraron, sólo gracias a la entereza y sagacidad de la joven esposa, entraron en alarma, temiendo las terribles consecuencias de tan odiosa trama. Al punto dirigieron sus quejas a Marangoré, intimándole con amenazas, cesaran una vez por todas, tan estúpidas como crueles sospechas. El joven cacique, que deploraba no haber podido hacer justicia por sus manos, con el pérfido adivino, que les había preparado tan traidora emboscada, siendo causante además, de una agitación, cuyas consecuencias hubieran sido terribles para los cristianos, que tan valioso auxilio acababan de prestarle en aquella importante expedición, disculpó lo mejor que pudo, la conducta de los suyos, alegando razones más o menos fuertes, y prometiendo solemnemente a los Españoles, no volverían jamás a repetirse tan penosas escenas. Renovose el pacto de alianza; y en aquellos mismos días tomó Marangoré posesión del cacicazgo, con toda solemnidad, reservándose tan sólo el anciano padre, el derecho de sacerdocio, que en los matrimonios ejercía el cacique principal.

Poco tiempo después que tuvieron lugar estos acontecimientos, volvió Gaboto de su viaje al Paraguay, en donde permaneció sólo tres meses. Ya hemos visto los resultados que obtuvo y cómo algunos meses después de su regreso, decidió ir en persona, a dar cuenta de ellos al emperador.

El día mismo de la partida de Gaboto y de sus naves, Alejo Díez, que como buen hijo había escrito unas pocas letras a su anciana madre, dándole noticias del lugar en que se hallaba y de la vida que allí llevaba, resolvió pedir consejo a Lucía para realizar su proyectado matrimonio con la joven indígena. La falta de un sacerdote cristiano, que santificara su enlace, con la sagrada bendición, era un embarazo que en sumo grado preocupaba al devoto Alejo, educado en las severas prácticas católicas. Viendo Lucía la aflicción del joven amante, que ansiaba por dar a la bella Anté el título de esposa, según los ritos cristianos, halló medio de combinarlo todo lo mejor posible, gracias a la juiciosidad de su espíritu; sin embargo, fue necesario obtener antes el permiso de las viejas o matronas de la tribu, que sólo lo concedían, cuando la joven había entrado ya en la pubertad y no sin hacerle sufrirla ceremonia de usanza.

Deseosa de no darles ningún motivo de queja, decidió Lucía llegar ella misma a pedirles su aprobación, prestándose a que se observasen sus severos ritos, que a la verdad, en nada se oponían, a la nueva dignidad de cristiana, a que Anté pertenecía.

El día que las viejas concedieron el permiso para el enlace de la enamorada Anté, presenció Lucía la ceremonia que hacían sufrirá la joven púber, luego que la consideraban en estado de casarse. Con una gruesa espina de raya, muy afilada, rapábanle completamente la cabeza, entre dos de las más ancianas; mientras que las demás, sentadas en círculo al derredor, murmuraban una especie de canto muy lastimero. Luego que la joven estuvo con la cabeza completamente desnuda, hicieronla poner de rodillas, y con voz solemne le dijo una de las viejas que la había rapado: «Mujer, no comerás carne de tatú, ni de cheuque, ni de micuren, hasta que tus cabellos no hayan crecido hasta cubrirte las orejas; ni levantarás tus ojos del suelo, para mirar a los hombres hasta el día en que te entreguemos a tu señor; y si no lo observas, los espíritus malos carguen contigo. ¡Levanta!» Y le dieron un fuerte golpe sobre la espalda, que hizo caer en tierra a la pobre Anté.

Desde entonces la enamorada india, tuvo que resistir a la terrible tentación, que de continuo la asediaba, absteniéndose como del más espantoso pecado, de fijar los ojos en el rostro de su amado.

En cuanto a Alejo, no podía disimular el mal efecto que le causaba, la singular reserva de la joven y el notable estrago, que sus atractivos habían sufrido con la pérdida del cabello: efectivamente, estaba horrible con su inmensa cabeza desnuda y más blanca que el aceitunado rostro, que parecía más lustroso y moreno, privado del auxilio de los negros cabellos que tan bien caían a sus grandes y pensativos ojos. Con cierta tristeza observa Lucía que Alejo hace más de una infidelidad a la pobre, pelada, como la llaman sus compañeras.

Marangoré venía todas las mañanas al fuerte, y después de acompañar a los Españoles en su almuerzo, iba con Sebastián y algunos otros jóvenes a cazar avestruces y gamas, siendo para el cacique un inmenso placer, disparar de vez en cuando, un hermoso arcabuz, presente de Sebastián. Como no era justo, sin embargo, gastar las pocas municiones que les quedaban, hasta la vuelta de Gaboto, disputando tiros al aire, el Español ofrecía, sólo de vez en cuando al cacique, uno que otro tiro, en sus frecuentes cacerías.

En los días de mal tiempo, pasábase Marangoré horas y horas, escuchando al viejo Nuño y a Sebastián recordar sus hechos de armas, inflamándose extraordinariamente el intrépido joven, con el vivo relato de las guerras europeas. Le explica Sebastián, la manera de disponer un ejército, sus evoluciones, sus marchas, háblale de la utilidad que en sus guerras reportan del uso de unos animales muy valientes y hermosos, llamados caballos, dibújaseles en tierra con la punta de su sable y le explica el modo de adiestrarlos y manejarlos, convirtiéndolos así en indispensables compañeros del soldado.

«Feliz yo», exclama Marangoré, «si pudiera montar uno de esos soberbios potros y lanzarme a nuestra Pampa, arrebatado en su rápida carrera; entonces fuera el indio, poderoso y más libre que el viento; entonces yo sería superior aún al mismo espíritu del

mal. Diera por uno de ellos, mi macana de alerce, mi arco nuevo y el hermoso collar de cuentas, regalo de boda de Antritipay».

«En cuanto a eso, ya lo comprendo», replicó don Nuño, «pues para ser verdaderamente soberano en vuestras desnudas pampas, os falta el caballo; con él, todo lo podríais vosotros, que estáis acostumbrados al aire libre y necesitáis cambiar de alojamiento como las golondrinas; no os aflijáis, quizás los tendréis muy pronto. A su vuelta, Gaboto nos traerá algunos de ellos; contad cuando menos con uno, mi querido cacique». El indio no respondió, pero sus ojos lanzaron chispas, tal fue el gozo que sintió.

Lucía, que asistía siempre a estas conferencias, dijo de improviso, «¿No deseáis, Marangoré, conocer nuestra España? ¡Cómo me gustaría poder pagaros allá en nuestra patria, la hospitalidad que nos habéis dado en la vuestra! Espero que el día en que nos demos a la vela, para las costas europeas, consentiréis en seguimos; allí veréis esos famosos caballos que tanto deseáis; admiraréis la belleza de nuestras ciudades; visitaréis los espléndidos templos, donde reverenciaremos la imagen de nuestro Dios. ¡Qué suerte, si pudiésemos conseguir, que vos y la hermosa Lirupé, abrazaseis nuestra santa fe! Seríais nuestros hermanos, viviríamos juntos; y yo, Sebastián y todos a porfía, nos disputaríamos la dicha de instruiros en los divinos misterios ¡Oh! ¡qué bien sentarán a vuestra esposa, nuestros atavíos, allá en Murcia, en nuestra pequeña casa! ¡Pobre fray Pablo! ¡Seríamos felices, muy felices!»

En tanto la joven hablaba, el salvaje la escuchó mudo, fija la profunda y melancólica mirada, en aquel rostro encantador, pendiente de sus labios y como si desease prolongar por más tiempo, el encanto de aquella voz dulcísima.

Interrumpió Sebastián su distracción, diciéndole: «Y bien, Marangoré, ¿qué respondes? ¿Aceptas nuestra hospitalidad?» El cacique, como despertando de un sueño, pareció sorprenderse, por las palabras de Sebastián; cerró repentinamente los ojos, abriolos como a su pesar y contestó suspirando:

«El día que vuestras naves se den a la vela, para las costas europeas, el hijo del desierto os contemplará silencioso desde la orilla; idos en buena hora: marchaos a vuestras bellas ciudades; el hijo de la Pampa, no podrá jamás respirar con libertad, en la estrechez de vuestras habitaciones. Yo me quedaré aquí con mis indios, que no me abandonarán jamás, porque son indios como Marangoré y no visten vuestros trajes, ni montan vuestros caballos; yo me quedaré aquí a guardar la cruz del santo». Y al pronunciar estas palabras, el indio salió de la habitación y no volvió en muchos días.

Lucía, que temía haberle ofendido, deseaba vivamente decirle algunas palabras amistosas; pero los días pasaban y sólo Siripo venía al fuerte. Siendo de notarse, que, a medida que iba en aumento el afecto que a Marangoré tenían, Siripo se hacía más odioso a los Españoles, pues siempre silencioso y reservado, apenas hablaba una que palabra, permaneciendo horas enteras en el fuerte, mudo como una estatua: parece no entender el español, responde apenas, nunca pregunta.

Una tarde en que Lucía iba a rezar a la tumba de fray Pablo, vio cerca de la cruz un indio recostado sobre su flecha: de lejos, parecele Marangoré; al punto te llama por su nombre, apresura su paso, y temiendo se marche, le grita: «¡Aguarda!» Al escuchar aquella voz, el indio levanta la cabeza, reconoce a Lucía y trata de huir; pero ya no es tiempo; la joven está a su lado y le pide que no se marche. Marangoré se detiene, inclina la cabeza sobre el pecho y espera las palabras de Lucía, que, agitada aún por la carrera, le dice con voz trémula: «¡Qué suerte que estés aquí, amigo; espera, escucha; ¿por qué no vienes ya al fuerte? ¿Qué te hemos hecho? ¿Acaso ya no eres nuestro amigo? Habla, Marangoré, contesta a tu amiga». Y la joven puso su delicada mano sobre el brazo del indio. Marangoré, al contacto de aquella mano, sintió que su sangre toda, convertida en fuego, abrasaba sus venas; extraño vértigo dobló sus rodillas, ahogósele la voz en la garganta, hondo gemido arrojó su pecho. Lucía, sin adivinar lo que pasa por el alma del salvaje, agrega con acento cariñoso: «¿Qué tienes, Marangoré; de qué te acusas?» Y trata de levantarlo; pero él, con voz apagada, responde: «Perdona, perdona, señora».

«Bien está», replicó Lucía, sonriendo, «te perdono, aunque venía dispuesta a pedirte a ti que me perdonases mis imprudentes palabras del otro día; díjelas, indio amigo, sin intención de ofenderte». Y la joven pronunció la palabra indio con marcado acento, deseosa de halagar la salvaje vanidad del cacique.

Levantándose entonces, Marangoré, de la humilde postura en que había permanecido hasta entonces y volviéndose a la cruz, dijo con acento solemne estas palabras:

«Cristiana, pídele al santo, calme las tempestades de la Pampa; el indio se va a su choza; tú puedes rogar en paz a tus dioses, mujer de rostro de luna y ojos de estrellas».

No comprende Lucía las palabras de Marangoré; de pie, en el mismo sitio, sigue involuntariamente con distraídos ojos la figura del indio, que se aleja por aquella vasta llanura, en donde ni una yerba crece más alta que otra: el sol poniente tiñe con sus reflejos encendidos el horizonte, celajes de oro y púrpura cambian el color de las nubes. A medida que el salvaje se aleja, siente Lucía en el fondo del corazón una voz que gime mansamente y le presagia lágrimas y duelo.

Ausente de pensamiento, inmóvil, permanece largo rato, sin darse cuenta de la opresión que siente su alma, olvida el sagrado deber que a aquel santo lugar la llevaba; de improviso, el volido de una tórtola, que viene a posarse sobre la cruz, sácala de su distracción; y levantando sus miradas al cielo, exclama: «Padre que estás en el Cielo, ten misericordia de nosotros». Y fue a arrodillarse en seguida delante de la cruz.

Mucho tiempo oró Lucía sobre aquella tumba amada, y cuando al cabo de dos horas volvió al fuerte, la regeneradora influencia de la oración, había disipado completamente las aprehensiones del corazón.

Carripilun se siente cada día más achacoso; apenas sí puede levantarse ya del montón de paja, que en el interior de su choza le sirve de lecho; sus hijos y sus mujeres lo rodean de continuo, temerosos de que la muerte le sorprenda solo.

Los Españoles le visitan todos los días; don Nuño va de mañana, durante la fuerza del sol, a distraer con su conversación al abatido anciano.

Marangoré, desde el día en que su padre no pudo levantarse del lecho, parece sumido en la más negra melancolía, nada le gusta ya; las animadas descripciones de aquellos combates europeos, que hasta al moribundo cacique agradan y distraen, y que antes inflamaban su ardimiento, apenas sí son escuchados. Sus ojos, fijos constantemente en tierra, son indicio cierto, de la preocupación que le devora. Las gracias y tesoros de la hermosa Lirupé, olvidados yacen, sin alcanzar siquiera una mirada del antes tan enamorado cacique. No ya a la caza ni ala pesca, floja la cuerda de su arco, allá está, en un rincón de su choza, cubierta de polvo en compañía de las agudas flechas y de la terrible macana. Él, antes tan cuidado del sencillo atavío, que tanto realce daba a su varonil belleza, no cuida ya de las vistosas plumas, que el viento arrebató y destroza, sueltos los largos cabellos en confuso descuido, apenas cubre la desnudez de su cuerpo, con la cintura, que, con mustio semblante, le ofrece todos los días la abandonada esposa.

Los indios todos, deploran al triste estado en que ven sumido a su amado cacique y lo atribuyen al pesar que le causa el estado de su padre. No falta, sin embargo, quien lea más claramente en el abatido semblante del hermoso Marangoré. La lucha que le consume se revela a las escudriñadoras miradas de su hermano. Siripo ha descubierto el secreto de aquella alma; que más de una vez, sorprendió sus ojos, devorando osados, los castos encantos de la Española; sin embargo, aún nada ha preguntado a Marangoré, ni siquiera parece notar el cambio, que cada día, se hace más visible en sus hábitos y en sus gustos. El astuto Siripo aguarda el momento favorable, silencioso y reservado, casi tanto como su hermano; semejante al buitre que se complace en observar las agitaciones de la presa que atisba, antes de echarse sobre ella, para devorarla, sigue con ojo avisado, los rápidos estragos que la pasión hace en el alma del enamorado joven.

Murió Carripilun, después de una penosa enfermedad; y desde ese momento, Marangoré reinó exclusivamente sobre los Timbúes.

Luego que el anciano expiró, se ocuparon de la importante ceremonia del entierro. Lucía, que era la única mujer europea, que había quedado en aquellos lugares, después de la partida de Gaboto, vino de nuevo a ofrecer sus servicios en tal tristes momentos, a pesar de que, durante la enfermedad del cacique, sus médicos no habían consentido jamás, en que le hiciesen ninguno de los remedios que ella indicara.

Después que vistieron al anciano sus más vistosas plumas y que le pintarrajearon el cuerpo y la cara, con los más grotescos garabatos, le llevaron en brazos varios indios, hasta el lugar en que estaba ya la fosa preparada. Esta consistía, en una excavación muy profunda y ancha, que podía contener cómodamente cuatro cadáveres; allí pusieronle medio sentado, colocando al alcance de sus manos, varios animales muertos, que debían servirle de

alimento, durante el corto tiempo, que su alma permaneciese en aquel cuerpo tan viejo; poniéndole también sus armas, para que se defendiese de los ataques, que por fuerza habían de hacerle los demonios. Pero, lo que más asombro y disgusto causó a los Españoles, fue el ver conducir a dos pobres indias muy viejas, que como inservibles ya, debían sacrificarse allí en provecho de Carripilun, a quien en la otra vida servirían de criadas, a lo menos. En vano quisieron ellos oponer alguna resistencia a tan bárbara como inútil carnicería. Las indias, muy ufanas del honor que alcanzaban, participando de la tumba del cacique, pedían a gritos la muerte y ofrecían su garganta a la terrible flecha de los sacrificadores, que se apresuraron a darles muerte. En seguida, las pusieron en la fosa, y cubrieron todo, prolijamente, con unas esteras muy finas, hechas de paja, que taparon al fin con tierra.

Todos los indios debían presenciar la ceremonia, y volverse en seguida a sus chozas, guardando absoluta sobriedad, durante dos días, siendo esta la única manifestación de dolor, que usaban hacer, cuando un indio moría, ya tan viejo y de muerte natural. Mucho pesar causó a los Españoles la muerte de Carripilun, que había sido el primer amigo que habían tenido desde su llegada a las Pampas, y con el cual habían conservado hasta entonces, tan buenas relaciones.

Capítulo XVI

Muchos días han pasado desde la muerte del antiguo cacique; los Españoles y los indios siguen viviendo en buena armonía, ocupándose unos y otros constantemente, en procurarse, por medio de la pesca y de la caza, lo necesario para la subsistencia.

Los indios hablan ya entre sí de cambiar de campamento, como acostumbran hacerlo, cuando comienzan en los alrededores a escasear aquellos animales, que son de su especial agrado; consistiendo este cambio, tan sólo en avanzar apenas una media legua, del lugar que antes ocupaban.

En vano don Nuño y Sebastián se disputaban a porfía los medios de halagar al descontento cacique; Marangoré huye de su sociedad; y sin dar respuesta satisfactoria, que explique su creciente abatimiento y descontento, se aparta de los suyos, días enteros, entregándose solo y sin buscar consuelo, a la cruel preocupación que le consume. Nuestros amigos, desalentados también con la partida de Gaboto y de muchos de los suyos, ven con disgusto el malestar creciente del indio, atribuyéndolo, en parte, al pesar causado por la muerte de su padre.

Síguele Sebastián en sus solitarias excursiones, insiste para que se adiestre en el manejo de aquellas armas que tanto le gustaban antes; pero el joven advierte que sus instancias son disgustosas y que el indio trata de huírle con marcada insistencia. Teme don Nuño comunicar sus aprehensiones a su amigo, no porque el viejo soldado, hubiera descubierto la pasión que ardía en el pecho del salvaje; pero no escapan a su ojo avisado, los desdenes del cacique, causándole extraños temores. ¡Cuánto deplora la especial circunstancia de hallarse

allí Lucía! ¡Cómo le pesa no haber condescendido a las instancias de Gaboto! Con cautelosa vigilancia, aunque sin confiar a nadie su inquietud, por temor de alarmar inoportunamente a sus jóvenes compañeros, observa los manejos de los indios, mézclase con ellos diariamente, e introdúcese en sus juegos, amoldando su reserva habitual a guisa de su variable espíritu.

Preocúpase especialmente de captarse la amistad del astuto Siripo, que fiel al papel que se ha impuesto, insiste en su ignorancia del castellano, negándose con una tenacidad verdaderamente india, a contestar a ninguna de las diversas preguntas que el Español le hace. Muy luego se convence, sin embargo, don Nuño, de la falsía del indio; y se propone observarle especialmente, afectando al propio tiempo la más entera confianza y buena fe. ¿Por qué el prudente anciano no sospechó siquiera, ni por un momento, cuál era la causa del extrañamiento del cacique? ¿Por qué, al contemplar las gracias de su hija adoptiva, un rayo de luz no alumbró su espíritu? ¡Cuántos males no hubieran podido evitarse entonces, cuántas lágrimas, cuánta sangre! Pero el corazón helado del Español, no descubría la llama ardiente que consumía el fogoso corazón del indio, y su fría razón, era lo único que oponía, al torrente de desencadenadas pasiones, que habían de arrebatarse en su furia.

Llegó por fin, el momento esperado con tanto disimulo y frialdad por el odioso Siripo. Era ya oportuno usar las armas aguzadas durante tanto tiempo, para enconar con diabólico arte, la herida hecha por los seductores encantos de Lucía. Buscó a Marangoré, donde estaba seguro de hallarle; y afectando un interés, que su hermano, tan favorecido por todos los dotes que él no poseía, no le había inspirado jamás, le dijo:

«¿Qué tienes, hermano mío? ¿Qué puede así abatir el animoso corazón del más hermoso y esforzado cacique de las Pampas? ¿Acaso la bella Lirupé te dio motivo de queja? ¿Y si tal fue, quién podrá oponerse a la pena que su falta merece? ¿Acaso tu voluntad no es aquí ley para todos? Habla, cacique, confía al hermano, las penas de tu corazón de águila. ¿Qué deseas? ¿Qué mandas?» Y arrodillado, esperó una respuesta a sus insidiosas palabras. Marangoré, tendido sobre la yerba, en lánguida y abandonada actitud, semeja un león herido en el desierto por la flecha de hábil cazador; apenas mueve su hermosa cabeza de la posición en que se halla, descansando sobre uno de sus brazos; responde sólo con un profundo suspiro. Levantándose entonces Siripo, acércasele más, y sentándose a su lado, continúa con voz suave: «Bien lo veo, hermano mío, tus preocupaciones tienen un objeto más atrevido y ventajoso para tus amados Timbúes; piensas en ellos, en los Españoles; ya comprendo». Marangoré, conservando siempre la movilidad, volvió, al escuchar estas palabras, su penetrante mirada hacia los chispeantes ojos de su hermano, y fijándola por algunos instantes, pareció incitarle a concluir su pensamiento; pero el hábil diplomático, de la Pampa, mantuvo aquella mirada, sin desconcertarse, guardó silencio y esperó el efecto de lo que acababa de decir. Marangoré tornó a mirar al cielo con distracción. El tentador esperó.

Largo rato permanecieron ambos en silencio, pareciéndole por momentos a Siripo, que a hurtadillas miraba a su hermano, que el cacique dormía, acariciado por el sol que bañaba su rostro; pero un nuevo suspiro que exhaló el amante, le indicó claramente el camino que debía seguir.

«Sabe», dijo de repente Siripo, «que no es más bella la esbelta garza que refresca y lava sus plumas en las claras aguas del arroyo, que la hermosa Lucía, cuando sueltos los largos cabellos, baña su desnudo cuerpo en la pura corriente del río, que amoroso refleja su imagen». Marangoré, como si hubiera sido picado por venenoso reptil, se incorporó de improviso, y estrujando convulso el brazo de su hermano, le dijo, apretando los dientes: «¿La viste tú? ¡traidor!». Siripo, bajó la cabeza, y contestó con humilde acento: «Antes me diera yo mismo la muerte; antes clavara mi flecha en la garganta; guárdenme los espíritus del mal de fijar mis indignos ojos en la mujer amada por mi señor; súpelo por Anté, su protegida, su ahijada». Marangoré soltó el brazo de su hermano y se dejó caer de nuevo, con indolencia. «¡Digna es de que la ames!», continuó Siripo, «tú el primero entre los primeros; pero la blanca Española, de rostro de liutos y voz de zorzal, tiene otro dueño y sus encantos...».

«¡Qué quieres de mí, demonio!» exclamó el cacique con voz ronca, cubriéndose el rostro con ambas manos, «calla; no me atormentes».

«¿Acaso», agregó Siripo, «el ilustre descendiente de tantos héroes, se contentará tan sólo con gemir y lamentarse, como la inofensiva torcaza del monte? ¿Qué se hicieron tus bríos, luz de la Pampa? ¿Qué se hizo el antiguo esfuerzo? ¿Dónde están tus armas? Aguza la aguda flecha; llama a los tuyos, y todos acudirán a tu voz, rápidos como la muerte que da mi saeta. Levanta, descendiente de Agachac, despierta hijo del Sol; corre a disputar la hermosa Lucía, de ojos de tórtola, a ese puñado de hambrientos Españoles. Aquí estamos nosotros, tus hermanos, tus fieles Timbúes».

«¿Olvidas», replicó el amante en voz baja y con mirar que contrastaba con sus palabras, «que nuestro padre, que yo mismo, juré protegerles, defenderles como a nuestros hermanos? ¡Oh! ¡no, jamás! No puedo ser traidor, aparta; déjame». Y el valiente cacique huyó del lado del tentador. Pero éste, viéndole alejarse, exclamó con sonrisa irónica. «No importa, ilustre, hermoso Marangoré, el preferido de todos, mi cacique, mi señor, tú mismo la pondrás en mis manos, esperaré».

Entretanto, la hermosa Lirupé, gime y se afana viéndose desdeñada por aquel que tanto amo. En tan triste situación, corre a consultar las matronas de la tribu. Ellas, reunidas en grave conciliábulo le dicen ser necesario aguarde hasta el día siguiente, en que decidirán qué es lo más prudente hacer en tan crítico momento.

También Anté es infeliz, ella también se apercibe del alejamiento de Alejo y no puede menos que deplorar su triste suerte. ¿Qué ha podido así, cambiarlo de tierno y amante, en esquivo y desapegado? La doncella teme confiar su pena a Lucía, y, sin embargo, no sabe cómo remediar su mal. ¿Qué hará? Apenas si sus cabellos comienzan a crecer, en vano impaciente asoma su rostro pálido y abatido por el ayuno, al claro río, que le sirve de espejo y que, desapiadado refleja su despoblado cráneo. ¡Aún falta tanto que esperar! ¡Qué remedio sino llorar y llorar! El cruel, ni siquiera nota el abatimiento que la devora, y con traidora buena fe cíñese a los severos ritos, que son única causa de su martirio. La pobre Anté fija más de una vez sus grandes ojos en la rápida corriente, con ideas de muerte; pero tiene miedo; y espantada de sí misma, corre a refugiarse a los pies de Lucía.

«¡Pobre hija mía!» dícele con ademán cariñoso su madrina, acariciando aquel pálido rostro; «no te apesadumbres tanto ya empiezan a crecer esos tardíos cabellos, no quiero ser yo tan severa como vuestras matronas; Alejo, abraza a tu novia, que pronto dejará de serlo, mira cuan pálida está, sus ojos tienen lágrimas; ¡mucho te quiere!»

Alejo, que, a pesar de todo, amaba a la joven india, sintió en ese momento algo parecido a un remordimiento, y abrazándola con pasión, se permitió estampar en sus mejillas dos besos. Anté, con el corazón que quería saltársele del pecho, recibió las caricias de su amante con el rostro encendido como la flor de los ceibos, creyendo no faltar a lo prometido, pues apenas sí había mirado sin saber cómo al bizarro Español.

Capítulo XVII

Un día solo no faltó Siripo al lugar apartado y solitario, en que antes habló al infeliz Marangoré; allí, con el más refinado arte, torturó el herido corazón de su hermano, ora pintándole con vivas imágenes los encantos de Lucía, ora mostrándosela en brazos de Sebastián, enamorado y dichoso, incitando sin piedad sus agudos celos de salvaje.

Con diabólica maestría, aparta uno a uno los escollos, que impone al caballeresco cacique su palabra dada; el tentador todo lo convierte en armas para su demanda; él todo lo combina y facilita a guisa de su deseo; insiste, suplica, manda; no hay medio que no toque. Marangoré, abatido, rendido por la violencia de sus pasiones, subyugado por las instancias, resiste, lucha, y cede al fin, ahogando los generosos impulsos del corazón. No le abandona ya Siripo, ni de noche ni de día, semejante a un mal pensamiento, que se impone, que atosiga, que mata; el desapiadado hermano, no da un momento de descanso a su víctima, que, confiada, vencida, se entrega a él y le da nueva palabra de no oponerse a sus designios. Con obsequiosa maña, toma el tentador a su cargo el desenlace de sus acertadas maquinaciones y espera la ocasión favorable.

Las matronas de la tribu, decidieron, que el único medio de atraer nuevamente a Marangoré al amor que antes había profesado a su esposa, era que ésta se sometiese a la más rigurosa abstinencia y que obtuviese de los principales nobles de la tribu, aconsejasen al cacique, cambiasen de campo cuanto antes, pues aquella no era sino una de las muchas calamidades que habían de sufrir, si se obstinaban en seguir despoblando aquel lugar, de los pocos animales que aún quedaban.

Ansiosa Lirupé, de ver a su amado Marangoré recobrar los antiguos bríos y volver a los dichosos tiempos de sus primeros amores, fuese aquel mismo día a la choza de Siripo, para interesarlo en su demanda. Con lágrimas de amargura, pintó a su cuñado la triste vida que llevaba hacía tres meses, pidiéndole en nombre de lo que más amaba, no la dejase morir desesperada.

Prometió Siripo secundar sus miras, y ofreciose a hablar aquel mismo día a Marangoré, logrando de esta manera calmar un tanto el crudo dolor de la bella Lirupé, que, agradecida, le ofreció pediría a su padre la más bella de sus hermanas, para dársela a él por esposa.

Al punto llegó el traidor a las chozas de aquellos indios más valientes y atrevidos, y les dijo era necesario, que aquella misma noche, después de la salida de la luna, se hallasen reunidos todos en un sitio poco distante del campamento, llamado de los Liutos; y que se preparasen a escuchar, cosas de suma importancia.

Marangoré, cuyo abatimiento va en aumento desde el fatal instante en que consintió en escuchar los falsos consejos de su hermano, se pasa días enteros lejos de sus chozas, sin probar alimento, contentándose sólo, con ver a Lucía desde lejos, cuando va a rezar sobre la tumba del santo. Oculto tras los árboles, la devora en silencio con ardientes miradas, revolviendo en su pecho los planes de Siripo y dando nuevo alimento a la pasión, que se anida en su alma.

Con creciente avidez, descubre uno a uno, los tesoros que encierra en casto conjunto el cuerpo de la bella Española; parecele por momentos, que la joven le mira cariñosa, que leo en sus ojos el tormento cruel que ella sola le causa, y, fuera de sí, embriagado con la ilusión del propio deseo, se siente desfallecer. ¡Infeliz, más infeliz mil veces, que el hombre educado, cuyo corazón desde los primeros días de la vida, templado de continuo en la tibia atmósfera de las conveniencias sociales, aprende a desamar y a desear sin cesar, reprimiendo con dureza sus más ardientes aspiraciones, y vive y muere con replegadas alas, que ni un instante siquiera, se despliegan libremente para dar libre vuelo a los más caros afectos! El hijo del desierto, nacido al aire libre de las Pampas, cuyos ojos abiertos a la calurosa luz del sol, abrazan desde el primer día la inmensidad de la Pampa, y la esplendente bóveda del cielo, imágenes de libertad y amor; él, sin más ley que su deseo, sin más guía que el altivo pensamiento, siente, delante de Lucía, subyugada su rebelde naturaleza. Le vencen tanta gracia y mansedumbre; apenas sí se atreve a mirarla, parecele que tiene miedo; brotan lágrimas de sus ojos, que no lloraron jamás desde la infancia, desalentado, abatido, se esconde cauteloso entre las ramas; caería sin vida si el vestido de la joven rozase a la pasada el árbol dije le oculta a sus miradas.

Capítulo XVIII

Cuando Marangoré y Siripo acudieron al lugar en que estaban reunidos los nobles de la tribu, éste dijo a su hermano: «Yo me encargo de hablarles; y te pido tan sólo, no desapruebes ninguna de mis medidas».

El distraído cacique prometió cuanto le exigía, y en seguida se juntaron a los demás indios.

Dos días después que tuvo lugar esta reunión, hallándose don Nuño y Sebastián sentados cerca del río, entregados al recuerdo de los amigos, que debían a la sazón hallarse muy cerca de la patria; discurriendo ambos sobre el tiempo que Gaboto necesitaba para arreglar los complicados asuntos que a España le llevaban, y sobre las probabilidades que de realizarlos tenía, vieron venir hacia ellos varios indios, precedidos de una especie de

caciquillo llamado Gachay, que era muy estimado por los Españoles y por los indígenas. Gachay venía a invitarles para que le acompañasen a una expedición de pocos días, que, con el objeto de traer alguna, buena caza, hacían en dirección al Sud Oeste, en la cual, esperaban tomase parte también el cacique; agregando, contaban como seguro, no le dejarían ellos ir solo con los suyos, temiendo, como temían, encontrar alguna tribu desconocida que les fuese hostil.

Sebastián, que odiaba aquella vida tan monótona y poco variada, y muy especialmente, cuando se le anunciaba un peligro probable, aceptó al punto en su nombre y en el de los Españoles más principales, incitando al viejo Nuño a que sacudiese la pereza. Pero éste, por esa u otra causa, se negó a tomar parte en la expedición, prefiriendo quedarse en compañía de Lucía, con Oviedo y algunos soldados.

Muy de mañana, salieron los cazadores; y Sebastián, no queriendo turbar el sueño de su esposa, a quien había prevenido la víspera, encomendó a Anté, le dijese, que a su vuelta le traería dos chuñas y un yajá.

A pesar de que don Nuño, veía al alférez Oviedo, muy deseoso de seguir a sus compañeros, le ordenó se quedase de segundo jefe, para guardar el fuerte.

Luego que Lucía, saliendo de su habitación, vino a saludar a su viejo padre, éste, sin saber por qué y acusándose casi de exceso de poltronería, causa sin duda de sus sesenta, que estaban ya cercanos, deploró que Sebastián hubiese llevado consigo aquellos soldados que eran de su mayor confianza; sin embargo, la idea del próximo regreso, calmó sus aprehensiones. Algunos días han pasado ya desde que los Españoles se ausentaron; todo ha seguido en el mismo estado: Lucía va como de costumbre al campo de los indios, y de vuelta, hace una visita a la tumba de su amado padrino; Anté la acompaña siempre, pues desde la partida de Sebastián, pasa la noche en el fuerte.

Alejo marchó también; y, sin embargo, la joven amante, resiste con rostro alegre y animado aquella ausencia; sus cabellos han crecido mucho ya, y a su vuelta, Lucía le ha prometido que será su esposo. Lirupé, más pálida, y abatida que antes, espera con impaciente agitación, el resultado de su riguroso ayuno; su esposo, más esquivo que nunca, pasa muchos días ausente de su lado, sin que nadie parezca inquietarse por tan extraña conducta.

Una mañana que Lucía se ocupaba de arreglar sus hermosos cabellos, delante del pequeño espejo que tenía frente al lecho, cubiertas las desnudas espaldas con una sencilla camisola de blanco lino, en tanto fijaba distraídos sus ojos, en la propia imagen; le pareció sentir un ligero ruido cerca de sí; y suponiendo desde luego, fuese su fiel Anté, le dijo, sin volverse: «Hija mía, alcánzame esa manta que está allí»; pero como no recibiese respuesta alguna, se volvió y vio que estaba sola. La joven continuó peinándose, y mientras que con una de sus bellas manos, sujetaba la inmensa cantidad de cabellos que tanto la embellecían, paseaba indiferente miradas de un lado a otro de la pared en que estaba colgado el espejo. De repente, por una de las muchas grietas que se habían formado en el barro de la pared, creyó ver dos ojos relucientes, que con extraña fijeza la miraban; su primer movimiento instintivo, fue cubrirse con ambas manos el desnudo seno y volver el rostro a otro lado;

pero luego, un impulso involuntario de curiosidad, lo hizo mirar de nuevo. Los ojos habían desaparecido ya, la luz tan sólo, filtraba por entre las juntas. «Era Anté», dijo Lucía en voz alta. «¡Jesús me valga! ¡Qué susto me ha dado!»

Sin embargo, cuando más tarde interrogó a la india, ésta le aspiró no saber de qué le hablaba, y que jamás se hubiera atrevido a espiarla, habiéndoselo ella recomendado tantas veces. Lucía, aunque sin dar entera fe a las palabras de su ahijada, no se alarmó con tan extraña circunstancia, contentándose tan sólo con tapar aquellas grietas con algunas de sus ropas.

Los días corren. Sebastián no puede ya tardar, y don Nuño se felicita interiormente de lo infundado de sus temores. Los Timbúes continúan tan pacíficos como antes, dando a los Españoles continuas pruebas de amistad; especialmente Siripo, que viene con frecuencia al fuerte y habla del triste estado de su hermano, a quien cree poseído de algún mal espíritu.

Capítulo XIX

Una noche, poco después de las doce, don Nuño, que en ausencia de Sebastián, dormía en una de las habitaciones de Lucía, se hallaba profundamente dormido soñando que un escuadrón de moros que sobre él caía, destrozaba su tropa y le forzaba a huir. Agitado por tan terrible sueño, despertó el viejo soldado bañado en sudor, y aún despierto, costábale convencerse de su engaño. La luz de la luna, en toda su plenitud, entraba por la puerta, que por efecto del excesivo calor, había dejado abierta; el aire, que a esas horas refresca la atmósfera, volvió la calma al anciano; pero como en la avanzada edad, cuesta tanto conciliar el perdido sueño, don Nuño, sin poder dormir, se agitaba en su lecho. De improviso, le pareció oír rumor lejano de pasos que se acercaban, y creyéndose aún impresionado por su desagradable sueño, se incorporó para escuchar mejor; pero no era ilusión, sus oídos de soldado no le han engañado; gente se acerca, y a pesar de que marchan con sigilo, en el silencio de la noche se oye el ruido de las hojas secas, que quiebran con sus pisadas.

Sin atender a más, monta el arcabuz que a su lado tiene y aguarda unos pocos segundos. El ruido ha cesado, pero el reflejo de la luna desviado por un cuerpo que se arrastra suavemente por el suelo, le muestra que su sospecha no fue vana. El prudente anciano, no sabe qué creer; le parece un indio, aquel que, inmóvil quedó tendido cerca de la puerta; ¿pero qué busca aquel indio? ¿Vendrá solo? No, que oyó pasos de muchos; ¿qué hará? Está tan cerca de Lucía; ¿si los habrán sentido los suyos? En la duda, observa con ojo vigilante, aquella masa negra que parece inerte, y se prepara a disparar su arma, al primer movimiento que haga.

Lucía, que también ha creído oír ruido de pasos, llama con dulce voz a Anté, que duerme al pie de su cama y le pregunta si oyó algún rumor. Apenas la india responde, que creyó reconocer pisadas humanas, un tiro que partió de la habitación inmediata, llenó de espanto a las dos mujeres. Saltó Lucía de la cama, y medio desnuda, corrió a echarse a los

pies de una imagen, imitando Anté su piadoso movimiento. Una confusión de gritos y de tiros se sucedían sin tregua. Don Nuño, después de disparar su arcabuz y sus pistolas, matando de cada tiro un indio, cayó al fin abrumado por los golpes de macana, que le asestaban furiosos cuatro salvajes. El fuerte, rodeado, cercado por todos lados, de enemigos que habían sorprendido dormidos a los confiados Españoles, presentaba el más horroroso cuadro de matanza y desolación. En el mismo cuarto en que el valiente anciano yacía tendido en tierra, con el desnudo cuerpo ensangrentado y desfigurado, por los golpes de macana a que había sucumbido, un odioso espectáculo, aumentaba el horror de aquella escena. Marangoré y Siripo luchaban cuerpo a cuerpo, disputándose la entrada de la habitación de Lucía, semejantes a dos rabiosas fieras, que encarnizadas se embisten y se despedazan. El traidor, se veía traicionado a su vez.

Un grupo de indios los contempla en silencio; por todos lados se oyen alaridos y quejidos; los tiros han casado, los Españoles no oponen ya resistencia. Oviedo, cubierto de heridas, sucumbe alentando a los pocos soldados que le quedan. Silencio de muerte sucede a las amenazas, a los gritos feroces y a la detonación de las armas de fuego.

Siripo, sin dar tregua a los recios golpes de macana, que con salvaje ferocidad descarga sobre su brioso hermano, que debilitado por el voluntario ayuno, no resiste con la fuerza acostumbrada, incita a los suyos para que den muerte al cacique, llamándole endemoniado, poseído de los malos espíritus.

Por fin, uno de los indios, seducido por las palabras del pérfido Siripo, derriba de un macanazo al hermoso cacique, que cayó en tierra sin vida, víctima de su pasión tan desgraciada. Sin atender a más, lánzase el vencedor desatinado al cuarto de Lucía, tómala, a pesar de sus gritos, entre los ensangrentados brazos, y saltando sobre cadáveres de indios y Españoles, corre en dirección a sus chozas, dando feroces alaridos. La desventurada joven, suelto el cabello, y apenas vestida, con su hermosa cabeza colgando por sobre el hombro del indio, vio en aquella rápida carrera, el cadáver de su anciano padre y del infeliz Marangoré, revueltos en espantosa confusión, con los de los indios, que cayeron heridos por los certeros tiros del anciano. El horror aceleró los latidos de su corazón, perdió el sentido, y fría y casi sin vida, quedó exánime en brazos del

Capítulo XX

Cuando Lucía vuelve de su desmayo, el día está ya muy adelantado; un sol ardiente inunda los campos con su luz rojiza. El primer momento, creese presa de una terrible pesadilla, agolpándose a su memoria las horribles imágenes que había visto en aquella fantástica carrera. Pasa las manos por su abrasada frente, vuelve los ojos en derredor, hállase en una choza estrecha y miserable, y al fijar la extraviada mirada en su desnudo cuerpo, cubierto apenas por ligeras y estrujadas ropas, la horrible realidad, se le presenta en toda su más palpable verdad. Amargas lágrimas brotan de sus ojos, hondos suspiros arroja su pecho, siente un terror extraño, indefinible; hállase sola, abandonada; y el nombre de

Sebastián se escapa mil veces de sus labios, confundido con repetidos sollozos. ¿Qué ha pasado?

¡Ay! Aquel cadáver desfigurado, pisoteado; aquella confusión, aquellos tiros disparados en el silencio de la noche, el lugar en que se encuentra; ¡oh! no hay duda, han dado muerte a su padre, y está ella misma en poder de sus verdugos. Apenas estas crueles reflexiones han sumido su espíritu en nuevas tinieblas, cuando el deforme cuerpo de un indio cubre la estrecha puerta. La infeliz mujer lanza un ahogado gemido; y sin saber qué es lo que teme, ni qué es lo que más le asusta, en tan crítico momento; viéndose expuesta a las miradas del indio, que teme más que sus flechas, oculta el rostro entre las manos.

«Nada temas, luz de la Pampa, astro del día», le dice el indio, que no es otro sino Siripo, «yo soy ya, el único cacique que manda en estos lugares; Marangoré ha muerto; me perteneces a mí solo; ¡y yo no permitiré que nadie te ofenda!»

«Eres más bella que el mismo cielo», agregó tratando de descubrirle el rostro. Más ella, al sentir el contacto de aquellas manos, como si hubiesen sido un hierro candente, echose atrás con brusco movimiento; y descubriendo el rostro inflamado por una indignación que la hacía más bella, dijo con acento que hizo retroceder al cacique:

«¡Aparta, indio, aparta! ¿Cómo te atreves a poner tus infames manos en mi rostro? Aparta, o teme que mi ofendido esposo, a su vuelta, venga como cumple tan torpe acción».

«Calma, bella Española, la cólera que te enardece; calma esa irritación que enciende tus mejillas como rojas achiras, y da más brillo a tus ojos, que el rutilar de las estrellas. No quiero sino asegurarte, que en el lugar en que Siripo mande, serás reverenciada y obedecida por todos. Desde este momento, eres mi mujer; serás dueña de cuanto poseo; indios e indias reconocerán en ti desde hoy a su soberana». «¿Qué dices, infiel?», exclamó Lucía con trémulo acento; «¿qué espantoso delirio se apodera de ti? ¡Huye de mi presencia, monstruo ¿Cómo te atreves? ¡Ay! ¡Sebastián! ¡Sebastián!» gritó la desgraciada Española con acento desgarrador, y echó a llorar de nuevo. «Calma ese llanto, torcaza mía», agregó Siripo con voz cariñosa; «no te agites, no estrujes con cruel dureza esas mejillas más frescas que el fruto del quelghuen; él mismo consentirá en que seas mía, él mismo hablará en mi favor, ya lo verás, pronto has de verle». «¿Qué dices, indio, qué dices?», preguntó Lucía con avidez. «¡Ah! vuélveme a mi esposo, vuélvemelo, y te perdono y te bendigo. ¡Ah! Siripo, ten lástima de mí, que ningún mal te hice!» Y Lucía tendía sus manos suplicantes al cacique. «¡Oh! ¡qué hermosa estás así! Atiende, pronto vuelvo», replicó el indio. «Entretanto, enjuga esas lágrimas que empañan el brillo de tus ojos. Pronto, tórtola mía, vendré a hacerte compañía»; y al decir estas expresiones, Siripo dejó la choza. «¡Dios mío, Dios mío!» exclamó Lucía, levantando sus ojos al cielo, «¿qué es lo que me aguarda? Aparta, Jesús mío, este amargo cáliz de mis labios, vuélveme a mi esposo!» Y la infeliz, deshecha en llanto, cayó en el más completo abatimiento.

Todo aquel día lo pasara Lucía entregada a su dolor, sin fijar siquiera la vista en los alimentos, que unas dos indias, con obsequiosa solicitud, habían colocado a su lado. Nada ha respondido, ella tan afectuosa, a las amables expresiones con que aquellas incultas

criaturas trataban de mitigar su dolor, siendo para su corazón mayor tormento, escuchar palabras, que le revelan claramente la horrible suerte que le aguarda.

A la entrada de la noche, un extraño rumor aumentó su alarma; oyó gritos y alaridos; agitada por una terrible aprehensión, se asomó a la puerta de la choza. El espectáculo que vio, echó la sangre de sus venas.

Todos los indios, armados de teas encendidas, estaban formados en círculo. En medio de ellos, una media docena de indias viejas, que parecían brujas, se ocupaban a la luz vacilante de las teas de arrancar los dientes al cadáver de Marangoré, operación que tenía por objeto, hacer de aquellos dientes un collar, que los indios estimaban sobre cualquier otro adorno, por haber pertenecido a un valiente que había muerto en la refriega; siendo éste, privilegio de aquellas horribles parcas, que después lo cambiaban por objetos de más utilidad para ellas. Siripo presidía esta reunión, y la infeliz Lirupé, abrazada del frío cadáver de su esposo, se lamentaba sin cesar, con los más angustiosos gemidos. No pudiendo resistir aquella horrible ceremonia, volviose Lucía al interior de la choza temiendo que su razón la abandonara.

Aquella misma noche, enterraron al difunto cacique, sin preocuparse mucho de la manera como había sido muerto, pues todos estaban muy complacidos con tener al popular Siripo a su cabeza, riendo así que, en los últimos tiempos, Marangoré se había procurado muchos resentimientos, no faltando quien hiciese correr sobre él perjudiciales voces. Sólo la apasionada Lirupé, siguió, con rostro desfigurado por el sufrimiento, el cortejo fúnebre del ingrato cacique; notando todos, cómo en pocas horas, se había marchitado la flor de aquella hermosura.

Cuando acabó la ceremonia, la desesperada viuda, de vuelta al campamento, buscó la choza en que se hallaba Lucía, guardada por algunos indios; y merced al antiguo ascendiente que, como mujer del cacique tenía, logró penetrar, hasta donde estaba ésta temblando a cada momento, a la idea de ver aparecer de nuevo a Siripo; pero la infeliz, reconociendo a Lirupé, corrió a pedirle que la amparase. La india, con seco ademán, la rechazó, diciéndole: «Española, causa de mi tormento, pérfida y más cruel que el gavilán, que se complace en dar muerte a la inocente tórtola; vengo a vengarme, vengo a pedirte cuenta de mis lágrimas, de mis noches solitarias y desesperadas. Tú sola me lo has arrebatado; la luz de tus ojos, más relucientes que las inquietas luciérnagas, fue causa sola de su desvío. ¿Acaso yo pensé jamás en atraer las miradas de tus blancos Españoles? No te bastaban ellos... ¡Ah pérfida, vas a morir a mis manos, tiembla!»

«Lirupé, Lirupé, hermana mía, no desvaríes: tu dolor te extravía, vuelve en ti; ten compasión de mí, que soy también desgraciada. ¡Ah! si tu bravo Marangoré estuviese aquí, él me defendería, me volvería a mi esposo».

La india, con acento airado, replicó: «¿Le llamas, cristiana, le llamas? Es en vano; está tendido sin vida detrás del montecillo de Keiges; no te oirá, no; está su cuerpo ya frío; sus brazos endurecidos por el hielo de la muerte, no me han devuelto mis abrazos; él tan apasionado, tan amante; pero... prepárate, vas a morir; tú le has dado muerte, tú harás que los gusanos roedores, devoren sin piedad aquel cuerpo tan esbelto como el árbol del alerce,

que está a la puerta de la choza de mi padre». Luego, con acento más tranquilo, agregaba la infeliz criatura: «Recuerdo la vez primera que le vieron mis ojos. El reflejo del sol poniente, doraba sus bellas facciones; sus miradas se fijaron en mí; y desde entonces me disgustó el astro del día.

»Mi pensamiento no tuvo ya otro alimento. Pero, ¿qué es lo que recuerdo delante de ti, cristiana? Mira, ¿ves estas dos flechas que oculté a las miradas de todos? Una de ellas te dará muerte así que la luna se muestre sobre el horizonte; y en seguida, después de vengada, la india Lirupé, irá a dormir también en brazos de su cacique».

Lucía, conmovida por el dolor de la india, olvidando sus terribles amenazas, la decía con dulce habla: «¡Pobre amiga mía, eres muy infeliz, han muerto al que tanto amabas. Cuánto me duelen tus quejas!»

Irritada por tan dulces expresiones, iba Lirupé a lanzarse sobre la indefensa joven, cuando la llegada de Siripo puso fin a tan penosa situación; ordenando al punto a los indios que le seguían, le dejasen solo con la Española.

Lucía, al escuchar aquellas odiosas palabras, pidió a Lirupé le diese muerte o se quedase con ella; pero ésta, sin atender a sus súplicas, con la razón extraviada y sin ocuparse más de sus celos, corrió desatinada en dirección al bosquecillo en que había sido enterrado Marangoré, seguida de muchos indios, que trataban en vano de volverla a su choza.

Apenas habían quedado solos el indio y su víctima, cuando un ruido de voces hízose oír de fuera. Lucía, creyendo reconocer la voz de su esposo, arrojó un grito de gozo. Y al punto, el mismo Sebastián se presentó en medio de ellos. Cual ave herida que descubre por fin el lejano nido, corrió a abrazarse de su esposo la infeliz criatura, exclamando con acento reconocido: «¡Gracias, Dios mío, gracias; tú me lo has vuelto!»

Entretanto, Sebastián, sin darse cuenta de los encontrados sentimientos que luchaban en su pecho, ora estrecha cariñoso entre sus brazos a su esposa, ora fija airadas miradas sobre el cacique, que con sonrisa diabólica los contempla.

Hurtado había vuelto al fuerte aquella misma noche, adelantándose a sus compañeros, seguido tan sólo de Alejo. ¡Cuál sería su espanto, al encontrarlo desierto, guardado sólo por los mutilados cadáveres de sus valientes defensores! Corre al cuarto de Lucía, cuya puerta obstruida por un lado de sangre cede al fin a los recios golpes con que la derrumba, y halla tan sólo a la infeliz Anté, muda de espanto, que sólo responde con ahogados sollozos a sus ávidas preguntas. ¿Qué es de su esposa? ¿Cómo halla allí el cadáver de su viejo amigo, que parece haber caído en aquel sitio, en defensa del tesoro confiado a su cariño y vigilancia? Anté no puede hablar, su garganta arroja inarticulados gemidos, y al fin de muchos esfuerzos, pronuncia el nombre de Siripo por repetidas veces, y cae sin sentido, al recuerdo de tan espantosa noche.

Vuela Sebastián al campamento, sin cuidarse de la india, y se presenta en la choza, sin que nadie piense en impedirselo, y es Alejo quien presta los primeros socorros a su infeliz

amante. En vano quiere seguir a su jefe; ésta le pide con las más tiernas expresiones no la deje sola en aquel lugar de muerte.

Repuesto ya de su emoción, con gesto amenazador, se vuelve Sebastián al indio: «Tigre, ¿qué has hecho de mis hermanos?» le dice. «Prepárate a darme cuenta de las lágrimas que has hecho derramar a este ángel. No tardarás en sentir el peso de mi venganza; sígueme, Lucía». Siripo, con refinada maldad, contestó con voz suave y meliflua, tendiéndole su mano: «Seamos amigos; yo te perdono tus injurias y te doy mis más bellas mujeres, y tú, vil cambio, me darás la tuya; ¿consientes?» No tuvo tiempo el indio de concluir la frase; a pesar de la resistencia de Lucía, echose Sebastián sobre él, diciéndole con terrible acento: «Pero, ¿qué es lo que te atreves a proponer a un soldado español?» A no ser por la agilidad con que saltó Siripo hacia un lado, la espada del intrépido joven hubiera tomado en aquel momento cumplida venganza de sus crímenes. Más de diez indios, que a una señal del cacique habían acudido, rodearon a Sebastián; y a pesar de sus extraordinarios esfuerzos, lograron desarmarle.

Entonces, con cobarde bajeza, empezó Siripo a insultar a su brioso enemigo, que a sus torpes expresiones, respondía tan sólo con el más despreciativo silencio. Lucía, a los pies del cacique, intercedía llorando por su esposo. El indio se volvió diciéndole: «¿Serás mía, mujer? Sólo con esta condición lograrás calmar mi cólera». En mustio callar manteníase la joven de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho. «Responde, hermosa», agregó Siripo, con suave acento. «Sí», responde Sebastián, «¡mujer cristiana, esposa de un noble Español, responde!» Lucía levantó entonces su hermoso rostro, en el cual las lágrimas habían impreso palidez mortal, y fijando sus ojos en el cielo, respondió con voz serena: «Moriremos; indio, manda que nos den muerte; te desprecio».

«¡Vais a ser obedecida, tórtola convertida en milano! Separadles; y que dentro de pocos momentos muera él ente sus ojos, clavado por mil saetas; y en seguida, que conmina el fuego ese bello cuerpo, que no ha sido mío». Y al decir estas palabras, el indio salió de la choza.

Capítulo XXI

Alejo, detenido en el fuerte por las instancias de Anté, a la llegada de sus compañeros, que contemplaban consternados el triste espectáculo que a sus ojos ofrecían los cadáveres de sus amigos, tan bárbaramente sacrificados a las brutales pasiones de los salvajes, pensó en el riesgo corría Sebastián, que solo y apenas armado, habíase lanzado en busca de su esposa; pero sus ardientes expresiones no encontraron eco en los desalentados corazones de los suyos. La imagen desoladora que veían; hablaba con mayor fuerza que las palabras de Alejo; en balde rogó, mandó que le siguiesen; el terror habíase apoderado de aquellos hombres que por primera vez contaban el número de sus enemigos, y antes que seguirle, permitieron que el generoso joven, acompañado sólo de su fiel Anté, partiera en busca de Sebastián y de Lucía.

Cuando los amantes llegaron a un bosque de espinillos que a la izquierda del camino del campamento había, vieron con un horror que las palabras no alcanzan a pintar, que los dos esposos iban ya a ser sacrificados a la espantosa venganza del cacique; y que ellos, débiles y solos, no bastaban a contrarrestar su inmenso poder. Anté, prendida del brazo de Alejo, sigue con ojos de espanto, por entre las ramas de los árboles, los lúgubres aprestos. Alejo, fuera sí, desesperado, arde en deseos de lanzarse a morir con los esposos mártires y apenas si las débiles manos de la india, bastan a contenerle. Sebastián, atado a uno de los árboles, mira con el alma a su Lucía, que con los brazos ceñidos por fuertes ataduras, le exhorta con cariñosas palabras y angélica dulzura, a soportar cristianamente aquel último trance. En medio de ellos, arde una inmensa fogata de zarzas que chisporrotea, y con su luz rojiza, alumbra el rostro de las víctimas. Los indios, en la sombra, contemplan mudos el dolor de los esposos. Siripo sólo falta, para autorizar con su presencia, la consumación del sacrificio; la luna vela su casto rostro entre densas nubes; ni una estrella presta su dulce luz a tan horrenda noche; todas las aves nocturnas callan en sus nidos; se oye apenas el dulce piar del inocente jilguero, asediado por la traidora víbora. Silencio de muerte reina en la Pampa.

¡Helo allí! Con pausado pisar, preséntase en medio de su tribu el terrible cacique; todos sienten dentro del pecho mortal terror, todos inclinan la frente ante el poder del déspota, que torna asiento frente a sus víctimas; sólo ellos ausentes de cuanto les rodea, no han notado su llegada, fijos tan sólo el uno en el otro. Sebastián, ¡ay! no puede hablar; los bárbaros pusieronle innoble mordaza, apenas sí con sus ojos, fijos como dos estrellas, parece acariciar y proteger aún al ídolo de su corazón. Lucía le conforta sin cesar; sus cristianas palabras, sus cariñosas expresiones, son la divina aureola, que le aísla de sus terrestres padecimientos. «¡Muera!», pronunció el déspota con voz ronca; y al punto una nube de flechas clavó el desnudo pecho de Sebastián. Oyéronse dos gritos, que despertaron los ecos de la Pampa y llevaron el espanto hasta las profundas cavernas del yacaré; el silbido de las flechas que debían atravesar el pecho de su esposo, hirió de muerte el corazón de Lucía; matola su amor, el exceso del dolor, rompió los lazos que ceñían su alma al hermoso cuerpo, causante de tanto duelo. Los verdugos entregaron a las llamas aquella forma sin vida. ¡Apenas sí el fuego devorador ha consumido las ligeras ropas, que la cubren, cuando su alma, unida a la de Sebastián, subió hasta el Cielo, contemplando angustiada sus mortales despojos!

Los indios se han retirado; la luna oculta aún el ofendido semblante; la llama de la hoguera, apenas deja ver el cuerpo de Sebastián acribillado de flechas. Sopla de improviso el viento, resuena en lontananza el eco de su voz quejumbrosa; la llama, próxima a extinguirse revive con mayor fuerza, enciéndose de nuevo la hoguera, que incendia, que consume cuanto halla a su alcance. Arden los árboles vecinos, ya el tronco que suspende el desfigurado cadáver, oscila, cae; ¡un momento más, y las cenizas de Lucía y Sebastián se confunden en un último abrazo!

A la luz viva del bosque que se enciende, vese un hombre que lleva en brazos una mujer desmayada. ¿Adónde irán? ¿Dónde hallarán un abrigo para su amor? ¡La Pampa entera les brinda su inmensidad!

El bosque se convirtió en cenizas; hoy no quedan de él ni vestigios. Los Timbúes, mudaron su campamento el siguiente día.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo